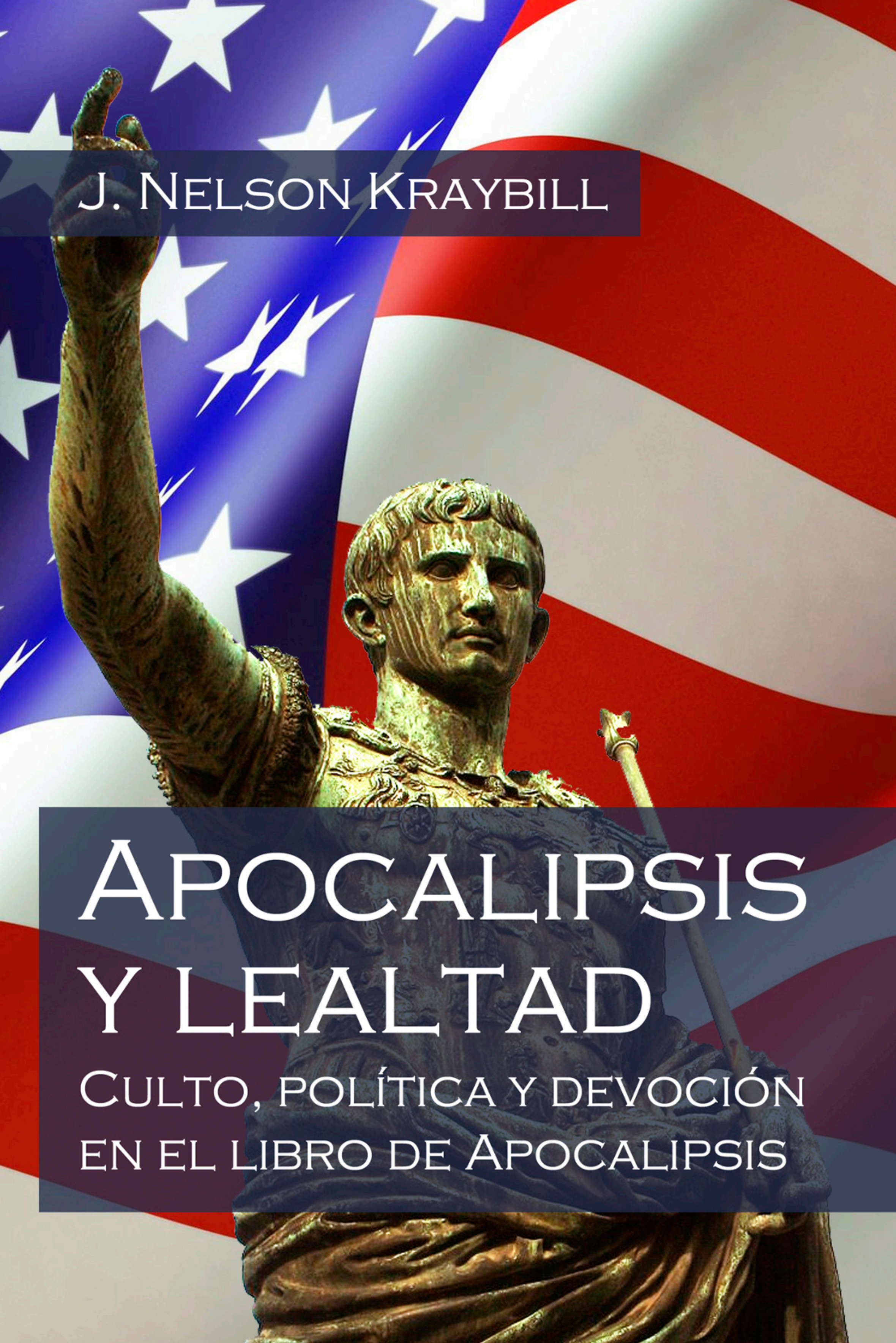

J. Nelson Kraybill
Apocalipsis
y Lealtad
Culto, política y devoción
en el libro de Apocalipsis

«Nelson Kraybill ha escrito una exposición llena de frescura, fuerza, imaginación y exigencia práctica, del libro de Apocalipsis. Ha entendido lo eminentemente político que es este libro, y ha hecho un trabajo sobresaliente de investigación sobre el gobierno romano frente al cual se producen las luchas del Apocalipsis. Pero este análisis histórico perspicaz no deja de salpicar nuestra vida contemporánea —la vida de un capellán militar en Texas, las prácticas de atención médica en Indiana, entrar a visitar presos en una cárcel de Nebraska, trabajar por la paz en Palestina, un poeta japonés, enfrentamientos no violentos con la policía del *apartheid* en Sudáfrica. Este tipo de acercamiento al presente nos ayuda a abordar con éxito «el libro más peligroso de la Biblia». Los lectores agradecerán a Kraybill su dinamismo con que nunca deja de sorprender y retar mientras avanzamos en la lectura».

—**Walter Brueggemann**, Columbia Theological Seminary

«Pocos hoy día pondrán en duda que el libro de Apocalipsis trae un mensaje político, pero ¿ese mensaje es de fatalismo, o es de testimonio y resistencia activa? Nelson Kraybill escribe desde la perspectiva particular de la tradición anabautista, para poner frente a frente la historia de la antigüedad y la de nuestros tiempos. Esto ilustra la manera que la visión sorprendente del Apocalipsis altera a los que hoy día viven satisfechos, a la vez que inspira una resistencia contra el conformismo, en persecución de un mundo mejor».

—**Christopher Rowland**, University of Oxford

«Si bien los cánticos de Apocalipsis 4, 5 y 7 han contribuido desde siempre a profundizar el estudio y la práctica del culto cristiano, el resto del libro suele recibir atención infrecuente en muchas comunidades. El presente libro es un antídoto provocador para contrarrestar esa desatención, y nos ayuda a imaginar la importancia de prácticas de adoración que sean proféticas, contraculturales y hondamente conocedoras de la importancia cósmica de alegar que Jesús es Señor».

—**John D. Witvliet**, Calvin Institute of Christian Worship, Calvin College and Calvin Theological Seminary


APOCALIPSIS Y LEALTAD

Apocalipsis y lealtad

Culto, política y devoción en el libro de Apocalipsis

J. Nelson Kraybill

Biblioteca Menno

Original inglés,
© 2010 J. Nelson Kraybill
Published by Brazos Press
a division of Baker Publishing Group
P.O. Box 6287, Grand Rapids, MI 49516-6287
www.brazospress.com

Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org
Traducción: Dionisio Byler
© 2016 J. Nelson Kraybill
ISBN: 978-1532991134

Las citas bíblicas, siempre que no se indique otra cosa, están tomadas de la versión La Palabra, © 2010 Sociedad Bíblica de España. En determinados lugares el traductor provee su propia traducción del texto en lengua original, con el fin de reproducir con claridad la argumentación de N. Kraybill en inglés. Esto viene indicado así: griego (gr); hebreo (heb); arameo (aram).

Las fotografías e ilustraciones son por el autor, a no ser que se indique lo contrario.

Para mi hija Andrea,
artista visionaria
y seguidora intrépida
del Cordero

El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra;
cuando venga el Señor, se consumará su perfección.
Esta es la esperanza que nos alienta a los cristianos.
Sabemos que todo esfuerzo por mejorar una sociedad,
sobre todo cuando está tan metida esa injusticia y el pecado,
es un esfuerzo que Dios bendice,
que Dios quiere,
que Dios nos exige.

Palabras pronunciadas por monseñor Óscar Romero cuando celebraba la eucaristía el 24 de marzo de 1980 en la Capilla del Hospital de la Divina Providencia, en San Salvador. En los meses anteriores Romero había estado convocando al pueblo de El Salvador a una resistencia no violenta contra el régimen militar represivo. Cuando terminaba su homilía eucarística, una bala de un francotirador acabó con su vida (James R. Brockman, *The Church Is All of You: Thoughts of Archbishop Oscar Romero* [Minneapolis: Winston, 1984], 110).

Contenido

Ilustraciones

Reconocimiento

Hace treinta años los estudiantes de una escuela secundaria urbana en San Juan de Puerto Rico, me retaron a enseñar sobre el libro de Apocalipsis. Acepté el reto y me sumergí en comentarios e historia para comprender la visión de Juan. Cuando se sitúa en su contexto histórico y literario, el Apocalipsis empieza a cobrar sentido. Para cuando acabó el semestre, mis estudiantes habían creado una historieta ilustrada de la visión de Juan, en hojas de gran tamaño desplegadas por todo el perímetro del aula. Y yo había adquirido una fascinación vitalicia con el Apocalipsis. En los años desde entonces he aprendido mucho más acerca del último libro de la Biblia, de profesores, colegas y estudiantes, entre los cuales se encuentran:

- El profesor Paul Achtemeier, quien fue el director para mi tesis doctoral que escribí sobre el Apocalipsis para Union Theological Seminary, en Virginia. Ésta se publicó con el título de *Imperial Cult and Commerce* (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1996), y de *Culto e Comércio Imperiais no Apocalipse do João* (São Paulo: Paulinas, 2004).
- Estudiantes de mi clase en Uruguay —algunos de los cuales habían sido encarcelados y torturados por un régimen militar en ese país— que me ayudaron a comprender que el imperio moderno puede distorsionar los valores y las lealtades de formas parecidas a las de la antigua Roma.
- Loren Johns, mi colega en la facultad de Associated Mennonite Biblical Seminary, de Elkhart, Indiana, entre cuyas especialidades está la cristología del Cordero. Enseñamos el Apocalipsis conjuntamente y encabezamos juntos un viaje de estudio a las siete ciudades del Apocalipsis y a Roma.
- Las personas de las congregaciones, asambleas denominacionales, seminarios, escuelas universitarias y universidades en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Irlanda, Japón, Corea, España y Uruguay, que aportaron su manera de entender cuando tuve el privilegio de enseñar sobre el Apocalipsis en esos países.

Además de estudiar el Apocalipsis con intereses académicos, aspiro a enseñar la visión de Juan de maneras que estén al alcance de lector medio. Este libro nace de esa clase de esfuerzo. Incluye fotos e ilustraciones frecuentes, un mínimo de notas a pie de página y de referencia a debates académicos, y trae aplicaciones contemporáneas. Associated Mennonite Biblical Seminary me concedió generosamente un sabático durante el cual pude escribir gran parte de este libro. Hice muchas de las fotos en estas páginas durante las tres ocasiones cuando colaboré con TourMagination, de Waterloo, Ontario, para guiar grupos de estudio a los lugares bíblicos en Israel-Palestina, Turquía e Italia.

Quiero agradecer a Rodney Clapp, de Brazos Press, por animarme a escribir este libro y guiarme por el proceso editorial. El equipo editorial de Brazos Press consiguió con maestría proponer soluciones a distintas incoherencias teológicas, históricas y hermenéuticas que traía el manuscrito. Entre otros que aportaron la lectura de borradores en diferentes etapas cabe mencionar a Barbara Nelson Gingerich, Loren Johns, Alan Kreider, Gene Lackore, Mary Lackore y Heidi Siemens Rhodes. A cada una de estas personas tan generosas les debo mucho, sintiéndome especialmente endeudado con mi esposa, Ellen Graber Kraybill, que leyó este libro en diversas etapas y fue una fuente constante de ánimo.

J. Nelson Kraybill
Elkhart, Indiana
Viernes Santo, 2009

Abreviaciones

ANF	*Ante-Nicene Fathers*, Edited by A. Roberts and J. Donaldson, 10 vols. 1885-1896. Reprint, Peabody, MA: Hendrickson Publishers, 1994
BLP	Biblia la Palabra. Sociedad Bíblica de España, 2010.
CIL	*Corpus inscriptionum latinorum*. Edited by T. Mommsen et. al. Berlin-Brandenburg: Deustsche Akademie der Wissenschaften, 1863-
JSNTSup	Journal for the Study of the New Testament: Supplement Series
LCL	Loeb Classical Library
OGIS	*Orientis graecae inscriptiones selectae.* Edited by W. Dittenberger. 2 vols. Leipzig: S. Hirzel, 1903-1905
RVA	Biblia Reina-Valera Actualizada. El Paso, TX: Casa Bautista de Publicaciones, 1989
WBC	Word Biblical Commentary
WUNT	Wissenshaftlische Untersuchungen zum Neuen Testament

Introducción

El culto es política

Poco después del ataque terrorista de 2001 contra Estados Unidos, me conmocionó una carta que recibí de Trevor, una amistad de mis días de estudiante que llevaba veinticinco años sin ver. En nuestra juventud habíamos estado convencidos los dos por el llamamiento de Jesús a hacer la paz y amar a los enemigos. Pero la iglesia donde asistía Trevor en 2001 no sostenía esta idea de la no violencia y las personas allí estaban sobrecogidos por un sentimiento de pérdida doble ante el ataque terrorista. Entre los pasajeros del avión que se estrelló contra el Pentágono estaba la nieta de una mujer de la congregación de Trevor; y Todd Beamer, que había ayudado a organizar el alzamiento de los pasajeros en el avión que cayó en Pensilvania, era amigo del pastor. El trauma de estas tragedias, junto con el temor de futuros actos terroristas provocó un cambio en la ética y lealtad de Trevor.

En su carta, Trevor describió el culto en su congregación el domingo después del ataque:

> La bandera cristiana estaba al frente de la iglesia. Mientras cantamos el «Dios bendiga a América» la madre más reciente de la congregación trajo al frente la bandera de EEUU en una marcha fúnebre: un paso por cada dos compases. Jamás antes, en ningún culto, me había sentido tan lleno del Espíritu Santo mientras fluían por mi cara las lágrimas, como en esa ocasión. Cuando la bandera de EEUU se unió a la bandera cristiana al frente de la iglesia, parecía haber hallado su lugar natural. Juré no oponerme a que se desplegase la bandera nacional al frente de la iglesia, como lo había hecho en mi congregación anterior.

Explicando que ya no asumía los ideales no violentos de su juventud, Trevor escribió:

> Siempre he sentido que la lección del evangelio sobre «volver la otra mejilla» era una lección contra la venganza. Como cristiano, no hay lugar en mi religión para hacer la guerra para conseguir vengarse. Hacer la guerra para prevenir una mortandad sin sentido entre mis compatriotas me parece sin embargo algo perfectamente justificado. Si mi identidad como estadounidense hace de mí un blanco, tengo la obligación de defenderme, defender a mi familia y a mi prójimo. Al decidir llevar a cabo un ataque masivo contra personas inocentes, esos criminales han perdido cualquier derecho a que las gentes civilizadas tengan en cuenta su punto de vista. Lo que les pueda pasar a partir de ahora es su justo merecido, la moral de lo cual ya no merece que yo le preste la más mínima consideración o preocupación.

Los símbolos ayudan a persuadir

Muchos factores —entre ellos la ira, el temor y el impacto emocional— tienen que haber influido en el cambio de actitud de Trevor sobre la violencia y la lealtad política. Pero lo que sobresale en los hechos que desembocaron en su cambio de convicción es el papel importante de lo *simbólico* en cada etapa. Los terroristas atentaron contra las torres gemelas del World Trade Center (simbólico de poderío económico) y contra el Pentágono (simbólico de poderío militar). Parece ser que también tenían la intención de atacar el Capitolio de Estados Unidos (simbólico de poderío político), aunque un alzamiento de pasajeros lo impidió.



Fig 0.1 ¿Qué es lo que quieren simbolizar los cristianos estadounidenses cuando izan la bandera cristiana en una posición inferior a la de la patria?

Lo simbólico aparece destacadamente en el culto que describió Trevor. Una madre joven (simbólica de la vida nueva) portó una bandera estadounidense (simbólica de lealtad a la nación) a lo largo de la congregación reunida en culto y la dejó junto a la cruz (simbólica del amor sufriente de Jesús; fig. 0.1.) en una bandera cristiana.

Este despliegue de símbolos representa fuerzas de un poderío impresionante. Está el poderío del fundamentalismo religioso que llevó a la muerte a tres mil personas inocentes el 11 de septiembre. Está el poderío de *shock and awe* («conmoción y pavor»), como se denominaron las guerras de retribución que llevaron a la muerte a miles de afganos e iraquíes. La bandera cristiana en la iglesia de Trevor trae su propio símbolo poderoso: la cruz de Jesús, un instrumento de ejecución política por la que Dios ha traído salvación al mundo. En esta historia, de principio a fin, hallamos personas con formas contrapuestas de entender el mundo, que utilizan símbolos y actos simbólicos para visualizar su lealtad y justificar hechos con consecuencias enormes.

Cuando Trevor se emocionó al ver la bandera nacional unida a la cristiana en el culto, ¿la lealtad que sentía era por Jesús o por la patria? ¿Prevalecía una sobre la otra? ¿Es de recibo que los cristianos —ciudadanos del reino mundial de Dios— conciban de su identidad en términos de lealtad nacional? ¿Qué fuerzas espirituales superiores representan estos símbolos?

El Apocalipsis emplea símbolos para forjar lealtad

Son cuestiones de importancia y los cristianos hacen bien en mirar a Jesús y a la iglesia primitiva para ver cómo hay que responder. Juan de Patmos, el autor del libro de Apocalipsis, nos brinda una constelación de imágenes y narraciones que nos ayudan a comprender cómo las ideologías reconfiguran el mundo. El Apocalipsis recurre mucho a símbolos; Juan comprende cómo éstos forjan la identidad política y espiritual. En particular, el Apocalipsis realza la forma que el culto, que se apoya mucho en lo simbólico, expresa y da forma a la lealtad. El último libro de la Biblia no es un catálogo de predicciones acerca de cosas que iban a suceder dos mil años más tarde. Al contrario, es un proyector que arroja imágenes arquetípicas del bien y del mal sobre una pantalla cósmica. Estas imágenes tienen que ver en primer lugar con las realidades de la era cuando vivió el autor. Pero el Apocalipsis también sirve como libro de texto donde aprender cómo interactúan el bien y el mal en cada generación.

La realidad política medular en tiempos del autor —finales del siglo I— fue el indómito Imperio Romano con sus «divinos» emperadores. La cuestión urgente para los lectores de Juan era saber cómo los cristianos, cuya lealtad más

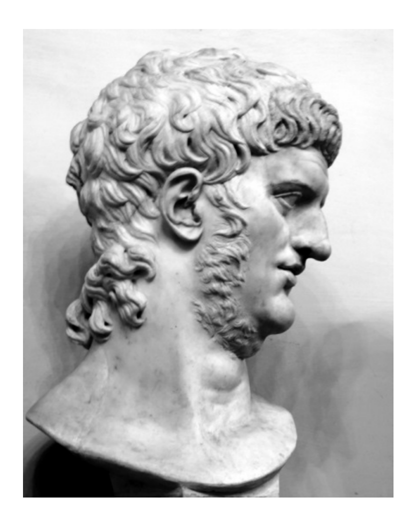


Fig 0.2 El emperador Nerón, que creía justo y natural ser adorado como un dios.

singular era para con Jesús, habían de conducirse en un mundo donde las estructuras económicas y políticas daban por supuesto que todo el mundo adoraba al emperador. Si bien no hay hoy ningún país occidental donde exista un culto directo al gobernante, sí tenemos poderes políticos, militares y económicos que cuentan con la lealtad incuestionada de millones de personas.

Juan promovió la misma esperanza del regreso de Cristo que anima a la iglesia hoy, pero su visión no predice hechos concretos políticos, culturales o naturales del siglo XXI. Recibió su visión en el contexto del Mediterráneo del siglo I; y los símbolos en su obra tienen que ver esencialmente con las realidades de aquella era. Sin embargo el mundo donde vivió —el Imperio Romano— y el universo simbólico que generó su visión, resultan sorprendentemente paralelos a las circunstancias de hoy día. El pecado y la muerte siguen campando a sus anchas, sigue habiendo imperios que arrasan con todo; y juntamente con Juan aguardamos la liberación de toda la creación, que nos llegará cuando Cristo vuelva. Entre tanto, ¿qué es lo que nos dice el Espíritu por medio del Apocalipsis acerca de la lealtad a Jesucristo en este mundo nuestro?

El culto a Nerón

Un espectáculo organizado por el emperador Nerón (fig. 0.2) en Roma en el siglo I nos ilustra el medioambiente político donde Juan escribió su visión. En el año 66 d.C., dos años después de que Roma sufriera un fuego catastrófico, el emperador organizó una celebración impresionante. Tirídates, rey de Armenia,

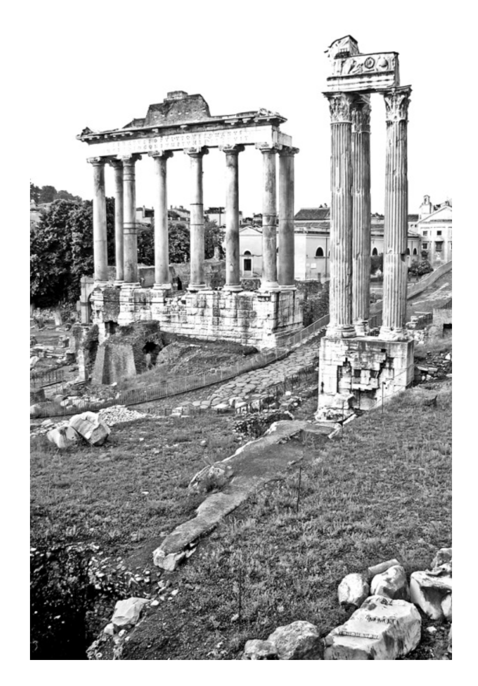


Fig 0.3 Ruinas del Foro romano, donde Nerón recibió a Tirídates de Armenia.

visitaba la capital imperial. Después de viajar nueve meses a caballo, este sabio de Oriente[1] llegó a Roma con una comitiva de tres mil caballeros partos[2].

Roma era el amo del mundo y Tirídates había emprendido este largo viaje para aliar a Armenia con la superpotencia italiana. Armenia era un territorio disputado entre los dominios de Roma y de Partia (un imperio cuyo centro estaba en la región que hoy conocemos como Irán). Si bien Tirídates mismo era de sangre parta, quería hacerse *cliente* de Roma. Ya antes de su visita a Italia, Tirídates había puesto simbólicamente su corona sobre la cabeza de una imagen de Nerón[3], sabiendo que la volvería a recibir del propio emperador cuando llegara a Roma.

Nerón conocía bien el valor propagandístico de recibir bien a Tirídates y gastó una suma pasmosa en las festividades —se rumoraba que ascendía a 300.000 sestercios; compárese con el total del presupuesto imperial anual, de 800.000 sestercios[4]—. Tirídates llegó en carruaje para hallar a Roma engalanada

---

[1] Tirídates era un miembro de los *magos*, la clase sacerdotal zoroástrica.

[2] Dion Casio, *Historia romana* 63.2.1.

[3] *Ibíd.*, 62.23.3.

[4] Edward Champlin, *Nero* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2003), 227. Diferentes autores de la antigüedad dan diferentes cifras para el gasto. Casio (*Historia*

con antorchas y guirnaldas. En el día designado, miles de espectadores se amontonaron en el Foro desde antes del alba, vestidos de blanco y portando ramas de laurel. Al salir el sol, Nerón entró al Foro (fig. 0.3), acompañado del Senado y la Guardia Pretoriana. Resplandeciente en púrpura, el emperador ascendió a la plataforma construida para la ocasión y se sentó sobre el trono.

Tirídates y su comitiva entraron en procesión hasta la plataforma entre dos filas de soldados romanos fuertemente armados. Al llegar a la plataforma, el armenio se arrodilló ante Nerón con las manos al pecho. Ante este gesto, la inmensa muchedumbre —incluso la multitud que había subido a los tejados alrededor— indicó su aprobación con tal estruendo que Tirídates llegó a temer un instante por su vida. Entonces la multitud calló y el visitante se dirigió a Nerón:

> —Amo, soy descendiente de Arsaces[5] y hermano de los reyes Vologases y Pacoro, y esclavo vuestro. He venido ante vos, dios mío, a quien adoro como a Mitra [diosa Sol de los persas]. El destino que hiléis para mí, mío será; por cuanto vos sois mi Fortuna y mi Suerte.

Nerón respondió a Tirídates con igual floridez:

> —Habéis hecho bien en venir aquí en persona, para que al conocerme cara a cara podáis disfrutar de nuestra gracia. Porque lo que ni vuestro padre os dejó ni vuestros hermanos os dieron y preservaron, nos os lo concedemos. Nos os declaramos ahora rey de Armenia, para que vos y



Fig 0.4 En el año 65 d.C., Nerón acuñó este *áureo* en anticipación a la llegada de Tirídates a Roma, que señalaría el final de la disputa territorial de Roma con el Imperio parto sobre el control de Armenia. El reverso (dcha.) indica el templo de Jano en Roma, con las puertas cerradas, como símbolo de que el imperio se encontraba «en paz». [Con permiso de Classical Numismatic Group, Inc. www.cngcoins.com.]

---

romana 63.2.2) afirma que Nerón se gastó unos 800.000 sestercios por día para agasajar a Tirídates en Roma.

[5] Aparentemente una referencia al fundador (reinó entre 190-160 a.C.) de la dinastía arsácida, que gobernó el reino de Armenia durante casi dos siglos.

> ellos podáis comprender que tenemos poder para quitar reinos y para concederlos[6].

Concluidas estas formalidades, Nerón —autoproclamado rey de reyes— invitó a Tirídates a subir a la plataforma. El armenio se sentó a los pies de Nerón y el emperador puso sobre su cabeza una diadema. Nerón levantó a Tirídates con su mano derecha y lo besó. Las festividades entonces se trasladaron al recientemente dorado Teatro de Pompeya, con su toldo púrpura bordado con la imagen de Nerón en pose como Apolo, el dios Sol. De ahí Nerón procedió al templo de Jano, donde cerró ceremoniosamente las puertas, una señal tradicional en Roma de que había concluido una guerra (fig. 0.4). Hasta los gobernantes de tierras lejanas adoraban a Nerón, y la tierra estaba en paz.

Nuestro mundo está lleno de ritual y culto

La conducta servil de Tirídates ante Nerón nos resultaría de mal gusto hoy en Occidente. Estamos agradecidos de que nuestras sociedades no traten a sus gobernantes como divinos y que nadie necesita ser esclavo de amos políticos. Juan de Patmos también consideró repugnante este tipo de escena que tuvo lugar en el Foro romano. Pero antes de despreciar este tipo de idolatría como reliquia de un pasado lejano, haríamos bien en ponderar los hábitos y rituales de nuestra propia sociedad. ¿Está acaso tan libre de expresiones idólatras como nos gusta imaginar? ¿No será que los dioses que adoramos han arraigado tanto en nuestra cultura que ni siquiera los reconocemos?

Escribiendo una década antes de la reciente crisis mundial, el teólogo Harvey Cox declaró que las fuerzas económicas de «El Mercado» han venido a endiosarse en Occidente, desplazando la función de las religiones tradicionales:

> [Frente a] todas las religiones del mundo, no importa cuánto se diferencien entre sí, la religión del Mercado se ha constituido en un rival formidable, tanto más por cuanto no se suele reconocer como religión. Las religiones tradicionales y la religión del mercado mundial […] ven la naturaleza de una manera enteramente distinta. En el cristianismo y el judaísmo, por ejemplo, «la tierra y toda su plenitud es del Señor, el mundo y todo lo que en él habita». El Creador pone seres

---

[6] Casio, *Historia romana* 63.5.2-3; en *Dios's Roman History*, trad. Earnest Cary, LCL 32 (Cambrige, MA: Harvard University Press, 1955), 8:143-44. Aquí y habitualmente, el texto se traduce al castellano desde la traducción al inglés citada por Kraybill.

> humanos como mayordomos u hortelanos pero podríamos decir que conserva la tierra en propiedad […] Para la religión del Mercado, sin embargo, los seres humanos, y muy en particular los que tienen dinero, son propietarios de todo aquello que compran y —dentro de ciertos límites— pueden disponer de cualquier cosa que deseen[7].

Incluso cuando el Mercado se transforma en bestia, como en la conmoción mundial que empezó en 2008, la mayoría de las personas se sometieron sin rechistar. Hemos aceptado la pobreza y el desempleo como parte del libre mercado. Las compañías que financian nuestros planes de pensión ganaron pingües beneficios con la venta de armamentos o cigarrillos por todo el mundo. Los ejecutivos de las multinacionales ganaron cientos de veces más que la paga de los empleados particulares de sus fábricas. Tratamos el Mercado, dijo Cox, como un ser omnipotente (que posee todo el poder), omnisciente (que posee todo conocimiento) y omnipresente (que existe en todo lugar). Aprendimos en el día a día que El Mercado estaba «asustado», «aliviado», «nervioso» o «jubiloso».

Cuando El Mercado mostró señales de volverse bestial hasta contra la clase media, el profesor de ciencias económicas y premio Nobel Paul Krugman habló de una «crisis de fe» mundial[8]. Se hundieron los bancos que avalaban la deuda de millones de personas, y el crédito se desmoronó. La palabra «crédito» viene de *credere* en latín —es decir creer o confiar— y la crisis demostró la insuficiencia de cualquier credo cuyo objeto sea otro que solamente Dios[9].

En su libro *The Gods That Failed*, los reporteros británicos de economía Larry Elliott y Dan Atkinson nombran doce «espíritus gobernantes» que condujeron la economía mundial al caos. Las gentes y las naciones del mundo depositan su fe en deidades que abarcan desde la globalización y privatización hasta la especulación y los excesos[10]. Con lenguaje que recuerda al del Apocalipsis de Juan, Elliott y Atkinson describen cómo los dioses del Mercado:

---

[7] Harvey Cox, «The Market as God», *Atlantic Monthly*, March 1999, 18-23.

[8] *New York Times*, February 15, 2008, www.nytimes.com/2008//02/15/opinion/15krugman.html (acceso el 15 de julio, 2009).

[9] Ver Adam Hamilton, «Faith, Hope, and the Credit Crisis», *Sojourners*, December 2008, 7.

[10] Larry Elliott y Dan Atkinson, *The Gods That Failed: How Blind Faith in Markets Has Cost Us Our Future* (New York: Nation Books, 2009), 12-21. Los autores nombran doce dioses: globalización, comunicación, liberalización, privatización, competencia, financialización, especulación, riesgo, codicia, oligarquía y exceso.

> Nos prometieron el paraíso si tan sólo obedecíamos y mimábamos a sus siervos heroicos y permitíamos que sus titanes y monstruos aberrantes florecieran. Hicimos lo que nos pedían y nos hemos tragado pasivamente las recetas que nos brindaban unos banqueros muy bien pagados, ejecutivos de banca central, directivos de fondos de alto riesgo y magnates de capitales privados, sin querer ver la orgía de exótica financiación derivada, fondos en paraísos fiscales, instrumentos financieros tóxicos […] Estos dioses han fracasado. Ha llegado la hora de vivir sin ellos[11].

Además de dioses que han deformado la economía mundial, podríamos considerar también la dimensión espiritual de la obsesión que manifiesta el negocio de la publicidad con el sexo, el ocio y los fondos de pensión asegurada, o bien cómo las naciones caen en la tentación de confiar en las armas. Necesitamos profetas como Juan de Patmos que nos ayuden a reconocer la idolatría y la injusticia y que nos aporten formas de adorar con la vida entera un Dios de justicia y de salvación segura.

Los judíos y los cristianos son voces discrepantes

Cuando Tirídates cruzó el norte de Asia Menor (hoy Turquía) de camino a Roma, probablemente desconocía que había una pequeña secta judía cuyos miembros empezaban a reunirse en salones y hogares a lo ancho de la región. Tirídates sabría quiénes eran los judíos, por cuanto eran una minoría reconocida en muchas ciudades de Asia Menor y tenían una tierra patria en Palestina. Pero una generación antes de que Tirídates viajara a Roma, un maestro judío llamado Pablo había contribuido a la eclosión de una escisión pequeña en el oriente, conocidos como cristianos. La inspiración para este movimiento había sido un campesino galileo que había muerto en una cruz romana, una forma de ejecución reservada a aquellos tan tontos como para desafiar o desobedecer al imperio. El cristianismo era un movimiento espiritual y político inaudito que empezaba a transformarse en religión propia, desbordando las poblaciones judías de las ciudades del Mediterráneo oriental, penetrando diferentes grupos étnicos y sociales.

El judaísmo y su vástago mesiánico, el cristianismo, solían dejar perplejos y a veces irritados a los súbditos de Roma. Los cristianos y los judíos eran monoteístas, adoradores de un solo Dios en un mundo que reverenciaba a muchos dioses. En la antigüedad se suponía que las gentes conquistadas

---

[11] *Ibíd.*, 271-72.

adoptarían un cambio de lealtad, para aceptar los dioses de sus nuevos amos; y los romanos, a cambio, incorporaron a su panteón muchas deidades extranjeras. En un mundo de sincretismo religioso, las nociones judías y cristianas de una lealtad singular a un único Dios no podían más que parecer subversivas y antisociales.

Los judíos y cristianos no solamente rechazaban a los dioses de las naciones; también se oponían a la práctica creciente de adorar al emperador. El emperador cuando nació Jesús, César Augusto (27 a.C.-14 d.C.), fue aclamado como divino. El culto al emperador fue cobrando fuerza a lo largo del primer siglo d.C., alcanzando cierta preeminencia especialmente durante los reinados de Calígula (37-41 d.C.), Nerón (54-68 d.C.) y Domiciano (81-96 d.C.). El auge del culto al emperador coincidió con el nacimiento y la expansión de la iglesia cristiana. El mundo mediterráneo entero —salvo solamente los judíos y los cristianos— se postraban a los pies del emperador en adoración.

Tirídates de Armenia tal vez ignorara la existencia de los cristianos, pero Nerón desde luego que no. Poco antes de recibir a Tirídates, Nerón había culpado a los seguidores de Jesús, del incendio devastador que sufrió Roma (64 d.C.). Como veremos en breve, parece ser que Nerón se inventó esa acusación cuando algunos de sus súbditos sospecharon que había sido el propio Nerón el que había puesto a fuego la ciudad. Los cristianos de Roma aprendieron lo peligroso que era Nerón cuando lanzó una fiera persecución contra ellos como castigo por presuntos incendiarios. Es probable que los apóstoles Pedro y Pablo murieran en el breve baño de sangre provocado por Nerón.

Un profeta la emprende con el imperio

Nerón, que en breve iba a sufrir una muerte violenta, no podía imaginar el poder revolucionario que encerraba el movimiento cristiano naciente. Pero lejos de la metrópoli imperial, un valiente profeta cristiano llamado Juan estaba por recibir una visión satírica del culto al emperador, previendo el colapso del Imperio Romano. Esta visión identificaría la lealtad como la cuestión espiritual de urgencia y condenaría el culto al emperador como idolatría.

Desde su plataforma en la pequeña isla de Patmos —como tantas otras donde Roma exiliaba a los agitadores— el profeta Juan se valió de pluma y pergamino para plantar cara al poder político más grande de su día. Descalificando a Roma como ramera y su imperio como bestial, proclamó que solamente Dios y el Cordero son dignos de recibir adoración. Juan condena las expresiones populares de lealtad al imperio como blasfemas y deja vislumbrar el culto verdadero que debe dar forma a la vida de sus lectores:

Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono y de los seres vivientes y de los ancianos. El número de ellos era miríadas de miríadas y millares de millares. Y decían a gran voz:

—Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.

Y oí a toda criatura que está en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, diciendo:

—Al que está sentado en el trono y al Cordero sean la bendición y la honra y la gloria y el poder por los siglos de los siglos (Ap 5,11-13 RVA).

Cualquiera que conociera las ceremonias de la corte de los emperadores romanos podía reconocer el subtexto subversivo de la visión de Juan. Como otros cristianos primitivos, Juan llama a Jesús «Señor», empleando exactamente el mismo título que era propio de los emperadores. El Apocalipsis llama a los lectores a un culto que caracterizará sus vidas como alternativa al culto al emperador y al imperio. Una letanía hacia el principio de la visión de Juan declara que los seguidores del Cordero son un reino y sacerdotes al servicio de nuestro Dios. Eso es lenguaje político donde lo haya, emplazando a los seguidores de Jesucristo a una lealtad alternativa, a una identidad alternativa.

El culto al emperador y los rituales de lealtad al imperio aparecían por todas partes en la vida familiar y social, en los negocios y en la política del mundo romano. La primera palabra del Apocalipsis en el texto griego es precisamente esa, *apocalipsis*, que significa «acto de desvelar o descubrir». La visión de Juan revela, quita el velo del Imperio Romano, mostrando cómo ha llegado a ser una bestia violenta que se apropia de una devoción que le corresponde a Dios. El Apocalipsis revela también la naturaleza del amor divino, dado a conocer en un Cordero que fue inmolado. La humanidad va a tener que escoger entre la lealtad a la bestia o la lealtad al Cordero.

Profecía para el tiempo del profeta —y el nuestro—

El libro de Apocalipsis se refiere a sí mismo como profecía (Ap 22,7), lo cual puede confundir porque hoy día entendemos que «profecía» y «predicción» son términos sinónimos. Pero la profecía bíblica solía tener que ver más con la percepción espiritualmente iluminada del autor en relación con sus circunstancias inmediatas, que con pronósticos sobre un futuro lejano en el tiempo. La visión de Juan daba a entender «las cosas que deben suceder pronto», en su propio tiempo (1,1). El vidente no sabía nada de nuestro calentamiento climático, de internet ni de las Naciones Unidas. Escribió una crítica mordaz de

la idolatría política en el Imperio Romano del siglo I, que no un análisis de Al Qaeda o de las desigualdades que ocasiona la globalización moderna.

Sin embargo, así como las cartas del apóstol Pablo han llegado a ser Palabra de Dios para nosotros hoy cuando el Espíritu Santo sopla por medio de ellas, así también Dios usa el Apocalipsis para iluminar nuestro panorama teológico y político. En lugar de empezar con la idea de que el Apocalipsis va a pronosticar sucesos de nuestro día, debemos procurar comprender cómo era la vida en tiempos de Juan y los creyentes para quienes él escribió este libro. Con ese trasfondo, podremos entonces oír qué es lo que el Espíritu dice a las iglesias acerca de la lealtad a Jesucristo hoy también.

Existen buenos comentarios del Apocalipsis que dan un análisis completo del texto, versículo por versículo. En lugar de eso, la intención de este estudio es atravesar con cierta rapidez el libro entero. Identificaremos algunos puntos e imágenes sobresalientes que los lectores hoy día puede que no acierten fácilmente a entender. Por el camino haremos algunas pausas para considerar cuestiones como la cristología (la teología acerca de Jesús) y el papel de Dios en la violencia que figura tan exageradamente en el Apocalipsis. Nuestra atención se fijará habitualmente en el culto, por la convicción de que el estudio del Apocalipsis de Juan debe inspirar devoción a ese Dios que Jesús nos da a conocer hoy.

Nuestro camino tomará un desvío

En lugar de recorrer el Apocalipsis siguiendo el orden en que aparecen sus capítulos en nuestras Biblias, vamos a hacer otro recorrido alternativo, leyendo el libro en la secuencia que más rápidamente nos valga para iluminar su panorama histórico y teológico. No prestaremos la misma atención a todas las partes de la visión. Lo que haremos es prestar especial atención al tema del culto: el culto al emperador, el culto al Cordero y el culto en nuestro mundo hoy día. Después de una breve introducción al autor y sus circunstancias que describe Apocalipsis 1, iremos a Apocalipsis 13, con sus bestias de pesadilla. La primera bestia parece representar el imperio y la segunda encarna las instituciones del culto al emperador que ejercían presión sobre los cristianos para obligar su lealtad a Roma.

El público del siglo I al que se dirigía Juan conocía demasiado bien las presiones para adorar al emperador y habrían escuchado la primera mitad del Apocalipsis con esa realidad en mente. No es típico de nosotros los lectores modernos, sin embargo, el tener siempre presente el emperador romano y el culto al emperador cuando abordamos la visión de Juan. De manera que

haremos bien en empezar con la caricatura bestial del imperio en Apocalipsis 13, para servirnos de lo que aprendemos ahí para la comprensión del resto del libro.

Hay traducciones de la Biblia que empiezan cada visión en particular del libro de Apocalipsis con algo así como «Entonces vi…»[12] Esa forma de traducir el griego no es del todo apropiada si se considera que las visiones de Juan empiezan con la palabra «y» (*kai*): «*Y* vi…» o «*Y* miré…» Juan presenta sus visiones individuales sin indicar necesariamente que hubiera una relación estrictamente secuencial entre ellas. Cuando estamos intentando entender el contexto histórico y político del Apocalipsis, podemos abordar las diferentes partes del libro en cualquier orden que nos resulte útil para su comprensión dos mil años después.

Hay, sin embargo, una trayectoria teológica que sigue el Apocalipsis, para culminar con la nueva Jerusalén, un símbolo de salvación para el mundo. El libro empieza con una visión de Jesús, sigue un camino largo a través de bestias y plagas, y culmina con un atisbo de la creación restaurada. Debemos tener siempre en mente ese final —la nueva Jerusalén— cuando crucemos los valles tenebrosos de sufrimiento y de caos.

El Apocalipsis es arte y es poesía

Al principio de nuestra Biblia, Génesis describe el aurora de la creación. Al finalizar el canon, el Apocalipsis se fija en el final de los tiempos —y la aurora de un nuevo día—. Con símbolo y poesía, el principio y al final de la Biblia declaran la confesión de que Dios es soberano. Estos libros nos cuentan más acerca de *quién es* el Señor, que acerca de *cómo es* que el cosmos empieza o termina. Guían a sus lectores a una forma de vivir fielmente en el presente, hablando verdades en un lenguaje que tiene más de metáfora que de ciencia. Cuando el Apocalipsis describe una bestia voraz que surge de la mar, o la nueva Jerusalén que desciende del cielo, esas imágenes evocadoras deben abrir nuestros ojos para ver la realidad del mal estructural en el mundo, junto con la certeza de que Dios restaurará a su creación caída. Lo que dice Juan es cierto, pero no literalmente. No corresponde pedir que un astrónomo escudriñe los cielos para descubrir una ciudad que se precipita hacia la tierra, ni que un biólogo determine el género y la especie de la bestia.

Podríamos concebir el Apocalipsis como una galería de arte, llena de cuadros a todo color, numerados y expuestos en el orden que el artista haya querido

[12] En puntos como Ap 5,1; 6,1; 10,1.

ponerlos. La exposición es dinámica y tiene cohesión porque todos los cuadros aportan a un tema general. Pero cada cuadro tiene también su propio sentido y bien pudiera verse solo. Así como una buena galería puede suscitar admiración y alimentar el alma humana, el libro de Apocalipsis puede penetrar el alma por otras puertas que no solamente la cognitiva o racional. Con sus retos especiales que supone el Apocalipsis para la interpretación, resulta ser uno de los libros más artísticos de la Biblia.

Muchos cristianos de Occidente se han cerrado al libro de Apocalipsis al ver con cuánta facilidad ha sido explotado por líderes sectarios, presuntos expertos de escatología, y autores de novelas sobre el fin del mundo. Otros se hastiaron del Apocalipsis hace unas décadas, cuando llegó a haber divisiones en las iglesias sobre interpretaciones premilenialistas, posmilenialistas y amilenialistas del libro. Esas discusiones discurrían sobre si Cristo regresaría antes o después de un reino de mil años (el milenio) sobre la tierra —y en general ignoraron el objetivo de discipulado que impulsa el libro—. Prestaremos muy poca atención al milenio, que ocupa un total de seis versículos (20,1-6), y nos limitaremos a enfatizar el punto fundamental de esa parte de la visión de Juan: al final el mal será derrotado y Cristo reinará.

Sírvete de este libro como una guía turística

Sírvete de este libro como una guía turística para la visión de Juan, prestando atención a las lecturas del propio libro de Apocalipsis que se propone para que leas al principio de cada capítulo. Estas lecturas son de longitud variada, por cuanto vamos a querer ocupar algo más de tiempo en determinados pasajes breves, mientras pasamos con relativa rapidez por otras secciones más extensas. Haz en tu Biblia las lecturas completas del Apocalipsis, sin limitarte a solamente unos pocos versículos o a los títulos de capítulo y sección. El comentario histórico y teológico te resultará mucho más claro si antes te has familiarizado con el texto entero en cuestión.

Al final de cada capítulo hallarás un breve artículo titulado: «Vivir la visión». Se trata de anécdotas de testimonio de seguidores y seguidoras fieles de Jesucristo en el transcurso de los siglos desde que Juan escribió el Apocalipsis. Algunas historias son de la iglesia primitiva, pero la mayoría son contemporáneas o recientes. Todas manifiestan en sus circunstancias algún tipo de paralelo con las que describe el Apocalipsis. Las historias ilustran cómo los seguidores del Cordero en cada generación luchan con cuestiones de lealtad, idolatría, violencia, testimonio y culto.

Al final de este libro hay un cuadro cronológico que reseña los personajes y eventos bíblicos que son importantes para el Apocalipsis. También hay un glosario con explicaciones sobre personas, eventos y terminología, que acaso no sean familiares para todos los lectores.

Juan espera que un mensajero lea en voz alta su visión en el contexto de una congregación (1,3). Esto sugiere que el Apocalipsis requiere de un proceso de grupo y que nosotros también nos beneficiaríamos de oírlo leer en voz alta. *Apocalipsis y lealtad* puede servir de guía para conversarlo en un grupo o para clases de adultos en la escuela dominical. El diálogo con otros cristianos puede ayudar a identificar aquellos paralelos que existen hoy día a las señales y los símbolos de la visión de Juan. Las preguntas al final de cada capítulo pueden guiar la reflexión tanto del individuo como del grupo.

Para reflexión

Antes de proseguir, tómate una hora o dos para leer el Apocalipsis entero, de principio a fin. Tal vez quieras tener papel y lápiz en mano para ir tomando apuntes en respuesta a estas preguntas:

1. ¿Quiénes o qué cosas son los personajes principales de este drama?
2. ¿Cuál es la disposición emocional o espiritual característica de la visión?
3. ¿Qué estructuración (numérica, visual o temática) hallas en el Apocalipsis?
4. ¿Qué enigmas o acertijos captan tu atención?

1

Un profeta en apuros

Leer Apocalipsis 1,1-20

> *El día del Señor caí en éxtasis y oí a mi espalda una voz poderosa, como de trompeta, que ordenaba:*
>
> *—Escribe en un libro todo lo que veas y envíalo a estas siete iglesias: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea.*
>
> *Volví la cabeza para ver quién me hablaba; al volverme vi siete candeleros de oro, y en medio de ellos vi una especie de figura humana, vestida con larga túnica y una banda de oro ciñéndole el pecho. […] Apenas lo vi, caí fulminado a sus pies; pero él me tocó con su mano derecha y me dijo:*
>
> *—No temas; yo soy el primero y el último. Yo soy el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre y tengo en mi poder las llaves de la muerte y del abismo* (1,10-13.17.18).

La mayoría de lo que sabemos acerca del autor del Apocalipsis, tenemos que deducirlo del texto de su visión:

> *Yo soy Juan, vuestro hermano; unido a Jesús, participo con vosotros en el sufrimiento y en la espera paciente del Reino. Me hallaba desterrado en la isla de Patmos por haber proclamado la palabra de Dios y por haber dado testimonio de Jesús* (1,9).

Juan al parecer está en dificultades, por cuanto menciona la persecución en estas palabras de presentación. Conforme se va desarrollando su visión, vamos viendo que entiende que una parte importante de la iglesia cristiana corre



Fig. 1.1. Una bahía de la isla de Patmos.

peligro en breve también. Antipas, un creyente en la ciudad de Pérgamo, ya ha sufrido el martirio (2,13). Más adelante, Juan ve una gran multitud de santos que han pasado por una enorme dificultad (7,9-17). En el horizonte se divisan nubes de tormenta para la iglesia cristiana entera.

En estas circunstancias difíciles, el autor se refugia en el culto. «Cuando el día del Señor —dice—, caí en éxtasis y oí a mi espalda una voz poderosa, como de trompeta» (1,10). La experiencia de Dios que vive Juan no lo pilla desprevenido. Está en éxtasis —literalmente, «en el Espíritu»— en una actitud de espera en Dios. El hecho de que su visión le venga el día del Señor (seguramente un domingo[1]) sugiere que Juan, como era frecuente entre los primeros cristianos, sigue un ritmo semanal de culto y oración en comunidad. Empezaban a tomar forma ciertos hábitos de culto en la iglesia temprana, y el Espíritu de Dios se movía dentro de esa estructura.

El culto como danza espiritual

Como Moisés cuando se encuentra con Dios en el desierto (Ex 3), el culto en el Apocalipsis se desenvuelve en una especie de danza espiritual, donde Dios y el mortal se van turnando. Así como Moisés vio una zarza que ardía y se apartó de su camino para un encuentro con Dios (Ex 3,3), Juan oye una voz y gira para encontrarse con el Hijo del Hombre (Ap 1,12). Cuando Moisés se volvió hacia el fuego misterioso, Dios le volvió a hablar y le dijo que se quitara las sandalias. Esta iniciativa que alterna entre Dios y Moisés continuó hasta que Moisés recibió el mensaje y el mandato de enfrentarse a Faraón, el gobernante

[1] La expresión «el día del Señor» también podría referirse a un momento designado para el juicio divino, según habían anunciado los profetas. Am 5,18-20; Is 2,12-21.

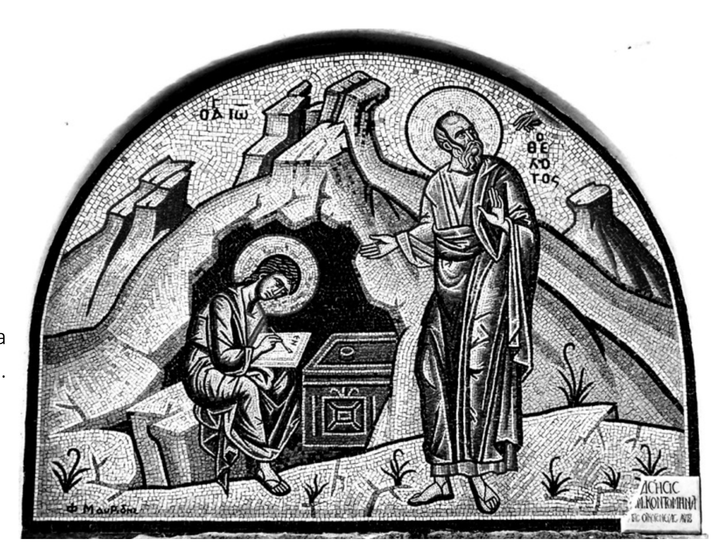


Fig. 1.2. Mosaico en la entrada al Monasterio del Apocalipsis, en la isla de Patmos. Según la leyenda, Juan recibió su visión en una cueva donde ahora está el monasterio. En la escena, Juan dicta a un escriba lo que ve.

más poderoso del mundo que conocía el pueblo de Israel. Así también, una voz sorprende a Juan. Él se gira, Cristo se le aparece, y Juan cae a tierra. Cristo pone sobre Juan su mano y le da un mensaje para las iglesias.

¿Sabríamos que habían existido Moisés o Juan si hubieran ignorado las señales iniciales de la presencia de Dios? Para ambos, la experiencia de Dios sucede en un lugar desierto: más allá del desierto, caso de Moisés; en una isla remota, caso de Juan. Estos lugares dan a entender una huida (de Egipto, caso de Moisés) o abandono (de parte de Dios, caso de Juan). En ambos casos Dios visita a una persona que tiene motivos para sentirse solo, resentido o atemorizado.

Juan dice que está en la isla de Patmos (véase las figs. 1.1, 1.2, 1.3) «por haber proclamado la palabra de Dios y por haber dado testimonio de Jesús» (Ap 1,9). Aunque no hay otra documentación de que el gobierno de Roma mandara exiliados concretamente a Patmos, sabemos que otras de las islas cercanas en el Mar Egeo estaban siendo empleadas para este fin[2].

Eusebio de Cesarea, un historiador de la iglesia en el siglo IV, anota que en la tradición cristiana primitiva, el emperador Domiciano exilió a Juan a Patmos en el año 95 d.C.[3] Como se observa en la propia visión, Juan expresa el evangelio de una forma que podía incomodar u ofender a los que apoyaban el

---

[2] El historiador romano Tácito (s. II d.C.) menciona tres islas pequeñas en el Mar Egeo (Giaros, Donoussa y Amorgos) que eran destino de exilio político. Véase Tácito, *Anales* 4.30; 15.71.

[3] Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, 3.18.1.

gobierno romano. Es posible que Juan hubiera ido a Patmos en una misión de predicación, pero es más probable que haya huido ahí para salvar la vida, o que haya sido exiliado ahí por el gobierno provincial, a las órdenes de Roma.

Hay algunos rasgos de la visión de Juan que parecen confirmar una fecha de finales del siglo I. Apocalipsis 11 describe la medición del templo de Jerusalén, presumiblemente antes de su destrucción en el año 70 d.C. Pero el Apocalipsis contiene referencias a Roma tachada de «Babilonia», una forma de referirse a Roma que tenían algunos judíos y cristianos después de que Roma destruyera Jerusalén en el 70 d.C., igual que la antigua Babilonia lo había hecho en el 586 a.C.[4] Es posible que Juan compusiera partes de su obra a lo largo de varios años y lo haya unido todo en un texto completo cuando recibió una visión en Patmos. Como sea que haya tomado forma el texto, por los siglos los cristianos han sabido que el Apocalipsis es la obra de un hombre con una profunda experiencia de Dios.

¿Quién es Juan de Patmos?

Desde los primeros siglos de la iglesia, existe una tradición de que el vidente fue uno de los doce discípulos de Jesús, el hermano de Santiago, hijo de Zebedeo. Esta tradición supone que el mismo Juan escribió el Apocalipsis y también el cuarto evangelio. Pero el autor del Apocalipsis nunca dice ni da a entender que haya sido uno de los doce discípulos ni que haya conocido a Jesús de Nazaret en esta tierra. Aunque el Apocalipsis y el cuarto evangelio tienen algunos temas en común, la gramática y el estilo de escritura son tan diferentes que es muy poco probable que sean de un mismo autor.



Fig. 1.3. Desde una colina sobre el puerto de Patmos, los visitantes pueden ver la mayoría de la isla.

---

[4] Otros documentos antiguos que tachan a Roma de Babilonia son 1 P 5,13, y *Oráculos sibilinos* 5.159.

El nombre «Juan» no era raro entre los judíos y cristianos del primer siglo. El autor del Apocalipsis probablemente fuera un líder entre las siete iglesias a que está dirigido el libro, del que sólo sabemos por el propio libro. Juan era un «hermano» (1,9) de los cristianos en la parte occidental del país que hoy conocemos como Turquía, una región que los romanos llamaban Asia (llamada hoy día a veces Asia Menor, para diferenciarla del continente asiático).

Llamarse a sí mismo hermano, refleja el cambio radical de identidad que era típico entre los seguidores de Jesús en el siglo I. La familia era el lugar principal de pertenencia en el mundo romano. En una era cuando no existían las ayudas sociales estatales que hoy nos parecen naturales, la familia era el punto más importante de apoyo social y económico para el individuo. Pero los súbditos romanos a veces se desentendían de los miembros de la familia que adoptaban el cristianismo, y los creyentes podían perder su puesto de trabajo por su fe. Era una necesidad práctica, que los seguidores de Jesús funcionasen como hermanas y hermanos entre sí. El propio Jesús, cuando le preguntaron acerca de su familia, pareció restar importancia a la sangre y hallar su parentesco más estrecho con aquellos que compartían su pasión por la obediencia a Dios (Mr 3,31-35).

Juan escribe a siete iglesias reales

Una voz como trompeta indica a Juan que debe anotar lo que ve y mandárselo a sus hermanas y hermanos en siete iglesias en Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea (Ap 1,10-11). Estas fueron congregaciones de verdad en ciudades de verdad, cuyas ruinas se pueden ver hoy.

Las sietes iglesias en el Apocalipsis no representan siete eras de la historia de la iglesia, como diría la escuela de interpretación «histórico eclesial». Es difícil imaginar por qué poner como destinatarias para la visión a unas iglesias específicas del siglo I, si en realidad el mensaje principal tenía que ver con cosas que iban a suceder cientos o hasta miles de años después. Las imágenes que despierta en la mente el Apocalipsis nos pueden parecer raras a nosotros, pero Juan entiende bien de qué está escribiendo y piensa que las pequeñas congregaciones urbanas a las que se dirige también entenderán. El mensaje es en primera instancia acerca de sus circunstancias propias, del mundo romano en el siglo I.

Por las siete cartas de los capítulos 2 y 3, deducimos que Juan conocía personalmente las siete congregaciones. Conocía las circunstancias espirituales y políticas de cada una de ellas y trasmite un mensaje pastoral de parte de Cristo

para cada una. Pareciera que las congregaciones también lo conocían a él; de lo contrario, no tenía él por qué imaginar que iban a hacer caso a su mensaje.

Por cuanto Juan comprendía la lengua hebrea (9,11; 16,16) y conocía bien el Antiguo Testamento, es probable que fuera judío. Nunca cita directamente el Antiguo Testamento, pero se refiere a su contenido en más de cuatrocientas ocasiones. Juan escribió el Apocalipsis en griego, que en su día era la lengua vehicular, es decir, el idioma empleado para comunicarse entre sí todas las gentes del mundo romano. Los romanos mismos hablaban latín, pero hasta ellos tenían que valerse del idioma internacional de los griegos, que habían venido dominando el Mediterráneo oriental durante los siglos anteriores. Todos los autores del Nuevo Testamento escribieron en griego y no en hebreo ni en el arameo de su subcultura judía y cristiana primitiva.

Este uso de una lengua comúnmente comprendida demuestra la determinación de los cristianos primitivos por hacer que el mensaje del evangelio llegara al público más amplio posible. También refleja el hecho de que la iglesia cristiana rápidamente sobrepasó los límites nacionales y étnicos. Juan parece hallar algunas dificultades para presentar su visión en griego. El texto del Apocalipsis trae a veces anomalías de gramática o del orden natural de las palabras, como suele pasar cuando alguien se está expresando en la que no es su primera lengua.

La visión está dirigida a siete congregaciones en Asia Menor, en el orden que seguiría un mensajero al recorrer el camino de una a otra circularmente por las carreteras públicas (fig. 1.4). La primera congregación fue Éfeso, la cuarta ciudad del Imperio Romano en tamaño y lugar donde Pablo había realizado una importante obra misionera (Hch 18,19-20,1). Gracias al ministerio de Pablo en Éfeso, tenemos más conocimiento bíblico sobre ese lugar que sobre ninguna otra de las ciudades de Asia Menor que menciona la visión.

Juan escribió siglos antes que los cristianos levantaran edificios dedicados específicamente al culto. Las congregaciones que conocía Juan en Asia Menor es casi seguro que eran grupos caseros, agrupaciones de individuos que podían caber en el salón de una casa. En sus ciudades venían a ser prácticamente invisibles. Podría suceder que algún vecino se pusiera nervioso al ver entrar y salir de ahí a los miembros de una religión rara y nueva, personas que se negaban a participar en los rituales cívicos de lealtad a los dioses y al imperio. Pero aparte de despertar la desconfianza de algún vecino, las iglesias cristianas tenían una presencia insignificante en el mundo romano del siglo I.

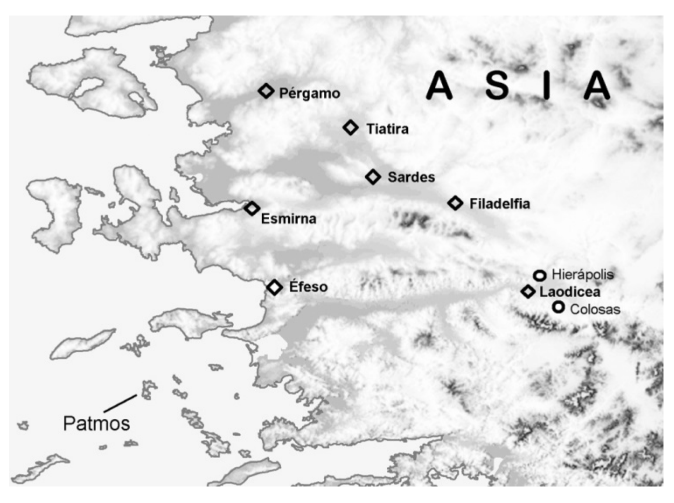


Fig. 1.4. Juan dirigió su visión a siete congregaciones en la parte occidental de la provincia del Imperio Romano conocida como Asia. Escribió desde la pequeña isla de Patmos, 80 km al suroeste de Éfeso. El orden de las ciudades en el Apocalipsis (Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia, Laodicea) dibuja un recorrido en forma de herradura, que un mensajero podía recorrer para ir entregando la visión de Juan a las siete iglesias.

Experimentar la visión para poder comprenderla

El Apocalipsis es *un libro de adoración*, que no es lo mismo que un libro sobre la adoración. «¡Dichoso quien lee [en voz alta] este mensaje profético» —escribe Juan (1,3). Como solamente una proporción minúscula de la gente en el mundo de la antigüedad estaba alfabetizada, la mayoría de los miembros de las siete iglesias necesitarían que alguien les leyera en voz alta el Apocalipsis. Esta lectura seguramente sucedería en cada una de las siete ciudades al reunirse las congregaciones en casas particulares para oír presentar la visión de Juan en el contexto de su culto.

El Apocalipsis está escrito para oírlo leer, pero el drama que cuenta involucra los cinco sentidos tradicionales. Juan ve chispazos de relámpago, oye el sonido de muchas aguas, adora a Dios en medio de una nube de incienso, siente la cercanía de un calor abrasador y se come un rollo de escritura que sabe a miel. El Apocalipsis es un drama de inmersión total, pensado para experimentar, más que para analizar. Sigue teniendo interés hoy para nosotros leer el libro en voz alta, de vez en cuando entero de corrido, sin parar. Tenemos que poder sentir como fluye, absorber la agonía y el júbilo, tomar nota de los períodos de silencio, oler el incienso, postrarnos en adoración.

El libro empieza con una bendición litúrgica: «Gracia a vosotros y paz» (1,4 gr). A continuación tenemos esa mezcla de política y religión que se verá en toda la visión: Jesús ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes al servicio de su Dios (1,6). La palabra «reino» nos habla de identidad política; el de «sacerdotes» sería una designación religiosa. La política y la religión convergen en actos de

culto, y el culto forja lealtad. De principio a fin, el Apocalipsis hace un llamamiento rotundo a que los creyentes eviten comprometer su lealtad última con ningún poder que no sea Dios y el Cordero.

Los símbolos pueden indicar una realidad sagrada

El libro de Apocalipsis resulta ser un caleidoscopio siempre cambiante de imágenes: luz, oscuridad, coronas, ángeles, bestias, y mucho más. Este formato visual en movimiento veloz resulta sorprendentemente apropiado para la sociedad postmoderna de hoy, donde la publicidad, la propaganda política y las comunicaciones personales, asumen frecuentemente un formato de imágenes fugaces y frases con gancho para salir en las noticias. La cultura occidental es menos literaria y más visual que hace una generación, y los medios suelen comunicar la esencia de un evento o concepto con signos visuales. Piénsese en el impacto que han tenido en el curso del mundo estos últimos años las imágenes del derrumbe de las Torres Gemelas, o en cómo los políticos escogen cuidadosamente la imagen de fondo cuando anuncian que se presentan a elecciones.

Las agencias de publicidad, los políticos y otros comunicadores emplean símbolos para suscitar conceptos y sentimientos profundos en la psique humana. «Los símbolos nos permiten expresar lo que sería imposible expresar con palabras corrientes» —dice David L. Barr—. «Por consiguiente nuestras convicciones más sentidas, sean religiosas, políticas o nacionales, […] hallan expresión en símbolos: la cruz, el yin y yang, Gettysburg (batalla importante en la historia de EEUU), la bandera, un ramo de flores». Los símbolos nos afectan en lo más profundo; «alargan la mano y nos cogen, exigiendo nuestra atención»[5].

El Apocalipsis, igual que la comunicación moderna, contiene señales y símbolos. Frank C. Senn, experto en la liturgia, escribe que:

> [El culto cristiano siempre] emplea generosamente un lenguaje simbólico y metafórico porque la realidad sagrada solamente se puede expresar en imágenes y símbolos. Es por eso que debemos estar en guardia contra el desprecio del lenguaje simbólico en Occidente, como cuando se dice: «Eso es solamente un símbolo». El pensamiento occidental ha tendido a distinguir demasiado entre «lo simbólico» y «la

[5] David L. Barr, *Tales of the End: A Narrative Commentary on the Book of Revelation* (Santa Rosa, CA: Polebridge, 1998), 9-10.

realidad». Pero el lenguaje de la liturgia, como el lenguaje de la Biblia, no conoce tales distinciones. La realidad se expresa en un lenguaje simbólico[6].

La teoría de signos nos ayuda a entender el Apocalipsis

La semiótica es el estudio de cómo funcionan los signos, y esta disciplina arroja luz sobre el significado del culto cristiano. Nos vamos a estar refiriendo a las herramientas que nos brinda la semiótica por cuanto el Apocalipsis, más que ningún otro libro de la Biblia, está lleno de signos. La teoría semiótica, como halla expresión en el filósofo estadounidense Charles Sanders Peirce (1839-1914), halla tres categorías de signos, sean éstos religiosos o no[7].

1. Los **iconos** son signos que comunican por tener *un parecido reconocible* al objeto o la idea que representan.

   Ejemplos: la papelera de reciclaje en la pantalla de un ordenador nos indica dónde deshacerse de documentos electrónicos, y la línea sinuosa en una señal de tráfico nos indica que habrá curvas en la carretera. Los iconos se entienden porque se parecen a la función o al objeto que representan.

2. Los **indicadores** son señales que comunican porque *se ven afectados o cambiados por* el propio fenómeno que indican.

   Ejemplos: La veleta cambia materialmente de dirección según de dónde sopla el viento; las manchas de sangre en el lugar de un crimen dan evidencia de lo que sucedió. Tanto el cambio de dirección de la veleta como las manchas de sangre vienen causadas por las circunstancias sobre las que comunican.

3. Los **símbolos** son señales que comunican sencillamente porque los que los usan en un grupo o una cultura determinada, han acordado que tengan ese *significado arbitrario*.

   Ejemplos: un semáforo comunica en un cruce solamente porque el gobierno ha estipulado arbitrariamente que el rojo significa Pare y el verde significa Puede cruzar. En Estados Unidos, el asno representa al

[6] Frank C. Senn, *Christian Liturgy: Catholic and Evangelical* (Minneapolis: Fortress: 1997), 5.

[7] Las siguientes definiciones se han adaptado de Charles Sanders Peirce, *Peirce on Signs: Writings on Semiotics by Charles Sanders Peirce*, ed. James Hoopes (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991), 239-40.

Partido Demócrata y el elefante al Partido Republicano, solamente por los hábitos de la sociedad estadounidense.

En el Apocalipsis abundan los iconos, indicadores y símbolos

Es posible situar todas las señales o imágenes en el Apocalipsis en una de estas tres categorías. Nos limitaremos en nuestro análisis a las señales que aparecen en el contexto del culto:

1. Ejemplos de iconos, signos que tienen un *parecido reconocible* a los objetos o personas que representan:

   Una visión de Cristo exaltado (1,12-20). Juan vio «una especie de figura humana, vestida con larga túnica y una banda de oro ciñéndole el pecho. Los cabellos de su cabeza eran blancos como lana blanca». Lo que Juan ve no es una descripción literal de Jesús, por cuanto la figura tiene ojos como llamaradas de fuego y de su boca sale una espada. Sin embargo Juan señala que la imagen que él ve *se parece* a Jesús: «uno parecido a Hijo de Hombre» (gr).

   Una imagen de una bestia (13,13-15). La segunda bestia anima a los habitantes de la tierra a «erigir una imagen en honor de aquella bestia que estuvo herida de muerte». La segunda bestia recibe la capacidad de «infundir vida a la imagen de la [primera] bestia hasta hacerla hablar y causar la muerte a todos cuantos se negaran a adorar esa imagen». Las imágenes pictóricas o esculpidas de los emperadores —que en la opinión de Juan representan las bestias— eran objetos corrientes de devoción en el siglo I.

2. Ejemplos de indicadores, signos que aparecen cuando los adoradores u objetos *se ven afectados o cambiados por* un encuentro espiritual:

   Los adoradores se postran ante Dios (4,9-10). Veinticuatro ancianos se postran ante aquel que está sentado en el trono y arrojan sus coronas a sus pies, cantando: «Digno eres…» (gr). Como cuando el viento hace girar una veleta, la gloria de Dios cambia la posición del cuerpo de los ancianos y arranca de ellos alabanzas espontáneas.

   Toda la tierra corre fascinada tras la bestia (13,3-4). Una de las cabezas de la bestia parecía haber sido «herida de muerte, pero la herida mortal estaba ya curada». Atónitos, los habitantes de la tierra seguían a la bestia. Adoraban al dragón porque había dado su autoridad a la bestia y adoraban a la bestia, «diciendo: "¿Quién como la bestia?" y "¿Quién sería capaz de resistirla?"» (gr). La aparente resurrección tiene un efecto tan

hipnótico que la tierra entera corre tras ella. La humanidad aclama espontáneamente que la bestia es invencible.

3. Ejemplos de símbolos, imágenes a las que los judíos, los cristianos o bien la sociedad pagana, han asignado un significado:

   Un arcoíris rodea el trono de Dios (4,3), recordando a Juan que Dios nunca más va a destruir la tierra con un diluvio (Gn 9,11-17).

   Juan ve una gran multitud en el cielo, «todos de pie delante del trono y del *Cordero*; todos vestidos con túnica *blanca*, llevando *ramas de palmera* en la mano» (Ap 7,9, énfasis añadido). El símbolo del Cordero tiene antecedente extenso en la práctica del sacrificio de animales en el Antiguo Testamento. Las túnicas blancas simbolizaban la victoria en la sociedad pagana, como cuando las multitudes se vistieron de blanco en Roma para presenciar cómo Tirídates hacía una reverencia ante Nerón. Las ramas de palmera simbolizaban la victoria a lo ancho del mundo mediterráneo y figuran en la festividad judía de las tiendas, que celebraba la liberación de esclavitud en Egipto (Lv 23,39-43).

Como suele pasar con los signos, las categorías de icono, indicador y símbolo a veces se hacen borrosas o solapan en el Apocalipsis. Por ejemplo, el icono de Jesús como Hijo de Hombre (1,12-19) incluye símbolos como la espada de dos filos que sale de su boca. Los ancianos se postran rostro en tierra para adorar a Dios, un indicador que incluye el número simbólico de veinticuatro (11,16).

A lo largo de este libro, estaremos empleando los términos *icono*, *indicador* y *símbolo* siguiendo el significado semiótico articulado por Peirce. Esta forma de identificar las señales del Apocalipsis nos ayudará a analizar su función y a comprender mejor el lugar de las señales en nuestros propios contextos políticos y religiosos.

Los lectores modernos tienen dificultades con los símbolos de la antigüedad

Los **iconos** propios del culto —tanto en el Apocalipsis como en el arte cristiano a lo largo de los siglos— generalmente no requieren mucha explicación. Sabemos de qué está hablando Juan cuando describe una visión de Cristo exaltado o del trono de Dios. Con las pistas que nos deja Juan, podemos tirar de conceptos históricos o tradicionales para construir imágenes mentales de Cristo o de Dios que nos resultan familiares, por mucho que estén recargadas de simbolismo.

Los **indicadores** que aparecen en el culto en el Apocalipsis también son bastante fáciles de comprender para el lector moderno. Sabemos por lo general lo que significa postrarse ante otra persona, o cantar de júbilo y celebración, o quedarse atónito ante eventos dramáticos. Hasta los que no creen en Dios tienen alguna experiencia de sentimiento intenso o pasmo que puede incluir cosas como el canto, el silencio o un cambio en la postura corporal.

Son los **símbolos** en el Apocalipsis lo que más se presta a despistar al lector moderno, por cuanto nuestra cultura dista mucho de la del mundo de la antigüedad donde esos símbolos tenían su significado concreto. Para descubrir el mensaje de la visión de Juan, tendremos que preguntar qué simbolizaban esos símbolos en el siglo I. ¿Tiene el símbolo algún antecedente en el Antiguo Testamento? ¿En el pensamiento judío o pagano de la propia época de Juan? ¿En las prácticas del Imperio Romano, como el culto al emperador? Si no hiciéramos esas preguntas, sería fácil atribuir a los símbolos que emplea Juan un significado que difiere de su mensaje.

Los símbolos políticos o religiosos generalmente entran a la psique humana por debajo del radar, trayendo consigo asociaciones mentales y mensajes de los que el receptor no suele ser consciente. Por cuanto el efecto subconsciente de los símbolos no tiende a reducir su impacto, haríamos bien en considerar con atención qué símbolos adoptamos en el culto y la cultura hoy día. Podríamos pensar en la arquitectura de nuestras iglesias, por ejemplo, y lo que comunica acerca de cómo entendemos la naturaleza del cuerpo de Cristo. Podríamos prestar atención a la ideología subyacente de los eventos y héroes que aparecen en nuestra moneda o en los sellos postales. Podemos fijarnos en los símbolos y la narrativa que se emplea en la propaganda y en el reclutamiento para las fuerzas armadas, para comparar sus valores expresados o implícitos, con la enseñanza de Jesús.

El Apocalipsis arranca con una visión de Cristo

Esa sensibilidad a lo simbólico es importante al ponderar el icono de Jesús en Apocalipsis 1,11-20. Sabemos que la figura es Cristo resucitado porque dice: «Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre» (1,18). La visión es de «uno parecido a Hijo de Hombre» (1,13 gr), un título conocido de Jesús en los evangelios. Para las iglesias de Asia Menor que eran numéricamente insignificantes y políticamente vulnerables, debe de haber sido reconfortante saber que Cristo estaba presente en medio de ellos.



Fig. 1.5. Una moneda del reinado de Domiciano muestra al «divino» hijo del emperador sentado sobre el mundo, rodeado de siete estrellas. [Foto por cortesía de Harlan J. Berk, Ltd.]

Los cristianos del siglo I en Asia Menor tenían buenos motivos para imaginar que corrían riesgo de martirio. Algunos líderes importantes de la iglesia primitiva —Estaban, Santiago, Pedro y Pablo— ya habían padecido una muerte violenta. Juan toma nota de que a Antipas, que había testificado sobre Jesucristo, lo habían matado en Pérgamo, «donde se ha hecho fuerte Satanás» (2,13). Ve una visión del cielo donde les dicen a las almas de los mártires que deben descansar un tiempo más, mientras se van añadiendo más santos al martirio (6,11; ver 20,4).

A pesar de tan lúgubre expectativa, el Apocalipsis proclama que ni los emperadores ni las autoridades provinciales ni ningún otro poder terrenal controla en última instancia la vida y muerte. Los creyentes pierden sus cuerpos mortales, pero el Señor que murió y resucitó es el soberano sobre la segunda muerte (la separación eterna de Dios después de la muerte biológica) y sobre el libro de la vida (2,11; 3,5). Si se aproxima un enfrentamiento hasta la muerte con el gobierno romano, es reconfortante saber que es Jesús quien tiene las llaves a Muerte y Hades (1,18). Como era típico en el cristianismo primitivo, el Apocalipsis ve la salvación desde una perspectiva de largo plazo: los creyentes están dispuestos a afrontar la muerte biológica, por la certeza de que la vida eterna es un don de Dios para los que permanecen fieles.

La propaganda del Imperio Romano reforzaba la noción de que los emperadores controlaban el mundo. Una moneda del reinado de Domiciano (81-96 d.C.), quien probablemente fuera el emperador cuando Juan escribió el Apocalipsis, muestra el icono del hijo bebé del emperador sentado sobre un globo (fig. 1.5). Declarado divino por Domiciano después de una muerte en la infancia, el niño figura como el dios Sol, Apolo, rodeado de siete estrellas. Éstas tal vez representen el sol, la luna y los cinco planetas que se conocían en la antigüedad[8]. El Apocalipsis cuestiona la ideología del imperio al emplear una

[8] Ver Mitchell G. Reddish, *Revelation*, Smyth & Helwys Bible Commentary (Macon, GA: Smyth & Helwys, 2001), 43.

imagen parecida para exaltar a Jesús: Cristo resucitado en la visión de Juan también tiene siete estrellas y un rostro como el sol en todo su esplendor (1,16).

Juan cae rostro en tierra de pasmo ante semejante visión (1,17) —una reacción típica en los personajes bíblicos que se encuentran inesperadamente ante la presencia de la deidad[9]—. Como vimos cuando Tirídates se acercó a Nerón, caer rostro en tierra como reverencia es también lo que hacía la gente en el siglo I cuando se encontraban ante los emperadores romanos, tenidos por divinos. La visión de Juan enfatiza que los cristianos, al presentar estos gestos o indicadores de culto, habían de escoger entre Jesús y el emperador.

Nos encontramos ante Dios con reverencia y pasmo

Pocos cristianos en Occidente afrontan hoy día nada como los nubarrones que anunciando una tormenta de persecución, oscurecían el horizonte de Juan y de sus primeros lectores. Tal vez nuestros ojos se abrirían en cuento a las luchas cósmicas hoy día, si nos conservásemos en contacto con aquellas partes del mundo donde los cristianos tienen problemas con sus gobernantes o con la sociedad en general. Si consideramos seriamente las enseñanzas radicales de Jesús acerca de la riqueza, el poder y la violencia, tal vez notaríamos más la tensión que existe con nuestra cultura.

La primera visión del Apocalipsis de Juan ejemplifica la reverencia y el pasmo que son lo apropiado en un encuentro con Dios. Juan probablemente se impacientaría con las oraciones de familiaridad exagerada, el culto que cultiva sentimientos agradables, y el evangelio de acomodo al mundo, que son corrientes en muchas iglesias occidentales hoy día. Estos indicadores de devoción que tratan a Dios como si fuera un subordinado nuestro, poco contribuyen a afrontar las dificultades de la vida. Adoramos como si estuviéramos al mando, amaestrando un Cristo resucitado para que acuda a nuestra ayuda para solucionarnos los problemas.

Tal vez podamos aprender una santa reverencia ante Dios con las visiones del Apocalipsis. Juan en Patmos se encontró con un Dios cuyo rostro nadie podía ver y seguir vivo (Ex 33,20). Conocía un Cristo cuya presencia divina transfigurada dejaba al individuo postrado rostro en tierra (Mt 17,6). Las historias de esos encuentros incluyen normalmente la instrucción tranquilizadora «No temas», como cuando Gabriel se dirigió a María. Este Cristo que se aparece como un Cordero en el Apocalipsis, también lleva a Juan más allá del terror. Pero somos sabios si recordamos que es solamente por la

[9] Ver, por ejemplo, Dn 8,17; Lc 24,5; Hch 9,4.

gracia de Dios que unos mortales pecadores puedan entrar a la divina presencia, pasar más allá del terror a la gracia. Nuestro culto ha de expresar gratitud de que tal milagro sea posible.

Para reflexión

1. Lee con atención Apocalipsis 1,1-6, identificando los vínculos de comunicación por los que Juan recibió la visión. ¿Quién o qué cosa esta siendo revelada? ¿Qué nos dice esto sobre el propósito del Apocalipsis?
2. Haz una lista de iconos, indicadores y símbolos que observas hoy día en la política, los negocios, las profesiones o la religión. ¿Afectan éstos tus actitudes y comportamiento?
3. ¿Has oído o visto alguna parte del Apocalipsis interpretado como teatro? ¿Qué música u obra de arte te trae a la mente el Apocalipsis?

VIVIR LA VISIÓN

Un capellán hace preguntas en Texas

En 1991, dos semanas antes de empezar la primera guerra del Golfo Pérsico, un capellán militar de una base de la Fuerza Aérea de Estados Unidos escribió una carta al director de un periódico de la localidad, cuestionando la sabiduría de una intervención armada. Aunque sus superiores le ordenaron callar, el capellán Garland Robertson insistió en su cuestionamiento ético de la guerra. Ninguna tradición cristiana, opinó, podía justificar moralmente el ataque inminente. «No puedo callar mientras los líderes de nuestra nación se aproximan peligrosamente al comienzo de un conflicto armado con Irak, cuando existen alternativas que parecen ser opciones más morales» —declaró[10].

El capellán Robertson fue amonestado, y su traslado proyectado a un puesto en Alemania se canceló. El ejército ordenó unas pruebas de salud mental, donde las primeras dos no demostraban ninguna patología. Con la tercera prueba se decidió que padecía de «un desorden de personalidad que

[10] Jin Rice, «An Officer and a Pastor», *Sojourners*, abril de 1994, 12.

es tan severo como para interferir con el cumplimiento acostumbrado y normal de sus deberes»[11]. Cambiaron su despacho en la capilla de la base, por un ruidoso almacén sin ventanas junto a una pista de aterrizaje.

—¿Son los capellanes ministros de la iglesia o ministros del Estado? —preguntó.

—Se supone que la capellanía militar tiene el deber de absolver a los individuos por haber hecho cosas por las que se sienten personalmente culpables —añadió—. Sin embargo yo estaba apelando a las personas a ejercer su propio discernimiento, no a limitarse a aceptar las órdenes de sus superiores. Los líderes en las iglesias de muchas denominaciones en Estados Unidos habían estado declarando que esa guerra era injusta. Yo era un pastor que representaba a la iglesia y quería mantenerme fiel al evangelio tal cual lo entiendo[12].

Hoy Robertson es pastor de una congregación en Austin, Texas. En el transcurso de la segunda guerra del Golfo Pérsico, se contó entre doscientas veintidós personas arrestadas por desobediencia civil cuando se reunieron para orar en una zona de acceso limitado frente a la Casa Blanca. Este indicador de lealtad a Dios acabó con Robertson esposado y encarcelado. Se negó a decir su nombre, asegurando así que sería llevado ante un juez, donde tendría oportunidad de explicar su lealtad al camino del Cordero.

[11] Ken Sehested, «Loyalty Test: The Case of Chaplain Robertson», *Christian Century*, 2 de marzo, 1994, 212-14.

[12] Garland Robertson, entrevistado por el autor, 12 de enero, 2005, Elkhart, Indiana.

2

Imperios en estampida

Leer Apocalipsis 12,18-13,10

[La bestia que vi era] *parecida a un leopardo, si bien sus patas eran como de oso y sus fauces como de león. El dragón le dio su fuerza, su imperio y su inmenso poderío. Me pareció que una de sus cabezas había sido herida de muerte, pero la herida mortal estaba ya curada; y toda la tierra corría fascinada tras la bestia. Adoraron al dragón, por cuanto había traspasado su poder a la bestia, y adoraron también a la bestia, exclamando:*

—*¡No hay nadie como la bestia! ¿Quién se atreverá a pelear contra ella?*

Se le permitió a la bestia proferir bravatas y blasfemias, y se le concedió autorización para actuar durante cuarenta y dos meses. Así lo hizo: profirió blasfemias contra Dios, contra su nombre y su santuario, y contra los que habitan en el cielo. También se permitió a la bestia pelear contra los mismos consagrados a Dios, hasta vencerlos; y le fue concedido poder sobre gentes de toda raza, pueblo, lengua y nación. Y todos los habitantes de la tierra, salvo los inscritos en el libro de la vida que tiene el Cordero degollado desde el principio del mundo, rendirán vasallaje a la bestia (13,2-8).

Procedemos ahora al sobresalto de la visión de bestias en Apocalipsis 13, por cuanto los personajes de este capítulo son medulares para el mensaje del libro entero. Lo que vemos provoca miedo: una bestia de siete cabezas que parece un leopardo, tiene patas como de oso y una boca como de león (Ap 13,1-10). Por rocambolesco que nos parezca este monstruo a nosotros, era bien reconocible por aquellos judíos del siglo I que conocían las Escrituras hebreas. Juan emplea

la bestia como símbolo de un imperio que ha traspasado los límites de un mando legítimo, al exigir un culto idólatra.

En una visión situada en el contexto de la cautividad babilónica (598-538 a.C.), el profeta hebreo Daniel vio en cierta ocasión cuatro bestias inmensas que emergían del mar (Dn 7,2-7). La primera era como un león con alas de águila, pero erguida como un ser humano. La segunda era como un oso con tres grandes colmillos. Recibió instrucción de levantarse y devorar muchos cuerpos. La tercera era como un leopardo con cuatro águilas y cuatro cabezas, y le fue entregado el dominio.

Por último Daniel vio una cuarta bestia: «Era terrible, espantosa y fortísima. Tenía unos enormes dientes de hierro, con los que devoraba y trituraba; después pisoteaba las sobras con sus patas. Era distinta a las anteriores. Tenía diez cuernos» (7,7). donde Daniel vio cuatro bestias, Juan de Patmos ve una única bestia que combina los rasgos horrendos de las cuatro criaturas de la pesadilla de Daniel.

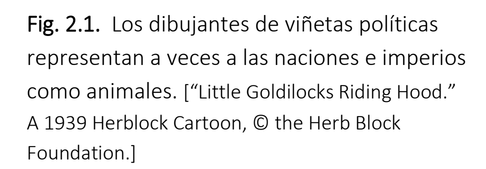
Las visiones apocalípticas son viñetas políticas

Una forma de entender estos símbolos, es leerlos como leemos las viñetas políticas. Ni Daniel ni Juan pretendían hacernos reír. Pero las viñetas políticas procuran generar una reflexión seria al sintetizar rasgos salientes de naciones o gobernantes o noticias en unos pocos trazos o personajes.

La viñeta que se adjunta (fig. 2.1), que se publicó en periódicos de EEUU durante la 2ª Guerra Mundial, dibuja a Polonia como una combinación de Ricitos de Oro y Caperucita Roja. Alemania y Rusia están juntas en la cama por su alianza militar, conspirando para devorar a Polonia al repartírsela entre ellos. Nadie que conociera lo que estaba pasando en Europa en 1940 (y que conociera también los cuentos pertinentes) iba a equivocar el sentido siniestro del dibujo.

Hay un empleo parecido de símbolos en el Apocalipsis y en toda una serie de libros escritos primeramente por judíos (a la postre también por cristianos) entre el siglo II a.C. y el siglo II d.C. Con el tiempo estas obras se conocerían como *apocalípticas* —que significa «reveladoras, descubridoras»—. Emplean imágenes de bestias, seres celestiales y otros símbolos fantásticos para representar entidades políticas y religiosas. El libro de Daniel es uno de los más tempranos y más influyentes entre los escritos apocalípticos, un prototipo que sería imitado por otras obras posteriores, tanto judías como cristianas.




Fig. 2.1. Los dibujantes de viñetas políticas representan a veces a las naciones e imperios como animales. ["Little Goldilocks Riding Hood." A 1939 Herblock Cartoon, © the Herb Block Foundation.]

La mayoría de los escritos apocalípticos judíos y cristianos nunca llegaron a ser parte de nuestra Biblia. Sin embargo algunas de esas obras siguen existiendo, con títulos como *4º libro de Baruc*, *1er libro de Enoc*, *Testamento de los Doce Patriarcas* y *Oráculos Sibilinos.* Se conocen como obras seudoepigráficas (es decir, falsificadas) porque normalmente atribuyen su autoría a algún profeta u otro personaje venerable que vivió siglos antes de que en realidad fueran escritos[1].

El propósito de esta artimaña era hacer que los libros «predigan» la sucesión de hechos históricos que desembocan en la época cuando vivía el autor real. Habiendo establecido así su capacidad para predecir el futuro a la perfección, a menudo en relación con al auge y declive de las potencias políticas, el autor entonces metía algunas predicciones *de verdad* acerca del futuro próximo de los lectores de su propio día.

El Apocalipsis es insólito entre los libros apocalípticos judíos y cristianos, por el hecho de que no esconde quién es de verdad su autor. Juan de Patmos se describe a sí mismo con sencillez como «vuestro hermano, [que] unido a Jesús, participo con vosotros en el sufrimiento y en la espera paciente del Reino» (Ap 1,9). Pero Juan parece conocer bien tanto Daniel como otros libros apocalípticos que no figuran en nuestra Biblia. De estas obras, Juan toma imágenes y símbolos que ya tienen un significado bien conocido. Por ejemplo, un ave o una bestia en estos libros probablemente significará un imperio. Las cabezas, alas o

[1] Ver James H. Charlesworth, ed., *The Old Testament Pseudepigrapha*, 2 vols. Garden City, NY: Doubleday, 1983-85).

cuernos de tales criaturas normalmente representarán los diferentes gobernantes[2].

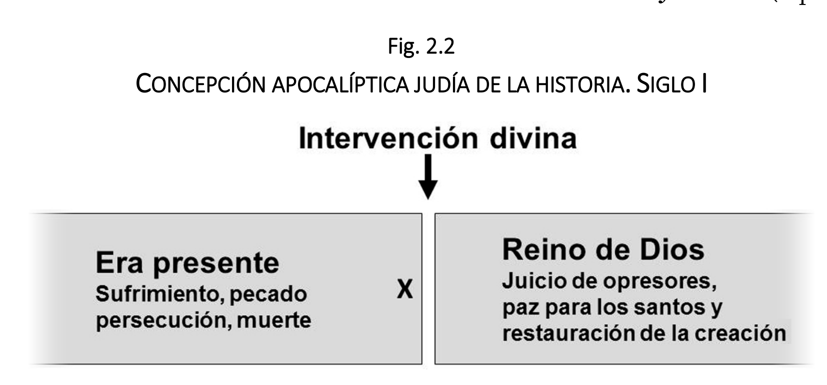
Los judíos esperan que Dios intervenga en la historia

Bien sea porque los poderes paganos parecían dominar en el mundo o porque el pueblo de Dios parecía pecar de infidelidad, los autores apocalípticos creían típicamente que la era cuando vivían era irremediablemente perversa. Las cosas habían llegado hasta tal punto que lo único que podía hacer Dios era intervenir con uno o más mesías (personajes ungidos) para poner fin al mundo tal como lo conocían los mortales. Dios y su(s) mesías traerían el juicio de Dios al mundo e inaugurarían un reinado eterno y divino. Los poderes paganos y sus secuaces caerían derrotados, y los santos reinarían juntamente con Dios en justicia y paz. En el Antiguo Testamento, Daniel 7,9-14 es el ejemplo principal, además de prototipo, de esta manera de entender el futuro.

Una esquematización de la historia basada en los libros apocalípticos judíos sería más o menos como el diagrama de la figura 2.2. El autor verídico de cualquiera de estos libros estaría situado en el punto donde figura la *X*, aunque el autor declare ser Enoc o cualquier otra figura venerable de siglos atrás. Algunos —puede que muchos— judíos del siglo I esperaban la pronta aparición del (de los) mesías, que traerían una nueva era de justicia y de paz. De manera que no sorprende que el anuncio de Jesús de que el reino de Dios se ha acercado (Mr 1,15) tuviera un efecto eléctrico en sus oyentes. Al final del Apocalipsis, Juan ve descender este reino desde los cielos como una nueva Jerusalén (Ap 21).

Fig. 2.2

CONCEPCIÓN APOCALÍPTICA JUDÍA DE LA HISTORIA. SIGLO I



[2] El cuerno pequeño de la cuarta bestia de Dn 7,8 es casi seguro que representa a Antíoco IV Epífanes, el déspota seléucida cuyas medidas de opresión contra los judíos desencadenó el alzamiento de los macabeos en 167 a.C. La gran ave en la Visión del Águila del 4º libro de Esdras (= 2 Esdras) 11-12, con igual seguridad representa al Imperio Romano, y sus tres cabezas, los emperadores Vespasiano, Tito y Domiciano. Como Juan, el autor de 4 Esdras ve a las bestias emerger del mar (2 Esd 11,1).

Los cristianos adaptan la mentalidad apocalíptica

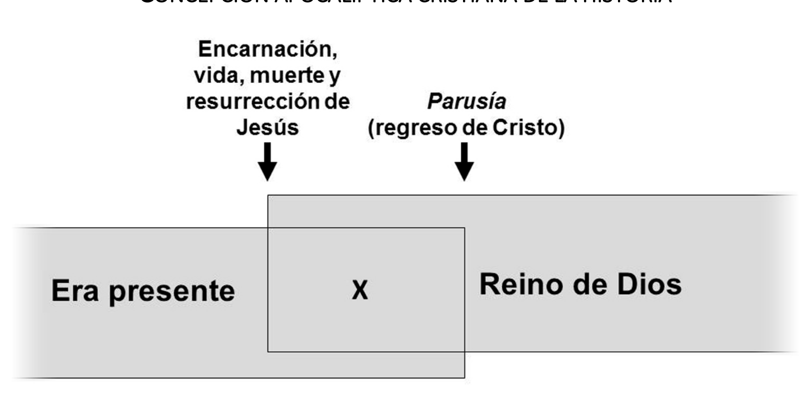
La fe cristiana es hondamente apocalíptica y el evangelio de Jesucristo revela un cambio sísmico que está sucediendo en la historia. El evangelio construye sobre la manera judía de entender la historia que hemos visto en la figura 2.2, pero con una adaptación decisiva. En lugar de anticipar una ruptura total entre la presente era perversa y el reinado de Dios, la teología cristiana entiende que ambas eras se solapan. John Howard Yoder describe así esta manera de entender la historia:

> El Nuevo Testamento entiende que nuestra era presente —la era de la iglesia, que se extiende desde Pentecostés hasta la Parusía (el regreso de Cristo)— como un período cuando se solapan dos eones. Estos eones no son períodos diferentes de tiempo, por cuanto coexisten simultáneamente. Difieren más bien en su naturaleza o direccionalidad; una señala hacia atrás, a la historia humana fuera de (o antes de) Cristo; la otra señala hacia adelante, a la plenitud del reinado de Dios, del que ya es un anticipo. Cada eón tiene su propia manifestación social: la primera en «el mundo», la segunda en la iglesia o «cuerpo de Cristo»[3].

Dentro de la manera cristiana de entender la historia, los creyentes viven en un período de solapamiento entre lo viejo y lo nuevo, en el lugar indicado con una *X* en la figura 2.3. El reinado de Dios *ya ha empezado a tomar forma* en el mundo gracias a la vida, muerte y resurrección de Jesús —y entre aquellos de cada nación que declaran que Jesús es Señor—. Llenos del poder del Espíritu Santo, los cristianos viven dentro de la edad presente, como extranjeros inmigrantes (1 P 1,1.17) y como ciudadanos del futuro (Heb 13,14). Vivimos

Fig. 2.3

CONCEPCIÓN APOCALÍPTICA CRISTIANA DE LA HISTORIA



---

[3] John Howard Yoder, *The Royal Priesthood: Essays Ecclesiological and Ecumenical*, ed. Michael G. Cartwright (Grand Rapids: Eerdmans, 1994), 9.

por la constitución del reino de Dios según la enseñó y ejemplificó Jesús. Ya no nos guiamos por el modelo de pecado y muerte que tanto prevalecen en nuestro mundo.

Llegará el día cuando Cristo regresará para poner fin a los poderes de oscuridad que trastocan la creación. Entre tanto, las fuerzas de la violencia y la codicia arrastran a los humanos a ceñirse a una edad que se está desvaneciendo. El amor de Cristo nos llama hacia adelante, para adoptar las normas de justicia y reconciliación que son propias de su reinado. Como seguidores de Jesús, vivimos nuestras vidas en esa tensión entre lo viejo y lo nuevo. Los rituales de lealtad y actos de devoción importan mucho, porque son indicadores que reflejan y calibran nuestra orientación espiritual. Mediante símbolos, iconos e indicadores de lealtad, expresamos y experimentamos aquello que es más esencial para nosotros, de formas que orientan nuestras vidas hacia el futuro de Dios.

El propósito del libro de Apocalipsis es mostrar que los valores de Roma (Babilonia) y el imperio (la bestia) reflejan patrones de muerte que pronto pasarán. Los seguidores de Jesús evitarán participar en actos que comprometan su lealtad y en instituciones que no se someten al señorío de Dios y el Cordero. El Apocalipsis nos brinda una letanía de señales relacionadas en primera instancia con el culto, señales que reorientan el alma hacia el futuro de sanidad y esperanza que nos aguarda en Dios.

Daniel: un modelo de resistencia

Para entender los orígenes del pensamiento apocalíptico, necesitamos echar un vistazo a los eventos trágicos que ocasionaron esta teología tan radical. En el año 586 a.C., los ejércitos de Babilonia conquistaron Jerusalén y destruyeron el palacio real de los monarcas judíos. Los invasores también profanaron el templo construido por Salomón y lo redujeron a escombros. Ejecutaron a los hijos del rey de Judá ante sus propios ojos, que después arrancaron, y se lo llevaron en cadenas a Babilonia (2 R 24-25).

El libro de Daniel tiene su puesta en escena en las turbulencias de la política y el culto después de esta catástrofe. El joven Daniel y tres compañeros de exilio son ahora siervos en la corte del rey Nabucodonosor en Babilonia, donde están expuestos al *glamour* del dominio mundial (Dn 1). En la corte del rey los cuatro jóvenes exiliados se ven presionados a comer unos alimentos regios que infringen las prohibiciones judías. Los cuatro superan la prueba con un estado físico envidiable y obtienen así permiso para continuar con su régimen de alimentación *kosher*.



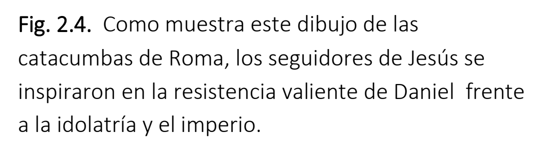


Fig. 2.4. Como muestra este dibujo de las catacumbas de Roma, los seguidores de Jesús se inspiraron en la resistencia valiente de Daniel frente a la idolatría y el imperio.

Las pruebas a continuación son más duras. El rey Nabucodonosor manda hacer un icono de oro inmenso y exige que sus súbditos se postren ante él (Dn 3). Cuando se niegan a adorar el icono, Dios libra a Daniel y a sus amigos de ejecución a horno de fuego. Por su blasfemia, Dios castiga al rey Nabucodonosor con locura, donde se vuelve literalmente bestial, gateando a cuatro patas y comiendo hierba como un buey (Dn 4).

El libro de Daniel procede a contar la historia posterior de Darío, rey de los medos, cuyo juicio resulta igual de aciago. Los medas fueron aliados de los babilonios y —siempre según Daniel— gobernaron la Mesopotamia brevemente cuando el Imperio Babilónico empezó a desintegrarse. Darío asiente a una propuesta que obligará a los súbditos de su reino a peticionarle solamente a él (Dn 6). Daniel ignora el edicto y —como indicador de su lealtad a Yahvé— se postra tres veces al día en dirección a Jerusalén en oración. Echado a los leones por insubordinación, Daniel se salva cuando Dios cierra las bocas de los leones (fig. 2.4).

Las historias de Daniel inspiran a generaciones posteriores

Después de regresar de la cautividad a partir del 539 a.C., la comunidad judía aparentemente contó historias sobre la fidelidad de Daniel cuando surgía persecución o cuando aparecía la tentación a la apostasía. El siguiente imperio que incluyó a los judíos vino desde el occidente, cuando Alejandro Magno de Macedonia conquistó Palestina en el 333 a.C. El gobernante agresor fue ahora el rey Antíoco IV, que añadió a su nombre el de «Epífanes» —[dios] manifiesto— (fig. 2.5).

El libro de 1 Macabeos (1,20-64) relata cómo Antíoco IV halla colaboracionistas voluntariosos entre el pueblo judío. Construye en Jerusalén un



Fig. 2.5. Representado como Zeus, el soberano seléucida Antíoco IV figura divinizado en esta *tetradracma* de 169/168 a.C. La figura sentada tiene en la mano un icono de Niké (Victoria). La inscripción pone: «Antíoco Rey, dios manifiesto, portador de Victoria». [Foto por cortesía de Freeman & Sear.]

gimnasio, que venía a ser un centro cultural de instrucción, donde los atletas competían al desnudo. Antíoco es un gobernante rapaz, que al final saquea el templo, cobra impuestos pesados, incendia Jerusalén y destruye las murallas de la ciudad. En un intento de suprimir la religión judía, Antíoco manda a los judíos abandonar los indicadores religiosos de la circuncisión, el sacrificio a Yahvé en el templo, y la observancia de los días festivos judíos. Las familias que circuncidan a sus bebés varones han de ser exterminadas. Los judíos reciben orden de olvidar la ley de Moisés y de sacrificar cerdos a dioses paganos en el templo de Yahvé en Jerusalén.

Estos ultrajes dan lugar a una rebelión, la Revolución Macabea (167-164 a.C.). Los judíos que quieren mantenerse fieles a la ley de Moisés consiguen zafarse de sus soberanos griegos. Emprenden una purificación ritual del templo, que los judíos recuerdan hasta hoy con la festividad de Janucá (1 M 4). El libro de Daniel apareció entonces entre los judíos en medio de esta crisis, cuando el pueblo se resentía bajo el opresor pagano. Estas historias de jóvenes varones judíos en el exilio traían un mensaje revitalizador: sed valientes y fieles, que Yahvé os defenderá, así como defendió a Daniel.

Un desfile de imperios domina Palestina

La segunda mitad del libro de Daniel (caps. 7-12) contiene visiones que muestran un desfile de imperios paganos, designados como bestias, que ocuparon Palestina a finales de la era del Antiguo Testamento y entre ambos Testamentos. En un sueño, Daniel aprende que las bestias son cuatro reyes «que aparecerán en la tierra» (7,17). Estas bestias con toda seguridad representan secuencialmente los imperios de Babilonia (Nabucodonosor), Media (Darío), Persia (Ciro) y Grecia (Alejandro Magno). Cada uno dominó Palestina a su tiempo, entre la caída de Jerusalén (586 a.C.) y el comienzo del gobierno romano en Palestina (63 a.C.).

La cuarta bestia de la visión de Daniel —el imperio griego— tiene diez cuernos, símbolos de soberanos que gobernaron los dominios de Alejandro Magno que fueron repartidos cuando murió. Uno de estos cuernos con toda seguridad representa al propio Antíoco IV. En las Escrituras hebreas, un cuerno (*shofar*) bien podía ser de un animal. De manera que un cuerno de carnero podía valer como trompeta para llamar al pueblo al culto, a la batalla o a una celebración. El libro de Salmos advierte a los malvados: «No alcéis tanto vuestra frente, no habléis con el cuello erguido» (Sal 75,6). Hace exactamente eso el cuerno viviente en la visión de Daniel: «tenía [...] una boca que hablaba con insolencia» (Dn 7,20). El cuerno insolente «luchaba contra los santos y los vencía» (7,21). La visión de Daniel prevé una intervención divina que juzgará al cuerno, que al final será consumido hasta su entera destrucción (7,26).

Jesús es el Hijo de Hombre

Juan de Patmos se valió mucho de Daniel y de otros libros apocalípticos para sus imágenes, y esos textos le brindaron iconos y símbolos con referencia a las circunstancias que los cristianos del siglo I estaban afrontando. La visión de Juan describe a Cristo como «uno como un hijo de hombre» (Ap 1,13 gr). Este es el mismo título que aparece en Daniel 7,13 para describir al mesías que inaugura el reinado de Dios después de que sean destruidas las bestias del imperio:

Estaba mirando yo en visión, de noche,
y ¡Mira!, entre las nubes del cielo
vino uno como hijo de hombre
y llegó donde el Anciano de Días
y fue presentado ante él.

Y le fue dado el dominio y el honor y el reino,
y todos los pueblos y las naciones y las lenguas
le rendían pleitesía.
Su dominio es un dominio sin fin, que nunca pasará;
*y su reinado —que nunca será destruido (*Dn 7,13-14 aram)

Cuando el Apocalipsis describe a Jesús como el Hijo de Hombre, lo identifica con la figura política triunfal de Daniel 7, como aquel que ordena una lealtad mundial al Dios viviente.

El Imperio Romano surge de la mar

Los judíos devotos que se oponían al gobierno de paganos en Palestina, se sintieron defraudados una vez más en el 63 a.C., cuando Roma pasó a ser la siguiente potencia extranjera en capturar Jerusalén. Más adelante veremos con algo de detalle cómo es que gobernó Roma. Por ahora bástenos decir que Roma ocupó Palestina en el 63 a.C. y no se marchó hasta siglos más tarde. Este imperio nuevo era tan inmenso que cuando Lucas escribió acerca del nacimiento de Jesús, dijo: «Se promulgó un decreto de parte de César Augusto, de que *todo el mundo* se empadronara» (Lc 2,1 gr, énfasis añadido).

Desde luego, a cualquier residente en Palestina del siglo I, tenía que parecerle que Roma tenía un poder universal. Para un judío devoto familiarizado con la literatura apocalíptica, y para los cristianos que conocían el Antiguo Testamento, Roma acabaría identificada con la larga sucesión de imperios-bestia que se arrogaban el lugar de Dios y pretendían dominar el mundo entero.

Cuando Juan describió la bestia imperial que surgía de la mar (Ap 13,1), puede haberse estado refiriendo a Roma y a toda Italia surgida geográficamente del Mar Mediterráneo. Más localmente en Asia Menor, el símbolo de una bestia que surge de la mar puede haber aludido a la llegada anual a Éfeso del procónsul o gobernador romano. Hoy las ruinas de Éfeso están a varios kilómetros de la costa, porque el río que pasa próximo a la ciudad ha llenado de sedimentación la bahía. Pero en el siglo I el mar llegaba hasta el borde de Éfeso. El procónsul romano, que Juan bien pudo considerar que era un agente de la bestia, procedía en procesión a lo largo de un bulevar, desde su nave hasta el teatro con aforo para 24.000 espectadores (fig. 2.6). Visto por los ciudadanos de Éfeso, el gobernador y su séquito parecían surgir desde la mar (véase 2 Esd 11,1).

Fue en este mismo teatro que sucedió el disturbio cuando Pablo predicó el evangelio en Éfeso a mediados del siglo I (Hch 19,23-41). Dos de los compañeros de viaje de Pablo, Gayo y Aristarco, casi acabaron linchados por una turba enardecida. A pesar del peligro y contra lo que aconsejaban otros creyentes, Pablo quería entrar al teatro a hablar a la multitud. Pero Lucas informa que «algunos de los asiarcas, que eran amigos de él, le mandaron sosegar, que no apareciera por el teatro» (Hch 19,31 gr). Este comentario reviste especial interés porque los asiarcas eran funcionarios municipales que, entre otras funciones, tenían a su cargo supervisar el culto al emperador.

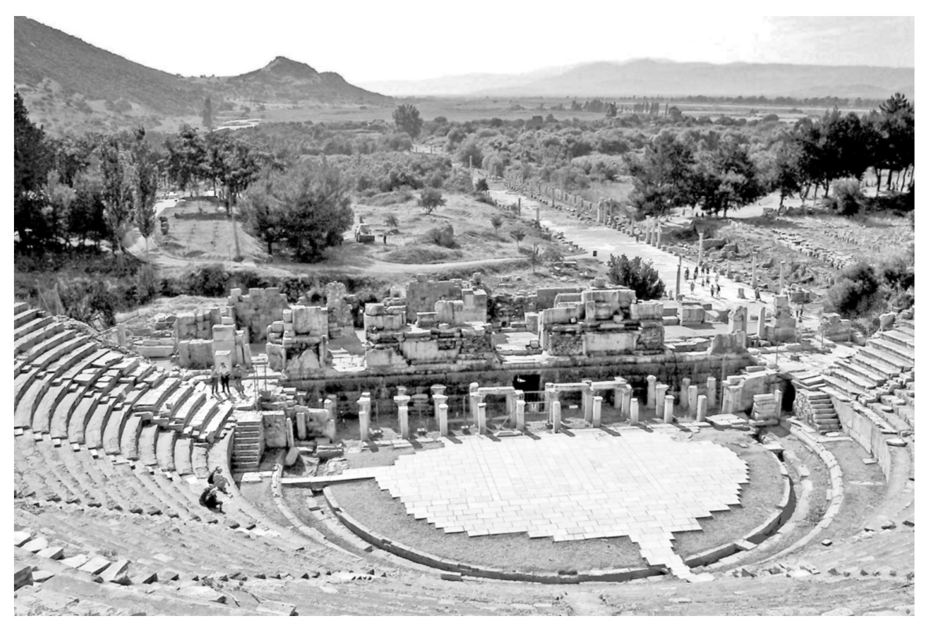


Fig. 2.6. Una vista hacia el puerto, al oeste, desde el gran teatro de Éfeso. En el siglo I los barcos podían llegar hasta el extremo de la Calle del Puerto, que cruza en diagonal hasta el centro, arriba, de esta foto. Hoy el puerto se ha llenado de sedimentación y el mar queda al otro lado de la colina puntiaguda que se ve a la izquierda.

Las imágenes de Juan vienen de la tradición judía

El encuentro de Pablo con los asiarcas de Éfeso sugiere que los funcionarios del gobierno estaban al tanto de las actividades de los cristianos en Asia Menor. No es difícil imaginar que Juan, con su forma mordaz de ver el Imperio Romano, bien pudo haber sido acusado de insubordinación política por las autoridades locales.

Cuando Juan se encuentra en la isla de Patmos y procura animar a sus compañeros cristianos en el continente, sus ojos se abren para ver un drama espiritual con un reparto de personajes que vienen de la historia y literatura judías. El reparto y el escenario incluye bestias, ángeles, la estrella del alba, Babilonia, el Anciano de Días, el Hijo de Hombre, y mucho más. Si prestamos atención al Antiguo Testamento y otras fuentes de la antigüedad de donde Juan toma estas imágenes, empezamos a desentrañar el misterio de su Apocalipsis. En este capítulo y el próximo, vamos a centrarnos especialmente en el hecho de que, para Juan, una bestia representa un imperio que gobierna con violencia y se arroga una lealtad que le pertenece propiamente a Dios.

La fe cristiana es una teología de la historia

Hemos visto que la visión de Juan tiene sentido si la consideramos en el contexto de la pequeña nación judía —y en tiempos de Juan, una diminuta comunidad cristiana— que está siendo avasallada por imperios. Un grupo minoritario de monoteístas (creyentes en un único Dios) se sentían vulnerables ante el ímpetu de poderes políticos inmensos que reclamaban lealtad para con gobernantes «divinos» y dioses paganos.

La fe cristiana es una teología de la historia, una convicción de que Dios se interesa en los asuntos de la humanidad y ha entrado al mundo en la persona de Jesucristo. La historia empezó con la atención amante de Dios para con su creación, y concluirá cuando Cristo regrese y Dios redima el mundo con amor. Entre tanto, los seguidores del Cordero viven en el ínterin entre los tiempos, en un territorio disputado entre todo lo que viene estando mal desde el pasado y la creación restaurada de Dios en el futuro.

Hemos visto entonces la primera bestia, la del imperio con sus ansias de señorío sobre el mundo entero. En el próximo capítulo veremos la segunda bestia, que hace que los habitantes de la tierra adoren a la primera. ¡Preparémonos para conocer la maquinaria propagandística que necesita todo imperio para sobrevivir!

Para reflexión

1. ¿Con cuáles personas u organizaciones has oído a intérpretes modernos identificar la bestia de Apocalipsis 13,1-10? ¿Te han resultado convincentes esas interpretaciones? ¿Por qué o por qué no?
2. Nombra algunas personas, de la historia o del presente, que se han rebelado contra el imperio de soberanos extranjeros. ¿De qué maneras se sirvió el poder imperial —o bien los rebeldes— de la religión para avanzar su causa?
3. ¿Qué vienes a deducir de Apocalipsis 13,9-10, acerca de lo que piensa Juan del uso de la fuerza letal para avanzar las causas políticas o religiosas?

VIVIR LA VISIÓN

Equipos Cristianos de Acción por la Paz en Palestina

En contra de acuerdos internacionales, algunos israelíes en años recientes han intentado sistemáticamente penetrar en la Cisjordania palestina para establecer allí asentamientos ilegales. El ejército israelí viene después, para proteger a los colonos que ocupan tierras que han pertenecido a los palestinos desde hace generaciones. Desde 1995 un Equipo Cristiano de Acción por la Paz (ECAP) ha vivido y celebrado cultos en la ciudad de Hebrón, en Cisjordania. Los colonos y soldados han ocupado el centro histórico de Hebrón en los últimos años, por cuanto allí se encuentran las tumbas de Abrahán, Sara y otros patriarcas del Antiguo Testamento. Muchos residentes y tenderos palestinos —musulmanes que también reverencian esas tumbas— se han marchado de allí por la basura que les arrojan los colonos desde los pisos en torres de viviendas, y por otras formas de hostigamiento. Los miembros de ECAP informan de esta violencia a la comunidad internacional, acompañan a los niños palestinos a la escuela, interponen sus cuerpos cuando la demolición de viviendas palestinas, y procuran hallar otras formas no violentas de trabajar por la justicia.

Hasta que fuera deportada, Kathleen Kern fue parte del equipo en Hebrón.

—En Hebrón celebrábamos un culto cada mañana —dice.

El culto incluía himnos, y Kern recuerda especialmente «Abide in me» (Permanece en mí), con su referencia a Dios como ayudador de los desvalidos. Dice:

—Muchas veces hemos llorado al cantar ese verso del himno, porque nos sentíamos tan desvalidos en el esfuerzo por detener el sufrimiento de gentes inocentes. Cuando sentíamos rabia o miedo, tanto más cantábamos, para sacarnos de dentro el veneno. Podíamos llorar con los palestinos y abrazarlos. Pero normalmente era imposible impedir que sus casas fueran demolidas.

El veneno al que se refiere Kern era una rabia hirviente, y los miembros de ECAP a veces tiraban con todas sus fuerzas almohadas contra la pared, para dar una salida a tanta frustración.

—Orábamos que los ojos de la gente se abrieran para ver lo que estaban haciendo —dice Kern. La disciplina de oración fortalecía a los miembros de ECAP para poder testificar en medio de circunstancias harto peligrosas—. Cuando veíamos que estaban por demoler una casa, nos subíamos al tejado y no sentíamos miedo.

Los miembros de ECAP se interponían de un salto delante de los soldados que estaban por disparar a palestinos que se dirigían a su mezquita cuando les ponían un toque de queda. Kern recuerda una Navidad cuando el grupo de ECAP fue a la iglesia de Belén:

—Tuvimos que trepar unas barricadas de tierra para llegar ahí. Llegamos a la iglesia y cantamos «Venid, fieles todos [...] de gozo triunfantes».

Como, sinceramente, no se sentían tan gozosos, adoraban con lágrimas en los ojos en aquel lugar donde el niño Jesús fue hace tanto tiempo el blanco de la tiranía de Herodes[4].

[4] Kathleen Kern, entrevistada por el autor, 5 de julio de 2004, South Bend, Indiana.

3

Culto bestial

Leer Apocalipsis 13,11-18

Vi luego cómo surgía de la tierra otra bestia, que tenía dos cuernos de carnero y hablaba como un dragón. Tenía todo el poderío de la primera bestia y lo ejercía en su favor, logrando que todos los habitantes de la tierra adorasen a aquella primera bestia, cuya herida mortal había sido curada. Realizaba prodigios formidables, como hacer bajar fuego del cielo a la tierra a la vista de la gente. Con esos prodigios que se le había permitido hacer en presencia de la bestia, engañaba a los habitantes de la tierra animándolos a erigir una imagen en honor de aquella bestia que estuvo herida de muerte y revivió. Se concedió a esta segunda bestia infundir vida a la imagen de la bestia hasta hacerla hablar y causar la muerte a todos cuantos se negaran a adorar esa imagen. Mandó también que todos, humildes y poderosos, ricos y pobres, libres y esclavos, llevaran una marca tatuada en la mano derecha o en la frente. Y sólo quien llevaba tatuado el nombre de la bestia o la cifra de su nombre era considerado ciudadano con plenitud de derechos. Sabiduría se requiere aquí. El que presuma de sabio, pruebe a descifrar el número de la bestia, que es cifra humana. El seiscientos sesenta y seis es la cifra.

Una segunda bestia entra al campo de visión de Juan, «logrando que todos los habitantes de la tierra adorasen a aquella primera bestia, cuya herida mortal había sido curada» (Ap 13,11-12). Si la primera bestia es el Imperio Romano, la segunda bestia es alguna entidad capaz de inducir a la gente del mundo a declararle lealtad al imperio y a sus emperadores. Parece venir a representar una telaraña de instituciones que fomentan el culto al emperador, instrumentando así la lealtad a Roma en el tiempo de Juan.

El culto al emperador nace de la gratitud

El culto al emperador surgió espontáneamente en Asia Menor con la expansión del Imperio Romano en el siglo I a.C. La iniciativa para esta expresión tan extravagante de lealtad nació de la gente de los territorios conquistados, no de Roma. Bajo César Augusto[1], para el año 31 a.C. Roma había tomado el control de la parte oriental del Mediterráneo. Durante la década previa a su victoria definitiva, los diferentes ejércitos en pugna habían cruzado una y otra vez los mares y las provincias, dejando a su paso destrucción e inestabilidad política.

Cuando César Augusto consiguió unir y pacificar la mayoría del mundo conocido, pareció a muchos un logro nada menos que divino. Hubo poetas y políticos que cantaron el amanecer de una nueva era, que llamaron la *pax romana* (paz romana). El poeta romano Virgilio (70-19 a.C.), que había venido anunciando durante años el auge de un salvador mesiánico, escribió los siguientes versos cuando Augusto se hizo con el imperio:

> Éste es, éste es el hombre que a menudo escuchas te ha sido prometido,
> Augusto César, hijo del divo, que fundará los siglos
> de oro de nuevo en el Lacio[2] por los campos que un día
> gobernara Saturno, y hasta los garamantes[3] y los indos
> llevará su imperio; se extiende su tierra allende las estrellas,
> allende los caminos del año y del sol[4].

El poeta romano Horacio (65-8 a.C.), al observar que los héroes anteriores muchas veces no habían recibido veneración en vida, escribió las siguientes líneas sobre César Augusto:

> Sobre ti, sin embargo, estando todavía entre nosotros, hacemos caer honores a tiempo, levantando altares para jurar por tu nombre, y

---

[1] El nombre de César Augusto es un título honorífico que asumió el nuevo gobernante cuando alcanzó formalmente el rango de emperador en el 27 a.C. Antes, venía siendo conocido por su nombre personal, Octavio.

[2] Lacio es el nombre de la región de Italia donde se encuentra Roma.

[3] Los garamantes fueron un pueblo que floreció aproximadamente del 400 a.C al 600 d.C. en lo que es hoy Libia central.

[4] Virgilio, *Eneida* 6.791-796; en la traducción de Rafael Fontán Barreiro, (Madrid: Alianza Editorial S.A., 1986) 93.

confesamos que ningún otro como tú se alzará en el futuro ni se ha alzado hasta hoy[5].

A la vez que surgían unas alabanzas tan extravagantes en Italia, había quienes en el oriente estaban dispuestos a adorar al nuevo emperador[6]. En los años de guerra civil antes del triunfo de César en el 31 a.C., algunos ciudadanos principales de Asia Menor cometieron el error de apostar por Marco Antonio, el pretendiente al trono que César acabó derrotando. Temiendo represalias después de que César resultara vencedor, los políticos de la región necesitaban un indicador de máxima lealtad para señalar su adhesión al nuevo amo del mundo. La diputación provincial de las ciudades de Asia Menor solicitó permiso de César para erigir templos donde venerarlo como divino[7].

Los romanos no adoraban tradicionalmente a sus gobernantes en vida, y César Augusto receló de la propuesta. En el 29 a.C. permitió que los romanos en las ciudades de Éfeso y Nicea construyeran templos dedicados a la diosa Roma y a Julio César (el difunto padre adoptivo de César Augusto). Posteriormente y sentando un precedente importante para un emperador en



Fig. 3.1. El anverso (izda.) de este *denario* muestra a César Augusto (27 a.c.-14 d.C., primer emperador romano que fue adorado. El reverso (dcha.) muestra el primer templo de culto al emperador, en Pérgamo. La inscripción en el frontón del templo pone: ROM ET AVGUST (Roma y Augusto). A los lados del templo pone: COM … ASIA, indicando haber sido acuñada por la comunidad de ciudades de la provincia de Asia. [Con permiso de Classical Numismatic Group, Inc., www.cngcoins.com.]

---

[5] Traducido de la traducción al inglés. Horacio, *Epístolas* 2.1.15-16; en Horace, *Satires, Epistles, and Ars poetica*, trans. H. Rushton Fairclough, LCL 194 (1926; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1961), 397.

[6] Los egipcios venían considerando divinos a sus faraones desde un largo pasado, y Alejandro Magno fue aclamado como hijo de Zeus cuando conquistó Egipto en 332-331 a.C. Las monedas y otros objetos propagandísticos que proclamaban la divinidad de Alejandro bien pudieron contribuir a preparar a las gentes del oriente a aceptar el culto a los gobernantes romanos.

[7] Dion Casio, *Historia romana* 51.20.6; Tácito, *Anales* 4.37. Véase Steven J. Friesen, *Imperial Cults and the Apocalypse of John: Reading Revelation in the Ruins* (Oxford and New York: Oxford University Press, 2001, 2006), 27-28.



Fig. 3.2. Ruinas del magnífico complejo de templos y edificios de gobierno en Pérgamo. En el 29 a.C., Pérgamo y Nicea fueron las primeras ciudades del mundo romano en levantar templos para el culto al emperador.

vida, autorizó a los griegos en las ciudades de Pérgamo y Nicomedia a consagrar templos a Roma y a su propia persona[8].

Así que Pérgamo —una de las siete ciudades del Apocalipsis— fue uno de los primeros dos lugares del mundo romano con un templo a un emperador romano en vida (figs. 3.1; 3.2). El templo servía a toda la provincia de Asia, no solamente a la ciudad de Pérgamo. A la luz de que Juan consideraba el culto al emperador nada menos que satánico, no nos sorprende que su visión se refiera a Pérgamo como el lugar donde está el trono de Satanás (Ap 2,13). Tampoco sorprende que la diosa Roma, venerada a lo ancho del mundo de la antigüedad como símbolo del Imperio Romano, aparezca en la visión de Juan como una prostituta (Ap 17).

La lealtad política se transforma en culto religioso

Hacia el año 9 a.C. el gobierno provincial de Asia anunció que presentaría una corona de oro al individuo que propusiera el honor más sublime para César Augusto. Sobrevive una inscripción con la propuesta ganadora del concurso, donde se propone que la provincia organizara el calendario en torno al

[8] Casio, *Historia romana* 51.120.6-8; Suetonio, *Augusto* 52.

cumpleaños de Augusto. El lenguaje de la propuesta ganadora ilustra hasta qué punto la lealtad política se había transformado en culto religioso:

> [Es difícil saber si] el cumpleaños del divinísimo César encierra mayores placeres que beneficios. Podríamos considerar con justicia que ese día es equivalente al principio de todo lo que existe. Restableció la forma de todas las cosas a su utilidad, por no decir a su estado natural, por cuanto se habían deteriorado y padecido de mala fortuna. Dio un nuevo semblante al mundo entero, que habría aceptado de buena gana su propia destrucción si no hubiera acontecido el nacimiento de César, para la buena fortuna universal. De manera que cualquiera podría considerar que éste es el comienzo de toda la vida y toda la existencia. [...]
>
> Por consiguiente, nos parece apropiado que el cumpleaños del divinísimo César sea el Día de Año Nuevo único y uniforme para todas las entidades políticas municipales. Ese día todos [los funcionarios de gobierno] habrán de asumir sus cargos; es decir, el día noveno previo a las calendas de octubre. [...] Un decreto del *koinon* [la diputación provincial] de Asia debería escribirse, donde figurasen todas sus virtudes, de tal suerte que esta acción propuesta por nosotros de honrar a Augusto, dure por siempre jamás[9].

Un lenguaje similar para honrar a Cristo y a César

Ya en este documento público, un siglo antes de que Juan escribiera el Apocalipsis, observamos una veneración del emperador que resulta muy parecida a la devoción que los cristianos iban a declarar en breve a Jesús. La diputación provincial otorgó el premio, reorganizó el calendario y legisló un decreto que alababa a la Providencia por

> habernos traído a Augusto, quien ella ha llenado de virtudes para beneficio de la entera humanidad; enviándonos a nosotros y a toda la posteridad un Salvador que pusiera fin a las guerras y trajera orden a todas las cosas; [...] la Natividad del dios ha sido el principio de buenas noticias [*euangelion*] para el mundo gracias a él[10].

---

[9] *OGIS* 458, 1.3-30; en Friesen, *Imperial Cults*, 33.

[10] *OGIS* 458 1,30-71; en Friesen, *Imperial Cults*, 34-35.

La tendencia de la gente de Asia Menor a declararle lealtad al divino emperador perduró, como se ve en esta inscripción del año 3 a.C., de la región de Paflagonia:

> En el tercer año del consulado décimo segundo del Emperador César Augusto, Hijo de un dios, […] el siguiente juramento fue jurado por los habitantes de Paflagonia y por los comerciantes romanos que viven entre ellos: «Juro por Júpiter, Tierra y Sol, por todos los dioses y todas las diosas y por el mismo Augusto, mi lealtad a César Augusto y a sus hijos y descendientes por toda la vida, de hecho, de pensamiento, teniendo por amigo a quienquiera ellos así estimen, […] y que en defensa de sus intereses no escatimaré ni cuerpo ni alma, ni vida ni hijos»[11].

Augusto reclamó para sí el título de «Hijo de un dios» porque su padre adoptivo, Julio César, había sido declarado divino por el senado romano después de su asesinato en el 44 a.C. Esta inscripción viene a afirmar que la lealtad a César Augusto tenía prioridad sobre cualquier otra consideración, incluso la propia familia y la vida.

César alega traer paz al mundo

Los ángeles cerca de Belén no fueron los primeros en declarar: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra» (Lc 2,14). Unos años antes del nacimiento de Jesús, un Altar a la Paz (*Ara Pacis*) en Roma decía cosas parecidas acerca de César Augusto (fig. 3.3). Completado en el 9 a.C., el altar fue autorizado por el senado romano para celebrar el regreso de César Augusto a Roma después de sus campañas militares exitosas en Galia e Hispania. César alegaba haber traído paz y estabilidad al mundo.

Este flamante Altar a la Paz desapareció de la historia cuando cayó el Imperio Romano. Se recuperaron algunas piezas en el siglo XVI. Pero no fue hasta 1938, cuando el dictador italiano Benito Mussolini quiso un monumento de la antigüedad para adornar sus propias pretensiones imperialistas, que los arqueólogos reunieron esas piezas. Ahora protegido dentro de un museo moderno, el Altar a la Paz, de César, rezuma propaganda imperial. Las esculturas en bajorrelieve del frente del altar muestran escenas de la fundación de Roma. Los costados muestran a César Augusto y su séquito en procesión para ofrecer sacrificios a los dioses.

---

[11] *OGIS* 532; Naphtali Lewis and Meyer Reinhold, eds., *Roman Civilization: Sourcebook 2, The Empire* (New York: Harper & Row, 1966), 34-35.



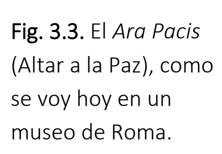


Fig. 3.3. El *Ara Pacis* (Altar a la Paz), como se voy hoy en un museo de Roma.

La parte trasera del altar muestra la personificación de Paz (fig. 3.4). Con abundantes frutas sobre sus rodillas, Paz tiene en brazos dos niños, tal vez sobrinos de César que estaban destinados al trono. A la izquierda se encuentra Cielo, sentada sobre un ave. A la derecha, Tierra, que descansa sobre un monstruo marino. Situada como está, entre Cielo y Tierra, esa Paz que presume de haber traído César Augusto, ha unido cielo y tierra. A los pies de Paz hay animales domésticos, que dan un aspecto de reino de paz a la escena.

Frente a Paz, por la misma parte del altar, está la diosa Roma, símbolo de dicha ciudad (fig. 3.5). Aunque queda ya muy poco de la figura original en esta talla, los arqueólogos pueden trazar fácilmente la figura de Roma porque su imagen era tan corriente en el mundo antiguo. La diosa Roma encarna el poder militar del Imperio Romano. Con una espada en la mano, se sienta orgullosa sobre un montón de armamento. En otras representaciones Roma tiene un aspecto seductor, con un seno expuesto (fig. 8.3).



Fig. 3.4. Entre Cielo (sobre un ave, a la izquierda) y Tierra (sobre un monstruo marino, a la derecha), Paz (personificada como una mujer) se sienta con sus hijos sobre las rodillas. Los niños tal vez sean sobrinos de Augusto, que se consideraban posibles herederos al trono.

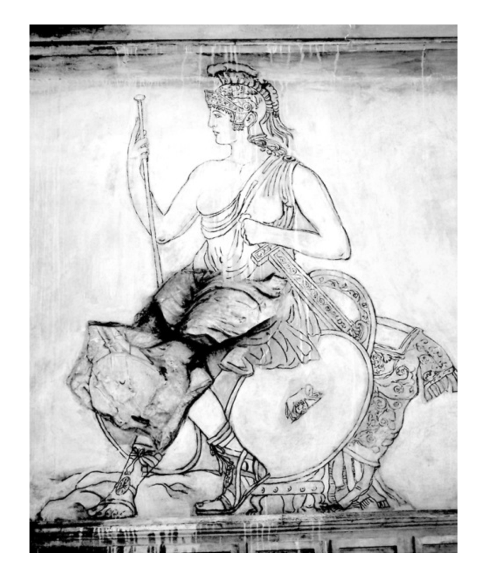


Fig. 3.5. Frente a la imagen de Paz, por la parte de atrás del *Ara Pacis*, la diosa Roma está sentada sobre el armamento de sus enemigos vencidos.

Al juntar así la figura militar de la diosa Roma con la figura doméstica de Paz, el altar viene a revelar la verdad última con respecto al imperio: la *pax romana* (paz romana) fue en realidad pacificación, es decir, un sometimiento conseguido por la intimidación de las armas. El lugar donde estaba originalmente el Altar a la Paz, es donde el ejército realizaba sus ejercicios en las afueras de Roma —el Campo de Marte (*Campus Martius*), llamado así en honor al dios de la guerra—. La paz de César se cimentaba en violencia.

Las gentes de las provincias experimentaron muchas veces como pura brutalidad esa *pax romana*. Escribiendo acerca de cómo Roma subyugó partes de la Isla Británica en 83-84 d.C., Tácito cuenta del jefe de una tribu del lugar, Calgaco, que acusó así a los invasores: «Ladrones del mundo, ahora que ese mundo no satisface sus manos que todo lo devastan, cruzan el mar. Si su enemigo tiene riqueza, son codiciosos; si su enemigo es pobre, son ambiciosos. […] Ni Oriente ni Occidente los ha saciado […] Despojar, cometer carnicerías, robar, estas son las cosas mal llamadas imperio: crean una desolación y lo llaman paz»[12].

Sacerdotes y templos que promueven el culto al emperador

En el año 27 d.C., Esmirna pasó a ser la segunda ciudad de Asia Menor en levantar un templo para toda la provincia, de culto al emperador. La provincia

[12] Traducido de la traducción al inglés: Tácito, *Agrícola* 30; en Tacitus, *Agricola*, trans. M. Hutton, rev. R. M. Ogilvie, LCL 35 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1970), 81.

dedicó este templo al emperador Tiberio, que reinó durante el ministerio de Jesús, y a su madre Livia. En 89-90 d.C., próximo en el tiempo a cuando Juan parece haberse enredado con Roma, Éfeso fue la tercera ciudad de la región en construir un templo provincial para el culto al emperador (fig. 3.6). Éste estaba dedicado a «los reverenciados» (*sebastoi*), probablemente una referencia al difunto emperador Vespasiano (69-79 d.C.) y sus dos hijos emperadores, Tito (79-81 d.C.) y Domiciano (81-96 d.C.)[13]. Pervive hasta hoy la cabeza de una estatua gigantesca de este templo (fig. 3.7), en la que tal vez se basara la imagen de la bestia que tenía en mente Juan al escribir su visión.

Los que apoyaban el Imperio Romano crearon estructuras e instituciones para expresar su lealtad al divino emperador. Una nueva orden de funcionarios religiosos fueron surgiendo, llamados *augustales* (fig. 3.8), con títulos que incluían los de sumo sacerdote y custodio del templo. Estos hombres tenían autoridad para presidir ceremonias en honor al emperador durante todo el año. Los puntos litúrgicos de especial importancia eran el Día de Año Nuevo, el día del nacimiento del emperador reinante (que se celebraba todos los meses), y diversas fechas relacionadas con los emperadores difuntos y sus familias. La música fue un indicador importantísimo de las alabanzas en el culto al emperador. Las ciudades a lo ancho de Asia Menor organizaban *hymnōdes*, coros masculinos que cantaban alabanzas y celebraban banquetes en honor al emperador[14]. Desde generaciones atrás, había habido coros masculinos que aclamaban a dioses como Apolo o Zeus, pero ahora alababan al emperador. Los coros fueron al principio de aficionados, pero en el transcurso del siglo I d.C. se transformaron en profesionales, cubriéndose sus gastos con fondos municipales o provinciales.

Un altar del siglo II en Pérgamo luce una inscripción sobre el coro para el culto al emperador en esa ciudad. El frente del altar reza: «Con buena fortuna. Al emperador César Trajano Adriano Olimpo, Salvador y Fundador. Los coros masculinos [*hymnōdes*] del dios Augusto y de la diosa Roma [han dedicado esto][15]. La inscripción trae instrucciones para la celebración de los cumpleaños de los emperadores vivos y muertos. Coronas, incienso, lámparas y sermones (*encōmia*) eran parte de las ceremonias. La sociedad hímnica tenía su propio edificio y se convocaba cada tres semanas, aproximadamente.

---

[13] Steven J. Friesen, «The Beast from the Land», en *Reading the Book of Revelation: A Resource for Students*, ed. David L. Barr (Atlanta: Society of Biblical Literature, 2003), 52.

[14] *Ibíd.*, 104-13.

[15] *Ibíd.*, 108.



Fig. 3.6. Ruinas del templo para el culto al emperador, construido en Éfeso en 89-90 d.C., poco antes de que Juan parece haber tenido problemas con las autoridades provinciales de Roma.

Fig. 3.7. Cabeza gigantesca de un emperador (Tito o Domiciano) que fue una vez parte de una estatua en un templo a los emperadores, construida en Éfeso en 89-90 d.C.

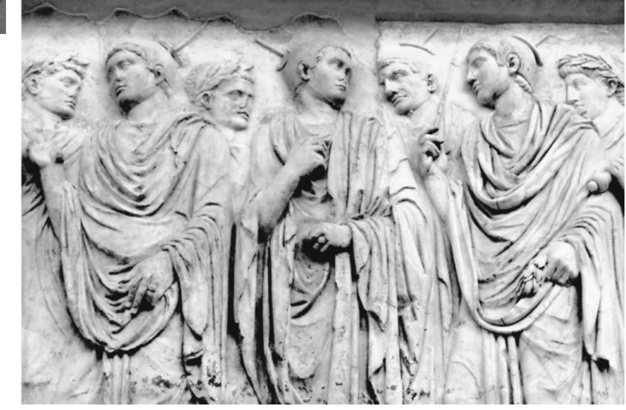


Fig. 3.8. Una escultura en un costado del *Ara Pacis* muestra la familia imperial en procesión religiosa. En este detalle se ven hombres con husos en el peinado. Probablemente se trate de sacerdotes del culto imperial.

Un escenario para el enfrentamiento con Roma

La iglesia primitiva —según viene reflejada en los escritos del Nuevo Testamento— desarrolló iconos, indicadores y símbolos en relación con Jesús en un paralelismo estrecho con los que se empleaban para el culto al emperador. No debería sorprendernos que surgieran esos parecidos. Los símbolos y las señales no adquieren su significado en un vacío; tienen que relacionarse de alguna manera con lo que ya saben los que los utilizan. La cuestión fundamental para el discipulado cristiano es si los símbolos y las señales orientan a los creyentes hacia la bestia o hacia el Cordero. Tanto el Imperio Romano como la iglesia reconocía que los rituales del culto, en particular, podían ser indicadores poderosos para reflejar y forjar lealtades. Si los cristianos adaptaron las señales y los símbolos del Imperio Romano y los emplearon en exclusiva para el culto a Dios y al Cordero, esa apropiación resultaba políticamente subversiva.

Roma no exigía una lealtad en exclusiva al emperador ni a sus dioses. Siempre que los súbditos romanos se mostraran debidamente reverentes ante los dioses y emperadores, eran libres de adorar también a Jesús o a cualquier otra deidad. Pero la mayoría de los cristianos no permitían una libertad recíproca en sus filas. Para ellos, «Sólo hay un Señor, sólo una fe, sólo un bautismo. Sólo un Dios que es Padre de todos, que todo lo domina, por medio de todos actúa y en todos vive» (Ef 4,5-6). Ese exclusivismo radical constituía un escenario para el enfrentamiento con el imperio.

Nerón se vuelve perverso y cruel

El 19 de julio del 64 d.C., se declaró un incendio devastador en Roma. Con miles de personas atestadas en bloques de varios pisos de viviendas y escaso equipamiento para combatir incendios, la capital imperial era vulnerable a las llamas. El incendio se prolongó durante nueve días y destruyó o dañó seriamente dos tercios de la gran urbe. La población aturdida necesitaba tener alguien a quien culpar, y el propio emperador no tardó en ser objeto de las sospechas populares. La esperanza inicial de que Nerón (54-68 d.C; fig. 3.9) sería un gobernante sabio ya se había frustrado, conforme el emperador demostraba cada vez más ser un hombre perverso y cruel. Cuando ardió Roma, circularon rumores de que Nerón había ordenado incendiar las partes menos deseables de la ciudad para hacer lugar para sus palacios grandiosos.



Fig. 3.9. Una escultura del joven Nerón, cuando se esperaba que sería un soberano sabio.

Nerón era el hijo adoptivo del emperador Claudio (41-54 d.C.). Su madre, Agripinila, se casó con Claudio, y a continuación se unió a una conspiración para asesinar a su nuevo marido y poner en el trono a Nerón, de dieciséis años. Habiendo empezado así, no sorprende que el joven se volviera vanidoso y violento. Acabó asesinando a su madre y ordenó suicidarse a su tutor y consejero, el gran filósofo Séneca. Casado tres veces, Nerón se divorció de su primera esposa (a quien después ejecutó), después mató a patadas a su segunda esposa, estando ella embarazada. Cuando se enteró que su hijastro a veces jugaba a general y a emperador, Nerón ordenó que el chico fuera ahogado, no sea que al hacerse mayor le quisiera arrebatar el trono[16].

Creyéndose él un músico (fig. 3,10), Nerón tocó el arpa y cantó en los concursos musicales durante una gira por Grecia. A nadie se le permitía ausentarse del teatro mientras él actuaba. Se contaba de mujeres que se ponían de parto y alumbraban ahí mismo mientras cantaba Nerón, de hombres que



Fig. 3.10. En el anverso (izda.) de esta moneda de *as* del 64 d.C., Nerón figura con la corona de picos que indica divinidad. Apolo —o bien Nerón haciendo de Apolo— toca el arpa en el reverso (dcha.). Suetonio menciona esta moneda en *Nerón* 25. [Con permiso de Classical Numismatic Group, Inc., www.cngcoins.com.]

[16] Suetonio, *Nerón* 35.

sufrían tanto en los conciertos, que fingían caer muertos para que se los llevaran de ahí[17]. Aspirando a atleta, Nerón también competía en carreras de carros y se apuntó a competiciones atléticas en Grecia. Naturalmente, «ganaba» en todas sus actuaciones. Dado a excesos de todo tipo, el emperador ordenó castrar a un joven llamado Esporo y se casó con él en una ceremonia pública[18].

El emperador vive lujosamente

En Apocalipsis 19, entre otros pasajes, Juan arremete contra el derroche y la lujuria de Babilonia/Roma, y algo de la pésima reputación de la ciudad se debe a Nerón. Se cuenta que el emperador «jamás emprendió un viaje con menos de mil carruajes, herradas sus mulas con plata»[19]. Pero ninguna extravagancia superó los proyectos de construcciones masivas en la ciudad de Roma. El más notorio fue su *Domus Aurea* (Casa de Oro), situada cerca de donde ahora se encuentra el Coliseo. Un contemporáneo de Nerón escribió:

> Su vestíbulo era lo bastante grande como para contener una estatua colosal del emperador, de ciento veinte pies [unos 40 m] de altura; y era tan extenso que tenía una columnata triple, de una milla en longitud. […] En el resto de la casa todas las partes estaban forradas de pan de oro y adornadas de gemas y madreperla. Había comedores con techos artesonados de marfil, cuyos paneles giraban para dejar llover flores y estaban equipados con tuberías para rociar a los huéspedes con perfume. El salón de banquetes principal era redondo y giraba constantemente, de día y de noche, como los mismísimos cielos[20].

En el siglo II el emperador Trajano (98-117 d.C.) llenó el edificio hasta el tejado de escombros, para construirse otro palacio encima. Esa estructura posterior ha desaparecido, mayormente, pero los arqueólogos han conseguido excavar alguna secciones del palacio de Nerón, entre otras cosas, la sala de banquetes giratoria[21]. Nerón construyó este palacio de fiestas de trescientos

---

[17] *Ibíd.* 23.

[18] *Ibíd.* 28.

[19] *Ibíd.* 30; en *Suetonius*, vol. 2, trans. and ed. J. C. Rolfe, LCL 38 (1913-14; Cambridge MA: Harvard University Press, 1960), 135.

[20] De la traducción al inglés: *Ibíd.* 31; en Rolfe, *Suetonius*, 2:137.

[21] Los arqueólogos descubrieron este salón de más de 15 m de diámetro —y su mecanismo giratorio— en septiembre de 2009. Véase Marta Falconi, «Nero's Rotating Banquet Hall Unveiled in Rome», *Washington Post*, September 29, 2009.

salones, con los trabajos forzados de prisioneros traídos de todo el imperio; casi quebró las finanzas del gobierno con lo que gastó.

La estatua de 40 m de Nerón en el vestíbulo de la Casa de Oro ilustra la escala de las pretensiones del emperador. La estatua gigantesca mostraba a Nerón como Apolo, el dios Sol, con la aureola de picos o rayos, indicadora de divinidad, en torno a su cabeza. Ofensivo hasta para algunos paganos de Roma, este icono de Nerón tiene que haber resultado especialmente blasfemo para los judíos y cristianos. Cuando Juan habla de la imagen de la bestia (Ap 13,14) probablemente se está refiriendo en general a las estatuas e iconos a lo ancho del mundo romano. Pero ninguna imagen del emperador fue más infame que el coloso de Nerón en la Casa de Oro.

Los cristianos, el chivo expiatorio

La decisión de Nerón de construir la Casa de Oro poco después del gran incendio del 64 d.C. dio crédito al rumor de que había provocado la quema de la ciudad como estrategia perversa para sus proyectos de desarrollo urbano. El historiador romano Tácito describe cómo el emperador, deseando apartar de su persona las sospechas,

> sustituyó como culpables y castigó con los mayores refinamientos de la crueldad, a una clase de personas odiadas por sus vicios, que la muchedumbre conocía por cristianos. […] Fueron vestidos de pieles de bestias salvajes para ser despedazados por perros; o sujetos a cruces, cuando se fue la luz al atardecer fueron quemados para hacer de iluminación nocturna. Nerón había ofrecido sus jardines para el espectáculo y brindó una exhibición en el Circo, mezclándose entre la multitud en el hábito de auriga o bien montado en su carro de caballos. Por consiguiente, a pesar de la culpabilidad que les había merecido un castigo ejemplar, se alzó un sentimiento de lástima [hacia los cristianos], por la impresión de que estaban siendo sacrificados, no por el bien del Estado, sino por la ferocidad de un hombre individual[22].

Seguramente Nerón es una de las cabezas de la bestia

A Nerón se le acabó la suerte cuando sus propias tropas en Galia, Hispania, África y Germania se alzaron en rebelión. Con la estabilidad del imperio en

---

[22] De la traducción al inglés: Tácito, *Anales* 15,44; en Tacitus, *Annals*, trans. John Jackson, LCL 322 (1937; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1956), 283-84.

juego, el senado romano declaró a Nerón un enemigo público y mandó que fuera muerto a latigazos. Nerón huyó a las extrarradios de Roma, done parece ser que se suicidó el 9 de junio del año 68.

Aunque detestado por los cristianos y los judíos, y también por cualquier persona de bien a lo ancho del imperio, Nerón fue un héroe para algunos en el oriente, donde se hablaba griego. El emperador amaba la cultura griega y no ahorró en recursos imperiales para las ciudades en Grecia y Asia Menor. Nerón intentó, si bien nunca completó, el proyecto de ingeniería más ambicioso del mundo del Mediterráneo en la antigüedad: un canal para cruzar el istmo en Corinto. Durante su reinado el gobierno de Roma construyó un estadio y dragó el puerto de Éfeso, para mantenerlo navegable para el comercio. Todo esto hizo que Nerón fuera popular en algunas partes del oriente, y hubo quien sintió mucho su muerte.

Apareció un mito de que Nerón no había muerto de verdad, o bien que volvería a la vida para asumir otra vez el trono imperial. Las fuentes paganas y cristianas de la antigüedad mencionan lo que ha venido a llamarse la «Leyenda de Nerón redivivo» (Nerón resucitado)[23]. Esto puede ser lo que tenía en mente Juan cuando dijo acerca de la bestia, que «una de sus cabezas había sido herida de muerte, pero la herida mortal estaba curada» (Ap 13,3).

En diferentes puntos del Apocalipsis, Juan parece guiñar al lector, como para decir: «Tú mismo sabrás darte cuenta a qué, exactamente, me estoy refiriendo con este símbolo». Una indicación en este sentido viene inmediatamente después de que Juan mencione la «marca de la bestia», que Juan cree que los súbditos del imperio tendrán que llevar en breve: «Sabiduría se requiere aquí. El que presuma de sabio, pruebe a descifrar el número de la bestia, que es cifra humana. El seiscientos sesenta y seis es la cifra» (13,18).

Este versículo ha generado problemas a lo largo de los siglos: en cada generación han surgido intérpretes que han aplicado la cifra 666 a alguna persona o entidad de su propia era. Pero Juan les dice a sus primeros lectores que cualquiera con entendimiento sabrá perfectamente de quién está hablando con esta cifra. Estas palabras indican a las claras algún villano del propio siglo I, y el sospechoso principal es Nerón.

---

[23] Véase *Oráculos sibilinos* 4.119-24; 5.93-109, 361-80); Suetonio *Nerón* 57; Casio, *Historia romana* 66.19.3.

El número de la bestia tiene sentido

Los griegos, judíos y otros pueblos de la antigüedad asignaban valores numéricos a las letras de sus alfabetos, un sistema conocido como gematría (fig. 3.11). Las primeras nueve letras del alfabeto representaban unidades; las siguientes nueve, decenas; y las siguientes nueve, centenas. Cuando se sumaban los valores de las letras individuales, era posible determinar el equivalente numérico de cualquier palabra. Esos equivalentes eran fijos y en el mundo de la antigüedad todo el mundo los conocía. ¡No son algo que se haya inventado un intérprete moderno!

En las ruinas de Pompeya, destruida por un volcán en el 79 d.C., los arqueólogos han hallado un grafiti que pone: «Amo a la mujer cuyo número es 545». Hay varias combinaciones de letras que podrían dar esa suma, así que no podemos estar seguros quién era la chica que este admirador adoraba. Un

Griego								
α	*alfa*	1	ι	*iota*	10	ρ	*ro*	100
β	*beta*	2	ϰ	*kappa*	20	σ	*sigma*	200
γ	*gamma*	3	λ	*lambda*	30	τ	*tau*	300
δ	*delta*	4	μ	*mi*	40	υ	*ýpsilon*	400
ε	*épsilon*	5	ν	*ni*	50	φ	*fi*	500
ϝ	*digamma*	6	ξ	*xi*	60	χ	*ji*	600
ζ	*dseta*	7	ο	*ómicron*	70	ψ	*psi*	700
η	*eta*	8	π	*pi*	80	ω	*omega*	800
θ	*zeta*	9	ϙ	*qoppa*	90	ϡ	*sampi*	900
Hebreo								
א	*alef*	1	י	*yod*	10	ק	*qof*	100
ב	*bet*	2	כ	*kaf*	20	ר	*resh*	200
ג	*guímel*	3	ל	*lámed*	30	ש	*shin*	300
ד	*dálet*	4	מ	*mem*	40	ת	*taf*	400
ה	*hei*	5	נ	*nun*	50	ך	*kaf sof.*	500
ו	*vav*	6	ס	*sámaj*	60	ם	*mem s.*	600
ז	*zayn*	7	ע	*ayin*	70	ן	*nun sof.*	700
ח	*jet*	8	פ	*pei*	80	ף	*pei sof.*	800
ט	*tet*	9	צ	*tzadi*	90	ץ	*tzadi s.*	900

Fig. 3.11.

Las letras griegas y su equivalencia numérica en el mundo de la antigüedad. Tres letras (*digamma*, *qoppa*, *sampi*) figuraban como cifras numéricas en el siglo I, pero no en la escritura de texto. Ejemplo: Jesús (Ἰησοῦς) — *iota*, *eta*, *sigma*, *ómicron*, *ýpsilon*, *sigma* = 888.

Las letras hebreas y su equivalencia numérica en el mundo de la antigüedad. Las últimas cinco letras de esta tabla (de *kaf sofit* a *tzsadi sofit*) son formas alternativas de las mismas letras que figuran antes en la tabla, y se emplean cuando esas letras aparecen al final de una palabra. El hebreo se lee de derecha a izquierda. Ejemplo: Nero Caesar (נרו קסר) — *nun*, *resh*, *vav*, *qof*, *sámaj*, *resh* = 616; Neron Caesar (נרון קסר) — *nun*, *resh*, *vav*, *nun*, *qof*, *sámaj*, *resh* = 666.

escritor apocalíptico cristiano del siglo II, refiriéndose al «Hijo de un gran Dios», pone: «ocho unidades, un número igual de decenas, y ocho centenas revelarán el nombre»[24]. En gematría, el valor numérico de «Jesús» en griego (Ἰησοῦς), es 888.

Si tomamos la forma griega de Nerón César, *Nerōn Kaisar* (Νέρων Καῖσαρ) y transliteramos esas letras al alfabeto hebreo (נרון קסר)[25], la suma en gematría es de 666. Juan escribió su visión en griego, que no hebreo, y la suma en gematría de *Nerōn Kaisar* en griego *no es* 666. Pero hay dos ocasiones en el Apocalipsis donde Juan deja ver que está pensando en hebreo tanto como en griego (9,11; 16,16). Aparentemente espera que los creyentes en las siete iglesias —muchos de los cuales eran judíos— hicieran el mismo tipo de salto entre el griego y el hebreo con la adivinanza del 666.

Si es cierto que Juan está recurriendo a la gematría para acusar a Nerón, no fue el único. Suetonio informa que ciertos enemigos anónimos de Nerón en Roma, hicieron circular la siguiente habladuría, que recurría a números para acusar al emperador de matar a su madre:

> Cuenta el valor numérico del nombre de Nerón,
> y también el de «asesinó a su propia madre».
> Hallarás que suman lo mismo[26].

Aunque parezca probable que Juan quiso que la cifra 666 se refiriese a Nerón, no deberíamos limitar el significado del número de la bestia ni el símbolo de la bestia a un único gobernante demente. El mal estructural que denuncia el Apocalipsis es mucho más importante que el reinado de Nerón;

---

[24] *Oráculos sibilinos* 1.324-29; trans. J. J. Collins en *The Old TEstament Pseudepigrapha*, ed. James H. Charlesworth, 2 vols. (Garden City, NY: Doubleday, 1983), 1.342.

[25] El nombre *Nerō(n)* en letras hebreas se puede escribir sin la «n» final, con el resultado de dos sumas diferentes en la gematría: 666 para Nerón César y 616 para Nero César (נרו קסר). Algunos manuscritos antiguos de Apocalipsis ponen como número para la bestia el 616 y no el 666. Esto viene a ser un indicio adicional —aunque no una prueba final— de que Nerón era el objeto de la adivinanza en gematría del Apocalipsis.

[26] De la traducción al inglés: Suetonius, *The Twelve Caesars*, trans. Robert Graves, rev. Michael Grant (¨Harmondsworth: Penguin Books, 1987), 236. Rolfe (*Suetonius*, 2:158-59) da una traducción estrictamente literal donde la alusión a la gematría es más sutil: «Un cálculo nuevo: Nerón su madre asesinó». El sentido en cualquier caso es que el valor en gematría de las letras griegas tanto de «Nerón» (Νέρων) como de «su madre asesinó» (ἰδίαν μητέρα ἀπέκτεινε) suman 1.005.

cualquier entidad humana que se arroga la lealtad que le corresponde a Dios es bestial. Es posible utilizar el número seis, repetido tres veces, sencillamente como un símbolo abstracto para Juan. Podría figurar entonces como contraste con el número siete, que es el número de la perfección divina, como cuando hay siete días de la creación (Gn 1).

La diestra y la frente representan lealtad

Los intérpretes que creen que el Apocalipsis se dedica fundamentalmente a hacer predicciones acerca de *nuestro propio* futuro, han especulado desde siempre acerca de cómo la marca de la bestia aparecerá «en la mano derecha y en la frente» de los pobladores de la tierra (Ap 13,16). Entre las explicaciones recientes cabe mencionar implantes de chip de ordenador en la frente, las tarjetas de crédito, o el código de barras que aparece universalmente en toda mercancía. Estas soluciones al acertijo son muy poco probables, por cuanto Juan parece estar describiendo algún signo de lealtad idólatra de su propia era.

El libro de Deuteronomio contiene instrucciones que Moisés dio a los israelitas justo antes de entrar en la tierra prometida. Un tema de especial interés en estas instrucciones es que el pueblo hebreo no olvide jamás al Dios que los libró de esclavitud en Egipto. No deben diluir el culto a Yahvé reverenciando a otros dioses. Como judío que era, Juan de Patmos habría recitado frecuentemente el pasaje de Deuteronomio conocido como la *Shemá*, una palabra que se traduce como «¡Oye!» o «¡Escucha!»

> Escucha, Israel: el Señor —y únicamente el Señor— es nuestro Dios. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón estas palabras que hoy te he dicho. Incúlcaselas a tus hijos: háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas de camino, cuando te acuestes y cuanto de levantes; átalas a tu muñeca como un signo; llévalas en tu frente como una señal; escríbelas en las jambas de tu casa y en tus puertas (Dt 6,4-9).

Algunos judíos hasta hoy escriben las palabras «El Señor —y únicamente el Señor— es nuestro Dios…» en papelitos que meten en cajitas, llamadas filacteria, atadas a las manos y la frente (fig. 3.12; véase Mt 23,5). Estos son símbolos de devoción a Dios. Deuteronomio instruye al pueblo de Israel a poner así siempre al frente y en el centro su devoción a Dios. El culto debe gobernar todo pensamiento y toda acción tan completamente como si el nombre de Dios estuviera atado a nuestras manos y a nuestra frente.



Fig. 3.12. Fieles judíos rezan ante el Muro Occidental en Jerusalén. El adorador a la derecha lleva una filacteria en la frente, una cajita con textos de Éxodo y Deuteronomio. También lleva textos bíblicos atados a la mano con una correa.

Así como la reverencia a Dios debe ser lo primero en la mente de todo judío y cristiano, así también la lealtad a la bestia es el factor controlador para las personas comprometidas con el imperio. Como veremos en breve, el culto al emperador y al imperio saturaba tanto la economía del mundo romano, que resultaba imposible comprar ni vender (Ap 13,17) sin participar en su culto bestial. Detrás de este sistema entero, Juan ve otra criatura adicional: el dragón, el símbolo de Satanás, cuyo origen y carácter es lo siguiente que veremos.

Para reflexión

1. ¿Qué interpretaciones populares de la bestia o de su número (666) conoces? ¿Qué tipo de intereses políticos o religiosos parecen esconder esas interpretaciones?
2. ¿Cuáles son los símbolos e iconos de lealtad ideológica en tu sociedad? ¿Quiénes son los personajes históricos, cuáles los eventos históricos, que dan forma a la memoria colectiva de tu cultura o nación? ¿Qué comunican éstos sobre las creencias, los valores y las prioridades?
3. ¿Qué presiones sociales o políticas sufre tu sociedad a nivel popular, para que la gente apoye las políticas del gobierno sin cuestionarlas? ¿Cuándo y

en qué cosas sientes que se encienden las iras si no estás de acuerdo con el gobierno o con la mayoría de la ciudadanía?

Vivir la visión

Un poeta y profeta en Japón

Siendo niño en Japón durante la 2ª Guerra Mundial, Yorifumi Yaguchi formaba fila con sus compañeros en el colegio ante un cuadro del emperador cabalgando sobre un corcel blanco, para cantar:

Que tu reino continúe por mil,
por ocho mil generaciones,
hasta que los guijarros se transformen
en rocas cubiertas de musgo.

Muchos en Japón tenían al emperador por divino, el descendiente de la diosa Sol. Cuando Yaguchi adoptó el cristianismo como adulto joven se negó a entonar el himno nacional, igual que muchos otros seguidores de Jesús.

—El himno estaba vinculado al militarismo —explica—. Y si lo cantábamos, significaba estar adorando al emperador y su reinado eterno[27].

Yaguchi llegó a ser profesor universitario, pastor cristiano y un poeta laureado en Japón. En un ensayo reciente escribió acerca de las personas que arrojaron la bomba atómica:

«Cuando el [bombardero] *Enola Gay* partió hacia los cielos de Hiroshima, un capellán oró rogando que la tripulación tuviera un vuelo seguro y una misión de bombardeo exitosa sobre la ciudad. [...] Tienen que haber creído que arrojar la bomba atómica sobre Hiroshima era la voluntad de Dios. Pero, ¿cómo se sintieron cuando vieron Hiroshima agonizar en el torbellino devastador de las llamas de destrucción? Más de 140.000 personas morirían en el transcurso de unos pocos meses. Muchos ardieron al instante, pero fueron muchos más los que empezaron un padecimiento de la enfermedad de la radiación, que los acompañaría toda la vida. ¿Este resultado fue de agrado para la tripulación? [...] Me puedo imaginar que sus comandantes y compañeros de filas los recibieron con aplauso. Les dijeron que la bomba era necesaria para poder poner fin a la guerra, y que si no se empleaba, serían

[27] Yorifumi Yaguchi, entrevistado por el autor, 24 de noviembre de 2007, Sapporo, Japón.

muchos más los que acabarían muriendo. Y se lo creyeron. Pero, ¿cómo es ese dios que se pudiera complacer con tamaña carnicería? No es otro que el Dios de la Guerra. Él sí tiene que haberse regocijado ante tan colosal sufrimiento volcado contra la ciudad y contra la historia de la humanidad. Ese es sin duda alguien muy diferente de aquel Dios que creó al ser humano y que amó al mundo hasta tal extremo que dio su Hijo Unigénito[28].

En el poema a continuación, Yaguchi reflexiona sobre la atracción potente del nacionalismo:

Generalmente
amo la paz
pero cuando me pongo el uniforme de soldado
empiezo a desear que se produzca una guerra
y me entran ganas de matar
tantos enemigos como sea posible
atacándolos, si así me ordenan,
y muriendo voluntarioso
por el Emperador
y por la patria[29].

[28] Yorifumi Yaguchi, «Isn't this world under the control of the God of War?», en *Poems of War and Peace: Voices from Contemporary Japanese Poets*, ed. Noriko Mizusaki and Mayumi Sako (Osaka: Chikurinkan, 2007), 119-24; usado con permiso.

[29] Reproducido de *The Poetry of Yorifumi Yaguchi: A Japanese Voice in English*, ed. Wilbur J. Birky (Intercourse, PA: Good Books, 2006), 67. Copyright by Good Books (www.GoodBooks.com). Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

4

El acusador de nuestros compañeros

Leer Apocalipsis 12,1-17

Y oí en el cielo una voz poderosa que decía:

—Ya está aquí la salvación,
el poder y el reino de nuestro Dios;
ya está aquí la soberanía de su Cristo.
Ha sido reducido a la impotencia
el que día y noche acusaba
a nuestros hermanos
delante de nuestro Dios.
Han sido ellos quienes lo vencieron
por medio de la sangre del Cordero
y por medio del mensaje con que testificaron,
sin que su amor a la vida
les hiciera rehuir la muerte.
¡Alegraos, por tanto, cielos,
y quienes en ellos tenéis vuestra morada!
Temblad, en cambio, vosotros, tierra y mar,
porque el diablo ha bajado hasta vosotros
ebrio de furor, sabiendo que es corto
el tiempo con que cuenta (12,10-12).

Es probable que tanto Pedro como Pablo (fig. 4.1) murieran en el ataque breve pero feroz de Nerón contra la iglesia de Roma. Una carta de nuestra Biblia atribuida a Pedro se escribió desde «Babilonia» (1 P 5,13), el mismo mote de burla que lanza contra Roma el Apocalipsis (Ap 18). La carta menciona una

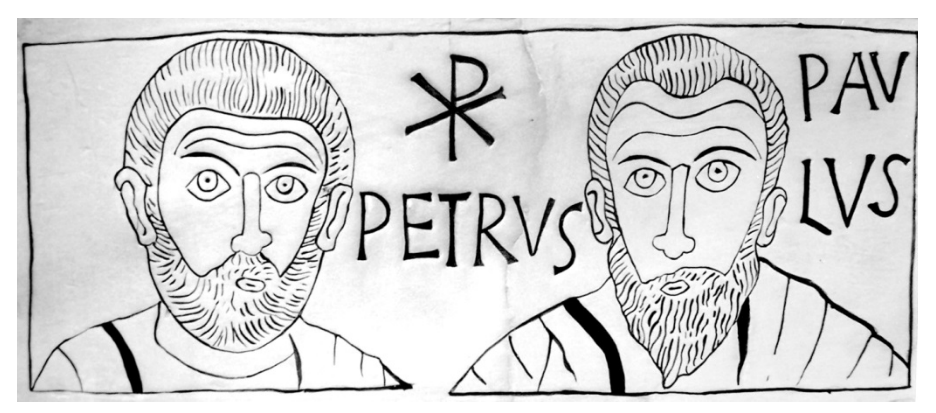


Fig. 4.1. Pedro y Pablo desaparecen de la historia hacia finales del reinado de Nerón, y es probable que murieran en la persecución en Roma después del gran incendio del 64 d.C. Este dibujo de Pedro y Pablo, unos siglos después, aparece en las catacumbas cristianas de Roma.

«prueba de fuego» que está sucediendo entre los cristianos (1 P 4,12), una alusión, tal vez, al gran incendio y la persecución que se desató de inmediato en Roma. Asimismo la carta de *1 Clemente*, escrita en la capital imperial a finales del siglo I, hace mención de «las repentinas y reiteradas desventuras que nos han acontecido» (1,1). El autor menciona que «las más grandes y rectas columnas de la iglesia fueron perseguidas y resistieron hasta la muerte», refiriéndose, aparentemente, a Pedro y Pablo, que serán mencionados en otros versículos más adelante (5,2-7).

La último que sabemos de Pablo en el Nuevo Testamento, es que está bajo arresto domiciliario en Roma durante el reinado de Nerón (Hch 28,16.30). Este valiente apóstol ha escrito a los cristianos en Roma que «Los gobernantes, en efecto, no están para intimidar a los buenos, sino a los malos» (Ro 13,3). Cuando arrestado por atentar contra la paz en Jerusalén, Pablo ha apelado su causa al mismísimo emperador Nerón. Aparentemente todavía espera que Nerón vaya a actuar responsablemente y tal vez hasta que se adhiera al evangelio. Tanto Pablo como Pedro desaparecen de la historia durante los últimos años del régimen de Nerón, probablemente víctima de la brutalidad del emperador.

Juan de Patmos ve un mundo que canta las alabanzas de un imperio bestial que estaba blasfemando contra Dios y ejecutando a seguidores de Jesús. Siente, presumiblemente, el aliento abrasador de la segunda bestia, la ideología y las instituciones del culto al emperador que vigilan la lealtad a unos gobernantes que Juan se niega a venerar. Su visión expresa las preguntas con que han luchado las personas de fe en cada generación: Si Dios es bueno y también



Fig. 4.2. Con cabeza laureada en señal de victoria, el icono de Vespasiano en el anverso (izda.) de este *denario* de 70 d.C. declara al mundo la victoria romana sobre los judíos. En el reverso (dcha.) la nación judía derrotada figura como una mujer humillada. Se sienta junto a un *trofeo* —un árbol o palo ceremonial, con semblanza de forma humana, que los antiguos griegos y romanos decoraban con las armas arrebatadas a los enemigos vencidos.

poderoso, ¿cómo es que puede existir el mal? ¿Existen dos dioses, uno bueno pero el otro malvado, enzarzados en combate mortal por el control del mundo?

Un hijo regirá las naciones

El Apocalipsis aborda estas preguntas contando la historia, en lenguaje simbólico, de por qué Satanás procuró destruir a Jesús. Juan ve una mujer «vestida del sol, con la luna por pedestal y una corona de doce estrellas en la cabeza» (Ap 12,1) Está embarazada y con contracciones de parto.

A un nivel, viene a ser un icono de María en los instantes previos al alumbramiento de Jesús. El hijo que nace «está destinado a regir todas las naciones con cetro de hierro» (12,5). La iglesia primitiva consideró que esta cita de Salmo 2,8-9 era una referencia a Cristo. Pero además de representar a María, la mujer es probablemente un símbolo asimismo del pueblo de Dios entero. La nación judía entera se retorcía de dolor, habiendo sufrido exilio en Babilonia y la conquista por parte de una sucesión de imperios paganos tras su regreso del exilio. Después de la supresión brutal cuando la Guerra Judía del año 70 d.C., las monedas imperiales traían la imagen de una mujer sentada sumisamente, para retratar la humillación de la nación judía (figs. 4.2; 5.8).

Si la mujer vestida del sol en el Apocalipsis representa al pueblo de Dios, es sugerente que sus pies pisan la luna (Ap 12,1). Entre sus otros aspectos, la diosa Artemisa (Diana) en Éfeso (Hch 19,23-41) era la diosa Luna. Hay monedas romanas de los siglos II y III que traen una luna en cuarto creciente bajo la imagen de la esposa del emperador, señalando su filiación divina. Otras monedas mostraban un icono de la diosa Luna (latín) o Selene (griego) en el reverso[1]. La mujer que ve Juan de Patmos tiene sus pies plantados en la luna, lo

[1] David R. Sear, *Roman Coins and Their Values*, vol. 1, *The Republic and the Twelve Caesars*, 280 BC-AD 96 (London: Spink, 2000), 13, 31.

cual simboliza la victoria del pueblo de Dios sobre la religión de la diosa y contra la blasfemia imperial.

El momento cuando la mujer vestida del sol da a luz resulta dramático. Un gran dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos revolotea por ahí esperando devorar al recién nacido. La imagen nos recuerda a Herodes cuando mató a los niños de Belén queriendo eliminar al niño Jesús (Mt 2,16-18). También nos recuerda a Poncio Pilato y Caifás cuando conciertan la muerte de Jesús (Jn 18,1-24.28).

Antes de que el dragón rojo pueda coger su presa, sin embargo, el recién nacido «fue puesto a salvo junto al trono de Dios» (Ap 12,5). Aquí también la imagen funciona a distintos niveles. Herodes el Grande pensó haber destruido al rey nacido en Belén, pero José y María, avisados por Dios, se habían llevado a Jesús para tenerlo a salvo en Egipto. Herodes Antipas tenía buenos motivos para considerar que la crucifixión había puesto fin al maestro de Galilea. Pero Dios levantó a Jesús de la tumba y lo elevó a un trono de gloria.

El bien y el mal forcejean por la supremacía

Por terrible que sea el mal en nuestro mundo hoy, nada supera la depravación de intentar destruir al Hijo de Dios. Va apareciendo una explicación de la fuente de esa maldad, cuando Juan contempla una visión de la guerra en el cielo. Resulta que el dragón rojo no es una fuente independiente de poder ni un segundo dios. ¡El dragón rojo empezó como miembro de la corte celestial! Antes parte del orden creado por Dios, el dragón encabeza ahora una insurrección contra el Dios que lo creó.

A continuación estalla una batalla terrible entre las fuerzas de obediencia y las de rebelión en el reino espiritual. Miguel, el arcángel que hace de valedor de la nación judía (Dn 12,1; Jud 9) reúne las huestes del cielo para echar de la presencia de Dios a los rebeldes. El dragón, identificado ahora como Satanás, cae ahora a la tierra, acompañado por un tercio de la corte celeste (Ap 12,4.9). La voz de uno que dirige el culto resuena ante este triunfo del bien sobre el mal:

> *—Ya está aquí la salvación,*
> *el poder y el reino de nuestro Dios:*
> *ya está aquí la soberanía de su Cristo.*
> *Ha sido reducido a la impotencia*
> *el que día y noche acusaba*
> *a nuestros hermanos*
> *delante de nuestro Dios.*

> *[…] ¡Alegraos, por tanto, cielos,*
> *y quienes en ellos tenéis vuestra morada!* (12,10.12)

Se describe a Satanás como «el que […] acusaba a nuestros hermanos», no como el perseguidor. «Satán» en hebreo es un título que significa algo así como «fiscal». Satán subvierte y destruye por medio de sus acusaciones, induciendo a los humanos a pensar que no valemos nada y hemos sido rechazados por Dios.

Expulsado sumariamente de la presencia de Dios, un Satanás herido y peligroso merodea por la tierra:

> *Temblad en cambio vosotros, tierra y mar*
> *porque el diablo ha bajado hasta vosotros*
> *ebrio de furor, sabiendo que es corto*
> *el tiempo con que cuenta* (12,12).

Habiendo fracasado en su intento de destruir a Cristo recién nacido, el dragón ahora persigue a la mujer, que es símbolo del pueblo de Dios.

Como los cristianos de Jerusalén que huyeron cruzando el río Jordán hasta Pela, cuando estaba por empezar la Guerra Judía en el 66 d.C.[2], la mujer en la visión de Juan es llevada al desierto. Cuenta con protección divina, alimentada por Dios y protegida del torrente de agua que el dragón vomita hacia ella. Este diluvio nos recuerda el vacío acuoso en los albores de la creación. Es un intento del dragón por devolver al mundo a su condición de caos primordial en Génesis 1,2. Furioso porque la mujer consigue escapar, el dragón se dispone ahora «a hacer la guerra contra el resto de los hijos de la mujer, es decir, contra los que cumplen los mandamientos de Dios y se mantienen como testigos fieles de Jesús» (12,17). Estos son los que siguen a Jesús.

Plinio investiga a los cristianos

En una carta escrita por un gobernador romano hacia 112 d.C., podemos vislumbrar cómo procedía la guerra contra la iglesia cristiana a finales del siglo I y principios del siglo II. Es la documentación más antigua existente, sobre lo que un funcionario imperial entendía ser el culto cristiano.

---

[2] Eusebio, *Historia eclesiástica* 3.5; Epifanio, *Panarion (Adversus Haereses)* 29.7.7-7.8; 40.2.7. Algunos eruditos cuestionan la historicidad de la huida a Pela de los cristianos. Véase también Lucas 21,20-22.

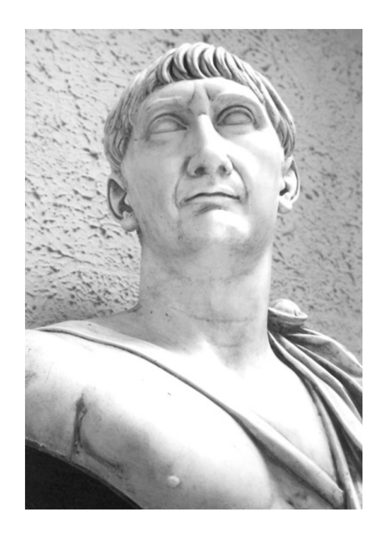


Fig. 4.3. El emperador Trajano (98-117 d.C.) fue el destinatario de la carta famosa de Plinio sobre los cristianos

Como regla general durante los primeros siglos de la iglesia, el gobierno no se dedicó en absoluto a perseguir a los cristianos. Ni siquiera hay mucho motivo para suponer que Juan escribiera el Apocalipsis en un tiempo de persecución generalizada, aunque está claro que espera una persecución importante en un futuro próximo. Los cristianos eran despreciados y marginados socialmente, pero los funcionarios romanos no parecen haber hecho gran cosa por hostigar a la iglesia en las provincias, en tanto que no surgiera una demanda popular en determinado lugar para que intervenga el gobierno. Era mayor la presión social de amistades y vecinos para que participaran en el culto al emperador, que cualquier política o exigencia del gobierno a esos efectos.

Plinio el Joven fue un abogado, senador y gobernador romano, que sí persiguió a los cristianos en Asia Menor unos pocos años después de que Juan escribiera el Apocalipsis. En el 111 d.C. el Emperador Trajano (fig. 4.3) lo envió para asumir el cargo de gobernador de Bitinia, una provincia un poco al norte de las siete iglesias del Apocalipsis; allí Plinio intervino como juez para los casos de pena capital que aparecían en el tribunal. En una carta que escribió Plinio a Trajano, tenemos la primera mención que se conserva de cristianos, en los archivos imperiales romanos.

Plinio pedía al emperador que lo aconsejara sobre cómo había que tratar casos donde los ciudadanos presentan formalmente denuncias contra individuos sospechosos de ser cristianos. Su consulta ilustra la clase de sospecha bajo la que operaba el cristianismo y nos da una ventana extraordinaria por la que observar el culto cristiano primitivo. Escribe Plinio:

> Nunca había estado presente personalmente en un interrogatorio de cristianos. Por consiguiente, desconozco la naturaleza y el alcance de los

> castigos que se les suele sentenciar, ni los motivos por los que sea menester poner en marcha una investigación, ni hasta qué punto hay que proseguir con la misma. Tampoco tengo nada claro si debe distinguirse ente ellos por motivos de edad o si es que los jóvenes y los adultos han de tratarse de igual manera; si debe concederse el perdón a cualquiera que se retracte de sus creencias, o si es que una vez profesado el cristianismo ya no hay nada que ganar con una retracctación; y si basta con el solo nombre de cristiano para imponer castigo, aunque inocentes de ningún crimen, o si se castigan al contrario los crímenes que se asocian con el nombre.
>
> Hasta ahora la línea que he seguido con las personas que comparecen ante mí acusados de ser cristianos, es la siguiente: Les he preguntado en persona si son cristianos y si lo admiten, les repito la pregunta una segunda y tercera vez, advirtiéndoles del castigo que conlleva. Si persisten, ordeno que se los lleven para ejecutarlos; por cuanto, muy al margen de lo que venga a significar esa admisión, estoy convencido de que tal porfía y obstinación inconmovible no puede quedar impune. Ha habido otros igual de fanáticos pero que son ciudadanos romanos. Esos han sido añadidos a la lista de personas a enviar para un juicio en Roma[3].

Los cristianos sufren acusaciones anónimas

En cualquier caso, Plinio sabía bien que el procedimiento habitual consistía en ejecutar a los cristianos que no se retractaban —a no ser que fueran ciudadanos romanos, en cual caso eran enviados a Roma, como sucedió con Pablo (Hch 25,11-2)—. El gobernador consideraba que los cristianos estaban engañados y eran porfiados. Su carta procede a explicar que las quejas contra los cristianos han sido elevadas a su tribunal espontáneamente por fuentes sin identificar:

> Circula un panfleto anónimo que contiene los nombres de un número de personas a las que se acusa. En cuanto a estas personas he considerado que no debía admitir la denuncia contra cualquiera que niegue haber sido nunca cristiano, una vez haya repetido después de mí una fórmula de invocación a los dioses y haya presentado ofrendas de vino e incienso a vuestra estatua (la cual ordené traer al tribunal para este mismo

[3] Plinio el Joven, *Cartas* 10.96.1-4; en Pliny the Younger, *Letters and Panegyricus*, vol. 2, trans. Betty Radice, LCL 59 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1969), 285-87.

> propósito, junto con las imágenes de los dioses), ultrajando, además, el nombre de Cristo; tengo entendido que es imposible convencer a ningún cristiano verdadero a hacer estas cosas[4].

A quién es que adoraban los cristianos era el factor decisivo para determinar la culpabilidad. Plinio absolvía a los acusados que estaban dispuestos a adorar al emperador y a los dioses de Roma, siempre que también ultrajaran a Cristo. La carta menciona a personas que aparecían en su tribunal, que habían abandonado su fe cristiana años atrás. «Otros, cuyos nombres me fueron soplados por un denunciante, primero admitieron la acusación pero después la negaron; alegaron haber dejado de ser cristianos hacía dos años o más; en algunos casos, hasta veinte años atrás. Todos reverenciaron vuestra estatua y las imágenes de los dioses como lo haría cualquiera, ultrajando el nombre de Cristo»[5]. La referencia a veinte años atrás nos remite al reinado de Domiciano y lo que pudo haber sido un episodio anterior de persecución en Asia Menor por la época cuando Juan escribía el Apocalipsis.

La iglesia es una asociación política

La carta de Plinio nos permite vislumbrar cómo era el culto de los primeros cristianos, o por lo menos cómo es que el gobernador romano veía ese culto:

> También declararon que la suma entera de su culpa o error no consistía en nada más que esto: Que se reunían regularmente antes del alba en un día determinado, para entonar versos por turnos entre ellos en honor a Cristo, como si fuera un dios; y también para pactar entre sí mediante un juramento [*sacramentum*], pero no para ningún fin criminal sino para abstenerse de hurto, robo y adulterio, no traicionar ninguna confianza y comprometerse a devolver todo préstamo en cuanto se exija su pago.
>
> Después de esta ceremonia era su costumbre dispersarse para volver a reunirse más tarde y compartir unos alimentos corrientes e inofensivos; pero que habían abandonado esa práctica a partir de mi edicto —siguiendo vuestras instrucciones— que prohibía todas las asociaciones políticas. Esto me hizo decidir que era tanto más necesario sacarles toda la verdad mediante la tortura de dos esclavas, que ellos llaman diaconisas.

---

[4] *Ibíd.* 10.96.5; en Radice, *Letters*, 2.287-89.

[5] *Ibíd.* 10.96.6; en Radice, *Letters*, 2.289.

> No conseguí averiguar nada más allá de que son una especie de secta degenerada, llevada a unos extremos extravagantes[6].

Como no había un día general de descanso en el calendario semanal de la sociedad romana, los cristianos sencillamente elegían un día —probablemente el domingo, el día de la resurrección de Jesús— para reunirse y celebrar el culto antes del amanecer. A esa hora tan temprana recitaban o cantaban antifonalmente una liturgia de culto a Cristo. Para su sorpresa, Plinio descubrió que estos actos de devoción colectiva promulgaban un indicador de conducta ética.

Después del culto los cristianos volvían a reunirse —quizá por la tarde o noche— pero para comer alimentos corrientes —¡que no bebés!—. Plinio probablemente enfatiza que los ágapes de los cristianos consistían de alimentos inofensivos porque circulaban rumores en el mundo antiguo de que los seguidores de Jesús eran unos caníbales que practicaban la promiscuidad sexual[7]. El gobernador informa que los cristianos habían pactado no cometer hurtos ni robos ni adulterio. Debían decir siempre la verdad y comportarse con integridad en sus asuntos económicos.

Al mencionar este pacto, Plinio emplea la palabra latina *sacramentum*, un término empleado en el ejército romano para el juramento de lealtad al emperador. Para finales del siglo II y tal vez ya antes, la iglesia primitiva también empleaba la palabra *sacramentum* para referirse a los votos bautismales. Cuando la iniciación a la iglesia por el bautismo, los creyentes prometían solemnemente su lealtad a Jesucristo y a los elevados valores éticos del evangelio. Adherirse a la iglesia venía a ser un compromiso igual de total que la inducción al ejército de César.

Un edicto imperial contra todo tipo de asociaciones, que había sido proclamado con anterioridad por el emperador Trajano para impedir agrupaciones políticas subversivas, daba pie a Plinio para prohibir que los cristianos se reunieran para el culto. Aunque el culto era un acto político según el parecer del gobernador, sin embargo no parecía alarmarle mucho. Sus investigaciones convencieron a Plinio de que el cristianismo no era nada más que una superstición popular.

---

[6] *Ibíd.* 10.96.7-8; en Radice, *Letters*, 2.289.

[7] Minucio Félix, un abogado romano y apologeta cristiano que escribió un siglo después de Plinio el Joven, describe esas acusaciones. Véase Minucius Felix, *Octavius* 9.1-7.

Al final de la carta Plinio se congratula de que ha conseguido detener la difusión del cristianismo. Lamenta que hay personas de todas las edades y clases sociales y de ambos sexos que han caído bajo el influjo del movimiento. Esta plaga cristiana ha cundido no solamente en las ciudades, donde cabe esperar tales cosas, sino también en el campo. Ahora que ha atajado tan sabiamente el problema, sin embargo, Plinio declara que la economía local y los indicadores de prácticas religiosas paganas en las familias están volviendo a niveles normales:

> No cabe duda de que la gente ha empezado a llenar los templos que habían llegado a hallarse casi vacíos durante algún tiempo; los ritos sagrados que se había dejado caer en desuso están siendo practicados otra vez, y la carne de las víctimas sacrificiales está a la venta en toda partes, donde hace poco era muy difícil encontrar clientes que la compraran. Se deduce fácilmente de todo esto, que un buen número de personas puede enmendar sus caminos si se les brinda la oportunidad de arrepentirse[8].

En su respuesta a la carta de Plinio[9], el emperador Trajano confirma la forma que el gobernador ha tratado con los cristianos y dice que no hay una regla general sobre cómo abordar el problema. Este comentario sugiere que no existía ninguna legislación formal que declarase ilegal la fe cristiana. Trajano indica además que no es necesario investigar activamente en busca de cristianos a los que juzgar. Si alguien los denuncia, Plinio ha de juzgarlos; aunque debe descartar las acusaciones anónimas.

El culto cristiano edifica la autoestima

En este capítulo nos hemos cruzado con el dragón, una personificación de la rebelión contra Dios. Es una ironía que el agente de rebelión sea también el acusador (Ap 12,10). Hay buenos motivos por qué los mortales se sienten culpables en la presencia divina, por cuanto «todos pecaron y todos están privados de la gloria divina» (Ro 3,23). Pero es una parte de la estrategia retorcida de Satanás, hacer que los que han sido perdonados por el Cordero, se sientan sin embargo culpables e indignos. Por esta razón la confesión de pecado *junto con* la proclamación del perdón tienen que ser aspectos regulares del culto cristiano. Si no reconocemos nuestro pecado, empezamos a comportarnos como pequeños dioses con una capacidad moral totalmente independiente. Si no

---

[8] Plinio el Joven, *Cartas* 10.96.10; en Radice, *Letters*, 2.291.

[9] *Letters*, 10.97.

celebramos el perdón que recibimos en Cristo, cargamos con el peso de la vergüenza y la culpa.

El Apocalipsis subraya el valor del individuo ante Dios, al afirmar que los seguidores de Jesús llevan vestiduras blancas, que bien merecen (3,4). Los pecadores perdonados no son un grupo exclusivista. Hay veinticuatro ancianos ante el trono de Dios que adoran al Cordero, «que [ha] adquirido para Dios gentes de toda raza, lengua, pueblo y nación» (5,9). La visión de Juan de una multitud innumerable (7,9) enfatiza el alcance enorme de la gracia de Dios.

Después de que Juan observa cómo «el que acusaba a nuestros hermanos» es echado del infierno (12,9.10), una voz potente proclama que lo han vencido por la sangre del Cordero y las palabras con que testificaron (12,11). Al ponerse de parte de Jesús, los creyentes obtienen poder para vencer a Satanás. El culto jubiloso que aparece una y otra vez en el Apocalipsis refleja el gozo y la libertad de un pueblo perdonado. Los creyentes se preparan para un encuentro con Cristo, con toda la ilusión de una novia resplandeciente (19,7-8).

Como vimos en la carta de Plinio, los cristianos que el gobierno sometía a juicio en el siglo II eran odiados y despreciados por su fe «degenerada» y «excesiva». Los que aparentan ostentar el poder en cada generación —sean gobiernos, la sociedad civil, instituciones religiosas, las asociaciones profesionales— a veces marginan o calumnian a los que siguen al Cordero. En circunstancias así, el culto adquiere importancia como una actividad vital, que restablece el sentimiento de confianza y de validez de los creyentes. Por poderosos que sean los gobernantes y las instituciones, resultan ser insignificantes ante el Dios viviente. En la próxima parte de nuestro estudio acompañaremos a Juan cuando se atreve a comparecer ante la presencia de Dios en la corte celestial.

Para reflexión

1. ¿Cómo entiendes la cuestión de Satanás y el origen del mal? ¿Tiene sentido pensar que Satanás haya sido antes un integrante de la corte celestial? ¿Puedes pensar en ejemplos donde el mal haya retorcido algo creado bueno por Dios?
2. Intenta deducir por las cartas citadas en este capítulo, qué sería lo que impulsó al gobernador Plinio y al emperador Trajano, a emprender las acciones que emprendieron contra los cristianos. ¿Existen ejemplos modernos de gobernantes que reciben apoyo popular por tratar con severidad a prisioneros que bien pudieran ser inocentes?

3. ¿De qué maneras reciben honra y respeto los cristianos en tu cultura hoy día? ¿De qué maneras son marginados y ridiculizados? ¿Los cristianos nos merecemos la reputación en que nos tienen hoy día?

VIVIR LA VISIÓN

Confesar a Cristo en el ejército romano

En el año 298 d.C., los enemigos de Roma acosaban el imperio por varios frentes. Por motivos de seguridad estatal, el gobierno aumentó las presiones para que los soldados dieran fe de su lealtad participando regularmente en el culto al emperador. En lo que hoy es Marruecos, un centurión con el nombre de Marcelo debía presidir el culto de sus soldados a los dioses romanos y a los emperadores. En lugar de hacer eso, en un acto que constituyó un indicador asombroso de lealtad, Marcelo tiró al suelo su cinturón de soldado —del que pendían sus armas— frente a los estandartes de la legión. Elevó la voz para declarar:

—Soy un soldado de Jesucristo, el rey eterno. A partir de ahora, dejo de servir a vuestros emperadores y aborrezco el culto de vuestros dioses de madera y de piedra, porque son imágenes sordas y mudas.

Un relato antiguo de su juicio y ejecución el 30 de octubre de 298, apunta el siguiente diálogo entre el juez Agricolano y el procesado Marcelo[10]:

—¿Has dicho las cosas que figuran en el informe del prefecto?

—Sí, lo dije.

—¿Tenías el rango militar de centurión de primera clase?

—Sí.

—¿Qué locura te poseyó para tirar al suelo los símbolos de tu juramento militar y para decir las cosas que has dicho?

—No es locura lo que posee a los que temen al Señor.

—¿Entonces es verdad que has dicho todas esas cosas que figuran en el informe del prefecto?

—Sí, eso es lo que dije.

---

[10] Adaptado de Herbert Musurillo, trans., *The Acts of the Christian Martyrs* (Oxford: Clarendon, 1972), 250-59.

—¿Tiraste al suelo tus armas?

—Sí. Por cuanto no es justo que un cristiano, que pelea por Cristo su Señor, vaya a pelear en los ejércitos de este mundo.

—Lo que ha hecho Marcelo merece su castigo conforme a la legislación militar —decidió Agricolano—. Así que, por cuanto Marcelo, que tenía el rango de centurión de primera clase, ha confesado que se deshonró a sí mismo renunciando públicamente a su juramento militar [...], yo declaro la sentencia de muerte a espada.

—Agricolano, que Dios te recompense —respondió Marcelo.

Hoy las reliquias de Marcelo se conservan bajo el altar de la Basílica del Sagrado Corazón, en la Universidad de Notre Dame, en South Bend, Indiana (EEUU).

5

El salón del trono cósmico

Leer Apocalipsis 4,1-11

En medio del trono y a su alrededor había cuatro seres vivientes, todo ojos por delante y por detrás. El primero era semejante a un león; el segundo, como un toro; con rostro como de hombre el tercero; y el cuarto, semejante a un águila en pleno vuelo. Cada uno de los cuatro vivientes tenía seis alas y eran todo ojos por fuera y por dentro. Día y noche proclaman sin descanso:

—Santo, santo, santo,
Señor Dios, dueño de todo
el que era, el que es,
el que está a punto de llegar.

Y cada vez que los cuatro vivientes tributan gloria y honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por siempre, los veinticuatro ancianos caen de rodillas ante el que está sentado en el trono, adoran al que vive por siempre y arrojan sus coronas a los pies del trono, diciendo:

—Señor y Dios nuestro:
¡Nadie como tú merece recibir
la gloria, el honor y el poder!
Porque tú has creado todas las cosas;
en tu designio existían,
y conforme a él fueron creadas. (4,6b-11)

En la historia de cuando Tirídates se postró ante el emperador Nerón (véase la Introducción), así como la correspondencia entre Plinio y el emperador Trajano (véase el cap. 4), podemos captar algo de la sensación de poder e



Fig. 5.1. El reverso de este *denario* de Domiciano, del 81 d.C., muestra el trono del emperador, de frente. Una tela con borlas cuelga del asiento. Por arriba, un relámpago con alas recuerda a lo que vio Juan proceder del trono de Dios (Ap 4,5). [Foto por cortesía de Harlan J. Berk, Ltd.]

influencia del trono imperial romano. Gran parte del mundo que conocía Juan sentía sobrecogimiento ante el emperador y se postraba en devoción. Para hacer frente a esta marea mundial de lealtad idólatra, Juan necesitaba la visión transformadora de un culto alternativo. En la visión del trono (Ap 4-5), la recibe: una panorama deslumbrante de culto en la presencia del Dios viviente.

Juan ve una puerta abierta en el cielo, y una voz como una trompeta le invita a subir a la presencia divina (4,1). La escena con que se encuentra sobrepasa todo lo que habrían sido capaces de imaginar los emperadores de Roma (fig. 5,1). Diversos símbolos, cuyo significado era en casi todos los casos bien conocido en los contextos judío y pagano, dan a entender la gloria de Dios. Un trono (símbolo de soberanía), rodeado por un arcoíris (que recuerda el pacto de Dios con Noé), emite rayos y truenos (como en el Sinaí). Frente al trono arden siete antorchas. También delante del trono hay un mar cristalino, que trae recuerdos del inmenso «mar de bronce fundido» que aprovisionaba de agua el templo de Salomón (1 R 7,23-26). Las aguas en reposo recuerdan a los adoradores en el templo, que Dios hubo de calmar las aguas del caos cuando la creación (Gn 1,1-2).

Con reverencia típica de los judíos ante la divina santidad, Juan recurre a los símiles en lugar de a la descripción directa para retratar al que está sentado en el trono. Dios se parece al jaspe y el sardonio. Alrededor del trono hay veinticuatro ancianos, tal vez queriendo dar a entender las doce tribus de Israel (Antiguo Testamento) y los doce apóstoles (Nuevo Testamento).



Fig. 5.2. Estas figuras de terracota, de seres alados mitológicos, eran parte del templo de Apolo construido por César Augusto en el Monte Palatino de Roma (36-28 a.C.).



Fig. 5.3. Esta *tetradracma* de Asia Menor, de hacia 27 a.C., muestra a César Augusto en el anverso y una esfinge en el reverso. [Foto por cortesía de Harlan J. Berk, Ltd.]

Cuatro seres alados, que representan quizá todos los seres vivientes, hacen de directores de culto para la creación entera. Bestias aladas como esas figuran comúnmente en las representaciones de escenas divinas en el mundo de la antigüedad —aparecen en un templo construido por César Augusto (fig. 5.2) y en una de sus monedas (fig. 5.3)—. Los seres de la visión de Juan tienen el aspecto de león (¿en representación de los animales salvajes?), de buey (¿en representación de los animales domesticados?), de hombre (¿en representación de la humanidad?), de águila (¿en representación de las aves?). Era práctica habitual en la religión pagana de la antigüedad, adorar los cuerpos celestes o las fuerzas de la naturaleza. Ahora, a manera de contraste con ese tipo de panteísmo, Juan ve cómo la creación entera adora a Dios. A coro, estos seres declaran:

—Santo, santo, santo,
Señor Dios, dueño de todo
el que era, el que es,
el que está a punto de llegar.

Entonces, con palabras y gestos que recuerdan a las alabanzas elevadas a los emperadores en Roma, los veinticuatro ancianos se postran rostro en tierra para cantar:

—Señor y Dios nuestro:
¡Nadie como tú merece recibir
la gloria, el honor y el poder!
Porque tú has creado todas las cosas;
en tu designio existían,
y conforme a él fueron creadas.

En un tiempo cuando los poderes idólatras paganos parecían dominar el mundo, esta visión de la creación entera en adoración del Dios viviente tiene que haber sido emocionante para Juan. Los gobernantes de Roma ansiaban recibir gloria, honor y poder; pero Juan puede ver ahora que en toda justicia, eso es lo que le corresponde a Dios.

Los judíos son sensibles a los símbolos políticos

La corte celestial abunda en símbolos: trono, arcoíris, túnicas blancas, coronas de oro, rayos y trueno, antorchas, seres vivientes, ancianos. La experiencia humana de lo divino generalmente incluye lo simbólico o icónico, por cuanto es esa la forma principal como los mortales percibimos la realidad trascendente. Cuando se estructura en liturgia o ritual, lo simbólico e icónico deviene en portales al reino espiritual. Sean sacros o profanos, los símbolos e iconos pueden tener un impacto potente en los observadores o participantes, forjando lealtad y conducta.

Los judíos en el mundo de la antigüedad eran muy sensibles al poder de los símbolos, que vinieron a constituir puntos de conflicto cuando Palestina era controlada por potencias paganas. Poncio Pilato, procurador (y/o prefecto) de Judea (26-36 d.C.), intentó en cierta ocasión realzar el perfil de la presencia romana en Jerusalén con un despliegue público de iconos del emperador. Estaban en estandartes, que venían a ser unas astas sagradas llevadas en procesión, ornamentadas con símbolos imperiales o iconos pequeños del emperador y, a veces, en lo más alto una mano abierta que representaba el juramento de lealtad de los soldados (fig. 5.4)[1]. Alarmados y enfurecidos, un gran número de judíos de Jerusalén y del campo alrededor se dirigieron a la residencia de Pilato en Cesarea, en la costa del Mediterráneo. Rogaron al procurador que respetara su prohibición contra las imágenes y retirara los



Fig. 5.4. En esta escultura del siglo II en Roma, el soldado a la derecha porta un estandarte (*signum*) con imágenes o sellos del emperador.

[1] Se pueden ver más estandartes del ejército romano en: www.vroma.org/~bmcmanus/romanarmy.html.

estandartes. Cuando Pilato se negó, los judíos rodearon su casa y protestaron durante cinco días. Al final la corte de Pilato se reunió en el estadio de Cesarea Marítima, con el pretexto de dar audiencia a los alborotados. Josefo informa que en lugar de eso:

> [Pilato] dio la señal concertada para que sus tropas rodearan a los judíos. Viéndose rodeados por un cerco de tres filas de soldados, los judíos se quedaron mudos ante tan inesperada exhibición. Pilato, después de amenazar con abatirlos si se negaban a admitir las imágenes de César, dio la señal para que los soldados desenvainaran. En eso los judíos, como si se hubieran puesto de acuerdo, se dejaron caer a tierra como un solo hombre y desnudaron sus cuellos, exclamando que estaban dispuestos a morir antes que violar la ley[2].

Atónito ante tal intensidad de fervor religioso, Pilato ordenó la retirada inmediata de Jerusalén de los estandartes.

Los emperadores disfrutan de ser adorados

Juan de Patmos fue un judío radical que ponía en valor esta tradición de resistencia no violenta a la idolatría política. El incidente con los estandartes en Jerusalén ocurrió durante el reinado de Tiberio (14-37 d.C.), un emperador relativamente moderado que no solía promover la idea de su propia divinidad. Pero en las décadas después de su reinado, los emperadores Calígula y Nerón se presentaron al mundo descaradamente como deidades. Sus blasfemias son el trasfondo de la visión de Juan de la bestia y de su llamamiento urgente a adorar tan sólo al Dios viviente.

Calígula (37-41 d.C.; fig. 5.5.), cuyo nombre real era Cayo, era hijo de un general del ejército Romano. Los soldados pusieron al futuro emperador el mote de Calígula, que significa «botitas», un día cuando el niño apareció en público calzando unas pequeñas botas militares. Calígula llegó a emperador con veinticuatro años y alegaba creer en su propia divinidad. Un contemporáneo, Filón de Alejandría, dice que a Calígula le gustaba aparecer en público ataviado como uno de los dioses:

> [Calígula] se metamorfoseaba para transformarse en Apolo, coronando su cabeza con guirnaldas a la manera de rayos de sol, con arco

[2] Josefo, *Guerra Judía* 2.172-74; en Josephus, *The Jewish War*, vol. 2, trans. H. St. J. Thackeray, LCL 210 (1927-28; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1967), 391.

> y flechas en su mano izquierda, con gracias en su diestra como para indicar que era atributo suyo el conferir bendición a todos los pueblos desde su provisión ilimitada. [...] De inmediato estaba establecido que cantaran unos coros, cuidadosamente adiestrados para cantar sus loas; el mismo coro que [...] cantaba himnos bacanales en su honor cuando asumía el disfraz de[l dios] Baco[3].

Según Suetonio, este emperador tan vanidoso empezó a «alegar su propia divina majestad». Ordenó que las estatuas de los dioses que eran «famosas por su santidad o por su mérito artístico, entre ellas la de Júpiter en Olimpia, fueran traídas desde Grecia, a fin de quitarles la cabeza para sustituir la suya propia. «Erigió un templo especial dedicado a su propia divinidad», donde figuraba una estatua de oro de sí mismo a tamaño real[4].

Calígula dio órdenes al gobernador Petronio de Siria, que erigiera una estatua del emperador en el templo judío de Jerusalén. Filón describe la reacción de un grupo de judíos cuando un mensajero trajo la noticia del sacrilegio inminente:

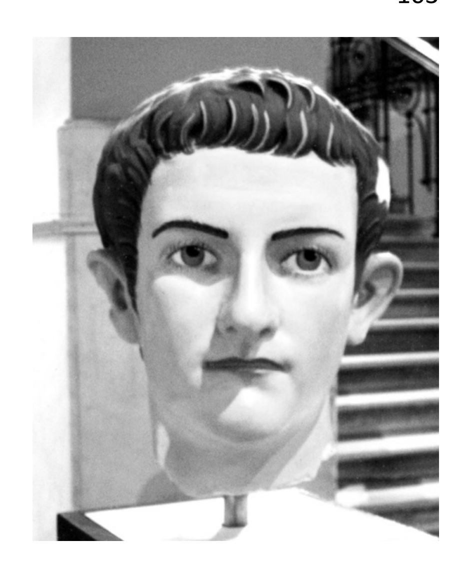
> Con gran dificultad, con llantos sonoros y con voz quebrada, [el mensajero] habló así: «¡Nuestro templo está destruido! ¡Cayo [Calígula] ha mandado que se levante una estatua colosal de sí mismo en el Lugar Santísimo, en la que ha de ir grabada una inscripción de su propio nombre, con el título de Júpiter! Y mientras nos quedamos ahí todos mudos de pasmo y espanto ante lo que nos dijo; incapaces de ningún movimiento (porque nos quedamos ahí mudos y desesperados, al filo de caer a tierra de espanto y tormento, los mismísimos músculos de nuestros cuerpos desprovistos de cualquier fuerza ante la noticia que oímos), llegaron otros con la misma triste historia[5].

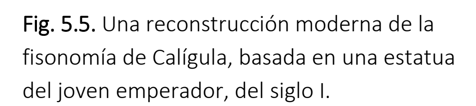
---

[3] Filón, *Sobre la embajada ante Cayo* 95-96; en Charles Duke Yonge, trans. *The Works of Philo* (Peabody, MA: Hendrickson, 1993) 765.

[4] Suetonio, *Cayo* 22; en *Suetonius*, vol. 1, trans. and ed. J. C. Rolfe, LCL 31 (1913-14; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998), 437.

[5] Filón, *Embajada* 188-89; en Yonge, *Works of Philo*, 774. Filón fue parte de una delegación de Egipto que consiguió una audiencia ante Calígula en Italia, donde solicitaron su protección del hostigamiento de los judíos en Alejandría. Calígula se rió de ellos. Mientras se encontraba en Italia, Filón y la delegación recibieron esta noticia de los planes del emperador, de erigir su estatua en el templo de Jerusalén.




Fig. 5.5. Una reconstrucción moderna de la fisonomía de Calígula, basada en una estatua del joven emperador, del siglo I.

Decenas de miles de judíos de toda Palestina se congregaron en Galilea para una protesta no violenta ante el gobernador, que se encontraba visitando la región. «Cayendo rostro en tierra y desnudando sus cuellos, declararon que estaban dispuestos a que los maten», antes de ver introducir el icono hiriente en su templo de Jerusalén[6].

Vista la volatilidad de la situación, Petronio retrasó la instalación de la estatua. Cuando el gobernador se atrevió a sugerir que Roma rescindiera la orden de la estatua, Calígula le ordenó suicidarse. Pero el emperador mismo murió poco después, víctima del asesinato, y Petronio sobrevivió. La amenaza al culto judío que representaba la estatua de Calígula, sin embargo, pasó a contribuir al alza de resentimiento contra Roma que acabaría desembocando en la Guerra Judía (66-70 d.C.).

Nerón (54-68 d.C.), como hemos visto, era un gobernante arrogante y violento que erigió una estatua colosal de sí en Roma, posando como Apolo, el dios Sol. Cuando regresó de su gira vanidosa de cantar en público y competir como atleta en Grecia, Nerón recibió una recepción triunfal en Roma. El historiador romano contemporáneo, Dion Casio, informa que la ciudad «estaba toda engalanada con guirnaldas, radiante de luces y oliendo a incienso; la población entera, con los propios senadores a la cabeza, vociferaban sin parar» la siguiente letanía:

---

[6] Josefo, *Antigüedades judías* 18.271-72; en Josephus, *Jewish Antiquities*, vol. 7, trans. Louis H. Feldman, LCL 456 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1965), 159-61.

> ¡Salve, Víctor Olímpico! […] ¡Augusto! ¡Augusto!
> ¡Salve Nerón, nuestro Hércules! ¡Salve Nerón, nuestro Apolo!
> ¡El único Víctor de la Gran Ronda,
> el único desde los principios del tiempo!
> ¡Augusto! ¡Augusto! ¡Oh, Voz Divina!
> Bendito todo aquel que os oye[7].

Algunos judíos resisten contra el gobierno romano

Jesús llevó a cabo su ministerio público durante el reinado del emperador Tiberio (14-37 d.C.), antes de los excesos de Calígula y Nerón. Pero el culto al emperador ya estaba bien establecido bajo César Augusto (27 a.C.-14 d.C.). Jesús estuvo cara a cara con Poncio Pilato, el gobernador que trajo los estandartes romanos a Jerusalén. No está claro si los revolucionarios armados conocidos como *celotes* ya habían surgido como movimiento organizado de resistencia. Pero Lucas informa que entre los doce discípulos de Jesús se encontraba Simón el Celote (Lc 6,15; Hch 1,13), lo cual viene a sugerir que la tendencia a la resistencia política pudo aparecer incluso dentro del círculo de íntimos de Jesús.

Jesús era consciente del creciente sentimiento de nacionalismo judío y dio instrucciones sobre cómo debían actuar sus seguidores cuando los judíos se rebelaran y los ejércitos romanos asediaran Jerusalén:

> Cuando veáis a Jerusalén cercada de ejércitos, sabed que el momento de su destrucción ya está cercano. Entonces, los que estén en Judea huyan a las montañas, los que estén dentro de Jerusalén salgan de ella y los que estén en el campo no entren en la ciudad. Porque aquellos serán días de venganza, en los que se ha de cumplir todo lo que dice la Escritura. ¡Ay de las mujeres embarazadas y de las que en esos días estén criando! Porque habrá entonces una angustia terrible en esta tierra, y el castigo de Dios vendrá sobre este pueblo. A unos los pasarán a cuchillo y a otros los llevarán cautivos a todas las naciones. Y Jerusalén será pisoteada por los paganos hasta que llegue el tiempo designado para estos (Lc 21,20-24).

Lo que preveía Jesús fue la terrible realidad en el año 66 d.C., cuando un resentimiento explosivo irrumpió en revuelta declarada. La chispa la puso un

---

[7] Dion Casio, *Historia romana* 63.20.4-5; en *Dio's Roman History*, vol. 8, trans. Earnest Cary, LCL 176 (1914-27; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981), 169-71.

griego en Cesarea Marítima, que violó a posta las sensibilidades judías acerca del culto, ofreciendo un sacrificio pagano en un altar improvisado frente a la entrada a la sinagoga[8]. Las apelaciones de los judíos ante el gobernador para que interviniera cayeron en oídos sordos, y la rebelión no tardó en declararse en Jerusalén, para propagarse a otras partes de Judea y Galilea. En todo el siglo I, ningún otro alzamiento contra Roma, en ninguna parte, alcanzó los éxitos de la Guerra Judía (66-70 d.C.), que por un tiempo consiguió echar de Palestina a los ejércitos romanos.

Roma aplasta la revuelta judía

Queriendo eliminar toda señal del culto al emperador, el flamante gobierno judío independiente fundió las monedas romanas que lucían iconos de sus emperadores presuntamente divinos, para acuñar una moneda nueva sin imagen humana alguna. Pero la insurgencia tuvo poco recorrido. Nerón ordenó al general Vespasiano (fig. 5.6) tomar de nuevo Palestina, y al cabo de dos años todo el territorio exceptuando Jerusalén y la fortaleza de Masada junto al Mar Muerto, estaba ya controlado por los romanos (66-68 d.C.).

Josefo, comandante de los rebeldes judíos en Galilea, escribió un relato elocuente del asedio terrible y la espantosa caída de Jerusalén (68-70 d.C.). Los residentes de Jerusalén cayeron en hambre y en batallas intestinas mientras los ejércitos romanos estrechaban el cerco. Los soldados romanos crucificaban frente a la muralla de Jerusalén a los judíos que capturaban para socavar el ánimo de los que resistían dentro, y fueron tantos los que murieron así, que ya era imposible encontrar dónde clavar otra cruz, ni hallar cruces para los cuerpos[9]. El pánico y la desesperación cundió entre la población atrapada, aunque no faltaron visionarios que alegaron ver ejércitos celestiales que descendían para defenderlos. Josefo —que se había pasado al bando romano después de su captura en Galilea— alega haberse apostado frente a las murallas de Jerusalén, exhortando a los rebeldes a rendirse: «Oíd, conoced que no estáis luchando solamente contra los romanos, sino también contra Dios»[10]. Josefo les declaraba a sus correligionarios judíos que Dios había huido de los lugares santos de Jerusalén «y se ha apostado de parte de aquellos contra los que estáis en guerra»[11].

---

[8] Josefo, *Guerra* 2.284-92.

[9] *Ibíd.* 5.451; en Thackeray, *Jewish War*, 3.341.

[10] *Ibíd.* 5.378; en Thackeray, *Jewish War*, 3.319.

[11] *Ibíd.* 5.412; en Thackeray, *Jewish War*, 3.331.



Fig. 5.6. El general Vespasiano (izda.) inició la campaña para retomar Palestina. Su hijo Tito (dcha.) acabó la reconquista y destruyó el templo de Jerusalén. Ambos alcanzaron el rango de emperador.

El emperador Nerón se suicidó en Roma (9 de junio, año 68), en plena Guerra Judía en Palestina. En el transcurso de los siguientes dieciocho meses, tres hombres diferentes se alzaron brevemente al trono imperial y todos murieron violentamente, hasta que el general Vespasiano quedó como emperador. Al fin Jerusalén cayó ante Tito, hijo de Vespasiano (fig. 5.6), que diezmó la ciudad y destruyó el templo en el año 70 d.C. Josefo dice, seguramente exagerando, que 1,1 millones de judíos perecieron durante el asedio y la caída de Jerusalén, y que noventa y siete mil fueron tomados como cautivos[12]. Tito se llevó a Roma a los jóvenes judíos «más altos y más apuestos» para su procesión triunfal. Envió «multitudes» de prisioneros judíos por todo el imperio para que murieran ante bestias salvajes en los teatros, y condenó a una multitud de otros a esclavitud en las minas de Egipto[13].

Tal como había instruido Jesús (Lc 21,20-24), cuando empezó el alzamiento, los cristianos de Jerusalén huyeron cruzando el valle del Jordán hasta Pela[14]. En el libro de Apocalipsis figura la ciudad de Jerusalén (Ap 11) y una Nueva Jerusalén (Ap 21; 22), lo cual sugiere que Juan tenía vínculos emocionales y espirituales con la ciudad santa. Es posible que Juan se contara entre los refugiados cristianos que huyeron de Jerusalén cuando empezó a arreciar la violencia. En cualquier caso, la huida de Jerusalén de los cristianos tuvo que ensanchar la brecha entre el judaísmo y el cristianismo emergente.

---

[12] *Ibíd.* 6.420; en Thackeray, *Jewish War*, 3.497.

[13] *Ibíd.* 6.417-19; en Thackeray, *Jewish War*, 3.497.

[14] Eusebio, *Historia eclesiástica* 3.5.

Los radicales de Qumrán ayudan a entender el Apocalipsis

Los cristianos que huyeron de Jerusalén durante la Guerra Judía no fueron los únicos que rechazaron colaborar ni con el Imperio Romano ni con la aristocracia sacerdotal de Jerusalén. En las resecas tierras baldías entre el Mar Muerto y las colinas del Desierto de Judea, una secta radical de judíos conocida como los esenios vivió como comunidad religiosa, en un lugar conocido como Qumrán[15]. Los esenios no eran cristianos; seguían a su propio líder apocalíptico, que conocían como el Maestro de la Justicia.

Las ruinas de la comunidad de Qumrán perviven hasta hoy (fig. 5.7), y a partir 1947 se fueron descubriendo los famosos Rollos del Mar Muerto en cuevas próximas al lugar. Parece ser que los miembros de la comunidad de Qumrán escondieron los rollos en las cuevas para esconderlos de los ejércitos romanos que avanzaban cuando la Guerra Judía (66-70 d.C.).

No hay ninguna evidencia de que Juan de Patmos fuera esenio. Sin embargo los parecidos entre su forma de escribir y las prácticas de los esenios vienen a sugerir que la forma como actuaban ellos son un indicador de impulsos religiosos similares. Josefo cuenta que los esenios normalmente no se casaban, que tenían todos sus bienes en común, que despreciaban la riqueza. Preferían vestirse de blanco, se cubrían con velos blancos durante el culto, con cierta frecuencia se bañaban ritualmente para purificación espiritual[16]. Por los rollos hallados en Qumrán, sabemos que los miembros de la comunidad habían roto con la jerarquía sacerdotal vinculada al templo judío de Jerusalén.

Estos rasgos de los esenios tienen sus paralelos con el Apocalipsis, donde los santos que Juan llama vírgenes siguen al Cordero en el cielo (14,4). Tanto los esenios como el propio Juan sostienen el ideal de una economía comunitaria: los esenios, al tener todas las posesiones en común; Juan, en su visión de una nueva Jerusalén donde todo el mundo comparte la riqueza. Para ambos la vestimenta blanca es un símbolo de pureza y es la indumentaria apropiada para el culto (Ap 3,4; 7,9). Los esenios se bañaban ritualmente; el Apocalipsis pone: «¡Dichosos los que [lavan] sus vestiduras para tener acceso al árbol de la vida y poder entrar!» a la nueva Jerusalén (22,14). Igual que los esenios, Juan tenía un hondo

[15] No hay acuerdo entre todos los eruditos, de que la comunidad de Qumrán fuera en efecto esenia; pero la opinión mayoritaria es que sí. El movimiento esenio fue más amplio que solamente Qumrán, y algunos miembros no vivieron en comunidad monacal.

[16] Josefo, *Guerra* 2.119-36.

sentimiento de representar lo contrario a los poderes dominantes en la política y la religión de su día.

Una diferencia importante entre Juan y los esenios, sin embargo, es que éstos se preparaban para una guerra real y material contra los romanos. *El rollo de le guerra* (conocido también como *Reglamento de guerra*) en Qumrán, sobre la lucha entre los hijos de la Luz y los hijos de las Tinieblas, proyecta el plan de batalla para derrotar a los romanos. El documento predice que cada bando ganará tres batallas durante el transcurso de cuarenta años. En la séptima y última batalla, los hijos de la Luz resultarán triunfadores. El rollo da instrucciones para la elección de los soldados, el empleo de las trompetas en la batalla y la movilización de las tropas. También pone los himnos de alabanza que se entonarán al final del último enfrentamiento. A continuación, un fragmento:

> ¡Levántate, oh Héroe!
> ¡Llévate tus cautivos, oh Glorioso!
> ¡Junta tu botín, oh Autor de grandes obras!
>
> ¡Pon tu mano sobre el cuello de tus enemigos
> y tus pies sobre el montón de los muertos!
>
> ¡Hiere a las naciones, a tus adversarios,
> y devora carne con tu espada!
>
> Llena tu tierra de gloria
> y tu heredad, de bendición […]
>
> ¡Oh Sion, regocíjate sobremanera!
> ¡Regocijaos, ciudades de Judá!
>
> ¡Estén siempre abiertas vuestras puertas
> para que puedan ser traídas las huestes de las naciones!
>
> Sus reyes os servirán
> y todos vuestros opresores se postrarán ante vosotros;
> lamerán el polvo de vuestros pies[17].

El Apocalipsis tiende hacia la gracia y la redención

Vemos paralelos sugerentes entre el Apocalipsis y este ejemplo de la literatura de Qumrán: la derrota de los enemigos de Dios, un enfoque en Sion, y

---

[17] *Reglamento de guerra* (1QM, 4QM) 19; en *The Dead Sea Scrolls in English*, trans. G. Vermès, 3rd rev. ed. (1962; London: Penguin, 1994), 124, adaptado.

la riqueza de las naciones que fluye hacia Jerusalén. Pero así como el Apocalipsis al final tiende hacia la gracia y la redención, el Rollo de la Guerra de Qumrán se centra invariablemente en el final violento de todos los adversarios. Los miembros de la comunidad de Qumrán adoraban con la creencia de que al final, solamente un grupo extremadamente pequeño de mortales serían salvos.

Josefo nos cuenta de los padecimientos sufridos por miembros del movimiento esenio —que se supone que incluía a la comunidad de Qumrán— cuando los ejércitos de Roma llegaron para aplastar el alzamiento de la Guerra Judía:

> Desencajados y retorcidos, quemados y rotos, después de pasar por todos los instrumentos de tortura, con el fin de inducirlos a blasfemar contra el dador de su ley [Moisés] o comer alguna cosa prohibida, se negaron a ceder a sus demandas, y ni una sola vez se encogieron de miedo ante sus perseguidores ni derramaron una sola lágrima. Sonrientes en sus agonías y burlándose suavemente de sus atormentadores, entregaron gustosamente sus almas, confiando en recibirlas de vuelta[18].

Como Juan una generación después, los esenios estaban dispuestos a afrontar el martirio por su fe. La comunidad de Qumrán —y el movimiento esenio



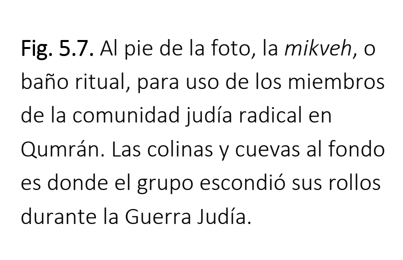


Fig. 5.7. Al pie de la foto, la *mikveh*, o baño ritual, para uso de los miembros de la comunidad judía radical en Qumrán. Las colinas y cuevas al fondo es donde el grupo escondió sus rollos durante la Guerra Judía.

[18] Josefo, *Guerra* 2.152-53; en Thackeray, *Jewish War*, 2:381.



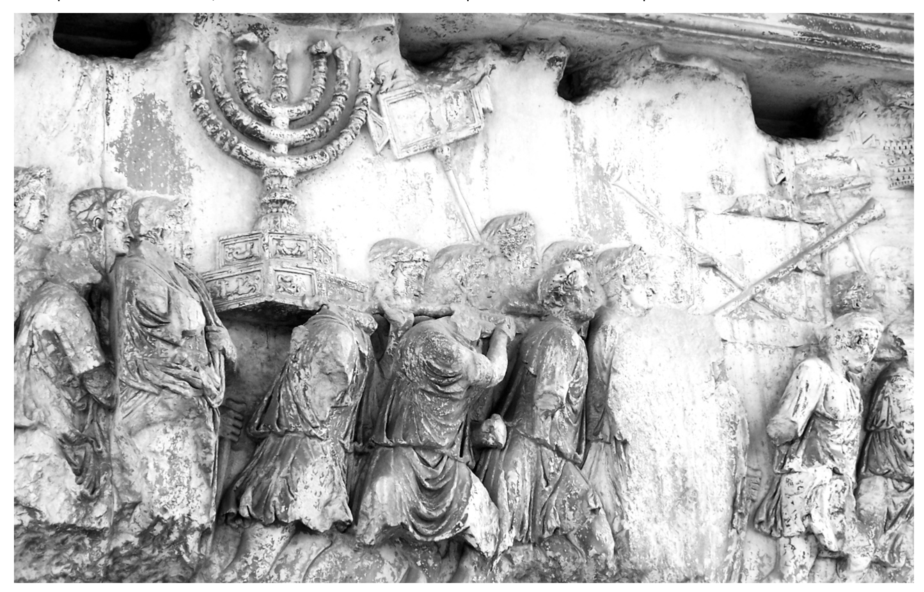
Fig. 5.8. Esta moneda de *as* de 77-78 d.C. muestra a Judea como una mujer derrotada que llora. Los romanos acuñaron monedas como esta de «Judea cautiva» por 25 años después de la caída de Jerusalén. [Foto por cortesía de Harlan J. Berk, Ltd.]

entero— prácticamente desapareció con la Guerra Judía, sus miembros muertos o esparcidos por el ejército romano. Es posible que algunos miembros de la comunidad de Qumrán se hayan retirado al risco en el desierto llamado Masada, donde los últimos rebeldes judíos resistieron hasta su suicidio colectivo en el 73 d.C.

El imperio humilla a sus enemigos

A lo ancho del imperio proliferaron recordatorios de que la insurrección de los judíos de poco les había servido. Los tesoros saqueados del templo en Jerusalén inundaron el mercado regional en tales cantidades, que el precio del oro cayó a la mitad de su valor anterior[19]. Por toda una generación tras la derrota de los judíos, las monedas romanas mostraban a Judea como una mujer

Fig. 5.9. Detalle del friso interior del Arco de Tito. La *menorá* y tal vez el propiciatorio del Templo de Jerusalén, están siendo llevados en procesión triunfal por la Vía Sacra de Roma.



[19] Josefo, *Guerra* 6.317.

de luto (figs. 4.2; 5.8). La leyenda de las monedas pone, típicamente: IVDAEA CAPTA (Judea cautiva).

El general Tito desfiló por Roma como héroe, y los romanos levantaron un arco de triunfo, que se ha reconstruido y sigue en pie hoy, en el foro de Roma, para conmemorar su victoria. Un friso en el interior del arco muestra jóvenes, probablemente cautivos judíos, que portan objetos sagrados del templo, entre otras cosas la *menorá* o candelabro de oro de siete lámparas (fig. 5.9). Tanto el arco como las monedas comunicaban un mensaje amenazador acerca de la locura de resistir contra el gobierno romano.

El poder de la resurrección

En este capítulo hemos contrastado el trono sobrecogedor de Dios y las cortes espantosas de Calígula y Nerón; también hemos considerado la suerte de los judíos en Palestina que se rebelaron contra sus amos romanos. Aunque no hay ningún indicio de que los cristianos se hayan sumado a la revuelta, de vez en cuando padecieron un trato cruel parecido al que el gobierno romano aplicaba a cualquier acusado de insurrección. Los rebeldes judíos tenían armas letales y hasta consiguieron durante un tiempo expulsar al enemigo. Los seguidores del Cordero, al contrario, resistieron contra los poderes de la muerte solamente con la Palabra de Dios, el poder del Espíritu y el amor al enemigo.

—Mi reino no es de este mundo —le dijo Jesús a Pilato—. Si lo fuera, mis servidores habrían luchado para librarme de los judíos [colaboracionistas con Roma] (Jn 18,36).

El juicio a Jesús parecía un enfrentamiento de fuerzas muy desiguales, y Roma hizo que se notara bien el jueves y viernes de la semana de Pascua. Nadie que estuviera observando lo que sucedía podía prever el poder de resurrección que habría de cambiar el sentido de la historia.

Un enfrentamiento de fuerzas así de desiguales, aparentemente, sucede hoy día cuando los seguidores de Jesús se niegan a participar en una guerra que tiene apoyo popular, se resisten a participar en la destrucción del medioambiente por empresas multinacionales, o resisten contra la pornografía en internet. Los cristianos que viven con sencillez y rechazan el consumismo de la sociedad occidental probablemente serán vistos como chiflados. Quienes hacen campaña por intereses mundiales que no solamente nacionales pueden parecer faltos de nacionalismo e ingratos. Algunos cristianos en estados totalitarios o en países donde la tensión entre religiones es elevada, se arriesgan al martirio por su lealtad a Jesús. A veces el Cordero conduce a sus seguidores a las márgenes de la

sociedad, a lugares de vulnerabilidad, donde se encuentran las personas que parecen carecer de poder.

El culto a Dios y al Cordero es esencial para los cristianos en esas circunstancias. Del mismo modo que el culto en la corte celestial motivó a Juan para un testimonio firme frente al imperio, el culto al Dios creador brinda a los creyentes recursos espirituales y emocionales para resistir ante los poderes de muerte hoy día. Al unirnos al coro celeste, nos alineamos con el futuro de Dios y hallamos que nuestra fuerza se renueva para seguir al Cordero. Prestaremos atención en el próximo capítulo a este Cordero tan paradójico, cuya fortaleza se da a conocer en la debilidad.

Para reflexión

1. ¿Cuál es el mensaje que comunican los sellos y monedas y otros medios controlados por el Estado en el país donde vives? ¿Qué historias de victoria cuenta tu sociedad para dar forma a la identidad y el orgullo nacionales? En cuanto a las fiestas patrias, deberían acaso los cristianos negarse a participar o recordarlas con otro tipo de celebración?
2. Si te sometieran a juicio por ser creyente, ¿qué evidencias alegaría el fiscal para demostrar que efectivamente eres cristiano o cristiana?
3. ¿En qué circunstancias pueden o deben los cristianos dirigirse al gobierno, bien sea con actos de protesta o para ofrecer consejos? ¿En qué circunstancias pueden o deben los cristianos asumir posiciones de liderato y responsabilidad en el gobierno? ¿Cuándo se vería un cristiano en el gobierno obligado a dimitir de su cargo para poder seguir siendo fiel a Jesús?

Vivir la visión

Sin medias tintas en Somalia

Ahmed Haile, de Somalia, se convirtió al cristianismo con diecisiete años al leer el Nuevo Testamento mientras estuvo ingresado en un hospital. Su cambio de lealtad no podía ser más marcado. El 99% de la población de Somalia es musulmana, y el compromiso con Jesucristo significó un distanciamiento de su familia y de su clan. El gobierno somalí, en aquel entonces oficialmente ateo y alineado con la Unión Soviética, tenía proyectado enviar a Ahmed a Alemania Oriental para estudios universitarios. Pero esa oportunidad no estaba prevista para los cristianos

—No había medias tintas en Somalia durante los años del régimen marxista —dice Ahmed—. Si eras cristiano tenías que estar dispuesto a morir. Éramos ovejas en una manada de lobos y tuvimos que depender de Dios.

La iglesia era clandestina y Ahmed, con diecinueve años, salió a pie para Kenia. Acabó en Estados Unidos, donde estudió sendas carreras en una escuela universitaria y en un seminario.

En Somalia se declaró una guerra civil cuando los señores de la guerra locales intentaron derrocar el gobierno; entonces Ahmed regresó a su país para trabajar por la paz. Fue reconocido por sus dones en la intermediación y en 1992 sirvió como el único cristiano en un equipo de musulmanes que procuraban forjar un acuerdo en Mogadiscio para poner fin a la guerra.

—Lo que nos unía era un amor a nuestro pueblo —dice—, la creencia de que existe algo más fuerte que las armas y capaz de traernos la paz.

El equipo mantuvo negociaciones cerca del frente de combate, pero la casa donde se alojaban fue bombardeada por los que se oponían al proceso de paz. Ahmed fue herido de gravedad y se lo llevaron medio inconsciente en una carretilla. No había ni hospital ni médicos. Un amigo sin ninguna preparación médica le operó de emergencia para amputarle la pierna derecha. «Aquí es donde me muero» —pensó. Después de la operación improvisada, Ahmed le pidió a su amigo recuperar los trescientos quince dólares que tenía escondidos… ¡en el zapato del pie que ahora le faltaba!

La guerra sigue asolando en Somalia.

—Los somalíes pelean entre sí porque cada uno piensa que su clan es el mejor —dice Ahmed—. Tradicionalmente, los clanes resolvían sus diferencias reuniéndose los ancianos de los clanes. Ahora [intentan] saldar sus diferencias con una AK-47, y la espiral de violencia va en aumento.

Aquí Martha, la esposa de Ahmed, opina:

—La paz tiene que empezar por los corazones de los individuos, y los individuos transformados por Jesús pueden acabar cambiando el mundo.

Ahmed fundó un programa de estudios de paz en la Universidad Daystar, de Nairobi, Kenia, donde es profesor. Él y su esposa animan con su apoyo a los líderes de la comunidad cristiana somalí en Kenia[20].

[20] Ahmed y Martha Haile, entrevistados por el autor, 22 de mayo, 2008, en Goshen, Indiana (EEUU).

6

EL CORDERO ES SEÑOR DE LA HISTORIA

Leer Apocalipsis 5,1-6,17

Pero uno de los ancianos me dijo:

—No llores. ¿No ves que ha salido victorioso el león de la tribu de Judá, el retoño de David? Él desenrollará el libro y romperá sus siete sellos.

Vi entonces, en medio, un Cordero que estaba entre el trono, los cuatro seres vivientes y los ancianos. Estaba en pie y mostraba señales de haber sido degollado. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Se acercó el Cordero y recibió el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Apenas recibió el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; todos tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. (5,5-8)

Con Jerusalén destruida, con cristianos masacrados en Roma, el propio Juan aparentemente en problemas con las autoridades imperiales, la historia tiene que haber parecido descontrolada. ¿Es Dios de verdad soberano sobre lo que pasa en la humanidad, o será que la historia es un ciclo de injusticias y padecimientos sin ningún sentido? Según se desenvuelve la visión del trono, en un contexto de adoración, Juan recibe una respuesta a estas preguntas.

De pie en el celestial salón del trono, Juan ve el rollo de un libro en la mano de Dios (5,1). Como era la costumbre si se trataba de documentos confidenciales u oficiales en tiempos antiguos, el rollo está sellado. Los sellos de los documentos en el mundo de la antigüedad eran trozos de arcilla o cera, puesto donde se hacía el nudo de la cuerda o papiro que lo sujetaba para que no se desenrollara solo. En esa arcilla o cera, la persona autorizada dejaba una




Fig. 6.1. Este anillo con sello, de la era romana, deja la imagen del dios Marte cuando se presiona en cera. [Foto por cortesía de Ancient Caesar, LLC.]

impresión con el grabado de un anillo u otro molde (fig. 6.1), de tal suerte que si alguien lo leía se notaría. En este caso son siete los sellos, lo cual viene a sugerir que contiene información especialmente sensible o secreta. Por cuanto el siete es un número que en la Biblia ya desde la creación (Gn 1) indica algo completo, estos sellos señalan también que el tiempo está ya completo.

Al ver el rollo de libro en la mano de Dios, Juan desespera. A la postre, cuando se rompen los sellos, alcanzamos a entender por qué. El libro contiene el plan de Dios —o acaso el previo conocimiento de Dios— de la culminación de la historia. Los eventos que el libro describe ya han empezado a suceder, pero todavía no se han completado. Como nadie es digno de abrir el rollo, el destino del mundo es un misterio para los mortales; el sentido de la historia sigue oculto. Juan y sus correligionarios no tienen cómo saber a ciencia cierta que el amor y la justicia de Dios prevalecerán.

El león es un cordero

Uno de los ancianos le dice a Juan que no llore, porque «el León de la tribu de Judá» ha triunfado y puede desenrollar el libro. Lo que sigue es una yuxtaposición tan profunda de símbolos, que es fundacional para toda la teología cristiana. El profeta que llora, hemos de suponer que con la cabeza gacha en la corte celeste, eleva sus ojos para divisar el león poderoso. Tiene que ser tan poderoso como para poder derrotar a la bestia que ensombrece toda la tierra (13,1-10).

Esperando ver un carnívoro feroz, Juan lo que ve es… *¡un Cordero!* El animalito tiene todas las pintas de haber sido degollada (5,6). La palabra que emplea aquí Juan para decir «degollado» se suele aplicar más al asesinato que al sacrificio[1]. Es la misma palabra que empleará Juan para describir a los santos en el cielo «que habían sido asesinados por haber proclamado la palabra de Dios»

---

[1] Loren L. Johns, *The Lamb Christology of the Apocalypse of John: An Investigation into Its Origins and Rhetorical Force*, WUNT (Tübingen: Mohr Siebeck, 2003), 129.

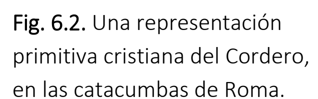
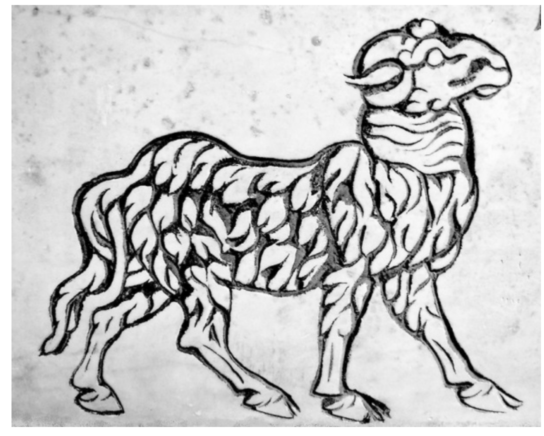


Fig. 6.2. Una representación primitiva cristiana del Cordero, en las catacumbas de Roma.



(6,9) y otros «que han sido asesinados en la tierra» (18,24). El Cordero que es digno de revelar el futuro de Dios para el mundo es él también una víctima de violencia.

A partir de aquí, Juan está en el secreto de la paradoja del plan de Dios para redimir la creación. Cuando Dos se revela a sí mismo, no lo hace con jactancia y con un cuerpo musculoso comparable al físico imponente de Roma, sino con la aparente debilidad y vulnerabilidad de un Cordero (fig. 6.2). Satanás ha puesto en juego sobre el mundo un monstruo devorador, con siete cabezas. Dios escogió hacer frente a la ferocidad de Satanás con —quién lo iba a imaginar— un cordero.

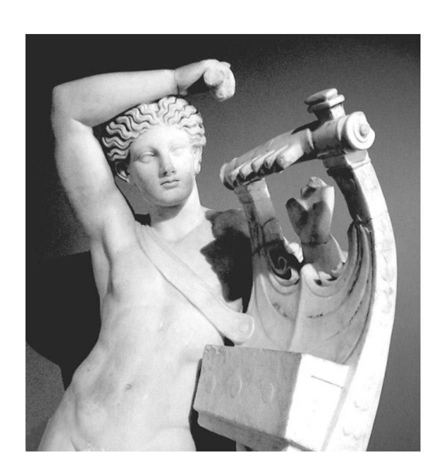


Fig. 6.3. Una escultura de siglo II, de un arpa *cítara*, tocada aquí por Apolo. Es el instrumento que ve Juan en la corte celestial.

El Cordero es digno de recibir alabanzas, no solamente de la corte celestial sino también de toda la creación. Este indicador de devoción incluye arpas para música litúrgica (figs. 6.3; 6.4) y copas de oro para el incienso, «que son las oraciones de los santos» (5,8). En el culto al emperador y otras ceremonias

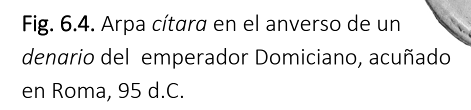


Fig. 6.4. Arpa *cítara* en el anverso de un *denario* del emperador Domiciano, acuñado en Roma, 95 d.C.

religiosas romanas, se solía emplear un cuenco de poca profundidad, llamado *patera*, para derramar libaciones (fig. 7.4). Ahora, en la corte celeste, Juan ve usar ese tipo de cuenco para traer personalmente las oraciones de la iglesia ante el trono de Dios.

Los seguidores del Cordero entonan un cántico nuevo

En un arrebato de alabanza espontánea, los cuatro seres vivientes y los ancianos cantan un cántico nuevo:

> *Digno eres de recibir el libro y romper sus sellos*
> *porque has sido degollado y con tu sangre has adquirido para Dios*
> *gentes de toda raza, lengua, pueblo y nación,*
> *y has constituido con ellas un reino de sacerdotes que servirán a nuestro Dios*
> *y reinarán sobre la tierra.* (5,9-10)

En la tradición judía, un cántico nuevo es las alabanzas que el pueblo brinda a Dios en un momento de victoria o salvación. Es famosa la ocasión cuando Moisés y los israelitas compusieron un himno de alabanza donde el Mar Rojo, después de haber conseguido escapar de los egipcios[2]:

> *¿Quién hay como tú, Señor, entre los dioses?*
> *¿Quién como tú, magnífico en santidad,*
> *terrible por tus hazañas, autor de prodigios?*
> *Extendiste tu diestra y los tragó la tierra.*
> *Guiaste con tu amor, al pueblo que rescataste;*
> *lo guiaste con tu poder hasta tu santa morada.* (Ex 15,11-13)

Sólo el Cordero es digno de desenrollar el libro y revelar el sentido de la historia. Su autoridad viene del hecho de que él, igual que Moisés, ha rescatado un pueblo. Moisés condujo un grupo de esclavos hebreos a la libertad; el Cordero ha rescatado individuos «de toda raza, lengua, pueblo y nación» (Ap 5,9). Con este grupo internacional y multiétnico, el Cordero forja un reino y un sacerdocio al servicio de Dios.

Juan y sus siete iglesias existían en un imperio donde muy pocos cristianos podían esperar disfrutar de los beneficios de la ciudadanía imperial. Los seguidores de Jesús no podían y no querrían pertenecer al colectivo de los *augustales*, los sacerdotes del culto al emperador. Ahora el himno en el cielo proclama que la muerte de Jesús en la cruz ha creado un nuevo reino cuyos

---

[2] Véase también, *ibíd.*, 168; Jue 11,34; Sal 40,3; 149,1-9.

miembros pertenecen a un sacerdocio alternativo y eterno. El cántico nuevo que oye Juan tiene resonancias políticas, sociales y económicas.

La muerte de Jesús es más que un sacrificio

Juan no da especial importancia a la cruz en sí en el Apocalipsis, lo cual es típico del simbolismo empleado por los primeros cristianos. Es cierto que Pablo, en sus cartas, menciona la cruz y que la narración de la crucifixión es de primerísima importancia en los cuatro evangelios. Pero los cristianos de los primeros siglos no empleaban la cruz como símbolo visual o litúrgico; y desde luego, en absoluto como un ornamento. Al representar la muerte cruel que padecían los que amenazaban u ofendían al Estado, la cruz era un símbolo demasiado macabro y subversivo como para representar en el arte religioso. No se ha encontrado ninguna cruz (fig 6.5) en el arte cristiano antes de que el cristianismo fuera declarado legal en el siglo IV[3].

Sin mencionar la cruz, la visión de Juan sin embargo se centra en el Cordero que mataron los romanos. ¿Qué opina Juan sobre este inmenso sufrimiento? Muchos cristianos hoy día consideran que la muerte de Jesús fue un sacrificio sustitutorio, donde Jesús entregó su vida para pagar por los pecados del mundo. Así como un carnero u otro animal cargaba con los pecados del pueblo de Israel en el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, Jesús cargó con el precio de nuestros pecados al morir en la cruz.

Esa manera sustitutoria de entender la muerte de Jesús es válida y bíblica, pero no es la explicación principal del sentido de la muerte de Jesús que nos brinda el Apocalipsis. En la visión de Juan, Jesús hace frente a los poderes del



Fig. 6.5. Entre las ruinas de la antigua Laodicea se encuentra esta imagen, sin fecha, de una cruz superpuesta a una *menorá*. La cruz fue rara —más bien no existió— en el arte cristiano antes del emperador Constantino, de manera que esta imagen probablemente data de siglos después de que Juan escribiera el Apocalipsis.

[3] Graydon F. Snyder, *Ante Pacem: Archaeological Evidence of Church Life before Constantine*, rev. ed. (Macon, GA: Mercer University Press, 2003), 58-64.

mal, absorbiendo sobre sí lo peor que le pueden hacer (la muerte) pero triunfando sobre ellos en la resurrección. Esta manera de enfocar la salvación se conoce como *Christus victor* (Cristo victorioso), donde gracias a la presencia victoriosa de Jesús, sus seguidores han conseguido la potestad de vivir vidas transformadas. Dice así Loren Johns:

> El Cordero del Apocalipsis está claro que no es un corderito lindo e inofensivo. Es un Cordero poderoso y valiente, que por su fiel testimonio coherente y no violento derrotó el mal. No negó la realidad del mal ni la realidad de la violencia, no «se acostó con el león» en una especie de utopía idealizada. […] Al contrario, el Cordero venció al mal por negarse a adoptar sus métodos y sus reglas de juego, y por soportar toda su furia. Y en el Apocalipsis hace de modelo constante y fiel para creyentes que afrontan duras realidades de presión cívica, a amoldarse a lo que esperaba de ellos la sociedad grecorromana[4].

La victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte gracias a su resurrección, lo hace infinitamente más digno de alabanzas que ningún gobernante mortal. Los emperadores como Nerón o Domiciano, que presumían de controlar la historia, ahora han sido ninguneados por un Cordero. ¡La bestia mató al Cordero, pero el Cordero está de vuelta! El Cordero ha creado un nuevo orden político al zafarse del dominio sofocante del pecado y la muerte y dar así a los creyentes la capacidad de vivir en una comunidad redimida, conforme a los valores del reinado de Dios. Un giro así en la historia despierta alabanzas exuberantes.

Juan ya ha sido testigo del culto glorioso en la corte celestial, pero ahora sucede algo sobrecogedor. Alcanza a vislumbrar, tal vez con antelación, cómo toda criatura en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y en la mar, cantan: «Alabanza, honor, gloria y poder por los siglos sin fin al que está sentado en el trono y al Cordero» (5,13).

Es más que un gesto litúrgico insignificante, el que los cuatro seres vivientes respondan con un «¡Amén!». En hebreo la palabra significa: «¡Es cierto!», «¡Es verdad!». Decir amén es un indicador de un asentimiento de todo corazón, donde se implora a Dios que haga realidad la petición. Llevados a la oración con todo su ser, los ancianos vuelven a caer postrados en adoración (5,14).

---

[4] Johns, *Lamb Christology*, 198.





Fig. 6.6. Un *sestercio* de 85 d.C., con un retrato del emperador Domiciano, y en el reverso, la imagen de un jinete (¿el propio emperador?) al ataque en batalla. El caballo atropella a un germano y el guerrero tiene su arma alzada para matar. [Con permiso, de Classical Numismatic Group, Inc., www.cngcoins.com.]

Se suceden los eventos del fin de los tiempos

Un sello a la vez, el Cordero va desenrollando el libro, revelando el carácter destructivo de la era presente y la certeza de que Dios al final intervendrá para poner fin a tanto caos. El cosmos agoniza con plaga tras plaga. Los primeros cuatro padecimientos de este ciclo parecen, por lo menos en parte, nacer de la codicia y violencia humana. A continuación, unos significados posibles en relación con los símbolos que aparecen con los primeros cuatro sellos (6,1-8):

Un caballo blanco, cuyo jinete lleva un arco y sale a conquistar (6,2). Los romanos estaban orgullosos de sus conquistas que les habían creado un imperio, y ensalzaban sus proezas militares en la propaganda estatal. Una moneda acuñada por Domiciano, por ejemplo, muestra un soldado a caballo que galopa al ataque. El soldado tiene alzada la espada, preparada para matar, y el caballo está atropellando a enemigos germanos (fig. 6.6). Esa clase de imagen enfatiza la brutalidad de las conquistas romanas.

Un caballo rojo, cuyo jinete lleva una gran espada y quita la paz de la tierra, con el resultado de que la gente se matan unos a otros (6,4). La guerra civil arrasó algunas partes del Imperio Romano el año después de la muerte de Nerón, el 68 d.C., y un número desconocido de judíos murieron en Jerusalén y sus alrededores durante la Guerra Judía de los años 66-70 d.C.

Un caballo negro, cuyo jinete lleva una báscula (6,5-6). Una voz declara: «Por un kilo de trigo, el jornal de un día; por tres kilos de cebada, el jornal de un día; no causes daño, sin embargo, al aceite y al vino». Los autores de la antigüedad nos indican que los alimentos básicos a veces escasearon en Asia Menor en el siglo I. Los exportadores que surtían a Roma habían comprado tierras de labranza para convertirlas en olivares y viñedos. Hasta los emperadores en Roma podían entender que este cambio en el uso de la tierra en las provincias acabaría por inflar el precio de los cereales necesarios para alimentar a la población local y a sus animales. Suetonio dice que en cierta ocasión:

> Al producirse una abundante cosecha de vino, acompañada por escasez de cereales, pensando que los campos [de cereal] estaban siendo

> desatendidos por prestar demasiada atención a los viñedos, [el emperador Domiciano] promulgó un edicto prohibiendo plantar más vides en Italia y ordenando que los viñedos en las provincias se arrancaran, dejando en pie a lo sumo la mitad de ellos[5].

La orden nunca se ejecutó, y la visión de Juan da a entender que el cereal se había vuelto tan caro que la gente tenía que dar la paga de un día entero para conseguir apenas un kilo de trigo (para consumo humano) o tres kilos de cebada (para animales).

Un caballo verde, cuyo jinete se llama Muerte (6,8). A sus espaldas viene Hades (el dios griego de la muerte y el submundo). Estos dos seres tenebrosos reciben «poder para aniquilar la cuarta parte de la tierra valiéndose de la espada, el hambre, la peste y los animales salvajes». A algunos entre los cristianos y otras minorías oprimidas, el imperio les trajo muerte por la espada del verdugo, por la hambruna provocada por el consumo desmesurado de Roma, y por animales feroces en la arena (fig. 6.7).

Los afligidos piden justicia

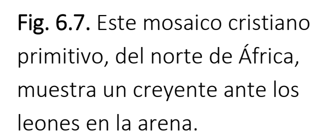
Por cuanto Jesús enseñó a sus seguidores a amar a sus enemigos, los cristianos a veces se imaginan que no deberíamos tener sentimientos de rabia ante la maldad. Pero el Apocalipsis hierve de rabia, como también sucede en algunas partes del Antiguo Testamento. En el culto esa rabia sube, como corresponde, al trono de Dios. Cuando el Cordero abre el quinto sello, Juan ve las almas de los mártires cristianos que se encuentran bajo el altar celeste. Como indicador de su aflicción claman: «Señor santo y veraz, ¿cuánto vas a tardar en hacernos justicia y vengar la muerte que nos dieron los que habitan la tierra?» (6,10).

El deseo de venganza es un impulso humano común, y no podemos hallar mejor lugar para reconocer ese sentimiento que en el culto. Los mártires en el cielo están enfadados con los tiranos que los han matado, Juan está indignado con Roma, y nosotros deberíamos ponernos furiosos ante las injusticias de hoy día. Pero lo que quiere expresar el Apocalipsis es que Dios, a su propio tiempo y a su propia manera, lo arreglará todo. No nos corresponde a los seguidores del Cordero responder con violencia a la violencia, ni forzar la cuestión con nuestras propias manos.

---

[5] Suetonio, *Domiciano* 7; en *Suetonius*, vol. 2, trans. and ed. J. C. Rolfe, LCL 38 (1913-14; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960), 353.




Fig. 6.7. Este mosaico cristiano primitivo, del norte de África, muestra un creyente ante los leones en la arena.

El libro de Salmos incluye ejemplos de rabia encauzada en oración. Una oración, un cántico, expresa indignación y temor cuando una coalición de naciones amenazaba destruir a Israel:

Dicen: «¡Destruyámoslos como nación!
¡Que no vuelva a recordarse el nombre de Israel!» […]
Dios mío, haz que sean como hojarasca,
como una brizna ante el viento.
Como fuego que abrasa el bosque,
como llama que devora las montañas,
así tu huracán los ponga en fuga
y los llene de terror tu torbellino (Sal 83,4.13-15).

La visión de Juan muestra cómo los cortesanos celestiales van trayendo las oraciones de los santos ante Dios como copas de incienso (Ap 5,8). Algunas de estas oraciones son sin duda peticiones de castigo, que Dios haga justicia. Entre tanto, los mártires que ya están en el cielo reciben túnicas blancas, símbolos de victoria, y les dicen que tendrán que esperar un poco más. Para el pueblo de Dios que está en la tierra, los padecimientos empeorarán antes de mejorar.

El mundo se tambalea como una peonza

Los primeros cinco sellos, que probablemente representan eventos o circunstancias identificables en el Imperio Romano, van produciendo un sufrimiento en aumento. Entonces, como una peonza que se empieza a tambalear, el cosmos mismo parece dar bandazos descontrolados. El Cordero abre el sexto sello (6,12-14), y la tierra se estremece. El sol se vuelve negro, la luna carmesí. Las estrellas empiezan a llover sobre la tierra, el cielo se enrolla como el rollo de un libro, las montañas patinan y pierden su lugar. El cataclismo

afecta a todos, desde los reyes en posiciones de poder hasta los libertos y esclavos en la base de la pirámide social (6,5-16).

Esta gente todavía no adora a Dios, pero por lo menos reconocen el poder del Cordero. Aterrados ante la perspectiva de enfrentarse al Dios viviente, se esconden en cuevas y ruegan que las montañas y piedras los entierren. Hubo cuando las gentes de la tierra racionalizaban su colaboracionismo con Roma: «¡No hay nadie como la bestia! ¿Quién se [atrevería] a pelear contra ella?» (13,4). Ahora los llena de pavor la ira del Cordero: «¿Quién podrá resistir en pie?» (6,17).

Dios oye orar a los santos

Los últimos versículos de Apocalipsis 6 describen un tsunami tan violento de catástrofes y juicio, que Juan parece estar llegando al final de su visión. Ha llegado el gran día de la ira, y tenemos buenos motivos para suponer que estamos ante el último capítulo de la historia. En lugar de eso, cuando el Cordero abre el séptimo y último sello, lo que hay es silencio en el cielo, «como de media hora» (8,1).

Con esta pausa litúrgica, podemos observar una vez más la parte esencial que les corresponde a nuestras oraciones en la corte celestial. Mientras siete ángeles se disponen a tocar trompetas, otro recibe «mucho incienso, para presentar con las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que está delante del trono» (8,3 gr; ver 5,8). Juan no nos revela el contenido de estas oraciones elevadas a la presencia de Dios —a no ser que sea eso mismo lo que ha oído Juan en los himnos fervientes de las escenas anteriores (5,9-13)—. En cualquier caso, Juan sabe ahora que Dios sí escucha cuando los santos en la tierra oran.

Los judíos venían creyendo desde antaño que las ceremonias en el templo de Jerusalén—ahora destruido— reflejaban lo que sucedía en el cielo (ver Heb 8,5; 9,23-24). Cuando Juan menciona media hora de silencio en el cielo (Ap 8,1) en relación con la ofrenda de incienso (8,3-4), bien puede estar aludiendo al tiempo aproximado que solía durar la ceremonia de incienso en el templo de Jerusalén. Podríamos suponer que Juan y la comunidad cristiana primitiva tenían un hábito de oraciones matinales y vespertinas, por cuanto es con esa frecuencia que se hacían las ofrendas de incienso en el templo de Jerusalén (Ex 30,7-9; Lc 1,9-10; Hch 3,1)[6].

---

[6] Richard Bauckham, «Prayer in the Book of Revelation», en *Into God's Presence: Prayer in the New Testament*, ed. Richard N. Longenecker, McMaster New Testament Studies (Grand Rapids: Eerdmans, 2001), 253.

Pero el silencio ante el séptimo sello también nos recuerda que el culto tiene más que ver con estar en la presencia de Dios, que con pasarle al Señor del universo una lista de cosas que tiene que hacer. La mayoría del tiempo que está Juan en el cielo está observando, que no hablando. Esa media hora de silencio que se experimenta en el momento culminante de la historia es bastante más largo que lo que aguantaría la mayoría de los adoradores occidentales hoy día en sus oraciones, tanto de iglesia como personales. Pero a veces las necesidades del mundo, o lo que nos está pasando, es algo tan complicado o tan sobrecogedor, que lo más apropiado es quedarse sencillamente en silencio en la presencia de Dios.

¡Ha llegado el reinado!

Lo que llega después del silencio y con el séptimo sello no es el fin del mundo, sino otro juego de siete padecimientos. Como si Juan hubiera vuelto al principio de la película de las agonías del tiempo final para visionarla ahora desde otro punto de vista, las trompetas anuncian otra secuencia de plagas. Al sonar la séptima trompeta, hay otra vez una pausa litúrgica. Esta vez se oyen voces potentes en el cielo que proclaman: «¡El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor!» (Ap 11,15), y los veinticuatro ancianos se postran rostro a tierra en adoración (11,16-18).

Una exuberancia de alabanzas aparece en el Apocalipsis regularmente, hasta en medio de padecimientos y caos. La celebración, la adoración jubilosa, parecerían encajar mejor *al final* de la visión, cuando la Nueva Jerusalén ya se ha instalado y Babilonia se encuentra en ruinas. Sin embargo la trama del Apocalipsis está entretejida con alabanzas confiadas. Los que experimentan el poder de la resurrección de Jesús, saben que es sólo cuestión de tiempo hasta que Dios derrote a todas las potestades abusadoras y renueve la creación. Para los creyentes, la adoración de todo corazón es esencial para poder mantenernos esperanzados en medio de la adversidad; y la alabanza consolida la lealtad a este Dios que provee salvación.

Para reflexión

1. ¿Qué imágenes de Dios te vienen a la mente cuando oras y alabas? ¿Te figuras a Jesús como un León o como un Cordero? ¿Cómo piensas que afectará esa idea que tienes de Dios o de Jesús, lo que esperas que Dios vaya a hacer en el mundo, o la parte que te corresponde en la misión de Dios al mundo?

2. ¿Cómo te explicas tú el sentido de la muerte de Jesús? ¿Por qué crees —o no— que su muerte sustituye le tuya o paga tu rescate? ¿En que cambia tu manera de entender la salvación, si la muerte de Jesús fue el resultado de que él se enfrentara valientemente a los poderes del pecado, la muerte y el imperio?
3. ¿Cómo afectan la tragedia, las dificultades o la pobreza, la adoración de las personas? ¿Qué cambios sufre la adoración cuando los creyentes han alcanzado seguridad material y distinción social?

Vivir la visión

Adoración liberadora en Sudáfrica

Durante casi medio siglo a partir de 1948, el gobierno de Sudáfrica impuso la ley de apartheid en toda la sociedad; era un sistema durísimo de separación racial. En 1986 el teólogo de raza negra Allan Boesak describió la oración de su pueblo durante este tiempo tan difícil:

> Es un clamor que los sudafricanos que se refugian en Yahvé vienen clamando desde hace mucho. Han vivido bajo la opresión racista colonial durante casi tres siglos y medio, y bajo esa forma particularmente enviciada de racismo llamada apartheid durante casi cuatro décadas. Han visto que les robaban su tierra y a ellos mismo los despojaban de su dignidad humana. [...] Desde los primeros tiempos del gobierno colonial, vienen masacrando comunidades enteras para asegurar la continuidad del poder de los blancos. [...] Durante estos últimos años casi no existe ningún lugar donde la policía y el ejército no hayan matado despiadadamente a nuestros hijos, amontonando atrocidad sobre atrocidad con el fin de garantizar el apartheid y el privilegio de los blancos. Al ir de funeral en funeral, para enterrar otra más de las víctimas de la ley y el orden, tal vez otro más de los asesinados por los escuadrones de muerte que gozan de impunidad ante el gobierno, el clamor sigue subiendo hasta el cielo: «¿Hasta cuándo, Señor?» ¿Cuánto más, hasta que este poder ilegítimo sea quitado? ¿Cuánto más, hasta que la sangre de nuestros hijos halle venganza?[7]

---

[7] Allan A. Boesak, *Comfort and Protest: The Apocalypse from a South African Perspective* (Philadelphia: Westminster, 1987), 69-70.

En cierta ocasión unos jóvenes cristianos de raza negra rodearon un vehículo de la policía, danzando y cantando, cuando fue arrestado un estudiante durante el culto de su iglesia. Los adoradores cantaban: «¡Akanamandla, akanamandla, akanamandla, uSatani! ¡Sim'swabisile, alleluia! ¡Sim'swambisile, uSatani! ¡Akanamandla, uSatani!» (¡Roto está, el poder de Satanás roto está! ¡Hemos defraudado a Satanás, su poder está roto! ¡Aleluya!) Estos indicadores de adoración desorientaron a los opresores:

> Los policías, un tanto confundidos, un tanto perplejos, un tanto asustados, sueltan a nuestro amigo. Otros se unen a nuestra marcha, para entrar otra vez a la iglesia cantando y danzando. Este es un cántico nuevo, un cántico de libertad; y su poder, el desparpajo de su alegría, la increíble verdad que encierra, capta e inspira a miles y miles a lo ancho de Sudáfrica. [...] Y cantaremos este cántico nuevo hasta que «toda criatura en los cielos y en la tierra y debajo de la tierra y en la mar, y todo lo que en ellos hay» digan: ¡Al que está sentado en el trono y al Cordero sea bendición y honor y gloria y poder por los siglos de los siglos![8]

[8] *Ibíd.*, 61-62.

7

El sello del Dios viviente

Leer Apocalipsis 7,1-11,19

Vi luego una muchedumbre inmensa, incontable. Gentes de toda nación, raza, pueblo y lengua; todos de pie delante del trono y del Cordero; todos vestidos con túnica blanca, llevando palmas en la mano y proclamando con voz poderosa:

—La salvación viene de nuestro Dios,
que está sentado en el trono,
y del Cordero.

Y todos los ángeles que estaban alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, cayeron rostro en tierra delante del trono y adoraron a Dios, diciendo:

—Amén. A nuestro Dios la alabanza,
la gloria, la sabiduría,
la acción de gracias, el honor,
el poder y la fuerza por siempre. Amén (7,9-12).

En el capítulo anterior entramos al salón del trono cósmico juntamente con Juan (Ap 4-6) y vimos que Dios sigue en control aunque el mundo esté en caos. La adoración abre los ojos de la fe, para dar a Juan una vista del largo alcance de la historia desde la perspectiva de Dios. Los creyentes que siguen al Cordero saben que al final el camino de sufrimiento y amor que escogió el Cordero prevalecerá. El mal caerá de su propio peso y Dios al final va a eliminar la rebeldía que no se autodestruya. Pero entre tanto serán días difíciles para los cristianos y para otros, mientras que la bestia de imperio sufra sus estertores de

muerte. El Apocalipsis aconseja a los lectores a prepararse para la persecución y para ahondar su lealtad al Cordero, con indicadores de devoción.

La bestia se valdrá de todos los medios posibles des persuasión —especialmente la marca de la bestia— para reforzar la lealtad hacia sí misma (13,16-17). Como vimos en Apocalipsis 13, la marca no es una señal puesta literalmente sobre la mano o la frente. Es, más bien, una figura metafórica que indica lealtad con Roma y la participación en el culto al emperador. También hemos observado que las acciones y símbolos relacionados con la bestia tienen paralelo estrecho, parecen parodiar, los que se emplean en el culto a Dios. Por cuanto la bestia marca a sus seguidores, no nos sorprende descubrir que los seguidores de Jesús también llevan una marca en la frente (7,3; 9,4; 14,1; 22,4).

Así como los cuatro jinetes del imperio han hecho estragos por todo el mundo (6,1-8), los cuatro ángeles de Dios se sitúan ahora en los cuatro rincones de la tierra para mantener a raya los vendavales de destrucción (7,1-3). Otro ángel, que anuncia un día nuevo para la humanidad, procede del sol naciente para frenar cualquier calamidad adicional en la tierra. La demora durará, según el ángel, «hasta que marquemos en la frente a los servidores de nuestro Dios» (7,3).

El sello indica propiedad y protección

La palabra *sello* se refiere literalmente a un emblema oficial impreso en papel o pergamino, o moldeado a presión sobre cera o arcilla (ver fig. 6.1). Indica que un individuo poderoso ha ratificado o certificado un documento. El ángel en la visión de Juan sella la frente de los santos, tal vez en imitación de una escena en Ezequiel. En su visión del templo de Salomón en Jerusalén justo antes de su destrucción en el siglo VI a.C., Ezequiel fue testigo de idolatría descarada (Ez 9,1-11). La idolatría es tan generalizada que Dios manda sus verdugos a Jerusalén. Antes de que caigan las espadas, sin embargo, Dios envía un hombre vestido de lino por toda la ciudad, para poner «una señal en la frente de todos los que gimen y sollozan por las abominaciones que se cometen» en el templo (9,4). Los verdugos perdonan a los que llevan la señal de Dios en la frente. Como el Apocalipsis contiene cierto paralelismo con el libro de Ezequiel, Juan puede haber considerado que la señal en la frente de los cristianos también era algún tipo de protección.

Algunos escritos de la iglesia primitiva expanden nuestra comprensión de lo que significaba el sello entre los cristianos del Imperio Romano. El apóstol Pablo dice que Dios ha puesto su sello en los creyentes y el Espíritu Santo en sus corazones (2 Co 1,22). Dos veces en Efesios (1,13-14; 4,30) la palabra *sello*

se refiere al don del Espíritu Santo en la vida de los creyentes. Una obra cristiana del siglo II, *El pastor de Hermas*, pone que antes de que un individuo «lleva el nombre del Hijo de Dios», está muerto o muerta. Pero la persona que recibe el sello «se despoja de mortalidad y recibe vida». El autor concluye: «El sello, entonces, es el agua». Los creyentes «descienden al agua muertos, pero salen de ella vivos»[1].

Dentro del Nuevo Testamento, el bautismo sucede de diversas formas y con desigual preparación. Pero la iglesia primitiva poco a poco regularizó la forma de este bautismo, acentuando la lealtad y una conducta transformada. La *Tradición apostólica*, atribuida comúnmente a Hipólito de Roma (hacia 215 d.C.) describe las diferentes etapas de preparación para el bautismo[2].

Como este manual data de algo más que un siglo después del Apocalipsis, no podemos suponer sin más que las prácticas que indica ya se acostumbraban en el tiempo de Juan. Sin embargo la *Tradición apostólica* es la descripción más completa que tenemos de la liturgia bautismal en la iglesia primitiva. Muestra que el bautismo en los primeros siglos señalaba un cambio radical de lealtades, algo así como lo que describe Juan en el Apocalipsis. Según la *Tradición apostólica* 15-21, los que quieren adherirse a la iglesia cristiana en Roma han de pasar por un examen riguroso, instrucción y exorcismo, y por último el bautismo. Detengámonos un instante en cada uno de estos elementos:

1. *Examen*. La candidata o candidato, acompañado por su madrina o padrino, se reunía con los maestros de la iglesia. Preguntaban sobre el estilo de vida del candidato, para determinar si su estado civil, ocupación, y valores eran coherentes con el evangelio. Entre las profesiones inaceptables encontramos, por ejemplo, la de gladiador y la de astrólogo. Los candidatos que ya estaban en el ejército ya no iban a poder matar; los que se alistaban al ejército después de su confesión de fe, no eran aceptados para el bautismo.

---

[1] Hermas, *Similitudes* 9.16.3-4; en ANF 2:49; véase Ro 6,1-4.

[2] Véase Alan Kreider, *The Change of Conversion and the Origin of Christendom, Christian Mission and Modern Culture* (Harrisburg, PA: Trinity, 1999), 21-32; y Paul F. Bradshaw, Maxwell E. Johnson, and L. Edward Phillips, *The Apostolic Tradition: A Commentary*, Hermeneia (Minneapolis, Fortress, 2002), 82-135. La síntesis en tres etapas que se indica aquí, es una adaptación de mi artículo: «What Madness Possessed You? Catechesis for New Allegiance», *Vision: A Journal for Church and Theology* 4, no. 2 (2003): 5-12.

2. *Instrucción y exorcismo*[3]. Los creyentes nuevos debían escuchar la palabra durante hasta tres años, con especial atención al estilo de vida. Los maestros preguntaban si los candidatos habían honrado a las viudas, visitado a los enfermos, y cumplido con todas las buenas obras. Los candidatos experimentaban exorcismos frecuentes para la purificación de costumbres de codicia, idolatría y pecado. Cipriano, un líder de la iglesia en el siglo III en el norte de África, describe cómo su preparación para el bautismo incluyó el abandono de banquetes, ropa fina, y los honores cívicos de su pasado patricio[4].
3. *Bautismo*. Los candidatos y candidatas ayunaban el Viernes Santo, y en la Pascua de Resurrección se ponían de rodillas para más exorcismos para la expulsión de «todo espíritu extraño». El obispo soplaba sobre los candidatos y candidatas y sellaba su frente, oídos y orificios nasales con la señal de la cruz. Entonces descendían al agua, donde eran sumergidos tres veces con la confesión: «Creo; y me someto a ti y a tu servicio, oh Padre, Hijo y Espíritu Santo». Declamaban entonces una versión del Credo de los Apóstoles, antes de salir del agua para vestirse con túnicas blancas (ver Ap 7,9). Recibían leche mezclada con miel para simbolizar el cumplimiento de una tierra que fluye leche y miel para el pueblo de Israel. Los creyentes nuevos entonces recibían por primera vez la eucaristía.

La mayoría de las representaciones de bautismo en las catacumbas de Roma muestran al candidato (muchas veces Jesús cuando su bautismo) en agua que no le llegaba a la cintura. Otro individuo coge agua y la vierte sobre la cabeza de la persona que está siendo bautizada. En los bautisterios típicos de los siglos IV y V, varios peldaños descienden al agua por un lado y otros tantos suben por el otro (fig 7.1). Así los candidatos y candidatas al bautismo pasaban literalmente por las aguas, que podían simbolizar la muerte, el río Jordán, el diluvio de Noé, el Mar Rojo, o todo ello a la vez. Los bautisterios que todavía se conservan se

---

[3] La palabra griega «exorcismo» (*exorkizō*) significa «conjurar» u «obligar con un juramento», frecuentemente en relación con la expulsión de espíritus malignos. El Nuevo Testamento no emplea este término para describir ninguna actividad cristiana; Jesús y los discípulos «echaban fuera» (*ekballō*) los demonios. La *Tradición apostólica*, del siglo III, es el ejemplo más temprano del empleo habitual de *exorkizō* como parte de la preparación para el bautismo cristiano. Aparte de lo mucho o poco que se empelara el término, la iglesia primitiva entendía que los creyentes necesitaban ser purificados y hondamente transformados de las lealtades y los valores retorcidos de la sociedad pagana.

[4] Cipriano, *Ad Donatum* 3; ver Kreider, *Change of Conversion*, 7-9.



Fig. 7.1. Los que recibían el bautismo en este bautisterio cristiano temprano en Túnez, se desvestían y descendían los escalones. Pasaban por el agua y ascendían del otro lado. El bautisterio sigue en su emplazamiento original entre las ruinas de una iglesia cristiana en Sbeitla, Túnez.

encontraban normalmente en salitas pequeñas anejas al espacio principal de la congregación. Esto, presumiblemente, brindaba privacidad a los candidatos desnudos, que por esto mismo también probablemente se bautizaban en semioscuridad. Es posible que fueran diaconisas las que celebrasen el bautismo de las mujeres[5].

Las instrucciones para el bautismo en la *Tradición apostólica* indican que el martirio era una posibilidad muy real para los creyentes. «Cuando un catecúmeno [la persona que está recibiendo instrucción previa al bautismo] sufre arresto por causa del testimonio y lo matan antes de recibir el bautismo, ha de enterrarse juntamente con todos los mártires, porque ha sido bautizado en su propia sangre»[6].

El estado romano patrocina rituales de vida y muerte

El culto de los primeros cristianos daba preeminencia a símbolos y rituales de vida y muerte en el bautismo, la eucaristía, los himnos y demás alabanzas.

---

[5] Sabemos de una diaconisa, Febe, que servía de diaconisa ya en tiempos de Pablo (Ro 16,1). El 12º canon del 4º Concilio de Cartago (398 d.C.) menciona «viudas y mujeres dedicadas (*sanctimoniales*), escogidas para el bautismo de las mujeres» (Philip Schaff and Henry Wace, eds. *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, 2nd series, vol. 14 [New York: Charles Schribner's Sons, 1905], 41). Esta referencia tardía refleja lo que se supone era la práctica acostumbrada desde hacía mucho, donde eran mujeres las que bautizaban a las mujeres.

[6] *Tradición apostólica* 19.2; este texto es de los Cánones de Hipólito, según se citan en Bradshaw, Johnson, and Phillips, *Apostolic Tradition*, 103.

Los rituales de vida y muerte fueron también preeminentes en las ceremonias del Imperio Romano. No había otro lugar donde esto fuera más evidente que en los mal llamados «juegos» celebrados en arenas públicas y anfiteatros a lo ancho del mundo mediterráneo. Los emperadores, gobernadores y demás ciudadanos acaudalados patrocinaban espectáculos en estos lugres, donde figuraban generalmente batallas de gladiadores y ejecuciones. En las celebraciones principales, veintenas de seres humanos y cientos de animales morían a la vista atenta de la multitud. Estas exhibiciones eran mucho más que solamente un pasatiempo. Los romanos patrocinaban el ritual de la muerte por la creencia de que ver morir, especialmente si las personas morían noblemente, edificaba el sentimiento moral de los espectadores.

El orador y estadista romano Cicerón (106-43 a.C.) dijo que «no hay mejor escuela contra el dolor y la muerte» que ver morir a los criminales en la arena[7]. Plinio el Joven alabó al emperador Trajano (98-117 d.C.) por patrocinar unos juegos de gladiadores que «nada tenían de flojos ni disolutos como para destruir el espíritu varonil de sus súbditos». Al contrario, los espectáculos servirían para «inspirarlos a afrontar heridas honorables y contemplar la muerte con desprecio, al exhibir el amor a la gloria y el deseo de victoria hasta en la persona de criminales y esclavos»[8]. Los romanos se daban cuenta que las actividades rituales, especialmente en referencia con los temas de la vida y la muerte, podían dejar un impacto profundo en los espectadores. En síntesis, las multitudes recibirían este supuesto beneficio moral siempre que los combatientes muriesen valientemente[9].

Los cristianos evitan los espectáculos paganos

Estos espectáculos públicos estaban siempre dedicados a los dioses, y frecuentemente al emperador. Los circos romanos (pistas rectangulares de carreras) y las arenas (anfiteatros) estaban recargados de iconos y símbolos de la religión pagana. Tertuliano (155-230 d.C.), un líder prominente de la iglesia primitiva en el norte de África, dijo que los cristianos no debían asistir a los

---

[7] Cicerón, *Disputaciones tusculanas* 2.17; en Cicero, *Tusuculan Disputations*, trans. J. E. King, LCL 141 (1927); Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960), 193. Véase Thomas Wiedemann, *Emperors and Gladiators* (New York: Routledge, 1992), 38.

[8] Plinio el Joven, *El Panegírico* 33.1; en Pliny the Younger, *Letters and Panegyricus*, vol. 2, trans. Betty Radice, LCL 59 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1969), 393.

[9] Ver Joyce E. Salisbury, *Perpetua's Passion: The Death and Memory of a Young Roman Woman* (New York: Routledge, 1997), 119-48.

espectáculos en estos lugares, invocando los compromisos que habían asumido con el bautismo. «Cada uno de los ornamentos del circo es de por sí un templo» —protestó.

Tertuliano condenó la idolatría que veía en estos lugares «en las muchas imágenes, la larga fila de estatuas, los carruajes de todo tipo, los tronos, las coronas, las túnicas» que vestían para las procesiones. Se maravillaba de que tantos «sacrificios vienen antes, algunos entre medio y otros al final» de los juegos. Algunos sacrificios eran a deidades como Marte (el dios de la guerra) o Diana (la diosa de la caza); otros eran a emperadores vivos o muertos. La pista de carreras del circo de Roma tenía tres altares, para los dioses Grande, Fuerte y Victorioso —atributos que figuran con mucha importancia en el mundo simbólico del Apocalipsis[10]—.

El culto cristiano como alternativa al ritual imperial romano

La historiadora Joyce E. Salisbury, donde trata sobre los espectáculos en la arena y en el circo[11], dice que el ritual religioso en el mundo romano normalmente seguía una fórmula invariable. Bien sea los atletas cuando se preparaban para competir en juegos patrocinados por el estado, los adeptos a religiones de misterio cuando sus celebraciones, o los ciudadanos de una ciudad en su celebración del culto al emperador, típicamente figuraba la siguiente secuencia:

1. Purificación, que preparaba al individuo para el encuentro con lo sagrado y que frecuentemente incluía una comida ritual.
2. Invocación, aclamar al dios.
3. Visión, o reconocimiento de la presencia de la santidad.
4. Procesión, con la que lo sagrado se hacía público, y el lugar quedaba sacralizado.
5. La consumación de un ritual sagrado, que en muchos rituales importantes romanos, señalaba una victoria sobre la muerte.

Así los gladiadores, por ejemplo, celebraban una cena solemne y sagrada la noche antes de pelear en la arena. Los juegos empezaban con oraciones e invocaciones, y todos los espectadores experimentaban la visión del emperador o bien de una imagen del emperador. El espectáculo incluía una gran procesión (como la que vimos que describió Tertuliano), y al final venían los actos rituales

[10] Tertuliano, *Sobre los espectáculos* 7-8; en *ANF* 3:82-83.

[11] Salisbury, *Perpetua's Passion*, 123.

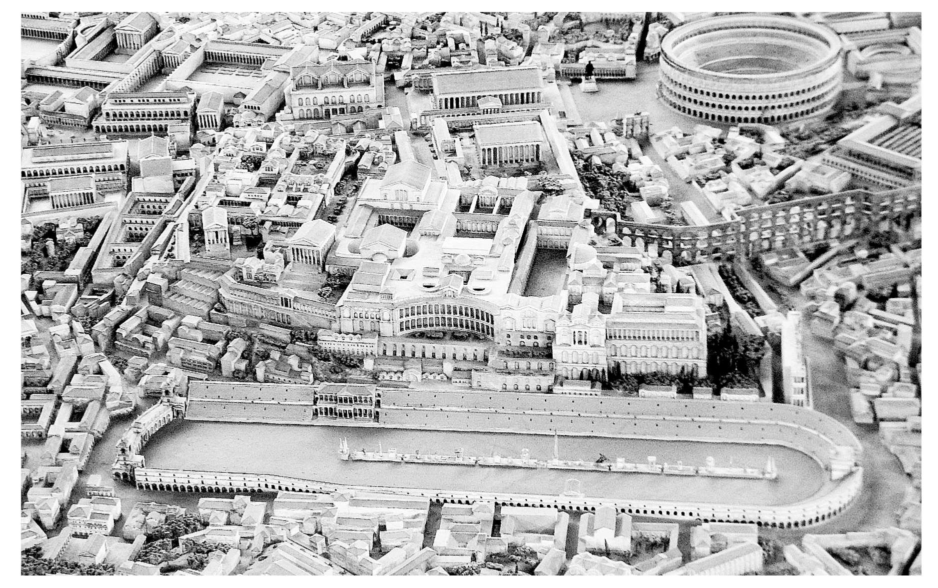


Fig. 7.2. Esta maqueta de Roma en el siglo I incluye la pista de carreras Circo Máximo (al pie) y el anfiteatro Coliseo (arriba, dcha.). El Circo Máximo tenía aforo para por lo menos 270.000 espectadores y el Coliseo, 50.000. El complejo de edificios imponentes con la fachada curva detrás del Circo, es el palacio del emperador Domiciano.

de sacrificio, las competiciones de gladiadores y la ejecución de criminales o cautivos. El evento entero reforzaba la noción de que Roma ostentaba el poder de vida y muerte, y que los dioses favorecían el Imperio.

El apocalipsis resistía contra la ideología espiritual del Imperio Romano al presentar unos modelos alternativos de lealtad y de culto. La visión de Juan incluye cada uno de los pasos de la secuencia del ritual religioso público romano:

1. *Purificación y la cena ritual*. «¡Dichosos los que han decidido lavar sus vestiduras para tener acceso al árbol de la vida y poder entrar en la ciudad a través de sus puertas!» (Ap 22,14). «Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré en su compañía» (3,20).
2. *Invocación*. «Digno eres, oh Señor y Dios nuestro…» (4,11 gr).
3. Visión. «[…] y vi un trono colocado en medio del cielo y alguien sentado en él» (4,2).
4. *Procesión*. «Vi luego una muchedumbre inmensa, incontable. Gentes de toda nación, raza, pueblo y lengua; todos de pie delante del trono y del Cordero; todos vestidos con túnica blanca, llevando palmas en la mano» (7,9).
5. *Consumación*. «Alegrémonos y gocémonos y ensalcemos su grandeza, porque ha llegado el momento de las bodas del Cordero» (19,7).

Innumerables son los santos unidos en adoración

Cuando Juan escribió el Apocalipsis, la estructura creada por el hombre con mayor aforo para espectadores en el mundo mediterráneo era el Circo Máximo, en un valle junto al palacio de Domiciano en Roma (fig. 7.2). Con aforo para por lo menos doscientas setenta mil personas, es decir uno de cada cuatro habitantes de Roma, este circo era el lugar más grandioso para ceremonias estatales y festivales religiosos. Era una pista de carreras, donde equipos de carros competían por la gloria. Al acabar una carrera, el magistrado presidente presentaba al auriga victorioso una rama de palmera y una corona de laurel, además de premios de dinero.

En la corte celestial, Juan de Patmos presencia una celebración que es vastamente más numerosa que ningún evento en el Circo Máximo. Los adoradores están de pie (Ap 7,9), la postura usual para la oración y la alabanza en las prácticas tanto judías como cristianas primitivas (fig. 7.3; ver Mt 6,5; Mr 11,25). En el círculo interior de esta inmensa multitud se encuentran unos creyentes que han sido sellados: ciento cuarenta y cuatro mil «de todas las tribus del pueblo de Israel» (Ap 9,4). Dos milenios después, ciento cuarenta y cuatro mil almas parece un número pequeño de cristianos. Pero a Juan, que escribía a un puñado disperso de iglesias caseras, le tuvo que parecer una cifra enorme. Al decir que estos santos eran de todas las tribus de Israel, Juan da a entender que son judíos.

Juan podría estar proponiendo la misma argumentación que vemos en las cartas de Pablo: que los seguidores judíos de Jesús tienen cierto tipo de prioridad espiritual sobre los gentiles. Al escribir sobre la relación entre judíos y gentiles en la iglesia cristiana, Pablo les dice a los lectores gentiles: «no eres tú quien sostiene a la raíz, sino ella la que te sostiene a ti» (Ro 11,18). Ahora, en la

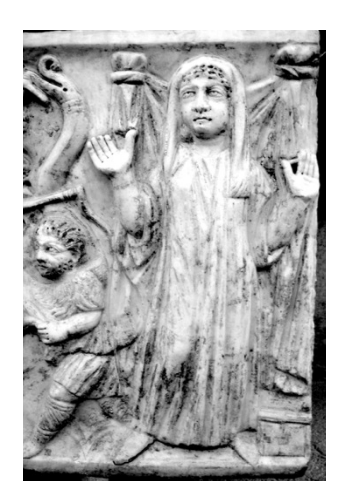


Fig. 7.3. Los judíos y cristianos del siglo I oraban de pie, con las manos alzadas a la altura de los hombros. Esta escultura es de las catacumbas cristianas en Roma.

visión que tiene Juan del culto celestial, los creyentes judíos conforman el círculo interior de los santos reunidos en torno al Cordero. Pero más allá de esos ciento cuarenta y cuatro mil, hay «una muchedumbre inmensa, incontable. Gentes de toda nación, raza, pueblo y lengua; todos de pie delante del trono y del Cordero; todos vestidos con túnica blanca, llevando palmas en la mano» (Ap 7,9).

Como los aurigas victoriosos en el Circo Máximo, los creyentes de todas las naciones saludan con ramas de victoria. Pero en lugar de sobreponerse en una dura carrera de carros con corceles que hacen tronar el suelo, los santos del cielo «han pasado por la gran persecución, [...] han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero» (7,14). Se supone que la gran persecución es la misma hora de juicio que ve Juan que «se avecina sobre el mundo entero» (3,10). Se está produciendo una contienda espiritual titánica entre la bestia y el Cordero. Los cristianos pillados en este conflicto indican su lealtad al recibir el sello o símbolo del bautismo.

El emperador reclama el culto de todas las naciones

El Apocalipsis muestra cómo el culto a la bestia y al emperador es una falsificación del culto auténtico a Dios. Los descubrimientos arqueológicos de las ruinas de la antigua Afrodisias, próxima a Laodicea, muestran lo estrechos que eran los paralelos entre la coreografía del culto al emperador, y las alabanzas en la corte celestial que describe Juan. Una serie de iconos esculpidos adornaban el acceso monumental que conducía al templo en Afrodisias dedicado a Afrodita (la diosa del amor) y a la familia imperial. Las esculturas muestran las gentes y las naciones del mundo sometidas a Roma, cada una representada por una mujer en su atavío étnico. Igual que Juan ve «gentes de toda nación, raza, pueblo y lengua» adorar a Dios y al Cordero (7,9), estas imágenes indican lo mismo en relación con el emperador. Las naciones de pie ante el templo del emperador incluyen hasta gentes relativamente desconocidas como los *andizeti*, los *calleai* y los *iapodes*[12].

El historiador Martin Goodman dice que esta representación tan diversa «parece haber querido enfatizar el alcance y la diversidad extraordinaria de los pueblos gobernados por Roma». La escena de culto comunica la noción de que Roma y el emperador eran benefactores de todos estos lugares y estas gentes[13].

---

[12] R. R. R. Smith, «The Imperial Reliefs from the Sebasteion at Aphrodisias», *Journal of Roman Studies* 77 (1987): 89-98.

[13] Martin Goodman, *Rome and Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations* (New York: Knopf, 2007), 118.



Fig. 7.4. Nerón puso un icono de Salus (Salvación) al reverso de este *denario* acuñado en 67-68 d.C., el último año de su vida. En la mano derecha Salus tiene una *patera* —un cuenco de poca profundidad para derramar libaciones en ceremonias religiosas. Salus se supone que representa el divino Nerón que trae salvación al mundo. El Apocalipsis contesta ese tipo de propaganda al declarar que la salvación es de Dios (Ap 7,10) [Foto por cortesía de Harlan J. Berk, Ltd.]

En la *Res gestae divi Augusti* (*Hazañas del divino Augusto*), una extensa declaración funeraria autobiográfica inscrita en piedra por todo el imperio cuando su muerte, César Augusto enumera las gentes y naciones que supuestamente bendijo con su gobierno: «Restablecí la paz a las provincias gálicas e hispánicas y asimismo a Germania. […] Hice restaurar la paz en los Alpes, […] no habiendo peleado contra ningún pueblo sin previa provocación […] Los cimbrianos, harudes, semnones y demás pueblos germánicos de esa misma región, mediante sus embajadas rogaron mi amistad y la del pueblo romano». César procede a nombrar Etiopía, Arabia, Egipto, Armenia e Iliria entre las naciones tan afortunadas como para beneficiarse de su gobierno[14].

La inscripción entera de la *Res Gestae* comienza afirmando: «A continuación, una copia de los logros del divinizado Augusto, por las que trajo al mundo entero bajo el imperio del pueblo romano». Los emperadores romanos alegaban traer salvación (*salus*) al mundo, según anunciaba una moneda acuñada por Nerón (fig. 7.4), y esperaban sumisión y alabanzas de todas las gentes de la tierra. Frente a tamaña presunción, Juan vio una multitud de todas las naciones que exclamaban: «¡La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!» (7,10).

La lucha contra la Bestia es un combate espiritual

En relación con Apocalipsis 7 hay que leer Apocalipsis 14, donde vuelven a aparecer los ciento cuarenta y cuatro mil. En los dos capítulos estos santos adoran con emoción. Están de pie delante del monte Sion (14,1), el punto más sagrado de toda la tierra según la cosmología judía, y cantan un cántico nuevo (14,3). Nadie puede aprender ese cántico «fuera de los ciento cuarenta y cuatro

[14] *Res gestae divi Augusti* 26-30; en Naphtali Lewis and Meyer Reinhold, eds., *Roman Civilizations: Sourcebook 2, The Empire* (NewYork: Harper & Row, 1966), 9-19.

mil rescatados de la tierra». Este grupo privilegiado son los que «no se han polucionado con mujeres, por cuanto son vírgenes» (14,4 gr).

Hoy día ofende nuestra sensibilidad social y política leer que estos santos no se hayan polucionado con mujeres, como si la relación sexual con mujeres ensuciara a los hombres. Hay que interpretar esta metáfora desafortunada a la luz de las imágenes del Antiguo Testamento y en el contexto del simbolismo imperial romano. Varios profetas hebreos describen la infidelidad espiritual de la antigua Israel con la metáfora de infidelidad sexual en el matrimonio[15]. Y en la propaganda estatal, la diosa Roma representa habitualmente a la ciudad capital del imperio.

En el Apocalipsis, los seguidores del Cordero son vírgenes en el sentido de que no se han ido de putas con Roma ni han abrazado su ideología. Así que esta alusión figurada no expresa una aversión puritana al sexo. Como veremos más adelante, lo que Juan tilda de fornicación es transigir con la prostituta Babilonia (Roma) y la participación en el culto al emperador (véase, por ejemplo, 17,1-3). La palabra que se suele traducir como «virgen» (14,4) también puede significar «persona casta». Según era tradicional en la antigüedad, los soldados judíos se preparaban para la guerra con la abstinencia de toda actividad sexual[16]. Esta contienda con la bestia es combate espiritual, y exige ese máximo de autodisciplina que antes se exigía para la guerra santa. Pero es una guerra muy rara, por cuanto los que luchan están siguiendo al Cordero.

El hecho de que en las bocas de estos santos no hay mentira (14,5) nos puede indicar la naturaleza de su victoria. Una cuestión que tuvo que abordar la iglesia primitiva fue qué hacer con los creyentes que salvaban la vida negando a Cristo cuando eran arrestados y juzgados. Una vez obtenida la libertad, esos individuos a veces se arrepentían y querían volver a la comunión de los miembros de la iglesia. Según la visión de Juan, los santos que adoran al Cordero en el monte Sion no han mentido para evitar el martirio.

Todas las naciones adoran a Dios y al Cordero

Aunque los mártires constituyen el círculo interior en el monte Sion, hay lugar para otros muchos que se suman a la celebración. Juan ve una gran multitud, de cada nación y tribu y lengua, que adoran a Dios y al Cordero. Visten ropa blanca, un símbolo tradicional de victoria en la sociedad romana. Aquí en el Apocalipsis (7,9), tenemos nuestra primera vista de la escala mundial

[15] Ez 16,15-22; Os 1,2-3.

[16] Dt 23,9-14; 1 S 21,5-6.

y de la diversidad étnica de la iglesia cristiana. La adoración en el nombre de Jesús trasciende todas las barreras nacionales y de idioma.

—La salvación viene de nuestro Dios […] y del Cordero —aclaman las multitudes (7,10). Esta visión era buenas noticias para una iglesia vulnerable atrapada en el fuego cruzado de la política imperial. No importa cuánto lo intentaban, los creyentes no conseguían salvarse a sí mismos ni salvar al mundo. Sólo Dios salva. El anuncio de salvación divina ocasiona este indicador que viene a ser el culto gozoso que sobrepasa cualquier liturgia que pudiera producirse en la arena de Roma. Los ángeles y ancianos que rodean el trono se postran hasta la tierra y cantan:



Fig. 7.5. Una estatua cristiana del siglo IV, de Jesús el Buen Pastor.

—Amén. A nuestro Dios la
alabanza,
la gloria, la sabiduría,
la acción de gracias, el honor,
el poder y la fuerza por siempre. Amén (7,12).

Estos adoradores son los que han sobrevivido la prueba suprema, un período de persecución intensa que Juan espera para un futuro próximo. Adoran de día y de noche, y Dios les dará abrigo. No padecerán hambre ni sed ni calor agobiante. En lo que resulta ser una figura paradójica, el Cordero será ahora su pastor (fig. 7.5) y los guiará a fuentes que manan agua de vida. Dios secará toda lágrima de sus ojos.

Nace la esperanza en medio del dolor

Cuando el Cordero abrió el sexto sello (6,12-17), el trauma del fin de los tiempos parecía alcanzar toda su furia, y teníamos la impresión de que se aproximaba el final de la historia de la humanidad. En lugar de eso, lo que hubo fue un interludio de adoración en Apocalipsis 7. Ahora el Cordero abre el séptimo sello, y —después de una pausa de media hora— siete ángeles dan un paso al frente para tocar trompetas que indican otra serie de desastres (8,1-

11,19). Al sonar la última trompeta, sigue una tercera serie de plagas, mientras las siete copas de la ira de Dios se vierten sobre la tierra (16,1-21).

Es probable que no se pretende que imaginemos que esta serie triple de plagas suceden una tras otra en el tiempo, como si los sellos, las trompetas y las copas se sucedieran cronológicamente. Las tres series, al contrario, parecen referirse a unos mismos eventos, indicando cada una de ellas el trauma del fin de los tiempos con figuras que resultan cada vez más expresivas y completas. Los ciclos de plagas parecen cobrar fuerza en espiral, dándonos perspectivas reiterativas que permiten a los lectores ir percatándose poco a poco de la escala masiva de la devastación. La repetición permite también espacios de silencio (8,1) y Juan la aprovecha para irnos mostrando la bestia y otros personajes esenciales (esp. en Ap 12-13).

Al final de la serie de las trompetas, unas voces poderosas en el cielo declaran: «A nuestro Señor y a su Cristo pertenece el dominio del mundo y lo ejercerá por siempre y para siempre» (11,15). Los veinticuatro ancianos se postran hasta el suelo y adoran cantando:

—*Gracias, Señor Dios, dueño de todo,*
tú que existes desde siempre,
porque con tu inmenso poder
has establecido tu reinado.
Gracias, porque tu ira se ha hecho presente
destrozando el furor de las naciones
y porque ha sonado la hora del juicio,
la hora de premiar a tus siervos los profetas,
a los santos y a cuantos veneran tu nombre,
sean humildes o poderosos,
la hora de exterminar a los que corrompen la tierra (11,17-18).

En medio de estos padecimientos sin tregua del fin de los tiempos, inesperadamente recibimos un preanuncio de cómo es que va a terminar la historia: el reino de este mundo pasará a ser el reino de nuestro Señor y de su Mesías. Dios piensa redimir hasta las estructuras políticas corruptas, es decir, los reinos de este mundo[17].

[17] El apóstol Pablo dice que al final, «aniquiladas todas las potencias enemigas, Cristo [entregará] el reino a Dios Padre» (1 Co 15,24). Ni Pablo ni Juan de Patmos imaginan la destrucción de todas las cosas de la tierra en ese momento cuando la historia culmine en transición al reinado de Dios. Al contrario, en ese momento todos los que reclamaban un poder idólatra robando a Dios su autoridad, habrán sido derrotados. Los

El cielo resuena con alabanzas al oír esto, y los mortales que están sufriendo en la tierra sienten esperanza. Las naciones estaban enfurecidas —canta el coro— pero Dios premiará a sus siervos los profetas, a los santos y a todos los que se mantienen fieles. Llegará a su tiempo el momento de «exterminar a los que corrompen la tierra» (11,18). Los mortales no tienen derecho a destrozar el planeta. El cuidado del planeta es parte de lo que significa honrar al Creador; y esto debe inspirar hoy a los seguidores de Jesús a interesarse por la contaminación del medioambiente, el calentamiento global y la conservación de recursos naturales.

La finalidad de las plagas es provocar arrepentimiento

¿A qué se deben las plagas del Apocalipsis? ¿A la acción humana o a una iniciativa divina? Los primeros cuatro sellos (6,1-8) parecen indicar guerra, hambruna y las muertes que deja tras sí el avance de la conquista romana. Pero según se va desenvolviendo el trauma del fin de los tiempos, los ángeles arrojan destrucción sobre la tierra a la orden de Dios (16,1). Esta escena suscita interrogantes acerca del propósito que inspira a Dios a provocar o permitir tamaño sufrimiento.

Así como las plagas en el libro de Éxodo tienen un propósito redentor más que punitivo, así también los sufrimientos en el Apocalipsis pretenden hacer que los corazones humanos vuelvan a Dios. Moisés trajo sobre Egipto una serie de aflicciones, para invitar a Faraón después de cada plaga a arrepentirse y así salvar al pueblo de Egipto de padecimientos posteriores. Aunque es cierto que el Señor endureció el corazón de Faraón (Ex 4,21; 10,1), el propio Faraón estaba plenamente implicado en su rebeldía contra Dios (Ex 8,32; 9,34-35). Las sucesiones de plagas en Éxodo y en el Apocalipsis muestran cómo Dios da oportunidad reiteradamente para que los mortales se arrepientan, pero al final permite que esa desobediencia siga su curso y desemboque en destrucción. El autor de 2 Pedro 3,9 también procura indicar esa contención de Dios: «No es que el Señor se retrase en cumplir lo prometido, como algunos piensan; es que tiene paciencia con vosotros y no quiere que nadie se pierda, sino que todos se conviertan».

---

sistemas sociales, políticos y económicos —gobernados ahora por Cristo— serán redimidos como parte de su reinado. Incluso cuando 2 Pedro pone que al final «los elementos del mundo quedarán pulverizados por el fuego» (3,10), hemos de entender esto como un fuego purificador que salva lo que es bueno, no un holocausto absoluto.

No hay una correspondencia exacta entre las plagas de Egipto y las del Apocalipsis, pero los paralelos son inconfundibles. La segunda trompeta de Apocalipsis hace que el mar se vuelva sangre (8,8-9), igual que Moisés hizo volverse sangre el río Nilo (Ex 7,20-21). El granizo, el fuego y la sangre de la séptima trompeta (Ap 8,7) tienen su paralelo en el trueno, el granizo y el fuego de la séptima plaga en Egipto (Ex 9,22-26). Tanto en Éxodo como en Apocalipsis, hallamos plagas de saltamontes, llagas y ranas.

Estos parecidos sugieren que debamos interpretar el Apocalipsis a la luz de la historia del Éxodo, donde Dios emplea plagas para liberar un pueblo de la esclavitud en Egipto. Sin embargo la libertad de la opresión no es un fin en sí mismo. Una y otra vez Dios le dice a Faraón «Deja salir a mi pueblo para que me rinda culto en el desierto» (7,16; 8,1.20; 9,13; 10,3). Los imperios —sean de Egipto, Roma o contemporáneos nuestros— distorsionan el culto, y Dios quiere que su pueblo se libre de esas ideologías.

Una humanidad porfiada ignora la advertencia

Después de ser testigo de una plaga espantosa, Juan se expresa estupefacto de que la gente no enmiende sus caminos:

> A pesar de todo, quienes no fueron aniquilados por estas calamidades, se negaron a cambiar de conducta. Siguieron adorando a los demonios, a los ídolos de oro, plata, bronce, madera y piedra, dioses que no pueden ver, ni oír, ni caminar. Siguieron aferrados a sus crímenes, a sus hechicerías, a su lujuria y a sus rapiñas» (Ap 9,21; véase también 16,8-9).

El Apocalipsis hace sonar una alarma para toda la humanidad. La violencia, la codicia y la blasfemia provocan sus propias plagas. En el siglo I el ciclo de violencia y destrucción era evidente; todos lo podían ver. La masacre de los cristianos que hizo Nerón en Roma y la forma que el general Tito aplastó Jerusalén fueron plagas catastróficas. Muchos de los emperadores que se sucedieron a lo largo de ese siglo acabaron suicidas o asesinados, demostrando así que el poder corrupto tiende a la autodestrucción.

La espiral de pecado y violencia al final da lugar al caos a nivel cósmico, más allá de lo que controlan los mortales. En la visión de Juan hasta el sol, la luna y las estrellas se vuelven enemigas de la humanidad, apagándose o cayendo a tierra. Estas señales revelan un cosmos que revierte al caos primigenio, al desorden que imperaba cuando Dios puso en marcha su creación (Gn 1,1-2). Aun así, cada etapa de la agitación creciente parece iniciarse por virtud de una acción del Cordero o de un ángel a las órdenes de Dios.

Resuena regocijo ante la ejecución de justicia

El Apocalipsis indica una y otra vez que los seguidores de Jesús no deben empuñar armas carnales ni de ningún otro modo participar en la ejecución de los castigos. La forma no violenta de acción de Jesús se da tan por supuesto en el Apocalipsis que pocas veces se comenta directamente. El Cordero es la idea que gobierna la totalidad de la visión de Juan, y sus seguidores serán por consiguiente como corderos. Jesús estuvo dispuesto a entregar su propia vida antes que empuñar la espada (Mt 26,51-54; Jn 18,36), así que los santos en el cielo no se han aferrado a la vida ni siquiera ante la muerte (de martirio) (Ap 12,11).

Juan de Patmos no admite ningún recurso a la violencia ni la coerción por parte de los seguidores del Cordero, pero no tiene pelos en la lengua para regocijarse cuando la maldad halla su castigo. Cuando llueve sobre la tierra la ronda final de plagas, un ángel proclama:

> —*Eres justo y has hecho justicia,*
> *tú que eres santo*
> *y que existes desde siempre.*
> *Ellos derramaron la sangre de tus consagrados y profetas*
> *y sangre les has dado tú a beber.*
> *¡Bien merecido lo tienen!* (16,5-6)

Otra voz se suma:

> —*Efectivamente, Señor Dios, dueño de todo,*
> *tú juzgas con verdad y con justicia* (16,7).

Juan no es ningún pacifista de sillón sino un hombre enteramente inmerso en una batalla espiritual con contrincantes de carne y sangre. Sus correligionarios cristianos han muerto a manos de Roma, y él mismo parece correr peligro. Juan está irritado, y sentimos la descarga emocional de este grito de victoria cuando la justicia cae sobre los opresores.

El culto es a veces catarsis

Los que adoran a la bestia y su imagen y reciben su marca sobre la frente o las manos, beberán «el vino de la ira de Dios» (14,10). En el pasaje más inquietante del Apocalipsis, un ángel dice que van a «ser torturados con fuego y azufre en presencia de los santos ángeles y del Cordero». Este tormento será eterno, por cuanto «no habrá descanso ni de día ni de noche para quienes adoran a la bestia» (14,10-11).

Esta escena terrible no refleja la clase de compasión que entendemos propios de Cristo por lo que ponen los evangelios. Sin embargo el Cordero en esta escena es el mismo que amó a sus enemigos y perdonó a los soldados romanos que martillaron clavos en sus manos y pies. Es posible que Cristo sea capaz de unas cotas de perdón que Juan mismo todavía no puede concebir ni aceptar. Adonde sí es capaz de llegar Juan, es a dejar en las manos de Jesús la tarea de castigar a las personas que se han aliado con la bestia.

El Cordero no dejará impune la maldad ni dejará sin rendir cuentas a los pecadores que no se arrepienten. El pecado será destruido, y es justo que los que sufren anhelen el día cuando la creación se vea libre de su esclavitud al pecado. Como los que compusieron los Salmos, los creyentes que sufren en cada generación reclaman a Dios que haga justicia. Furiosos con sus conquistadores por haber destruido Jerusalén, los exiliados judíos en Babilonia clamaron en su día:

> *Tú, Babilonia, serás devastada.*
> *¡Feliz quien te haga*
> *lo que tú nos hiciste!*
> *¡Feliz quien tome a tus niños*
> *y los lance contra la roca!* (Sal 137,8-9)

Los judíos en el exilio necesitaban contar con esas palabras en su repertorio de culto. Juan necesitaba de igual vehemencia para anotar lo que él y otros cristianos del siglo I estaban padeciendo bajo el Imperio Romano. Aquellos hoy día cuyos hogares y vidas están siendo destruidas por la guerra o la injusticia necesitan clamar a Dios con lenguaje enfático. El culto tiene que ser a veces una catarsis, una oportunidad para descargar en Dios —que puede hacer nuevas todas las cosas— la profundidad de su dolor y su rabia.

Para reflexión

1. ¿En tu opinión, qué sentido tiene hoy día el bautismo en cuanto a cambio de lealtades?¿De qué influencias o reacciones automáticas tienen que deshacerse las personas que reciben el bautismo en tu cultura?
2. ¿Cuál sería el equivalente moderno a los juegos romanos en los circos y anfiteatros? ¿Qué paralelos a los espectáculos romanos ves en la televisión, el cine o los deportes? ¿Cuándo y dónde escenifica tu sociedad la muerte como ritual? ¿Responden esos rituales a una ideología política?
3. Considera las plagas modernas, como la degradación del medioambiente, el abuso de drogas, la venta de armas, los sin techo. ¿Qué lugar tiene

Dios en estos sufrimientos? ¿Deberían los cristianos enrabietarse por estas plagas? ¿Cuál debería ser nuestra respuesta a estas plagas en el culto y en la acción?

VIVIR LA VISIÓN

Más allá de los vínculos de sangre en Cartago

En el año 203 d.C. en la ciudad de Cartago en el norte de África, un aristócrata romano imploraba de rodillas a su hija de veintidós años, Perpetua. Ella, que acababa de dar a luz un hijo, estaba en la cárcel por ser cristiana. Besando su mano y llorando, su padre dijo:

—Hija, ten piedad de mis canas, ten piedad de tu padre. [...] No me abandones a las recriminaciones de todos. Piensa en tus hermanos, piensa en tu madre y tu tía, piensa en tu bebé, que no volverás a ver cuando ya no estés. ¡Deja ya ese orgullo tuyo! ¡Nos vas a destruir a todos!

Durante el juicio el juez ordenó azotar a su padre para apelar a los sentimientos de Perpetua.

—¡Ten compasión de tu bebé! —dijo el juez—. Ofrece un sacrificio por el bien de los emperadores.

Al contrario sin embargo, Perpetua fue sentenciada a morir en la arena junto con su esclava Felicidad, también cristiana, que estaba embarazada. Según la ley romana, Felicidad no podía ser ejecutada durante el embarazo. Las dos mujeres rogaron a Dios que pariera a tiempo para poder morir juntas.

El día de la ejecución, Perpetua y Felicidad marcharon gozosas desde la prisión al anfiteatro. Perpetua «avanzó con rostro resplandeciente y paso firme, como amada de Dios, como esposa de Cristo, haciendo a todo el mundo bajar la cara ante la intensidad de su mirada». En la arena obligaron a las mujeres a vestirse con túnicas de sacerdotisas paganas. Las dos indicaron al juez con gestos que «Tú nos has condenado, pero Dios te condenará a ti».

Las desnudaron antes de soltarles una vaquilla enfurecida. La multitud se quedó turbada al darse cuenta que Felicidad acababa de dar a luz. Vestida otra vez con una túnica, a Perpetua la machacó la vaquilla. Saturo, un correligionario de ellas, sangraba profusamente del mordisco de un leopardo, ante lo cual la multitud, riéndose del bautismo cristiano, se puso a gritar«¡Bien lavado! ¡Bien lavado!» Cuando llegó el momento de poner fin a los juegos, las mujeres, aturdidas, fueron conducidas a un gladiador para que les cortara el

cuello. Las dos «fueron allí sin resistirse [...] y besándose una a la otra, sellaron su martirio con el beso de la paz cristiana»[18].

[18] «El martirio de Perpetua yFelicidad», en *After the New Testament: A Reader in Early Christianity*, ed. Bart D. Ehrman (New York: Oxford, 1999), 42-50.

8

UNA PROSTITUTA BORRACHA DE SANGRE

Leer Apocalipsis 15,1-17,18

Se acercó entonces uno de los siete ángeles que llevaban las siete copas y me dijo:

—¡Ven! Voy a enseñarte el castigo que tengo reservado a la gran prostituta, la que está sentada sobre aguas caudalosas y con la que adulteraron los poderosos de la tierra, mientras sus habitantes se emborrachaban con el vino de su lujuria.

Me llevó, pues, en visión a un desierto, donde vi a una mujer montada en una bestia de color rojo escarlata. La bestia tenía siete cabezas y diez cuernos y estaba cubierta de títulos blasfemos. La mujer iba vestida de púrpura y grana, resplandeciente de oro, piedras preciosas y perlas. En su mano sostenía una copa de oro rebosante de acciones abominables, como sucio fruto de su lujuria. Escrito en su frente tenía un nombre misterioso: «Babilonia, la poderosa, la madre de todas las prostitutas y de todas las aberraciones de la tierra». Y vi cómo la mujer se emborrachaba con la sangre de los consagrados a Dios y de los que fueron mártires por amor a Jesús. (17,1-6)

Como hemos visto, el Apocalipsis retrata una trinidad maligna: el dragón (Satanás), una bestia (Roma y el Imperio Romano), y una segunda bestia (las instituciones religiosas y políticas que promueven el culto al emperador). Apocalipsis 17 nos presenta una figura maligna adicional, una gran prostituta llamada Babilonia (17,5).

Tú puedes resolver el enigma

Cuando el séptimo ángel ha derramado su copa, «Dios se acordó de la orgullosa Babilonia para hacerle apurar hasta las heces la copa de su terrible indignación» (16,19). Por si alguien que escucha el Apocalipsis todavía no ha adivinado lo que representa el símbolo de Babilonia/prostituta, Juan da unas pistas precisas que lo descubren. La prostituta está montada «en una bestia de color rojo escarlata» que «tenía siete cabezas y diez cuernos» (17,3). Reconocemos esta figura como la bestia de imperio que conocimos en el capítulo 13. Ahora Juan da otro empujoncito a sus lectores del siglo I: «Aquí se nota la sagacidad del que tenga sabiduría» (17,9 gr), con lo cual viene a decir: «Tú puedes resolver el enigma». Juan dice:

> Las siete cabezas son siete colinas sobre las que está sentada la mujer. Son también siete reyes, de los que cinco perecieron, uno reina actualmente y otro está todavía por llegar. Cuando llegue, será fugaz su reinado. En cuanto a la bestia que era, pero ya no es, aunque ella misma es el octavo rey, pertenece también al grupo de los siete y marcha hacia la ruina. Has visto también diez cuernos. Representan a diez reyes que aún no han comenzado a reinar, pero que durante muy breve tiempo compartirán el poder con la bestia. Una sola intención los anima: entregar a la bestia toda su fuerza y su poder. (17,9-13)

Por cuanto el mundo de la antigüedad conocía a Roma como La ciudad de las siete colinas[1], la mayoría de los lectores en Asia Menor habrían comprendido la pista. La explicación que da Juan de la imagen, sin embargo, demuestra hasta qué punto el simbolismo del Apocalipsis tiene diferentes estratos y es fluido. En Apocalipsis 13, la bestia parece ser el Imperio Romano entero. ¡Ahora en Apocalipsis 17, vemos que las cabezas de la bestia son siete colinas de la ciudad de Roma y que son, a la vez, siete reyes!

Al final de la visión de la prostituta un ángel dice, ya sin disimulo: «La mujer que has visto, es la gran ciudad, la que impera sobre los reyes de la tierra» (17,18). El mundo del siglo I sabía bien que no había rival en cuanto a esa capacidad: esta visión va de Roma.

---

[1] Virgilio, *Eneida* 6.782-83; *Geórgicas* 2.535; Marcial, *Epigramas* 6.64; Cicerón, *Cartas a Ático* 6.5; *Oráculos sibilinos* 2,18; 11.113-16; 13,45; 14.108.

Los siete reyes son siete emperadores

Los siete reyes (17,9-10) probablemente son emperadores romanos, pero los intérpretes discrepan sobre cómo hay que contarlos. La solución más obvia sería empezar a contar reyes a partir de César Augusto, el primer gobernante en asumir el título de emperador. Si no contamos los tres emperadores que reinaron cada uno por pocos meses inmediatamente después de morir Nerón, tenemos la siguiente secuencia:

1. Augusto (27 a.C.-14 d.C.)
2. Tiberio (14-37 d.C.)
3. Calígula (37-41 d.C.)
4. Claudio (41-54 d.C.)
5. Nerón (54-68 d.C.)
6. Vespasiano (69-79 d.C.)
7. Tito (79-91 d.C.)
8. Domiciano (81-96 d.C.)

Si cinco ya han caído (17,10), Juan está escribiendo en algún momento después de la muerte de Nerón. Algunos intérpretes sugieren que Juan empieza a contar emperadores a partir de Tiberio, porque fue durante su reinado que surgió la iglesia. Eso dejaría a Vespasiano entre los cinco gobernantes caídos o muertos. O quizá Calígula, el primer emperador en promover el culto a su persona, debía ser considerado el primer gobernante bestial en la lista de Juan. En ese caso cuando Juan dice que cinco reyes han caído y que el sexto sigue vivo, estaríamos hablando de Domiciano.

Sin embargo, en lugar de tomarnos con demasiada literalidad el listado de emperadores que hace Juan, deberíamos entender esos siete reyes como arquetipos. El número «siete», en el Apocalipsis y en la tradición hebrea, simboliza la plenitud o cumplimiento. Es probable que los cinco reyes caídos representan a todos los emperadores fallecidos, no importa cómo los contemos. El emperador que vive ahora (17,10) bien podría ser Domiciano, y la visión augura otro emperador corrupto después suyo.

Los imperios gobiernan captando las élites autóctonas

A pesar de su poderío militar de consideración, Roma no tenía suficientes soldados para conservar sometido por la sola fuerza un imperio tan extenso. Igual que sucede con cualquier imperio de éxito, era necesario que ciertos líderes determinantes entre las gentes sometidas se pusieran de parte de la potencia dominante, para ayudar a mantener a raya a sus compatriotas.



Fig. 8.1. Una maqueta del imponente templo judío edificado en Jerusalén por Herodes el Grande. La estructura con torres en el rincón superior derecho es la Fortaleza Antonia, que alojaba a la tropa romana, preparada para intervenir de urgencia ante cualquier disturbio que se produjera en o cerca del templo (ver Hechos 21,27-40).

Herodes el Grande (37-4 a.C.) es un ejemplo de gobernante local que colaboró con Roma. Nacido en el sur de Palestina de sangre mitad judía, Herodes era de una familia políticamente poderosa, que tuvo la clarividencia de ponerse de parte de Roma cuando el imperio emergente empezó a afianzarse en el mundo del Mediterráneo. Nombrado gobernador de Galilea por su padre, que había gobernado Judea de parte de Roma, Herodes con el tiempo recibió del senado romano el título de Rey de los judíos. Pero fueron pocos los judíos que querían que Herodes los gobernara, y fue necesaria la fuerza de las armas romanas para sentarlo en el trono de Jerusalén.

Herodes fue un zorro de gobernante[2], capaz tanto de congraciarse como de intimidar. Como rey de los judíos, Herodes captó la buena voluntad de los lugareños al edificar un templo magnífico al Señor en Jerusalén (fig. 8.1; véase Mr 13,1). Entre tanto, también captó la buena voluntad imperial al construir templos para el culto al emperador en Cesarea Marítima (figs. 8.2; 9.5) en la costa del Mediterráneo, en Samaría (Sebaste) y en Cesarea de Filipo (Banias),

[2] Jesús se refería a Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, cuando dijo: «Id y decidle a ese zorro…» (Lucas 13,31). El hijo manifestó la misma astucia y crueldad que su padre.

en la frontera norte de Israel. Pero al más mínimo indicio de desafío a su poder, Herodes desenfundaba la espada. Mateo informa que Herodes masacró a los niños varones de Belén en el intento de asesinar a un pretendiente posible a su trono (Mt 2,16-18).

Esa crueldad es típica de lo que fue este rey de provincias, que gobernó de parte de Roma. La decapitación de Juan el Bautista por Herodes Antipas (Mr 6,14-29), hijo de Herodes el Grande, demuestra que la siguiente generación de la familia de los Herodes fue igual de despiadada. Herodes Agripa (37-44 d.C.), hermano de Antipas, demostró la tendencia de la familia entera a adular con descaro, cuando acuñó una moneda con su imagen y la leyenda: «El gran Agripa, amador de César [ΦΙΛΟΚΑΙΣΑΡ]»[3].

Cuando Juan alude a los diez cuernos de la bestia (17,3.12-13), probablemente se está refiriendo a gobernantes de provincias, como los Herodes. Daniel 8,21 ya había empleado la imagen del cuerno de una bestia para simbolizar un gobernante en particular. En Apocalipsis 17,12, los cuernos

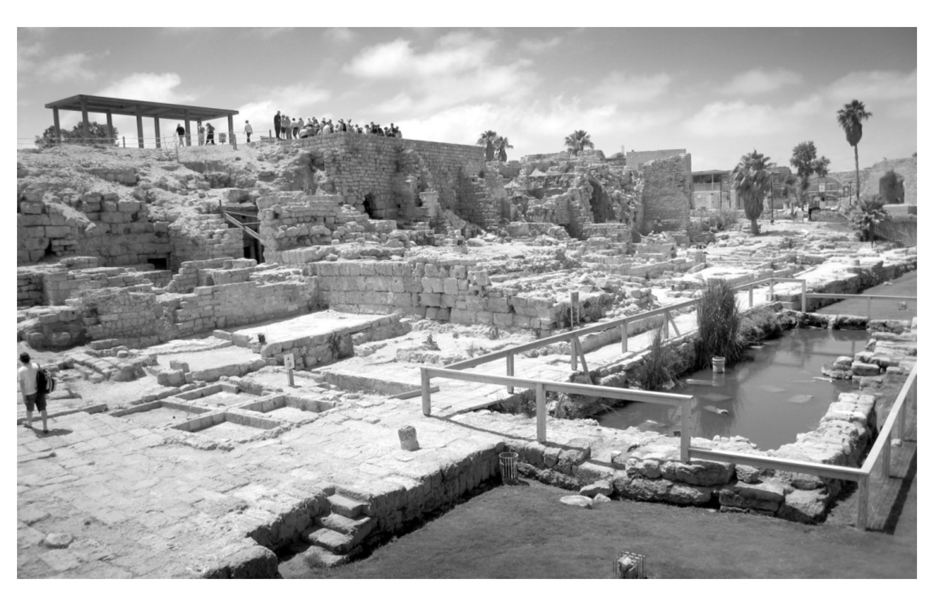


Fig. 8.2. Mientras Herodes construía el templo al Señor en Jerusalén, también emprendió la construcción de un complejo imponente para el culto al emperador en el puerto Mediterráneo de Cesarea. La estructura estaba sobre una plataforma de piedra (centro izquierda de estas ruinas, donde están los turistas) con vistas sobre el puerto. La joya del templo era una estatua inmensa (*colossus*) de César, «en nada inferior al de Júpiter Olímpico, en cuya semejanza fue hecho (Josefo, *Guerra Judía* 1.414).

[3] Larry Joseph Kreitzer, *Striking New Images: Roman Imperial Coinage and the New Testament World*, JSNTSup 134 (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1996), 21.

son diez reyes que todavía no han recibido un reino pero «recibirán la regia autoridad por una hora» (gr). En todas las provincias había políticos locales ambiciosos, dispuestos a gobernar o ayudar a gobernar su propio pueblo de parte de Roma. A estos colaboracionistas, «una sola intención los anima: entregar a la bestia toda su fuerza y su poder» (17,13).

Muchos particulares y muchas naciones sumisas a lo ancho del mundo mediterráneo participaron voluntaria y gustosamente en el Imperio Romano. El imperio contó con la suficiente lealtad espontánea en Asia Menor como para no tener que basar en esa región ninguna de sus veinte o más legiones del ejército. La región de las siete iglesias del Apocalipsis entró a ser controlada por Roma gracias a un gobernante autóctono, Atalo III. Él gobernaba el reino independiente de Pérgamo y llegó a convencerse de que la seguridad y el bienestar de su pueblo vendría de aliarse con la potencia emergente: Roma. Atalo dispuso en su testamento que el reino de Pérgamo se integrase al Imperio Romano —lo cual hizo en el 133. a.C.—.

Evidencias parecidas de apoyo espontáneo y voluntario aparecían en diferentes estamentos de la sociedad. La presión para aliarse con Roma no venía tanto de Italia como de los amigos, vecinos o socios comerciales en la propia provincia. La participación en el culto al emperador constituyó un indicador del apoyo para un imperio que muchas personas creían que había traído paz y prosperidad al mundo.

Los imperios se desmoronan cuando sus clientes los abandonan

La visión de Juan denuncia a los gobernantes provinciales que se ponen de parte de Roma para «hacer la guerra al Cordero» (17,14). Los reyes de la tierra, sin embargo, pueden volverse fácilmente contra Babilonia/Roma. Previendo que con el tiempo se produciría tal insubordinación, Juan divisa cómo los diez cuernos (entiéndase gobernantes provinciales) y la bestia (el Imperio Romano) «traicionarán a la prostituta [Roma]; la dejarán solitaria y desnuda; comerán sus carnes y la convertirán en pasto de las llamas. Y es que Dios va a servirse de ellos para ejecutar sus planes, haciendo que se pongan de acuerdo para entregar su reino en manos de la bestia, hasta que se cumplan los designios de Dios» (17,16-17).

La visión de Juan es un paradigma del colapso típico de los imperios. Mientras avanzan sus propios intereses, los gobernantes por cuenta ajena en las provincias o en estados satélite pacifican a sus gentes y las mantienen alineadas con la ideología del imperio. Pero en cuanto el imperio se debilita y ya no puede brindar riqueza ni prestigio a sus esbirros, los títeres que gobiernan se alzan



Fig. 8.3. La diosa Roma, personificación de la ciudad, en una escultura del siglo II d.C.

contra esa potencia que antes promovían. El fin así del imperio de Roma probablemente tardó más de lo que podía imaginar Juan, pero uno de los pueblos que Roma antes gobernaba, al final saqueó la ciudad en el 410 d.C.

En el lenguaje del Apocalipsis, los reyes de la tierra que se alían con Roma cometen fornicación con la ciudad prostituida (17,2). Hemos visto cómo Herodes edificó templos en honor a César Augusto, y cómo el rey Tirídates de Armenia se postró en adoración del emperador Nerón. Valiéndose de una extensa tradición bíblica, Juan condena ese tipo de acto de lealtad idólatra como *fornicación*. Al reverenciar al emperador y los intereses imperiales, los hombres de negocios y traficantes de influencia en las provincias sacaban ventaja política, social o económica.

La diosa Roma (fig 8.3), símbolo de la ciudad imperial, figuraba en monedas y estatuas a lo ancho del imperio. Juan la describe como una prostituta vestida de púrpura (17,4), un color reservado a la vestimenta imperial. Como una cortesana acaudalada adornada de oro y perlas, esta prostituta desvergonzada se ha emborrachado con la sangre de los santos (17,6). La bestia sobre la que está sentada «era y ya no es, pero resurgirá» (gr) —tal vez otra alusión a Nerón y al mito de que volvería a vivir después de muerto—.

Domiciano fue un segundo Nerón

Llamado a veces un segundo Nerón por sus contemporáneos, el emperador Domiciano (81-96 d.C.; fig. 8.4) ejecutó a muchos de sus súbditos que él consideró peligrosos o que sencillamente le disgustaban, entre ellos algunos senadores y un gobernador de Asia. Amputó las manos de prisioneros, se conoce que crucificó a un hombre con el que había estado de juerga el día anterior, ejecutó a su propio primo con un pretexto nimio[4]. Es probable que algunos cristianos cayeran en el baño de sangre que acompañó su reinado.

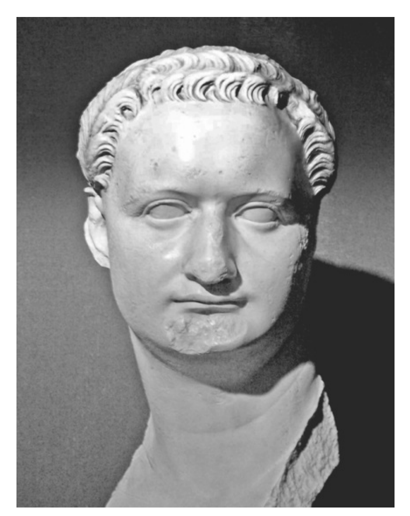


Fig. 8.4. El emperador Domiciano.

Las monedas de su era aclamaban a Domiciano como el padre de los dioses, y los romanos contemporáneos cuentan que quería que la gente lo tratara de *Dominus et Deus noster* (Señor y Dios nuestro)[5]. No es casualidad que la corte celestial en Apocalipsis 4,11 emplea esta frase exacta en su adoración de Dios (véase también Juan 20,28). La visión de Juan representa una realidad alternativa, una lealtad política alternativa, una contranarrativa plantada como oposición directa contra las expresiones idólatras del culto al emperador.

Celebrar la caída de un tirano

Según Suetonio, un historiador romano que sobrevivió aquella era, Domiciano «acabó siendo objeto de terror y odio universal»[6]. Cuando fue asesinado en el 96 d.C., las gentes a lo ancho del Imperio Romano celebraron el final del régimen brutal del emperador. Plinio describe el alivio y el júbilo general con que se recibió la noticia de su muerte. La gente se puso a derribar y destrozar iconos —estatuas e imágenes— del emperador:

---

[4] Suetonio, *Domiciano* 10-15.

[5] *Ibíd.* 13.2; Dion Casio, *Historia romana* 67.4.7; 67.13.4.

[6] Suetonio, *Domiciano* 14; en *Suetonius*, vol. 2 trans and ed. J. C. Rolfe, LCL 38 (1913-14; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960), 369.

> Las innumerables imágenes de oro se encuentran ahora rotas y destruidas, para regocijo público. Fue nuestra delicia tirar esos rostros altivos a tierra, golpearlos con espada y destrozarlos con hacha, como si cada golpe pudiera producir sangre y agonía. Nuestros arrebatos de gozo —tanto tiempo postergados— no conocían freno; todo el mundo procuró alguna forma de venganza al ver esos cuerpos mutilados, desmembrados a golpes; y por fin ese rostro temible echado al fuego, verlo derretir, para que de un terror tan amenazador pudiera surgir de las llamas alguna cosa útil y agradable[7].

Estos comentarios, de un contemporáneo pagano de Juan, nos ayudan a comprender la emoción de las celebraciones cuando el final de la gran prostituta en Apocalipsis 16-19. Vemos reiterada varias veces la destrucción de Babilonia/Roma. Primero nos enteramos que la ciudad se ha partido en tres cuando «Dios se acordó de la orgullosa Babilonia para hacerle apurar hasta las heces la copa de su terrible indignación (16,19). Después los reyes de la tierra se alzan contra Babilonia/Roma, la furcia, y «la [convierten] en pasto de las llamas» (17,18). Por último un ángel poderoso arroja al mar una gigantesca rueda de molino y dice: «Así, violentamente, será arrojada Babilonia, la gran ciudad» (18,21).

Entre las ruinas del Imperio Romano todavía se pueden hallar inscripciones donde el nombre de Domiciano ha sido borrado (fig. 8.5). Igual que habían hecho con Nerón, el senado romano sancionó un decreto de *damnatio memoriæ* (condenación de memoria) tras la muerte de Domiciano, declarando que por todo el imperio se quitara cualquier rastro de su existencia. Pero los senadores que aprobaron esa legislación, y la mayoría de los que aborrecían a Domiciano, querían ver el fin de un gobernante en particular, no del imperio.

Qué pensar de la violencia en el Apocalipsis

¿Qué efectos espirituales y emocionales tiene en los adoradores el rememorar con fruición la muerte violenta de un adversario? La obsesión de Juan con la caída de Babilonia/Roma resulta inquietante, y algunos lectores modernos han considerado que el libro de Apocalipsis es censurable por faltarle calado ético. John Dominic Crossan, por ejemplo, alega que el Apocalipsis muestra un Jesús sanguinario: «Transformar la resistencia no violenta de un Jesús asesinado en la

---

[7] Plinio el Joven, *Panegírico* 52.4-5; en Pliny the Younger, *Letters and Panegyricus*, vol. 2, trans. Betty Radice, LCL 59 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1969), 441.

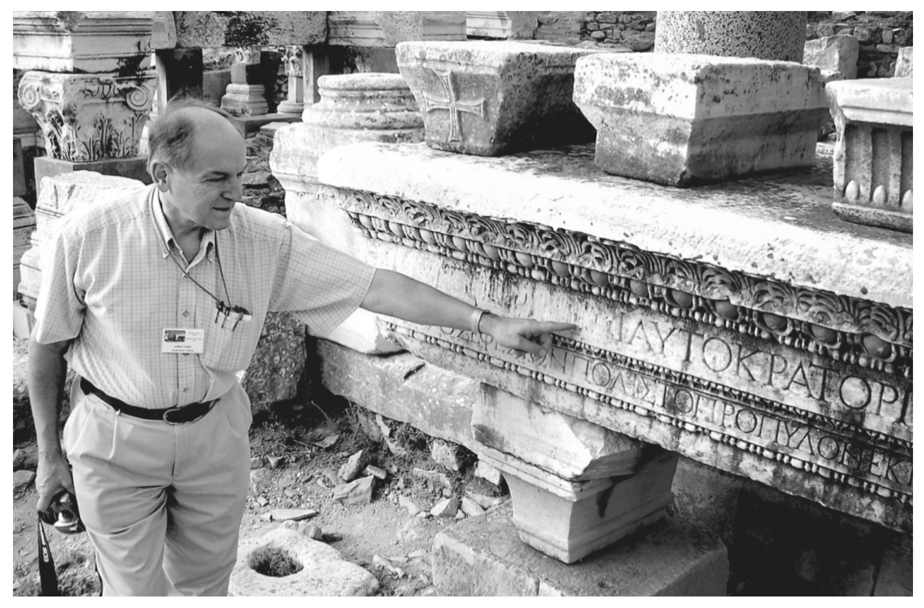


Fig. 8.5. Un visitante en las ruinas de la antigua Éfeso indica la palabra AYTOKPATOP («autócrata», con referencia al emperador) en esta inscripción. A la izquierda de su mano, el nombre ha sido borrado —se supone que un caso de *damnatio memoriae.*

guerra violenta de un Jesús exterminador es [...] difamar el cuerpo de Jesús y blasfemar el alma de Cristo —afirma—. Es Jesús, el León-Cordero muerto y resucitado, que abre el libro y desata sobre la tierra sus contenidos»[8].

Crossan lamenta que los seres humanos bien podemos acabar destruyendo nuestra propia especie. Añade: «¿Pero cómo nos atrevemos a afirmar que Dios mismo lo prepara y desea o que Jesús lo capitanea y ejecuta? A mí, como cristiano, me parece que ese es el crimen más singular contra la deidad, ese es el pecado contra el Espíritu Santo»[9].

Son palabras muy fuertes y muy lamentables. Es desafortunado que intérpretes tales como Hal Lindsey (*La agonía del gran planeta Tierra*) y Tim LaHaye (serie de novelas *Dejados atrás*) han promulgado una interpretación sádica y escapista del Apocalipsis. Pero no debemos confundir esa manera de retorcer el Apocalipsis con lo que Juan quiso decir. Incapaz o no dispuesto a considerar a fondo la yuxtaposición de gracia y juicio en el Apocalipsis, Crossan propone una dicotomía inexistente: La iglesia —dice— tiene que escoger entre el Jesús no violento de los evangelios, y el Jesús violento del Apocalipsis de

---

[8] John Dominic Crossan, *God and Empire: Jesus against Rome, Then and Now* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 2007), 224.

[9] *Ibíd.*, 227.

Juan[10]. Esta forma de verlo aparta a todos los efectos al Apocalipsis de la Biblia, una solución simplista e inaceptable.

Loren John concuerda que el Apocalipsis «bien podría entenderse como el libro más peligroso de la historia del cristianismo», por cómo ha sido empleado. Cita diversos movimientos milenarios y apocalípticos, como la secta Branch Davidian, de Waco, Texas, cuyos líderes citaban el Apocalipsis para conducir a sus seguidores a la catástrofe en 1993. Johns concluye, sin embargo, que «cuanto más detenidamente se estudia el simbolismo del libro a la luz de las personas reales del siglo I y lo que sucedía entonces, tanto más claramente fortalece este libro a sus lectores —tanto los de antaño como los de hoy—para adoptar una ética de testimonio fiel y no violento»[11].

Importa cómo utilizamos imágenes de violencia

En nuestro estudio del Apocalipsis han figurado prominentemente personas reales y cosas que sucedieron en el siglo I, para darnos una ventana por la que observar el mundo hostil y potencialmente violento que algunos creyentes de la época tenían enfrente. Pero aunque Juan de Patmos y su comunidad sufrían persecución, ¿no cabe esperar que vivieran por el mandamiento de Jesús: «Amad a vuestros enemigos» (Mt 5,44)?

Cómo es que interpretamos las imágenes de violencia en el Apocalipsis determinará si este libro de la Biblia resulta ser un recurso ético válido para la iglesia hoy. Los que se sirven del Apocalipsis para aprender cómo los cristianos han de conducirse, harían bien en considerar las siguientes perspectivas:

1. El Apocalipsis se sitúa en el contexto del culto; no es un manifiesto estratégico para derrocar un régimen de gobierno. Bien es cierto que el libro tiene todo tipo de aplicaciones para la conducta política, social y económica. Pero se centra fundamentalmente en el culto a Dios y al Cordero, no en el activismo político.
2. Una gran proporción del sufrimiento en el Apocalipsis lo padecen los seguidores del Cordero, no los seguidores de la bestia. Al mirar bajo el altar celeste, Juan ve «las almas de los que habían sido asesinados por causa de la palabra de Dios» (6,9 gr) y aprende que pronto otros serán añadidos a su número (6,11). Más adelante ve «las almas de los que

---

[10] *Ibíd.* 217.

[11] Loren L. Johns, *The Lamb Christology of the Apocalypse of John: An Investigation into Its Origin and Rhetorical Force*, WUNT (Tübingen: Mohr Siebeck, 2003), 187.

habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús y apego a la palabra de Dios» (20,4 gr).

3. El sufrimiento prolongado provocado por las plagas, junto con el testimonio perseverante de los mártires, tienen como efecto la salvación de muchas más personas. En el cielo, Juan ve adoradores, probablemente mártires, «los vencedores de la bestia, de su imagen y de su nombre cifrado» (15,2). En 15,3-4, entonan:

   Maravillas sin cuenta has realizado
   Señor Dios, dueño de todo;
   recto y fiel es tu proceder
   rey de las naciones.
   ¿Cómo no temerte, Señor?
   ¿Cómo no engrandecerte?
   Sólo tú eres santo.
   Todas las naciones
   vendrán a postrarse ante ti,
   porque tus designios de salvación
   se han hecho manifiestos.

   Juan aprende que todas las naciones vendrán y adorarán a Dios. Es una visión inmensa de salvación, y el testimonio fiel de los mártires es parte de lo que atrae a otros a la fe. Tertuliano dijo, famosamente, en su carta del siglo II a los gobernantes de Roma: «Cuanto más nos segáis, tanto más crecemos en número; la sangre de los cristianos es su simiente»[12].

4. Como el Apocalipsis es un libro de adoración, haríamos bien en quedarnos hasta que acabe el culto. Si bien es cierto que cada visión individual del libro tiene su mensaje, *una trayectoria teológica* da forma a la obra entera. El Apocalipsis atraviesa largos pasajes de sufrimiento y violencia pero *culmina en una visión de esperanza* (Ap 21-22). El mensaje teológico es que un Dios amante controla la historia y al final curará al mundo herido.

5. Si bien muchos de los cuadros del Apocalipsis son de violencia y venganza, *el consejo efectivo para la conducta de los cristianos es la no violencia*. Juan emplea reiteradamente la palabra «aguante» (*hypomonē*), que da a entender una resistencia no violenta sin pausa. Inmediatamente después de contrastar el culto al Cordero y el culto a la bestia, Juan dice: «Aquí está a la vista el aguante de los santos, los que se ciñen a los

---

[12] Tertuliano, *Apología* 50; en *ANF* 3:55.

mandamientos de Dios y a la fidelidad de Jesús» (14,12 gr). Loren Johns dice que el énfasis en el aguante (que él traduce como «resistencia») «deja claro un "No" a la posibilidad de que la humanidad por sí misma pueda conseguir la plenitud del reinado de Dios, y un "Sí" de confianza en el camino de Cristo, que resulta especialmente conmovedor en su testimonio fiel: el testimonio que lo llevó a morir en la cruz»[13]. Jesús dijo que su testimonio en la cruz sería bastante potente como para «[atraer] a todos hacia mí» (Jn 12,32). Dios también hace su obra de redención por medio del testimonio no violento y los padecimientos de los seguidores de Jesús, que vencen el mal cuando dan de comer al enemigo (Ro 12,17-21), conquistan a maridos patriarcales con una conducta reverente (1 P 3,1-2), y hasta derrotan al mismísimo Satanás (Ap 12,11).

6. Es imperativo *leer el Apocalipsis dentro del contexto de la Biblia entera* —pero especialmente a la luz del Nuevo Testamento entero—. En los evangelios vemos ejemplos múltiples donde Jesús demuestra compasión o perdón, hasta con soldados de las fuerzas romanas de ocupación[14]. ¡En Hechos 10 vemos a Pedro proclamar la buena nueva de Jesús a Cornelio, un centurión romano! Lucas es casi seguro que escribiese el relato sobre Cornelio después de que Pedro, Pablo y otros cristianos hayan muerto por la persecución de los romanos. No podemos dejar que la reacción *acalorada* de los santos frente al mal en el Apocalipsis sea la única guía para nuestras acciones cuando nos enfrentamos a las estructuras de pecado hoy.
7. *La metáfora suprema* o símbolo clave para la visión entera recibida en Patmos es la del *Cordero inmolado*[15]. Richard B. Hays escribe: «Una obra que sitúa al Cordero que fue inmolado al centro de sus alabanzas y adoración difícilmente puede usarse para justificar la violencia y la coerción»[16]. Los símbolos, especialmente cuando se emplean en rituales, pueden tener un efecto profundo en los participantes. Esto nos recuerda

---

[13] Johns, *Lamb Christology*, 187.

[14] Por ejemplo, Mt 8,5-13; Lc 23,32-34.

[15] Véase Ted Grimsrud, «Peace Theology and the Justice of God in the Book of Revelation», en *Essays on Peace Theology and Witness*, ed. Willard M. Swartley, Occasional Papers 12 (Elkhart, IN: Institute of Mennonite Studies, 1988), 154-78.

[16] Richard B. Hays, *The Moral Vision of the New Testament: Community, Cross, New Creation; A Contemporary Introduction to New Testament Ethics* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996), 175; citado en Willard M Swartley, *Covenant of Peace: The Missing Peace in New Testament Theology and Ethics* (Grand Rapids, Eerdmans, 2006), 330.



Fig. 8.6. Una escultura, en Afrodisias, muestra al emperador Claudio disponiéndose a acuchillar a Britania. [Foto por cortesía de New York University / Institute of Fine Arts Excavation at Aphordisias.]

la importancia de subrayar los símbolos correctos del Apocalipsis para nuestra enseñanza y culto hoy. El símbolo de la bestia en la predicación y la enseñanza puede abrir nuestros ojos a la maldad sistémica y estructural en nuestro mundo. A veces la injusticia o el sufrimiento pueden hacer que nos resulte apropiado emplear en nuestras oraciones los pasajes de rabia en el Apocalipsis. Pero siempre hemos de volver, tanto en el culto como en la obediencia, a la clave esencial que viene a ser el Cordero. El ejemplo y la enseñanza del Cordero tiene que gobernar las vidas de los creyentes. Entonces la rabia que traemos ante Dios y abandonamos ahí ante el trono de gracia, hallará su justo lugar.

El temor y la ira en el culto

Todo el mundo en la época de Juan sabía que el imperio podía ser implacable en la acumulación y la retención de su poder. Las ruinas de un templo imponente en Afrodisias, cerca de Laodicea, incluye una escultura (fig. 8.6) que retrata la conquista de Britania por el emperador Claudio (41-54 d.C.). El emperador desnudo se yergue triunfante, atrapando con su rodilla a la semidesnuda Britania contra el suelo, mientras la mujer parece estar rogando clemencia. Claudio la sujeta por los cabellos con una mano mientras la otra —que empuñaba una espada— está levantada para asestar el golpe mortal[17].

No importa si Juan haya llegado a ver la escultura de Claudio y Britania en la vecina Afrodisia; en cualquier caso conocía bien la crueldad imperial. Al vivir bajo emperadores siempre violentos y a veces dementes, Juan tenía motivos de sobra para la rabia y el miedo. El culto en circunstancias así puede ser una catarsis, un desahogo de la bilis que se acumula en el alma de los que sufren y reclaman justicia. Los lectores modernos del Apocalipsis

---

[17] R. R. R. Smith, «The Imperial Reliefs from the Sebasteion at Aphrodisias», *Journal of Roman Studies* 77 (1987): 89-98.

que viven vidas cómodas en democracias estables, son presuntuosos si desestiman la visión de Juan como indigna de cristianos.

Quizá lo que necesita la iglesia cristiana en Occidente hoy es un poco más de indignación, no menos. Tal vez necesitemos que el Apocalipsis nos sacuda de nuestro letargo, nos abra los ojos para ver la idolatría e injusticia que saturan la globalización y el imperio hoy día. Hay algo bestial, por ejemplo, operando en un mundo donde hay gente que muere de hambre o de enfermedades prevenibles mientras las naciones despilfarran miles de millones en armamento y en ocio. Jesús aseguró a los creyentes que reclaman una intervención divina: «¿No hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Creéis que los hará esperar? Os digo que les hará justicia en seguida» (Lc 18,7-8).

Para reflexión

1. ¿Cómo funciona en el mundo moderno el sistema internacional de poder imperial? ¿Qué imperios (políticos, militares o económicos) del presente o de un pasado reciente puedes nombrar? ¿Qué ideología o qué presuntos valores se ha esgrimido para justificar estos imperios?
2. ¿Se te ocurren situaciones recientes donde el pueblo ha podido celebrar el final de un gobernante opresor? ¿Cómo sucedió su caída del poder? ¿Los medios por los que se produjo su caída influyeron en la estabilidad a largo plazo del país?
3. ¿Qué preguntas o inquietudes tienes acerca de las escenas de violencia en el Apocalipsis? ¿En qué circunstancias —si es que acaso— emplearías imágenes o vocabulario violentos en el culto? ¿Recurrirías acaso a la violencia en un conflicto?

VIVIR LA VISIÓN

Arte y fe en las catacumbas romanas

Empezando en el siglo II d.C., los cristianos de Roma enterraron a sus muertos en túneles subterráneos en las afueras de la ciudad. Los creyentes decoraban con arte las tapas funerarias, los sarcófagos y las paredes (figs. 8.7; 8.8). El arte de las catacumbas data de uno o dos siglos después de que Juan estuviera en Patmos, pero reflejan una vida y temores parecidos a lo que

hallamos en el Apocalipsis. Abunda el tema de liberación, como el (casi) sacrificio de Isaac, los tres jóvenes en el horno de fuego, y Cristo curando a los enfermos. La historia de Jonás fue popular como ejemplo de liberación divina —de un monstruo marino que se parece más a una bestia o a un dragón del Apocalipsis, que a la simpática ballena blanca que figura en los libros para niños—. Los cristianos primitivos también recurrían a la historia de cómo Jonás escapó del vientre del gran pez, como símbolo de la resurrección de Jesús al cabo de tres días en la tumba (Mt 12,40).

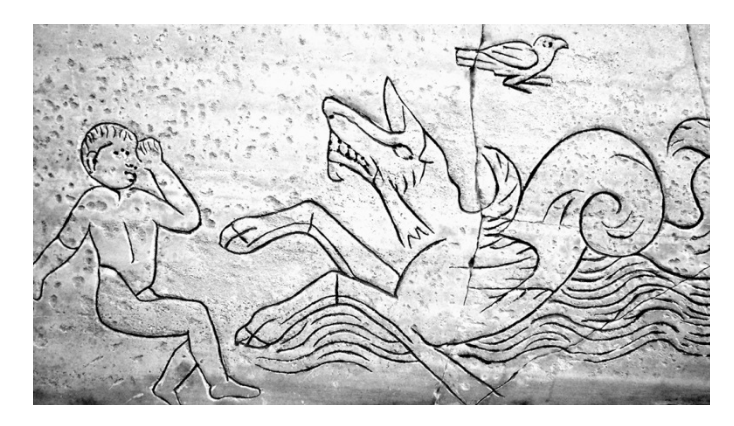


Fig. 8.7. Este dibujo grabado en la tapa de un sarcófago en las catacumbas cristianas de Roma, muestra el monstruo marino que arroja a Jonás a tierra firme.

Fig. 8.8. Un sarcófago cristiano del siglo IV retrata escenas de liberación: Abrahán cuando el ángel le impide sacrificar a Isaac; Jesús sana a un ciego; Jesús le dice a un paralítico que recoja su cama y ande.



9
Principios económicos del culto

Leer Apocalipsis 18,1-19,21

Después de esto, oí algo como la voz sonora de una gran muchedumbre que cantaba en el cielo:

—¡Aleluya!
Nuestro Dios es un Dios salvador,
fuerte y glorioso,
que juzga con justicia y con verdad.
Él ha condenado a la gran prostituta,
la que con su lujuria corrompía la tierra.
Ha vengado así en ella
la sangre de sus servidores.

Y el coro celestial repetía:

—¡Aleluya!
El humo de su hoguera
sigue subiendo por siempre.

Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes cayeron, entonces, rostro en tierra y, adorando a Dios, que está sentado en el trono, decían:

—¡Amén! ¡Aleluya!

Salió también del trono una voz que decía:

—Alabad a nuestro Dios
todos cuantos le servís y veneráis,
humildes y poderosos.

Oí luego algo parecido a la voz de una muchedumbre inmensa, al rumor de aguas caudalosas, al retumbar de truenos fragorosos. Proclamaban:

—¡Aleluya!
El Señor Dios nuestro, dueño de todo,
ha establecido su reinado.
Alegrémonos y gocémonos
y ensalcemos su grandeza,
porque ha llegado el momento
de las bodas del Cordero.
¡Está su esposa engalanada,
vestida de lino finísimo
y deslumbrante de blancura!

El lino que representa las buenas acciones de los consagrados a Dios.

En las ruinas de la antigua Éfeso, los arqueólogos han hallado el siguiente grafiti en lo que fue una casa elegante: «Roma, reina de todo, tu poder jamás acabará»[1]. Juan de Patmos dice que la ciudad se ha glorificado y vivido en lujo. Roma se ufanaba: «Ocupo un trono de reina; no soy viuda y jamás conoceré dolor» (18,7).

Juan detestaba esa autocomplacencia. Apocalipsis 18 es una endecha por la caída de «Babilonia», que es como Juan llama a la ciudad imperial que está por caer. En la mente de cualquier judío, ningún insulto podía ser más hiriente; recordaban que fue Babilonia la que destruyó Jerusalén y el templo de Salomón en el 586 a.C.

Babilonia/Roma se acabará

«¡Cayó, cayó Babilonia la Grande!» —ruge el ángel con voz potente (18,1-2). Roma perecerá por su arrogancia e idolatría. El Apocalipsis advierte a los cristianos que no tomen parte en los sistemas político, religioso y económico de un imperio que está por caer: «Sal de ella pueblo mío, / pues si te haces cómplice de sus pecados, / también te alcanzarán sus castigos» (18,4). La celebración está llena de sed de venganza:

Pagadle con su misma moneda,
y aun dadle el doble de su merecido:

[1] Hermann Wankel et al., eds., *Die Inschriften von Ephesos*, vol. 2 (Bonn: Habelt, 1980), no. 599.

en la copa de sus desenfrenos
verted doble amargura.
Cuanto se procuró de lujos y placeres,
dadle de tormentos y desdichas (18,6-7).

La suerte de Babilonia desencadena una celebración fabulosa en el cielo. *¡Aleluya!* (Alabemos al señor) se oye reiterar una y otra vez en una liturgia cósmica, conforme los innumerables santos y seres celestes se regocijan. ¡Se ha acabado un imperio opresor! A muchos nos pasa que cuando leemos de este triunfo sobre el mal, de parte del «Rey de reyes y Señor de señores» (19,16), nos resuenan en los oídos las alabanzas del «Aleluya» de Händel.

El monte de Tiestos da fe del apetito de Roma

Una visita a la escombrera de la antigua Roma nos confirma que la gran ciudad un día vivió lujosamente. Todavía es visible, cerca del río Tíber, un montón inmenso de tiestos de lo que fueron vasijas de arcilla cocida, conocido como *monte Testaccio* (monte de Tiestos; fig. 9.1). La colina contiene los pedazos de millones de ánforas, que eran contenedores pesados de terracota donde se transportaba el vino, aceite de oliva, salsas, y otros productos de alimentación traídos por barco a Roma. El montón de contenedores no reciclados cubre dos hectáreas y seguramente llegó a ser mucho más grande en la antigüedad.

La cerámica cerca de la superficie del monte Testaccio proviene de España y el norte de África en los siglos II y III d.C.; pero el núcleo del montón es por supuesto más antiguo. Cada ánfora contenía unos 32 kg o litros. Un observador dice que la colina «simboliza una "ciudad de consumo", que se traga el producto de su poderoso imperio en un comercio de sentido único, tirando descuidadamente los recipientes una vez que se han vaciado»[2].

Hasta el filósofo Séneca, consejero del emperador Nerón, se horrorizó del apetito de Roma. Llegó a preguntarse si es que la naturaleza había dado a los romanos estómagos tan insaciables que «superan a los animales más inmensos y voraces en su gula»[3]. Séneca maldijo a los «desgraciados cuyo lujo sobrepasa los

---

[2] Amanda Claridge, *Rome: An Oxford Archaeological Guide* (New York: Oxford University Press, 1998), 367.

[3] Séneca, *Cartas morales* 60.3; en Seneca, *Ad Lucilium epistulae morales*, vol. 1, trans. Richard M. Gummere, LCL 75 (1917-25; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1961), 423.

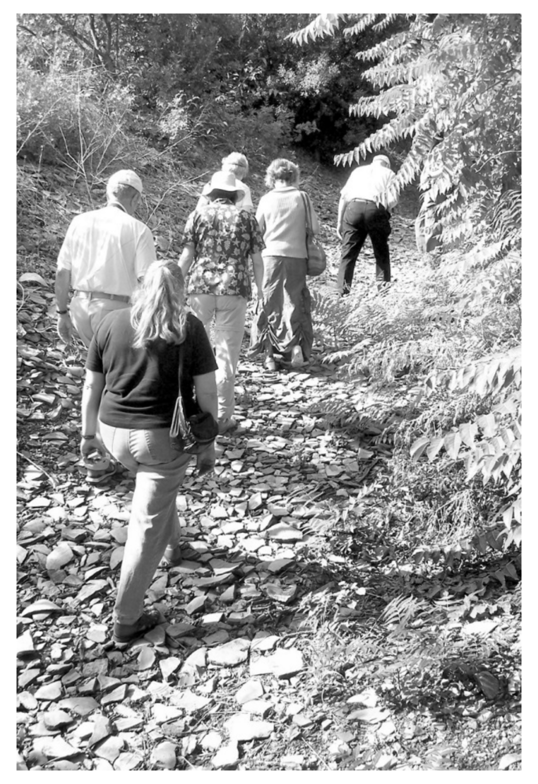


Fig. 9.1. Hasta el camino que asciende a la cima del monte de Tiestos está compuesto de millones de pedazos de ánforas despedazadas de la era imperial romana.

límites de un imperio que ya de por sí provoca demasiada envidia. […] ¿Por qué botáis vuestros navíos? —preguntó—. ¿Por qué amontonáis riquezas sobre riquezas?»[4]. Lamentó que «una exhibición demasiado suntuosa se hace del botín de naciones conquistadas»[5].

El Apocalipsis condena la codicia de Roma

Desde su punto de mira en Patmos, junto a una ruta marítima, Juan podía observar el flujo incesante de materia prima, artículos de lujo y víveres comestibles hacia Italia. Algún día, declara, con la caída de Roma, los mercados se evaporarán. Los comerciantes de la tierra llorarán y lamentarán porque «ya nadie les compra sus mercancías» (18,11). Con amarga precisión, Juan enumera primero los artículos de lujo en su listado de productos que llevan los barcos a Italia: «oro, plata, piedras preciosas y perlas; lino, púrpura, seda y escarlata; maderas aromáticas, objetos de marfil, de maderas preciosas, de bronce, de hierro y de mármol; canela, clavo, perfumes, mirra e incienso; vino y aceite; trigo y flor de harina; ovejas y ganado mayor; caballos y carros; esclavos y vidas humanas» (18,12-13).

Este listado de embarque revela las prioridades perversas del imperio: los alimentos esenciales y los seres humanos (esclavos) aparecen al final, como que

---

[4] Séneca, *Consolación a Helvia* 10.2-7; en Seneca, *Moral Essays*, vol. 2 trans. John W. Basore, LCL 254 (1928-35; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1958), 449-51.

[5] Séneca, *Cartas morales* 87.41; en Gummere, *Epistulae morales, 2:347.*

carecen de importancia. Ante el colapso del sistema económico opresivo, los importadores y los armadores suspiran:

¡Desgraciada de ti, la gran ciudad,
que en otro tiempo te vestías
de lino, púrpura y grana,
y te adornabas con oro,
piedras preciosas y perlas!
¡Un instante ha bastado
para arrasar tanta riqueza! […]
¡Desgraciada de ti, la gran ciudad,
fuente de riqueza para cuantos
surcaban los mares con sus barcos!
¡Un instante ha bastado
para convertirte en ruinas! (18,16-19)

Se invita a los apóstoles y profetas de Dios a celebrar la caída de la ciudad codiciosa (18,20). Un ángel poderoso cataloga las artes, la industria y la sociedad humana que perecerá con Roma: le música del arpa, la flauta y la trompeta; la



Fig. 9.2. Ninguna estructura representó tan vivamente los excesos y la crueldad de Roma como el Coliseo, el anfiteatro enorme empezado por el emperador Vespasiano en el 70 d.C. y terminado en el 80 d.C. Una inscripción antigua donde la entrada principal pone: «El emperador Vespasiano ordenó erigir este anfiteatro nuevo con su porción, como general, del botín…» La referencia probable es a la Guerra Judía (66-70 d.C.), e indica que los cautivos judíos ayudaron a levantar este anfiteatro donde murieron incontables gladiadores, prisioneros y animales. [Véase Amanda Claridge, *Rome: An Oxford Archaeological Guide* (Oxford: Oxford University Press, 1998), 278.]



Fig. 9.3. Un *sestercio* acuñado por Tito en 80-81 d.C. hizo que el Coliseo fuese un icono reconocido por la gente a lo ancho del mundo romano. [Foro por cortesía de Harlan J. Berk, Ltd.]

creatividad de los artesanos; la producción de alimentos en molinos; y la celebración de bodas (18,21-23). Con una acusación que todo lo abarca, el ángel declara que Roma «estás manchada con la sangre de profetas y de consagrados a Dios, con la sangre de todos los que han sido asesinados en la tierra» (18,24). Aquí vemos que el clamor de justicia en el Apocalipsis no es solamente por el padecimiento de los cristianos. Juan se sitúa en solidaridad con todas las víctimas de la opresión imperial —incluso, seguramente, los miles que morían en el Coliseo (figs. 9.2; 9.3)—.

La endecha de Apocalipsis 18 capta —por un breve instante— la tensión que siente cualquier persona pensante cuando critica una gran sociedad. La perversidad no suele aparecer en estado puro; está entremezclada con el bien. Hasta el régimen de Hitler promovió el arte y la industria y la creatividad —además de una maldad espantosa—. El reto para los cristianos que viven en medio del imperio hoy día es reconocer las bondades de la sociedad a nuestro alrededor, sin enamorarnos tanto de ellas que no nos damos cuenta cuando nuestro país se comporta como una bestia.

Comerciantes encamados con una prostituta

Los reyes de la tierra «fornicaron» con Roma, y «a costa de su lujo desmedido se enriquecieron los traficantes del mundo» (18,3). Los profetas Ezequiel y Oseas empleaban la figura de infidelidad sexual como símbolo de una comunión espiritual ilícita (Ez 16,15-22; Os 1,2-3). Así también, Juan describe la relación entre Roma y los importadores como fornicación, una colaboración corrupta entre los poderes políticos y los magnates del negocio. Algunos elementos de idolatría, seguramente el culto al emperador, habían penetrado la economía imperial hasta tal punto que la transacción de cualquier negocio ya de por sí contaminaba a los que participaban en él.

Sabemos por diferentes fuentes de la antigüedad, que las personas que viajaban y comerciaban a escala internacional solían venerar al emperador sencillamente porque se beneficiaban de la seguridad que prestaba Roma. «César nos ha obtenido una profunda paz» —escribió el filósofo Epicteto

durante el reinado de Domiciano (81-96 d.C.)—. Ya no hay ni guerras ni batallas, ni grandes robos ni piratería; sino que podemos viajar a todas horas, y navegar de oriente a occidente»[6]. Así también Estrabón, geógrafo romano del siglo I, expresó su gratitud por «la presente paz, porque toda piratería ha sido destrozada y por consiguiente, los marineros se sienten enteramente seguros»[7].

Suetonio, un autor de la antigüedad, informa del siguiente incidente que sucedió en Pozzuoli, un puerto de Roma, hacia el año 14 d.C.:

> Según pasaba [César Augusto] navegando por el golfo de Pozzuoli, sucedió que desde un navío alejandrino que acababa de llegar, los pasajeros y la tripulación, ataviados de blanco, coronados con guirnaldas y quemando incienso, lo agasajaron con deseos de buenaventura y las más exaltadas alabanzas, diciendo que es gracias a él que vivían, gracias a él que navegaban por los mares, y gracias a él que gozaban de libertad y de fortuna[8].

Los símbolos de culto en este relato —vestimenta blanca, coronas, incienso—figuran prominentemente también en el Apocalipsis. La recitación de los beneficios atribuidos a César —libertad para los negocios marítimos, riquezas, hasta la propia vida— es un indicador de alabanzas parecido a lo que los cristianos elevan a Dios y al Cordero en su culto (4,11; 5,9-10).

El clientelismo hacía de argamasa del imperio

Una inmensa pirámide de relaciones de poder, conocida como sistema de clientelismo, vinculaba a cada persona en el Imperio Romano, desde el emperador hasta el último de los esclavos (fig. 9.4). Juan observa que el culto (al emperador) —que tiene dimensiones económicas, sociales y políticas— hacía de argamasa que mantenía unida la estructura entera.

---

[6] Epicteto, *Discursos* 3.13.9; en Epictetus, *The Discourses as Reported by Arrian, The Manual, and Fragments*, vol. 2 trans. W. A. Oldfather, LCL 218 (1926-28; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1969), 91.

[7] Estrabón, *Geografía* 3.2.5; en *The Geography of Strabo*, vol. 2, trans. Horace Leonard Jones, LCL 50 (1923; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988), 31. Véase también el orgullo de Augusto por haber puesto fin a la piratería, en *Res gestae divi Augusti* 25; en Napthali Lewis and Meyer Reinhold, eds., *Roman Civilizatio: Sourcebok 2, The Empire* (New York: Harper & Row, 1966), 17.

[8] Suetonio, *Augusto* 98; en *Suetonius,* vol. 1, trans and ed. J. C. Rolfe, LCL (1913-14; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960), 277.

Los *patronos* en la sociedad de la antigüedad, eran personas con poder político o económico que prestaban *beneficios* —como protección, préstamos, empleo— a sus *clientes*, que eran de menor rango. Los clientes, a cambio, prestaban diversos servicios, lealtad, y alabanzas públicas, en gratitud a su patrono. A no ser que se encontraran en el último peldaño de la pirámide de poder, muchos clientes hacían a la vez de patronos para personas menos poderosas que ellos. Cuando los patronos acaudalados donaban fondos para obras públicas, o cuando prestaban un servicio público al asumir un cargo municipal sin paga, esta ofrenda se denominaba *liturgia*.(del gr., *leitourgia*)[9].

Estas liturgias tenían el efecto doble de beneficiar a la comunidad local y honrar al emperador. Vemos un fenómeno paralelo en la iglesia primitiva, salvo que los cristianos realizaban estas liturgias (actos de generosidad o de servicio) en honor a Dios. Cuando Pablo exhorta a los creyentes en Corinto a contribuir generosamente a una ofrenda para la iglesia empobrecida en Jerusalén, dice: «Porque prestar este servicio [*leitourgia*] no solamente es suplir las necesidades de los santos, sino que provoca mayores expresiones de gratitud a Dios» (2 Co 9,12 gr). El comentario de Pablo ilustra que importa en cuál sistema de clientelismo funciona uno; los cristianos deberían ser parte de un sistema que provoca alabanzas a Dios.

Los romanos dependían de su vasto sistema de clientelismo, que provocaba alabanzas al César, para mantener unido el imperio. Roma parecía gobernar el mundo de la antigüedad con un éxito tan notable porque aportaba beneficios concretos a sus colaboradores y era capaz de generar gratitud entre las gentes que gobernaba. A los estados clientes, Roma prestaba privilegios comerciales, carreteras nuevas, acueductos, asistencia económica para hacer frente a desastres, y otros privilegios. Muchos de estos beneficio en realidad venían financiados por las élites locales que se alineaban con la ideología imperial.

El historiador romano Suetonio dice que César Augusto unió en su persona «a reyes con los que se alió por vínculos mutuos, y estaba preparado para favorecer matrimonios y otras muestras de amistad entre ellos. Nunca dejó de tratarlos con toda consideración como partes integrales del Imperio, [...] y crió a los hijos de muchos de ellos, dándoles educación junto con los suyos»[10]. César Augusto hizo de patrono para clientes muy poderosos (como Herodes el Grande) en naciones conquistadas, un ejemplo que seguirían otros emperadores posteriores.

---

[9] Peter Garnsey and Richard Saller, *The Roman Empire: Economy, Society, and Culture* (Berkeley: University of California Press, 1987), 33-34.

[10] Suetonio, *Augusto* 48; en Rolfe, *Suetonius*, 1:203.

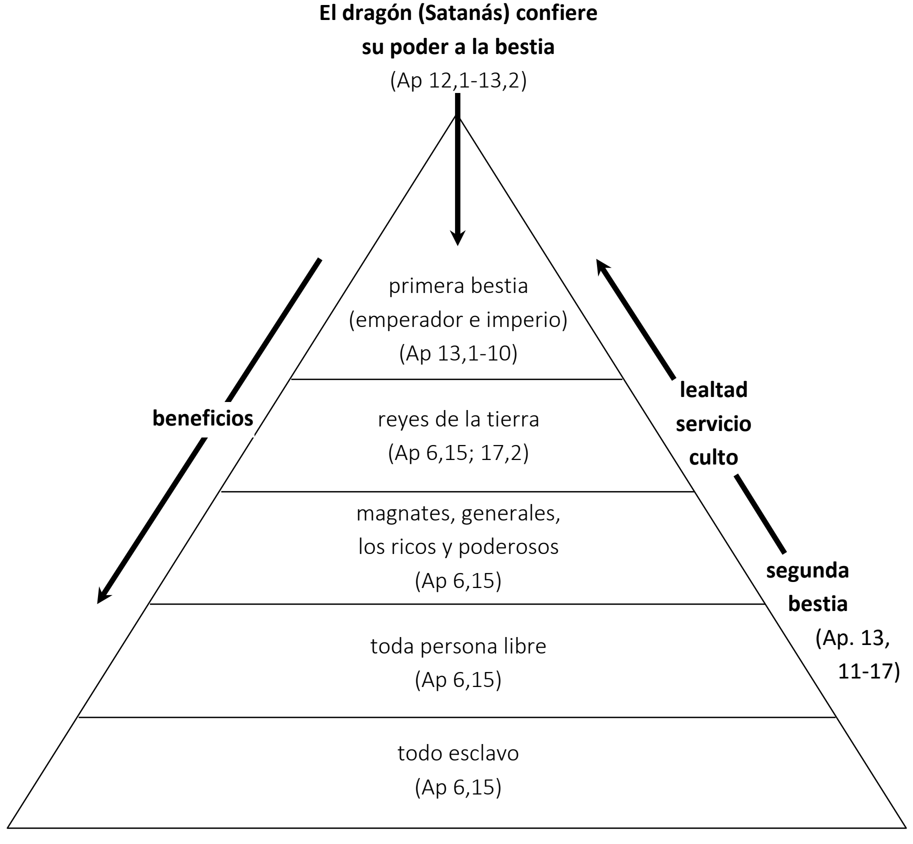


Fig. 8.5. Este diagrama muestra cómo veía Juan de Patmos el sistema de clientelismo del Imperio Romano, un orden que tacha de fornicación. Los patronos suplían de beneficios a sus inferiores clientes, los clientes respondían a sus superiores con lealtad y servicio. El culto al emperador, orquestado por la segunda bestia (el sacerdocio de ese culto), era el indicador esencial de participar en el sistema entero. El Apocalipsis condena como blasfemo el intercambio de beneficios por culto del sistema de clientelismo romano. Brinda un sistema alternativo de clientelismo basado en lealtad a Dios y al Cordero.

Los beneficios del sistema se cobran un precio

El flujo constante de beneficios para los clientes en el sistema piramidal de patronazgo se cobraba un precio. Los clientes generalmente eran incapaces de devolver con la misma moneda pero se esperaba de ellos que brindaran indicadores de lealtad, servicio y alabanza de sus patronos. En las ciudades romanas no era raro que los clientes se reunieran cada mañana donde la casa de su patrono, para saludar al patrono cuando salía para sus actividades del día. Aplaudían enérgicamente cuando el patrono pronunciaba un discurso público.

Los arqueólogos han hallado miles de inscripciones talladas en piedra, donde los clientes expresan públicamente su gratitud a sus patronos. Séneca, filósofo romano del siglo I, tutor y consejero de Nerón, escribió un libro acerca del sistema de clientelismo. Los clientes —dijo— «han de estar dispuestos a ir al exilio, o a verter su propia sangre, o a sufrir pobreza» por sus patronos[11]. Resulta una ironía que Séneca se suicidó cuando cayó sobre él la sospecha de haber participado en un complot para asesinar a su patrono, Nerón[12].

Los clientes de Roma —especialmente los funcionarios de gobierno y los sacerdotes que hacían funcionar a lo ancho del imperio las instituciones del culto al emperador— constituyen la segunda bestia de la visión de Juan (13,11-17). Es difícil identificar con precisión esta entidad porque incluye un sistema complejo de templos, altares, inscripciones, coros, ceremonias y otras formas de expresar lealtad al emperador y al imperio. La segunda bestia conseguía «que todos los habitantes de la tierra adorasen a aquella primera bestia» (13,12), al promover el culto al emperador a todos los niveles de la sociedad. Juan conoce bien la estratificación de las clases sociales en el mundo romano. Nombra expresamente las clases de personas que funcionan en los cuatro peldaños inferiores de la pirámide de poder, de la que la bestia —el emperador o el imperio— es la cima. En orden descendente, los cuatro peldaños subyugados son (1) los reyes de la tierra; (2) los nobles y generales, los ricos y poderosos; (3) toda persona libre; y (4) todo esclavo (6,15; fig. 9.4).

En una de las escenas más provocadoras de esta visión, Juan ve a la primera bestia, que representa al emperador o al imperio, recibir su poder de Satanás (13,2-4). Persuadido de que Roma gobierna ilegítimamente por mandato del demonio, Juan no quiere tener nada que ver con el sistema imperial —y especialmente con ninguna forma de culto al emperador—.

El culto al emperador se infiltra en el comercio internacional

Evitar el culto al emperador era difícil, por cuanto la religión se infiltraba en todos los sectores de la sociedad en la antigüedad, y también en la economía. Los puertos y las sedes de los gremios del siglo I estaban llenos de templos a distintos dioses, entre ellos el emperador. En el siglo I, Cesarea Marítima, el puerto más importante del Mediterráneo para Palestina, contaba con un templo de culto al emperador construido por Herodes el Grande para que fuera el primer edificio con que se encontraran los marineros al llegar (figs. 9.5; 8.2).

---

[11] Séneca, *Cartas marales* 81.27; en Gummere, *Epistuale marales*, 2:237.

[12] Tácito, *Anales* 15.60-64.

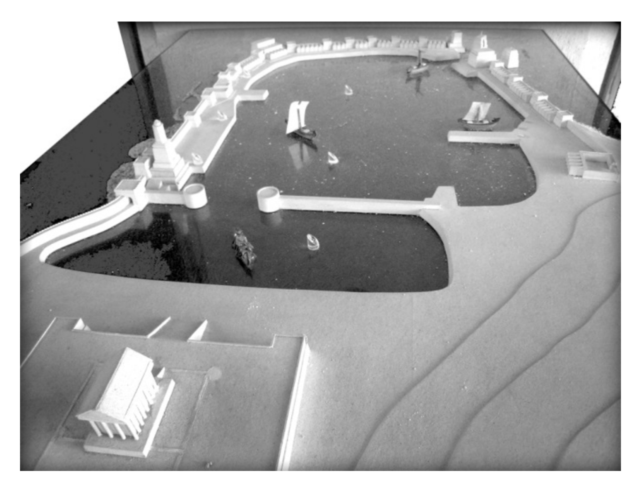


Fig 9.5. Esta maqueta de lo que fue el puerto construido por Herodes el Grande en Cesarea Marítima, muestra cómo el templo a César (abajo, izquierda) era el primer edificio que verían los viajantes por mar al llegar a Judea. La entrada al puerto está arriba, a la derecha.

Entre las ruinas de Ostia, un puerto de la antigua Roma en la desembocadura del río Tíber, sigue en pie hasta hoy un gran edificio para los sacerdotes del culto al emperador. Esta estructura ilustra el papel que tenía el culto al emperador para alinear los negocios internacionales con la ideología imperial.

Roma necesitaba miles de importadores que colaboraran para mantener su estilo de vida. Para mantener apaciguada una población inquieta, el gobierno distribuía regularmente cereal a 200.000 personas en la capital imperial[13]. El cereal de más allá de la península de Italia venía en embarcaciones de propiedad privada, por cuanto el gobierno de Roma no disponía de una flota mercante propia en la era del Nuevo Testamento. Pablo fue llevado a Roma en una embarcación de cereal procedente de Adramitio, un puerto de Asia Menor al norte de Pérgamo (Hch 27,2.38). Completó su viaje en otro mercante procedente de Alejandría, que probablemente también llevaba cereal (28,11).

Había muchos navíos así en el siglo I, y el gobierno romano daba incentivos económicos a los armadores para que se atrevieran con la peligrosa travesía marítima a Italia. El naufragio era tan corriente que Pablo lo padeció por lo menos cuatro veces (Hch 27,39-44; 2 Co 11,25). Los mercantes que traían cereal a Italia estaban cubiertos por un seguro de parte del emperador, además de disfrutar de ventajas fiscales. Tenían garantizado un precio mínimo para su cargamento y es posible que obtuvieran ciudadanía romana a cambio de prestar este servicio[14].

---

[13] Al menos, esto es lo que alegó César Augusto. Véase *Res gestae* 15.

[14] Para profundizar véase mi libro *Imperial Cult and Commerce in John's Apocalypse*, JSNTSup 132 (Cheffield: Sheffield Academic Press, 1996), 117-21.

Así es cómo se desarrolló una relación mutuamente benéfica entre Roma y los exportadores desde las provincias. Aunque una parte importante del cargamento con destino a Italia era de cereales, los comerciantes también transportaban numerosos otros productos en embarcaciones donde cabían hasta 400 toneladas de cargamento —algunos, hasta 2.000 toneladas[15]—. Las importaciones a Roma incluían cosas como seda y condimentos orientales, mármol de Asia Menor y marfil de Zanzíbar.

El poder del sacerdocio imperial en el comercio

Por la familiaridad que se le supone a Juan con la ciudad portuaria de Éfeso y con el comercio internacional en general, entendía bien cómo los rituales paganos de culto al emperador figuraban continuamente en la economía del imperio. Una moneda acuñada por Nerón (fig. 9.6) muestra una de las formas que las personas particulares como Juan, aprendían acerca del entramado de comercio y culto en Italia. La moneda presenta el puerto nuevo de Roma en Ostia. A la cabeza de la escena, en la entrada al puerto desde el mar, hay una estatua colosal del dios Neptuno (o bien del emperador posando como Neptuno). Varios navíos mercantes con velas desplegadas, así como navíos militares con remos en ristra, se desplazan por el puerto. Una personificación del río Tíber se reclina al pie de la moneda, con su mano sobre el timón de un barco. Un templo, tal vez de culto al emperador, aparece arriba a la izquierda, al final de una fila de almacenes construidos sobre un malecón. Este tipo de moneda demostraba a todo el mundo que los barcos que se dirigían a Roma atracaban en un puerto saturado de culto al emperador y a los dioses.

En Ostia, los arqueólogos han hallado evidencia de casi cuarenta gremios, y probablemente había más. Las sedes de los gremios tenían típicamente un lugar de culto, además del salón para sus reuniones y banquetes. Hay inscripciones en Ostia que indican que los que presidían los gremios en el siglo I solían figurar en el sacerdocio del culto al emperador. Los presidentes del gremio de constructores navales y del gremio de importación de vino venían de las filas de los *augustales*. Los armadores financiaron una inscripción pública en honor a un tal Fausto, «sacerdote del divino Tito» y «patrono del Gremio de Supervisores de Naves de Alta Mar»[16]. El culto al emperador estaba tan metido en el

---

[15] Fisk Meijer and Onno van Nijf, *Trade, Transport, and Society in the Ancient World: A Sourcebook* (London: Routledge, 1992), 152.

[16] *CIL* 14.4142.

comercio del mundo romano, que era difícil comprar ni vender nada sin la marca de la bestia (13,17).

Monedas con la marca de la bestia

Muchas monedas romanas del siglo I llevaban texto como: «Emperador César Domiciano Augusto, hijo del divino Vespasiano, Pontífice máximo». Las monedas de Nerón y de Domiciano a veces mostraban al emperador con una corona con picos o rayos, indicadora de divinidad. Los rebeldes judíos conocidos como *celotes* por su alegato de obediencia radical a Dios, se negaban a llevar —ni aún mirar— esas monedas. Cuando irrumpió la Guerra Judía en el 66 d.C., el flamante gobierno judío independiente acuñó monedas que no representaban a ningún ser humano (fig. 9.7).

Ignacio de Antioquía, un líder de la iglesia en el siglo II que murió mártir en Roma, aludió a la influencia de los símbolos cuando se refirió a las monedas como metáfora de lealtad espiritual: «Así como hay dos monedas, la de Dios y la de este mundo, cada una acuñada con su impronta, así también los incrédulos llevan la impronta de este mundo, mientras que los creyentes la impronta de Dios en amor por virtud de Jesucristo; y a no ser que escojamos morir por virtud suya en su pasión, su vida tampoco está en nosotros»[17].

Es probable que tanto Juan como Ignacio conocieran la respuesta que dio Jesús cuando le preguntaron sobre el pago de los impuestos a Roma (Mt 22,17-21). Como judío radical que era, Jesús no llevaba encima dinero romano. Pero cuando pregunta si alguien no tendrá acaso una moneda, uno de sus críticos



Fig 9.6. El reverso de este *sestercio* acuñado durante el reinado de Nerón, trae una imagen detallada del puerto de Roma en Ostia. Arriba al centro hay una estatua gigantesca de Neptuno (o bien del emperador representado como divino). Abajo está tumbado el dios río Tíber. [© The Trustees of the British Museum.]

[17] Ignacio, *A los magnesios* 5.2; en *The Apostolic Fathers*, vol. 1 trans. Kirsopp Lake, LCL 24 (1912-13; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1985), 201.

queda en evidencia al sacar un *denario*[18]. Jesús pregunta de quién es la imagen (*eikōn*) y de quién es el título escrito, obligando así a sus oponentes judíos a reconocer que tenían en su posesión dinero con afirmaciones blasfemas. Entonces Jesús responde a la pregunta sobre el pago de impuestos: «Pues dad al emperador lo que es del emperador, y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21). En otras palabras, dejad que el emperador se lleve esas monedas que llevan su icono. Mientras que los seres humanos, hechos a imagen (*eikōn*) de su Creador, pertenecen enteramente a Dios.

Cuestiones de adoración en acción

La celebración ante la caída de Babilonia/Roma resuena a lo largo de Apocalipsis 19, y «el humo de su hoguera sigue subiendo por siempre» (Ap 19,3). Hallamos aquí indicadores de culto, como los gritos de «¡Aleluya!» cuando los ancianos y los seres vivientes caen postrados ante Dios en gratitud. Se prepara el banquete de la boda del Cordero, la unión de Cristo el novio con la iglesia su novia (véase 2 Co 11,2; Ef 5,25-33).

En medio de tanta conmoción, Juan comete el error de postrarse a los pies de un ángel en una reverencia. Dando a entender que sólo Dios merece adoración, el ángel reprende a Juan: «¿Qué haces? […] ¡A Dios debes adorar!» (Ap 19,19). Juan repite la equivocación al final de su visión y vuelve a recibir una regañina (22,8). En un mundo donde la mayoría de la gente se postraba automáticamente ante sus superiores políticos, hasta Juan necesita que le recuerden que solamente ha de adorar al trino Dios.

En el Apocalipsis, el culto abarca la vida entera, lo cual se viene a simbolizar con el ritual de postrarse a tierra de cuerpo entero. La palabra que emplea Juan reiteradamente para adoración es *proskyneō*, que viene a significar postrarse hasta el suelo. Juan emplea el término *proskyneō* diez veces como indicador de culto a Dios y/o al Cordero[19]; lo emplea once veces para referirse al dragón, a la bestia, o a una imagen de la bestia[20].

---

[18] El emperador Tiberio (14-37 d.C.) fue hijo adoptivo de César Augusto, al cual el senado romano declaró divino al morir en el año 14 d.C.. Tiberio solía incluir el texto *DIVI AUG F* («Hijo del divino Augusto») en las monedas que acuñó (fig. 9.8).

[19] Ap 4,10; 5,14; 7,11; 11,1.16; 14,7; 15,4; 19,4.10b; 22,9.

[20] Ap 9,20; 13.4 (dos veces); 13.8.12.15; 14,9.11; 16,2; 19,20; 20,4. Juan emplea el término *proskyneō* tres veces en referencia a postrarse ante otras entidades (3,9; 19,10a; 22,8).

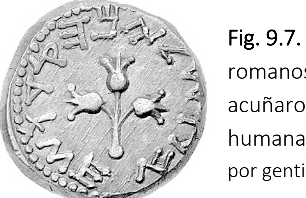



Fig. 9.7. Los rebeldes que echaron a los romanos de Palestina con la Guerra Judía, acuñaron sus propias monedas sin efigie humana, como este *siclo* de 67-68 d.C. [Foto por gentileza de Zuzim Judaea.]



Fig. 9.8. La moneda que figuró en la conversación de Jesús con los fariseos acerca de pagar impuestos (Mt 22,15-22) seguramente fue este *denario.* En ese caso, la cabeza a la que refería Jesús era la del emperador Tiberio, y el título que ponía en la moneda era DIVI AUG F («hijo del divino Augusto»). [Foto por gentileza de Harlan J. Berk, Ltd.]

La adoración en Apocalipsis 19 sucede entre la caída de Babilonia/Roma (Ap 17-18) y la aparición de la nueva Jerusalén (Ap 21-22). ¿Se postrarán entonces los lectores de Juan ante Babilonia o en dirección a la nueva Jerusalén? Hay aquí algo más que solamente una predisposición mental o espiritual. La bestia, en cualquier caso, no se dará por satisfecha con que las gentes de la tierra solamente afirmen intelectualmente su supremacía; los mortales también han de presentar indicadores de fidelidad. Siguen a la bestia, hacen imágenes de ella, compran y venden con su símbolo, llevan encima la marca de ella (13,11-17).

Asimismo, los que reverencian a Dios y al Cordero manifiestan sus propios indicadores de lealtad en maneras nuevas de vivir, según se refleja en la liturgia en conexión con la celebración de la boda del Cordero. La novia —la iglesia— está «vestida de lino finísimo y deslumbrante de blancura», un traje de novia que es «las buenas acciones de los consagrados a Dios» (19,8). No se trata de «justificación por las obras», sino de algo que ha sido *concedido a* la iglesia como gracia del poder de Dios para revestirse de vida consagrada (véase 6,11). El culto tiene que ver con todo el ser —mente, espíritu y acciones—. Los que mueren «en el Señor» son dichosos, según dice una voz del cielo, «por cuanto sus buenas obras los acompañan» (14,13).

Cuando llegue el día de juicio final, los mortales se encontrarán ante Dios para ser «juzgados conforme a las acciones que tenían consignadas en los libros» (20,12). Las obras no salvan a los mortales, ni tampoco las creencias ni los sentimientos; es Dios y el Cordero el que salva. Pero el Apocalipsis demuestra que las obras son indicadores de qué es lo que los hombres y las mujeres adoran. Juan de Patmos habría estado de acuerdo con la carta de Santiago: «Así es la fe: si no produce obras, está muerta en su raíz» (Stg 2,17).

La transición histórica al reinado de Dios

El culto, el ritual y las metáforas se suceden rápidamente conforme la historia emprende una transición completa desde el reinado de la bestia, al reinado de Dios. Los cielos se abren y aparece un corcel blanco de victoria (Ap 19,11-16). Reconocemos en el jinete a Jesús porque «una espada afilada sale de su boca» (19,15; véase 1,16). Su nombre es «La Palabra de Dios» (véase Jn 1,1), y su manto está empapado de sangre —tal vez la suya propia, vertida en el Gólgota—. La espada afilada con que derrotará a las naciones es la Palabra de Dios (véase Heb 4,12). Así como Dios habló un día para efectuar la creación a partir del caos (Gn 1,3), así también Jesús habla ahora para restaurar la creación.

El bien y el mal vienen siendo imágenes de espejo, invertidas, a lo largo del Apocalipsis; de manera que no sorprende que ahora encontremos dos banquetes del fin de los tiempos: el de la boda del Cordero (19,9) y la comilona donde lo que hay en el menú es la carne de reyes, generales, caballos, jinetes, y todo aquel que sigue a la bestia (19,17-18). Este festín espantoso parece una burla de los banquetes celebrados en la corte imperial, en los salones de los gremios y en encuentros entre políticos a lo ancho del imperio.

Aquel gran día de Dios Todopoderoso, se desarrolla una batalla culminante en un lugar que Juan llama «Harmaguedón» o «Armagedón» (16,16). En hebreo ese nombre significa «monte Meguido» y probablemente se refiere a la colina junto al Valle de Jezreel, donde antiguamente se erigía la ciudad de Meguido (fig. 9.9). Por su situación estratégica, que domina un valle donde se cruzaban carreteras importantes, en Meguido se pelearon batallas de importancia singular en el mundo de la antigüedad[21].

Meguido se encuentra a la sombra del monte Carmelo, la montaña donde Elías un día humilló a los profetas de Baal antes de mandarlos ejecutar (1 R 18). Ahora las fuerzas de idolatría y violencia del mundo entero convergen aquí mismo para una batalla, parece ser que contra Dios. Más que batalla, es una derrota tan completa y tan rápida del mal, que Juan sencillamente informa que:

> *Cayó prisionera la bestia, y con ella el falso profeta (el que había hecho esas señales en su presencia que engañaron a los que recibieron la impronta de la bestia y adoraban su imagen). Ambos fueron arrojados al lago de fuego que arde con*

[21] En Meguido, por ejemplo, Josías, rey de Judá, fue herido de muerte en una batalla en el año 609 a.C., cuando intervino en el conflicto entre los imperios de Asiria, Babilonia y Egipto (2 R 23,29-30; 2 Cr 35,20-24).



Fig. 9.9. Las ruinas de la antigua Meguido están en la cima de una colina. Apocalipsis 16,16 la llama «Armagedón» (monte Meguido). A la distancia se ve el ancho valle de Jezreel, donde el Apocalipsis dice que sucederá una batalla escatológica.

azufre. Y los demás fueron muertos por la espada que sale de la boca del jinete, y todas las aves se hartaron de la carne de ellos (Ap 19,20-21 gr).

El falso profeta está estrechamente relacionado con la segunda bestia (13,11-17), la que hizo que las gentes del mundo entero adorasen a la bestia imperial. El falso profeta y la segunda bestia personifican la rebeldía contra Dios; y los dos son echados sin contemplaciones al lago de fuego. Son sistemas corruptos y estructuras corruptas, entidades que no tienen por qué despertar nuestras simpatías. Mucho más trágica resulta la pérdida de vida humana en este pasaje: reyes, generales, valientes guerreros, libres y esclavos, humildes y poderosos (19,18).

En una parodia macabra de banquete, las aves se hartan de carne humana en descomposición (19,21). Hay que tomar nota de la naturaleza simbólica de este pasaje: los que mueren caen por obra de una espada que sale de la boca del jinete. Es la espada de la Palabra de Dios —no un arma de acero—. El jinete *habla* y pone fin así a los que, a pesar de las muchas advertencias y plagas, porfiaban en seguir a la bestia. Así como Dios había advertido reiteradamente a Faraón con diez plagas para que cambiara de parecer, los seguidores de la bestia han recibido advertencias abundantes a lo largo de tres ciclos de siete desastres. Los que perecen van a haber insistido porfiadamente en preferir adorar a la bestia y no a Dios.

Va a haber que servir a alguien

El Apocalipsis se centra en el mal estructural —en este caso, una inmensa y retorcida red de comercio y política caracterizada por avaricia, violencia y una ideología blasfema—. El propósito de Juan, al enfatizar el pecado sistémico, es exhortar a los individuos y a las congregaciones a no dejarse seducir por un sistema corrupto.

Los humanos no son en ningún caso autónomos, no somos dioses. El cantautor americano Bob Dylan cantó, famosamente, *You're gonna have to serve somebody* (Va a haber que servir a alguien), bien sea al diablo o al Señor[22]. El Apocalipsis revela las realidades espirituales de un mundo romano del siglo I, donde muchas personas acabaron sirviendo y adorando un imperio con estructuras políticas y económicas depravadas.

Así el Apocalipsis nos recuerda que lo que hacemos con nuestro dinero habla a gritos; y Dios está escuchando. Como seguidores de Jesús, no podemos separar limpiamente nuestras vidas en sus partes espiritual, económica y vocacional, porque el culto atañe a la totalidad de la vida. Aunque los cristianos participaremos inevitablemente en las instituciones políticas y económicas de nuestro mundo, lo haremos partiendo de unos valores del reinado de Dios, valores de justicia y sanidad. Es menester adorar a Dios y al Cordero habitualmente, porque esos otros dioses están en todas partes y son seductores.

Para reflexión

1. ¿Cuáles son los montes de Tiestos de nuestra economía moderna? ¿Qué evidencias de un consumismo desbocado dejarán nuestras sociedades modernas para que las observen las generaciones del futuro? ¿Hasta qué punto giran las estructuras «imperiales» de nuestro día en torno a objetivos económicos?
2. ¿Cómo describiríamos la pirámide de clientelismo que opera hoy día? ¿Quién está en la cima? ¿Quién está en el último peldaño? ¿Con qué rituales indicamos que encajamos en el sistema? ¿Tiene la religión —o alguna otra ideología que todo lo abarca— algún papel en el mantenimiento de esta pirámide?
3. ¿Qué indicadores de lealtad «imperial» podemos observar hoy —en tratados de comercio, alianzas políticas, o en esos centros donde las élites del mundo reciben su formación—? ¿Cuáles de estos tildaría de

[22] Bob Dylan, *Slow Train Coming*, disco LP, Columbia Records/CBS Inc., 1979.

«fornicación» Juan de Patmos? ¿Con qué indicadores o acciones expresamos lealtad al reinado de Dios?

VIVIR LA VISIÓN

Receta para una comunidad saludable en Indiana (EEUU)

—Estados Unidos no tiene un sistema de atención médica —afirma el Dr. James Nelson Gingerich—. Tenemos una industria médica que produce ese mínimo de atención médica como para mantener la ilusión de que su razón de existir es la salud y no la producción de beneficios económicos.

No es, seguramente, una opinión que uno esperaría oír de alguien que ha estudiado en una facultad prestigiosa de medicina. Gingerich reconoce que muchos médicos atienden bien a la gente. Pero como le dice uno de sus amigos médicos: «La mayoría, lo único que pretendemos es que nuestros pacientes estén bastante contentos como para pagar a tiempo sus facturas». A Gingerich le apasiona la idea de construir una comunidad saludable que incluya a aquellos que el sistema de atención médica no atiende.

En 1988, Gingerich y otros visionarios de su comunidad, fundaron *Maple City Health Care Center* (Centro de Atención Médica Maple City) en un barrio económicamente marginado y de diversidad racial, en la ciudad de Goshen, Indiana. Hubo voluntarios que ayudaron a convertir un antiguo parque de bomberos en un centro que brinda atención accesible y económica. Gingerich aprendió español, compró una casa cerca de ahí, y trabaja por un salario parecido al de un profesor de escuela pública.

La industria médica es una especie de seudorreligión que jura lealtad al lucro y no al bien común, según Gingerich. «Los doctores en sus batas blancas son sacerdotes que gozan de conocimientos especializados y a puerta cerrada ministran a pacientes vulnerables. La publicidad genera fe en medicamentos costosos que prometen juventud, vigor y una vida libre de dolores». El Maple Center Health Center, al contrario, ofrece un entorno donde unos vecinos —proveedores, pacientes, personal de gestión y junta directiva— colaboran para mejorar el bienestar tanto de individuos como de la comunidad en general.

El centro provee una gama amplia de servicios, que incluyen la atención primaria completa, un programa de asistencia para adquirir medicamentos, y grupos de apoyo para personas con condiciones crónicas. La atención prenatal incluye reuniones de mujeres embarazadas de diferentes trasfondos

culturales, que aportan su experiencia al círculo. La junta directiva del centro conversa en español e inglés y sin distinciones socioeconómicas, para imaginar formas de fomentar el bien del barrio. Los miembros de la junta se reúnen en torno a la mesa para comer juntos mientras toman decisiones, conversando también sobre sus familias de origen y sus experiencias como inmigrantes o bien como residentes desde siempre. Cada uno aporta su conocimiento de las escuelas, los negocios, la policía y otras realidades locales.

La visión que da forma al centro está arraigada en el ejemplo de Jesús, que aguijoneó a los poderosos y confraternizó con los humildes. Se trataba de que judíos y gentiles, ricos y pobres, experimentaran la hospitalidad mutua, dice Gingerich. Aquí las puertas están abiertas para las personas que están dispuestas a traer sus recursos y también sus necesidades, para contribuir a crear una comunidad saludable.[23]

[23] James Gingerich, entrevistado por el autor, 29 de abril, 2008, Goshen, Indiana (EEUU).

10

Cartas a siete iglesias

Leer Apocalipsis 2,1-3,22

Escribe al ángel de la iglesia de Pérgamo: Esto dice el que tiene la espada cortante de dos filos:

—Ya sé que resides donde se ha hecho fuete Satanás. A pesar de todo, te mantienes fiel a mí y no has abandonado la fe ni siquiera cuando ahí, en esa guarida de Satanás, visteis morir a mi fiel testigo Antipas. Pero tengo algunas quejas contra ti: y es que toleras ahí a los que siguen las enseñanzas de Balaán, el que aconsejó a Balac que indujese a los israelitas a comer de lo ofrecido a los ídolos y a entregarse a la lujuria. Igualmente, toleras a quienes se aferran a las enseñanzas de los nicolaítas. Cambia, pues, de conducta, porque, si no, iré pronto a ti y entraré en combate contra esos con la espada que sale de mi boca.

Quien tenga oídos, preste atención a lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré a comer del maná escondido, y le daré también una piedra blanca en la que hay escrito un nombre nuevo, que sólo quien lo reciba podrá descifrar (2,12-17).

Después de explorar cómo aborda Juan los grandes temas de imperio y lealtad, disponemos ahora de un contexto amplio en el que entender las cuestiones locales que afrontaban las siete iglesias a las que habla Cristo en Apocalipsis 2 y 3. Hay un mensaje específico cortado a medida para cada iglesia, aunque parecería ser que todas las iglesias acabarían leyendo todas las cartas.

Cada carta empieza con la frase «Escribe al ángel de la iglesia de [ciudad]…» La palabra *ángel* significa «mensajero» o «emisario», y en el Apocalipsis los únicos que reciben ese título son seres sobrenaturales. Puede que el destinatario

mencionado al principio de cada carta sea el ángel de la guarda para la congregación en cuestión. Así como el arcángel Miguel es el protector de la nación judía (Dan 12,1), un delegado divino cuida de cada uno de estos grupos de creyentes.

La visión no admite duda de que es Jesús el que está hablando a las siete iglesias. Juan acaba de ver una visión de Cristo en pie entre siete candelabros, que simbolizan las siete iglesias (Ap 1,12-20). Ahora un fragmento diferente de esa visión figura en el prólogo a cada una de las siete cartas. La carta para Éfeso, por ejemplo, empieza así: «Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha» (2,1). Esto viene a recoger un detalle de la visión anterior de Cristo (1,16).

Cristo conoce las dificultades de cada iglesia

Las siete cartas vienen a mostrar cómo Cristo, desde su posición exaltada, presta atención a las luchas, fracaso y virtudes particulares de cada congregación. Los seguidores de Jesús en Éfeso han tenido que encararse con falsos profetas (2,2.6), mientras que los de Esmirna experimentan tensiones con la comunidad judía (2,9). Un creyente llamado Antipas ha padecido el martirio en Pérgamo (2,13), y una mujer llamada Jezabel está engatusando a la iglesia en Tiatira (2,20). Al contrario que la iglesia muerta de Sardes (3,1), los cristianos en Filadelfia se han ceñido a la palabra de Cristo (3,8). El cristiano típico en Laodicea puede que goce de bienes materiales, pero espiritualmente es «miserable, pordiosero y ciego y […] está desnudo» (3,17).

Las iglesias cristianas seguramente llevaban ya medio siglo en Asia Menor para cuando Juan escribió su visión. Pablo había pasado más de dos años en Éfeso (Hch 19,1-10), aunque no fue el primero en traer ahí el evangelio. Igual que en otras partes del mundo antiguo, el cristianismo surgió en medio de comunidades judías de largo arraigo, o en proximidad a ellas. Esta realidad se prestaba a que surgieran conflictos, conforme los judíos mesiánicos y los no mesiánicos empezaban a distanciarse en sus convicciones, y porque la fe cristiana atraía también un número creciente de gentiles. Como Asia Menor es precisamente la región donde el culto al emperador primero arraigó, los creyentes no tardaron en hallarse en dificultades políticas y sociales derivadas de su culto exclusivo a Dios y al Cordero.

Además de las siete ciudades con iglesias cristianas que figuran en el Apocalipsis, las cartas de Pablo mencionan congregaciones en Colosas y en Hierápolis (Col 1,2; 4,13). Por las cartas a las siete iglesias en el Apocalipsis y



Fig. 10..1. Una inscripción en esta tumba de finales del siglo I, del mercader Lavio Zeuxis, en Hierápolis, pone que «realizó setenta y dos viajes allende el Cabo Malea en dirección a Italia». El Cabo Malea es una península en el extremo sur del Peloponeso, en Grecia.

por otras fuentes antiguas, se conoce el siguiente cuadro de las circunstancias en que vivían los creyentes en Asia Menor al final del siglo I:

1. *Los cristianos en Asia Menor pueden ahorrarse problemas si se amoldan a la sociedad a su alrededor.* La mayoría del tiempo, en los primeros siglos, los cristianos no fueron perseguidos. Las autoridades provinciales acometían una persecución de vez en cuando, pero la mayoría de los creyentes sufrían más del desprestigio social que por hostigamiento oficial. El Apocalipsis al fin solamente menciona una única persona de las siete iglesias que padeciera el martirio, Antipas, en Párgamo (2,13). Lo principal en la mayoría de las cartas es otra cosa que ninguna persecución de parte del gobierno.
2. *Hay un alto grado de tensión entre algunos cristianos y algunos judíos.* En dos ocasiones hay mención en las cartas a la sinagoga de Satanás (2,9; 3,9). Esta frase durísima puede indicar que Juan cree que las congregaciones judías locales están colaborando con Roma y por consiguiente se han aliado con Satanás. En Esmirna existen «calumnias de quienes presumen de judíos» sin serlo, que puede ser por qué Cristo les dice a los creyentes: «El diablo va a poner a prueba a algunos de vosotros metiéndolos en la cárcel» (2,9-10). Asimismo, en Filadelfia hay quienes son «de la sinagoga de Satanás, […] esos que se precian de judíos pero mienten, porque no lo son» (3,9). Parecería que existen controversias amargas acerca de quién viene a ser un judío auténtico: por una parte están los que se ciñen a la ley tradicional de Moisés; y por otra, aquellos —entre ellos algunos gentiles— que aceptan a Jesús como el Mesías. Ese tipo de desacuerdo en el seno de la comunidad judía respecto al alegato mesiánico sobre Jesús ya había creado problemas en Roma medio siglo antes. Suetonio informa que el emperador Claudio, hacia el 49 d.C., expulsó a los judíos de Roma



Fig. 10..2. Estas ruinas de la antigua Sardes datan del siglo IV d.C., pero ilustran el encuentro entre el monoteísmo, el comercio, y la cultura pagana, que ya provocó la inquietud de Juan de Patmos en el siglo I. En el primer plano tenemos unos talleres y tiendas a lo largo de la calle. Al fondo, el gimnasio grecorromano (reconstruido), que trae inscripciones de culto al emperador. Hacia el centro de la foto, justo al otro lado del muro que la cruza, se conservan los cimientos de una sinagoga. Una gran mesa de piedra en la sinagoga, que no se ve aquí, luce águilas romanas en cada extremo.

porque «sostienen disturbios constantes por instigación de un tal *Chrestus* [¿Christos/Cristo?][1].

3. *Algunos cristianos en Asia Menor tienen negocios con Roma.* Sabemos por algunas fuentes, que Asia Menor comerciaba activamente con Roma. En Hierápolis (Col 4,13), cerca de Laodicea, los arqueólogos han reconstruido la tumba del exportador Flavius Zeuxis, del siglo I (fig. 10.1). Una inscripción en el dintel de la puerta indica que viajó setenta y dos veces a Italia. No hay evidencias de que este empresario fuera cristiano, pero sabemos de otros dedicados a los negocios internacionales que sí lo fueron. Según Hechos, la primera creyente en el continente europeo fue una empresaria llamada Lidia, que «procedía de Tiatira y se dedicaba al negocio de la púrpura» (Hch 16,14). Pablo, Priscila y Aquila realizaron viajes internacionales entre agentes comerciales mientras atendían a sus propios negocios. En el siglo II, un comerciante cristiano

---

[1] Suetonio, *Claudio* 25; en *Suetonius*, vol. 2 trans. and ed. J. C. Rolfe, LCL 38 (1913-14; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960), 53. Probablemente se trate del mismo episodio al que se refiere Hch 18,2.



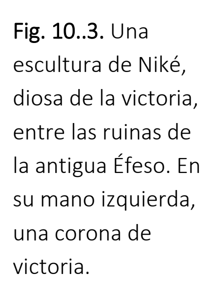


Fig. 10..3. Una escultura de Niké, diosa de la victoria, entre las ruinas de la antigua Éfeso. En su mano izquierda, una corona de victoria.

del norte de Asia Menor, llamado Marción, se afincó en Roma; llegó a Roma en su propia nave[2]. Juan de Patmos, en medio de una endecha sobre políticos y comerciantes que han «fornicado» con Babilonia/Roma, oye alzarse una voz que dice: «Salid de ella, pueblo mío, no sea que participéis en sus pecados» (Ap 18,4 gr).

4. *Aunque algunas congregaciones son pobres y carecen de poder, otras son ricas y se han acomodado.* Solamente dos de las congregaciones, la de Esmirna y la de Filadelfia, se libran de una reprimenda de parte de Cristo. Esmirna padece pobreza (2,9) y Filadelfia es débil (3,8). Como hemos visto, para competir en el mundo comercial y político del siglo I, los empresarios seguramente llegaron a convencerse de que era inevitable participar en el culto al emperador o en algún otro ritual pagano. Cabe suponer que los creyentes de Esmirna y Filadelfia se han negado rotundamente a esto y por consiguiente, sufren ahora económica y políticamente. La iglesia de Laodicea, al contrario, dice: «Soy rico, estoy forrado de dinero y nada necesito». Ese contentamiento ha hecho que los cristianos en Laodicea resulten tibios —una expresión muy conocida en una región donde el agua caliente, de fuentes termales, llegaba por tuberías desde demasiado lejos—. Cristo le dice a la congregación: «¿No sabes que eres miserable y pordiosero y ciego y que estás desnudo?» (3,17).
5. *Hay falsos maestros en las iglesias, que fomentan el sincretismo y animan a los creyentes a participar en la sociedad pagana.* En Pérgamo, Cristo indica que hay «los que siguen las enseñanzas de Balaán, el que aconsejó a Balac que indujese a los israelitas a comer de lo ofrecido a los ídolos» (Ap 2,14). El

---

[2] Eusebio, *Historia eclesiástica* 5.13.3; Tertuliano, *Prescripciones contra todas las herejías* 30.1. Este es el mismo Marción que a la postre la iglesia condenó por herejía.



Fig. 10..4. El reverso de este *denario* de Nerón, de 64-65 d.C., muestra la diosa Roma con una imagen de Victoria (Niké) en la mano derecha. [Con permiso de Classical Numismatic Group, Inc., www.cngcoins.com.]

profeta Balaán había incitado en su día a las mujeres madianitas a seducir a los israelitas a participar en el culto a Baal (Nm 31,16; 25,1-3).

En Tiatira, una profetisa que Cristo tacha de «Jezabel» está «seduciendo con sus enseñanzas a mis servidores, incitándolos a vivir en la lujuria y a comer de lo ofrecido a los ídolos» (Ap 2,20). Jezabel de Fenicia, esposa del malvado rey Ajab, fue una promotora ferviente del culto a Baal en Israel (1 R 16,31-33). Tanto Balaán como Jezabel eran infieles a su «pareja» espiritual, por cuanto mezclaban el culto pagano y adorar a Yahvé. Las referencias a Balaán y a Jezabel en el Apocalipsis son satíricas, por cuanto ningún maestro cristiano ni judío habría aceptado ni asumido el nombre de esos sinvergüenzas del antiguo Testamento. Pero Cristo dice que los que predican el acomodo a los valores paganos romanos, tienen esa identidad. Los nicolaítas (Ap 2,6.15), maestros de los que no sabemos casi nada, también puede que procuraran amalgamar la fe cristiana con otras religiones. Un entorno como el que han hallado arqueólogos en Sardes (fig. 10.2) puede ser el contexto donde algunos miembros de las siete iglesias promovían el acomodo a la sociedad pagana.

6. *Se aproxima una persecución generalizada* o, al menos, es eso lo que cree Juan. «No te acobardes ante los sufrimientos que te esperan —le dice Cristo a la iglesia en Éfeso—. Tú permanece fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de vida» (2,10). A la iglesia en Filadelfia, el Señor le dice: «Yo te ampararé de la hora de prueba que está por llegar a todo el mundo para poner a prueba a todos los habitantes de la tierra» (3,10 gr). Cada una de las cartas exhorta a los creyentes a vencer, que en el Apocalipsis viene a significar permanecer fieles a Jesús a pesar de la persecución y el martirio. La conquista era uno de los tópicos que explotaba la propaganda romana; los símbolos e iconos de Niké, diosa de la victoria, eran muy comunes (figs. 10.3-4). El convencimiento de Juan de que los cristianos necesitarían sobreponerse en breve a una persecución generalizada, bien puede haber sido uno de los factores que lo prepararon para su visión.

La fe y la fidelidad son inseparables

La estrategia medular del apocalipsis para fortalecer a la iglesia en Asia Menor, es que los creyentes se acerquen a Cristo mediante la adoración. En la visión de Juan, Jesús les dice a los creyentes en Éfeso: «Has dejado de lado tu primer amor» (2,4 gr). No está claro si el comentario viene a referirse al amor a Cristo o al amor entre los miembros de la iglesia. Un amor evidente es, en cualquier caso, un indicador de fidelidad. Jesús dice: «Mira, estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré con él y cenaré con él y él conmigo» (3,20 gr). Esta manera de expresarse alude a una cena de amigos queridos, tal vez sea una referencia a la eucaristía. Jesús invita a una cena con los que se relacionan entre sí con amor.

Jesús está presente en las iglesia para transformarlas con el amor de Dios. Seis veces en las cartas, utiliza la palabra *arrepentirse* (*metanoeō*), un verbo griego compuesto de términos que indican cambiar de parecer. Como ya hemos observado, detrás del texto griego del Apocalipsis hay formas hebreas de pensar y expresarse; y la palabra hebrea para *arrepentirse* (*shuv*) significa, literalmente, «regresar». Lo que creen los mortales importa, pero el énfasis en la visión de Juan recae en la conducta. A los creyentes en Éfeso les dice «Vuelve a portarte como al principio» (2,5). Cristo le dice a la iglesia en Sardes: «¿No recuerdas aquella tu disposición para escuchar y recibir? Pues mantenla y, si es preciso, cambia de conducta» (3,3). Más adelante en la visión, cuando van cayendo plagas sobre la tierra, Juan se expresa sorprendido de que los que las padecen «se negaron a cambiar de conducta. Siguieron adorando a los demonios [y] a los ídolos» (9,20; véase 16,11).

El Apocalipsis concuerda con el resto de la Escritura al insistir que la fe (lo que creemos) es inseparable de la fidelidad (acciones coherentes con lo que profesamos)[3]. Las primeras palabras que pronuncia Jesús a la iglesia en Tiatira son: «Conozco tus obras y tu amor y fe y servicio y saber aguantar» (2,19 gr). Por cuanto en la visión de Juan lo primero que observa Jesús es la conducta, tal vez deberíamos nosotros poner también la ortopraxis («actuaciones correctas») al mismo nivel que la ortodoxia («creencias correctas»).

---

[3] Las palabras para decir «fe», tanto en el hebreo del Antiguo Testamento (*ĕmûnâ*) como en el griego del Nuevo Testamento (*pístis*), comunican la noción de una combinación de fe y fidelidad.

Los primeros cristianos discrepan sobre cómo actuar en el mundo

El Apocalipsis se halla espiritualmente polarizado, con una fuerte tendencia a distribuir a todas las personas y entidades entre las categorías de luz y oscuridad, bien y mal, verdad y falsedad. En medio de este universo polarizado, Dios sigue siendo soberano. Sin embargo hay partes importantes del orden creado que se han rebelado; la ideología romana y las estructuras imperiales están tan corrompidas que los seguidores de Jesús tienen que abandonar cualquier relación con ellas.

Son pocas las pistas de lo que pudo promover «Jezabel» en Tiatira, aunque sabemos que con su doctrina «enseña y seduce a mis siervos a fornicar y comer sacrificios a los dioses» (2,20 gr). Como «fornicación», en el vocabulario de Juan, significa involucrarse ilegítimamente en la sociedad pagana, podemos adivinar que Jezabel estaba enseñando alguna estrategia por la que los cristianos pudieran sobrevivir económica o políticamente prestándose a ciertas prácticas paganas.

No es creíble que los cristianos que se disponían a comer alimentos sacrificados a los ídolos lo hicieran por puro descuido espiritual. Al contrario, participar en cenas que incluían el culto a los dioses o al emperador, bien pudo haber sido requisito obligatorio para pertenecer a gremios de comercio y a asociaciones políticas. Hay evidencias arqueológicas abundantes que muestran que los gremios de comercio estaban presentes en la ciudad comercial de Tiatira y en otras ciudades del Nuevo Testamento. Era típico de los gremios celebrar cenas ceremoniales, donde se estrechaban esas relaciones que conducían a tratos comerciales.

En lugar de ser una idólatra a porfía, tal vez Jezabel lo único que pretendía era una buena dosis de realismo. Puede haber insistido que si querían sobrevivir económica y socialmente, los seguidores de Cristo no tenían más remedio que participar en los gremios y demás asociaciones, donde las ceremonias paganas eran parte inevitable de los negocios. Juan consideró que esa clase de pragmatismo resultaba ser un indicador de lealtad a la bestia.

Pablo aconseja una participación cautelosa en la sociedad pagana

Otras partes del Nuevo Testamento indican que los creyentes tenían opiniones diferentes acerca de la forma apropiada de participar los cristianos en la sociedad pagana. En sus cartas a la iglesia en Corinto, Pablo reconoce que

algunos creyentes ahí presumen de conocimiento especial, que les permite comer alimentos presentados ante ídolos. Al comentar esta cuestión, Pablo cita algunas frases empleadas por esas personas:

> *En cuanto a alimentarse de lo presentado a los dioses, sabemos que: «Los ídolos no son nada en el universo» Y: «No hay más Dios que uno solo». Por consiguiente, aunque hay lo que se llama dioses tanto en el cielo como en la tierra, como que hay muchos dioses y muchos señores, sin embargo, en cuanto a nosotros, Dios es uno solo, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros existimos para él; y Señor hay uno solo, Jesucristo, por quien existen todas las cosas, y nosotros gracias a él* (1 Co 8,4-6 gr).

Pablo al principio parece decir que los cristianos pueden interactuar con la sociedad pagana sin escrúpulos, por cuanto saben bien que los otros dioses ni siquiera existen. Pero de inmediato procede a decir que la libertad que nos otorga esta idea puede venir a constituir un obstáculo para la fe de los que son débiles —seguramente una referencia a los creyentes gentiles, que al aceptar a Cristo acaban de abandonar la manera pagana de entender el mundo—:

> *Pero no todos tienen este conocimiento. Algunos, acostumbrados a la idolatría hasta hace muy poco, comen pensando que es carne sacrificada a los ídolos, y su conciencia, que está poco formada, incurre en culpa. No será un alimento lo que nos haga estar más cerca de Dios; nada perderemos por dejar de comer, ni ganaremos nada por comer. Eso sí, procurad que esta libertad vuestra no se convierta en ocasión de caída para los poco formados.*
>
> *Porque vamos a suponer que alguien te ve a ti, que tienes la conciencia bien formada, tomando parte en un banquete en el que se sirve carne sacrificada a los ídolos. Su conciencia poco formada ¿no se dejará llevar de tu ejemplo y comerá de esa carne?* (1 Co 8,7-10; véase también Ro 14.)

Pablo no rechaza toda participación de los cristianos en situaciones sociales donde pueda haber una conexión *indirecta* con ritos paganos. Promueve una política de no preguntar, por ejemplo, cuando a los creyentes les ponen delante alimentos que tal vez antes hubieran sido presentados en un ritual pagano (1 Co 10,27-30). Pero condena sin matices cualquier tipo de participación de los cristianos en los propios rituales y ceremonias paganas, advirtiendo a los cristianos de Corinto: «Salid corriendo del culto a los ídolos […] No quiero que vengáis a estar asociados con los demonios. No es admisible beber la copa del Señor y también la copa de demonios» (10,14.20-21). El apóstol brinda así una guía cuidadosamente razonada para que los cristianos puedan participar

cautelosamente en el mundo romano y hasta llega a expresar un reconocimiento, con reservas, del gobierno romano:

> *Todos deben acatar a la autoridad que preside, pues toda autoridad procede de Dios y las autoridades que existen han sido establecidas por él. Por tanto, los que se oponen a la autoridad se rebelan contra lo que Dios ha dispuesto y recibirán su merecido.*
>
> *Los gobernantes, en efecto, no están para intimidar a los buenos, sino a los malos. ¿Aspiras a no tener miedo de la autoridad? Pues pórtate bien, y sólo elogios recibirás de ella, ya que está al servicio de Dios para hacer el bien. Pero, si te portas mal, teme lo peor, pues no en vano está dotada de poderes eficaces al servicio de Dios para castigar severamente a los que hacen el mal. Es preciso, por tanto, que acatéis la autoridad, y no sólo por miedo al castigo, sino como un deber de conciencia. Dígase lo mismo de los impuestos que pagáis; quienes os los exigen son como representantes de Dios, dedicados precisamente a este cometido.* (Ro 13,1-6)

La manera que Pablo aborda la cuestión del culto a ídolos, así como su actitud respecto al gobierno romano, habrían sido censuradas como inadecuadas por Juan de Patmos. El Apocalipsis condena incondicionalmente el Imperio Romano y cualquier tipo de contaminación por sus ritos paganos.

Pablo y Juan vivieron en contextos diferentes

Podemos entender el contraste entre las cartas de Pablo y la visión de Juan, si situamos a los autores cronológicamente en la política del siglo I. Pablo realizó la mayor parte de su ministerio antes de que el emperador Nerón desarrollara su megalomanía terminal, antes de que se volviera contra la iglesia en el año 64 d.C.

Juan, que escribió hacia el 96 d.C., sabía que el gobierno romano fue responsable de las muertes de Pablo, Pedro y otros creyentes en Roma. Juan sabía del horror de la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C.; bien es posible que él mismo se encontrase entre los refugiados de esa conflagración. Los desmanes morales de los emperadores Nerón (54-68 d.C.) y Domiciano (81-96 d.C.) eran de común conocimiento en todo el mundo. Esos abusos seguramente tuvieron mucho que ver con la opinión tan sombría que tenía Juan de la sociedad imperial romana.

Leer las cartas de Pablo y el Apocalipsis de Juan en el marco de sus respectivos momentos en la historia, nos ayuda a descubrir cómo aplicar estas Escrituras hoy día. Los gobiernos que conocemos en nuestros tiempos ¿se

comportan más como «siervos de Dios» (Ro 13,4) o como bestias que «[profieren] bravatas y blasfemias» (Ap 13,5)? ¿Podría darse el caso de que cierta parte de un gobierno o sociedad esté ejecutando la voluntad de Dios, mientras otra parte esté comportándose como una bestia? En ese caso, ¿deberían los seguidores de Jesucristo aceptar la autoridad del gobierno en un aspecto de la sociedad, sin dejar de rechazarlo en otro?

En cualquier caso, los cristianos que procuran ser fieles hoy día han de inspirarse en la Escritura entera. Para determinar cómo interactuar con el gobierno y la sociedad, no podemos recurrir a un texto pretexto en Romanos, ni tampoco en el Apocalipsis ni ninguna otra parte de la Biblia, para dar a ese pasaje una aplicación universal. Tenemos que estudiar las cuestiones que atañen a la fidelidad cristiana desde una diversidad de puntos de mira bíblicos; dialogando como pueblo de Dios, hemos de oír lo que el Espíritu está diciendo a las iglesias hoy.

Un día habrá que rendir cuentas

Al final de cada una de las siete cartas en Apocalipsis 2 y 3, Cristo pronuncia palabras de invitación y de advertencia, que indican un día futuro de rendir cuentas: «Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida» (2,7); «… le daré poder sobre las naciones» (2,26); o «… lo pondré de columna en el Templo de mi Dios» (3,12).

En la visión de Juan, «vencer» significa resistir consecuentemente las amenazas y seducciones del imperio, para permanecer leales al Cordero aunque cueste la vida. Las escenas de juicio en Apocalipsis 20 muestran la vindicación final de los que triunfan juntamente con el Cordero. El capítulo abre con un ángel que encierra a Satanás por mil años, un número simbólico que probablemente haya que entender sencillamente como un tiempo muy largo. Por fin el principal causante de los males ya no podrá engatusar a las naciones (20,3), y hay un gran acto de poner las cosas patas arriba: los mártires en el cielo que un día fueron sentenciados por tribunales romanos, se sientan ahora en tronos con autoridad para juzgar. Un requisito para esta función es que «no habían adorado a la bestia ni a su imagen y no llevaban tatuada en la frente ni en las manos la marca de la bestia» (20,4).

Este pasaje está recargado de simbolismo; no se le debe atribuir un sentido literal. Basándose en 1 Tesalonicenses 4,13-18, los intérpretes premilenialistas alegan que Cristo volverá para llevarse a los santos al cielo antes de su reinado de mil años. Esto no sería más que especulación inofensiva, si no fuese que el premilenialismo incluye a veces la noción de que la enseñanza bíblica acerca del

reinado de Dios —por ejemplo lo que hallamos en el Sermón del Monte— solamente tendrá vigencia en algún punto indeterminado del futuro y no ya en el presente. Si esto fuera cierto, los seguidores del Cordero hoy día no necesitarían amar a los enemigos ni en ningún otro sentido vivir conforme a las enseñanzas difíciles de Jesús. No haría falta trabajar para curar y dar esperanza a un mundo quebrantado, si creyésemos que Dios no tardará en arrebatarnos de un planeta cuya destrucción es segura.

Lo que quiere decir Apocalipsis 20 es sencillamente que el mal un día sufrirá una derrota absoluta, y que los seguidores del Cordero recibirán honor. Durante mil años Satanás se quedará despojado de poder, encerrado y sellado en un abismo. Entonces, cuando Dios así lo disponga, Satanás saldrá de permiso, en libertad condicional. Entonces hará un intento último y desesperado de provocar daños mundiales, espoleando a los ejércitos de muchas naciones para que intimiden al pueblo de Dios (20,9). Y por fin, en un golpe definitivo de justicia divina, caerá fuego desde el cielo para destruir a los ejércitos que se hayan aliado con el mal. Al lago de fuego y azufre irán a parar Satanás y la bestia y el falso profeta (la segunda bestia) —todos ellos, símbolos de males a nivel sistémico y estructural—.

Ahora llega el momento en la visión de Juan, cuando los individuos estarán de pie delante del trono de Dios para rendir cuenta de sus vidas. Ante un gran trono blanco, toda la humanidad —los vivos y los muertos— recibirán juicio «conforme a las acciones que tenían consignadas en los libros» (10,11-15). Será la conducta, no las creencias, el metro por el que Dios medirá a los mortales en el día de juicio. Esto concuerda con la enseñanza de Jesús acerca del juicio final, que él dijo que dependerá de si el individuo ha alimentado a los hambrientos, hospedado al forastero y vestido al desnudo (Mt 25,31-46).

Por cuanto la conducta es un factor tan importante en el juicio final, no sorprende observar que los mensajes a las siete iglesias en Apocalipsis 2 y 3 ponga tanto acento en lo que hacen. Debéis ser fieles, dice Cristo, demostrando efectivamente con vuestras vidas que seguís al Cordero.

Para reflexión

7. Imagina una carta (siguiendo el modelo de Ap 2,1-3,22) que podría escribir Cristo a tu congregación. ¿Qué es lo que Jesús aprobaría? ¿Qué estimularía él mejorar para una vida auténticamente fiel?
8. ¿Qué observas acerca del efecto de la pobreza o la riqueza en la vitalidad espiritual de la iglesia? ¿Qué doctrinas falsas, qué falsos maestros, circulan hoy día, y cómo consiguen difundir su mensaje entre las iglesias?

9. ¿Cuál vendría a ser el equivalente moderno a comer alimentos presentados ante los ídolos? ¿En qué te parecerías tú más a Juan de Patmos, o bien al apóstol Pablo, en tu actitud acerca de la participación de los cristianos en la sociedad?

VIVIR LA VISIÓN

¿Es religioso el juramento de lealtad?

En Estados Unidos, la religión y el patriotismo se funden muchas veces en una sola cosa. De a millones, los niños en las escuelas y los adultos en actos cívicos, se ponen en pie cada día para el indicador de lealtad que consiste en ponerse la mano sobre el corazón y recitar: «Juro lealtad a la bandera de los Estados Unidos de América y a la república que representa: Una nación bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos».

Este juramento fue escrito en 1892 por un pastor cristiano, aunque las palabras «bajo Dios» no fueron añadidas hasta 1954. Con el auge del ateísmo comunista en otras partes del mundo, los políticos estadounidenses sintieron en los años 50, que esa referencia expresa a Dios fortalecía la fibra moral del patriotismo americano. En 2004, el Tribunal Supremo de Estados Unidos sentenció que el juramento no viola el principio constitucional de separación de iglesia y estado. El juez William Rehnquist, presidente del Tribunal Supremo, declaró que el juramento no viene a ser en ningún sentido una oración, ni constituye el apoyo a ninguna religión. «Recitar el juramento —sentenció— es un ejercicio patriótico, no religioso. Los participantes prometen fidelidad a la bandera y a nuestra nación, no a ningún Dios, ninguna fe ni ninguna iglesia en particular». La jueza Sandra Day O'Connor añadió que el juramento no tiene nada que ver con «el sometimiento del individuo a una autoridad divina»[4].

Sin embargo el discipulado lo tiene todo que ver con el sometimiento del individuo a Dios. Juan de Patmos, con su concepción mundial del pueblo de Dios, recelaría de cualquier rito que viene a sugerir que Dios favorece a una nación en particular. Los siguientes renglones, escritos para cristianos del siglo

---

[4] Sentencia de asentimiento del presidente Rehnquist, Tribunal Supremo de los Estados Unidos, Nº 02-1624, «On Writ of Certiorari to the United States Court of Appeals for the Ninth Circuit, June 14, 2004».

XXI en Estados Unidos, brinda una alternativa que puedan recitar en el culto, así como cuando todo el mundo está recitando su juramento a la bandera y al país: «Juro lealtad a Jesucristo, y al reinado de Dios por el que murió. Un pueblo en todo el mundo, guiado por el Espíritu, indivisible, con amor y justicia para todos»[5].

[5] A Christian Pledge of Allegiance, © 2003, Juna Alliman Yoder and J. Nelson Kraybill.

11

Nuevas todas las cosas

Leer Apocalipsis 11,1-19; 20,1-22,21

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Nada quedaba del primer cielo ni de la primera tierra; nada del antiguo mar. Vi también bajar del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalén. Venía de Dios, ataviada como una novia que se engalana para su esposo. Y oí una voz poderosa que decía desde el trono:

—Esta es la morada que Dios ha establecido entre los seres humanos. Habitará con ellos, ellos serán su pueblo y él será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo ha desaparecido.

El que estaba sentado en el trono anunció:

—Voy a hacer nuevas todas las cosas.

Y añadió:

—Palabras verdaderas y dignas de crédito son estas. ¡Escríbelas!

Finalmente me dijo:

—¡Ya está hecho! Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al sediento le daré a beber gratis del manantial del agua de la vida. (21,1-6)

¡El agua de la vida! Como un oasis al final de una travesía por el desierto, se divisa la nueva Jerusalén al final del Apocalipsis. El caos y el sufrimiento jamás dan tregua en la visión de Juan, y a muchos les tiene que haber parecido increíble, por anhelado y postergado, cuando por fin Juan «[vio] también bajar del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalén» (Ap 21,2). ¡La muerte dejará de existir!

Normalmente pensamos que la adoración supone entrar a la presencia de Dios. En esta visión última del Apocalipsis tenemos lo contrario: es la presencia de Dios la que se acerca a los humanos. Para los cristianos judíos afligidos por la pérdida de Jerusalén, y para cualquier otro que padeciera persecución, «la voz poderosa […] desde el trono» (21,3) declaraba una noticia maravillosa: Dios habitará en breve entre los mortales. Dios secará las lágrimas de sus ojos, y el llanto y las lamentaciones y el dolor dejarán de existir (21,4).

El cielo baja a la tierra en forma de ciudad

Jerusalén, tan recientemente asolada por la guerra, reaparece gloriosamente restaurada. Con el empleo del participio presente activo griego (*bajando*), Juan viene a indicar que la llegada de la nueva Jerusalén —por lo menos en algún sentido preliminar— es ya una realidad presente. Los creyentes no son arrebatados al cielo mientras que la tierra padece una destrucción final; al contrario, es el cielo el que baja a la tierra, en forma de ciudad.

Los judíos devotos siguen lamentando hasta el día de hoy la pérdida de Jerusalén (fig. 11.1), sumándose al duelo después de la debacle en el 70 d.C. Por mil años, antes de que los ejércitos romanos destruyeran la ciudad, los judíos venían considerando que Jerusalén y/o el templo era el estrado del trono de Dios, el lugar en la tierra donde Yahvé estaba muy especialmente presente[1]. La destrucción de la ciudad santa tuvo un efecto hondamente perturbador para los creyentes. ¿No decía acaso la Escritura que: «Dios está en medio de ella y nunca caerá» (Sal 46,5)?

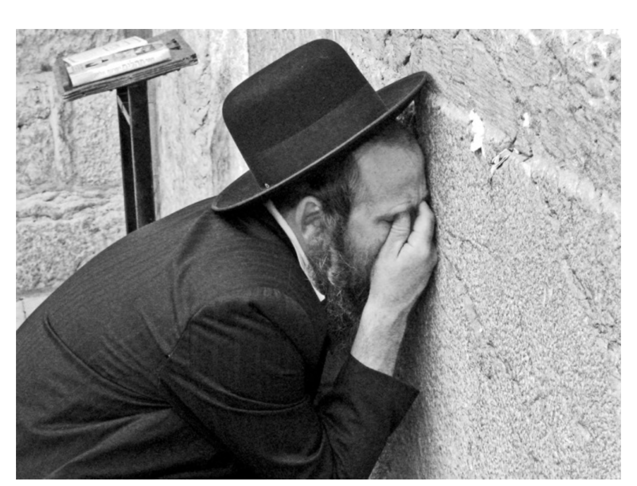


Fig. 11.1. Un adorador judío llora apoyado en el Muro Occidental, parte de la cimentación masiva sobre la que en su día se construyó el gran templo a Yahvé en Jerusalén.

[1] 1 Cr 28,2; Sal 99,5; 132,7; Lm 2,1; 2 Esd 6,4.

Juan de Patmos creía en Jesús y puede que se contara entre los que habían huido de Jerusalén cuando se declaró la revuelta en el 66 d.C. Era también judío, y no sorprende descubrir que Jerusalén figura prominentemente en su visión. En Apocalipsis 11, uno de los pasajes más difíciles de desentrañar, Juan recibe una vara de medir, con la instrucción de medir el templo de Dios. Se supone que el momento de esta visión debería ser antes de que Roma destruyera el templo en el 70 d.C., lo cual vendría a indicar que Juan recibió esta revelación por etapas, a lo largo de décadas.

Los dos testigos mueren en Jerusalén

La visión, en Apocalipsis 11, se anticipa a la ocupación de Jerusalén por los ejércitos paganos: el patio exterior del templo será «entregado como botín a las naciones, que hollarán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses» (11,2)[2]. Juan espera la aparición de dos testigos vestidos de sayal, que profetizarán y padecerán martirio (11,3). No podemos estar seguros de la identidad de estos individuos, pero sabemos que caen víctimas de la bestia. Aparentemente son seguidores de Jesús que mueren en Jerusalén, «la gran ciudad a la que se da el nombre simbólico de Sodoma y Egipto, y en la que fue también crucificado su Señor» (11,8). Al impedir que llueva, se encuentran en la tradición de Elías (1 R 17,1). Al hacer que las aguas se vuelvan sangre y asolar la tierra con plagas, nos recuerdan a Moisés. No está muy claro qué quiso indicar Juan con esas alusiones.

Por cuanto Juan denuncia amargamente a Jerusalén como «Sodoma y Egipto», podemos inferir que se había vuelto un lugar difícil para los cristianos. Sodoma era la quintaesencia de ciudad perversa en la memoria judía; y Egipto había sido el lugar de esclavitud y opresión. Quizá los dos testigos fueron seguidores de Jesús que permanecieron en Jerusalén cuando el alzamiento judío fue cobrando fuerza. Hubo un régimen brutal de ley marcial cuando los líderes rebeldes —que Josefo tacha de ladrones— pugnaban entre sí por el control de la insurrección. Si los cristianos o cualquier otro querían negociar una paz con los Romanos cuando Jerusalén sufrió un largo asedio (68-70 d.C.), se habrían encontrado en apuros. Josefo dice que los líderes de la insurrección, que «estaban divididos sobre cualquier otra cosa, condenaron a muerte como

[2] Cuarenta y dos meses vienen a ser tres años y medio. En el libro de Daniel, la cifra tres y medio indica un período breve, pero intenso, de sufrimiento o persecución (7,25; 9,27; 12,7).

enemigo en común de todos ellos, a cualquiera que estuviera a favor de la paz con los romanos, o que se sospechase que tuvieran la intención de desertar»[3].

Quienesquiera hayan sido los testigos, sus cadáveres quedan sin enterrar durante tres días, y el pueblo celebra su fin (Ap 11,9-10). Este cuadro encaja con lo que sabemos de las condiciones espantosas en Jerusalén durante el asedio de los años 68-70 d.C. Fueron tantos los que, atrapados en la ciudad, murieron de hambre o en las reyertas intestinas, que Josefo dice que los cadáveres amontonados presentaban un espectáculo horripilante, despedían un hedor pestilente, y constituían «un obstáculo para los combatientes en sus expediciones»[4]. El hambre arreció tanto en Jerusalén que algunos habitantes desesperados recurrieron al canibalismo[5].

La adoración nos impulsa hacia el futuro

Al final Juan ve diezmada Jerusalén por un gran terremoto que mata a miles (11,13), una metáfora apta para el cataclismo que sucedió cuando los ejércitos romanos por fin penetraron la ciudad en el 70 d.C. El séptimos ángel toca su trompeta, y voces potentes en el cielo declaran:

> —*El reino del mundo*
> *es ahora de nuestro Señor*
> *y de su Ungido;*
> *y reinará por siempre y para siempre* (11,15 gr).

En este fragmento litúrgico procedente de la corte celeste, observamos una función importante del culto: transportar a los participantes hacia delante en el tiempo, a la victoria final de Dios —o hacer presente el futuro—. «¡El reino del mundo es ahora de nuestro Señor!» Por medio del Mesías, Dios está haciendo valer su soberanía sobre la tierra ya ahora, cuando la historia parece tan sombría. Las glorias de los logros de la humanidad se someterán un día al señorío de Cristo.

Hay que reconocer que esta celebración de victoria anticipada acontece en el cielo y no en la tierra. Juan y sus correligionarios cristianos no irían a regocijarse cuando Jerusalén quedó reducida a escombros. Pero la visión que tiene Juan del culto en el cielo sirve para fomentar una respuesta en paralelo en el seno de la

---

[3] Josefo, *Guerra Judía* 5,30; en Josephus, *The Jewish War*, vol. 3, trans. H. St. J. Thackeray, LCL 487 (1927-28; Cambridge: MA: Harvard University Press, 1967), 209.

[4] Ibíd.. 6.1; en Thackeray, *Jewish War*, 3.379.

[5] Ibíd. 6.201-13.

iglesia en la tierra. A lo largo de la historia, los cristianos inmersos en padecimientos han elevado alabanzas a Dios de todo corazón. Desde la antigua Roma hasta la China contemporánea, la iglesia ha crecido cuanto más arrecia la persecución. La adoración es siempre medular para la renovación espiritual en medio del sufrimiento.

El pueblo sin esperanza de salvarse, que se lo juega todo en este mundo por su lealtad a Cristo, deposita en Dios su esperanza sin reservas. Loren Johns escribe: «La esperanza —cuando deviene de una visión clara y potenciadora de la realidad de Dios— es en sí misma *un acto eficaz* siempre y cuando las personas actúan en comunidad sobre la base de una nueva comprensión o interpretación de la realidad»[6].

Después del año 70 d.C., los judíos necesitan un futuro alternativo

Con la ciudad santa de Jerusalén hecha escombros después del 70 d.C. (fig. 11.2), los líderes del judaísmo se reagruparon en otra parte de Palestina para forjar un futuro nuevo. La casta sacerdotal del judaísmo estaba desaparecida, y los rabinos (maestros) pasaron a ser la guía principal para un pueblo que buscaba su camino después de la catástrofe. Ya antes de la caída de Jerusalén, un rabino importante llamado Yojanán Ben-Zakái (Yochannan ben Zakkai) (fig. 11.3) huyó de la ciudad y consiguió autorización de los romanos para enseñar la ley judía en una población al oeste de Jerusalén llamada Yavne (Jamnia), próxima a la costa del Medite-

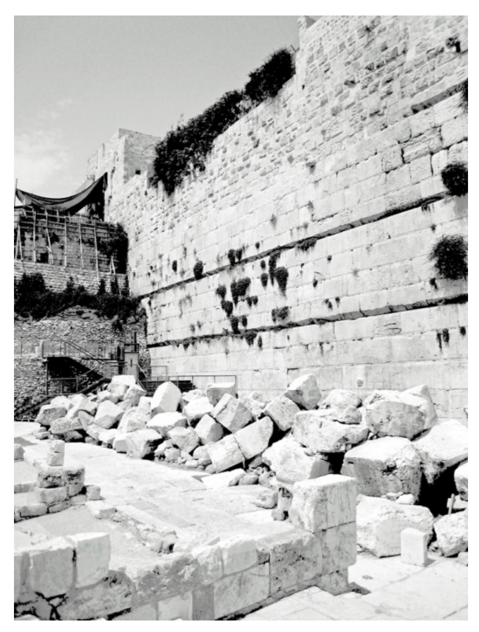


Fig. 11.2. Algunos de los sillares inmensos empleados en la construcción del templo magnífico de Herodes el Grande, todavía yacen donde cayeron del monte templario cuando los ejércitos de Roma destruyeron Jerusalén en el año 70 d.C.

[6] Loren L. Johns, *The Lamb Christology of the Apocalypse of John: An Investigation into Its Origins and Rhetorical Force*, WUNT (Tübingen: Mohr Siebeck, 2003), 203.



Fig. 11.3. En Tiberias, sobre el Mar de Galilea, la tumba de Yojanán Ben-Zakái (primer plano, izda.) se levanta frente a un memorial moderno de acero donde la tumba del sabio judío medieval Maimónides.

rráneo. Citando las palabras de Dios en Oseas 6,6: «Porque quiero amor y no sacrificio», el rabino Ben-Zakái enseñó al pueblo a sustituir actos de misericordia y amor y oración, en lugar de sacrificar animales[7].

Después de 70 d.C., el énfasis de la identidad judía cambió, del templo a la Escritura. El culto a Yahvé ahora se celebraba en casas y en sinagogas, ya no en el templo de Jerusalén. La Torá —los cinco primeros libros del Antiguo Testamento— brindó un ancla firme para un pueblo exiliado de su tierra patria. Los rabinos escribieron un inmenso código de tradiciones orales —la Mishná, que se integraría con el tiempo al Talmud— donde se enseñaba a la comunidad de fe cómo aplicar las Escrituras a la vida cotidiana.

Y así el judaísmo de la diáspora, o dispersión, pudo sobrevivir sin su base en Jerusalén, y las comunidades judías siguieron fuertes en ciudades a lo ancho del mundo del Mediterráneo. Como el cristianismo fue surgiendo desde el seno del judaísmo, las congregaciones cristianas solían formarse en proximidad estrecha a las sinagogas judías. Pero mientras el judaísmo se consolidaba como un fenómeno mayormente étnico, el cristianismo no tardó en transformarse en una fe para todas las gentes. En Cesarea Marítima, en la costa del Mediterráneo (fig. 11.4), Pedro llevó el evangelio a un centurión romano llamado Cornelio (Hch 10,1-48), un representante del mismo ejército que había crucificado a Jesús y que acabaría por destruir Jerusalén. Pablo llegó a ser un apóstol a los gentiles (Ro 11,13) y quería llevar el evangelio de Jesucristo tan lejos como España (15,28).

A algunos paganos, el impulso misionero de los cristianos les pareció subversivo. En general, a los romanos el monoteísmo judío les resultaba poco atractivo, y la práctica de la circuncisión una barbarie. Pero por motivos

---

[7] *‘Aboth d’ Rabbi Nathan* 4.



Fig. 11.4. Herodes el Grande construyó este acueducto para traer agua a su magnífica ciudad portuaria de Cesarea Marítima, donde Pedro anunció el evangelio a un centurión (Hch 10), y donde Pablo compareció para un juicio ante el procurador romano Festo y el gobernador judío Herodes Agripa II (Hch 25 y 26).

estratégicos, los judíos y los romanos establecieron vínculos diplomáticos ya en el siglo II a.C.[8] Roma hizo las paces con los judíos, al menos hasta la revuelta de 66-70 d.C., y concedió al judaísmo el tratamiento de religión tolerada. Hubo romanos y griegos que se sentían atraídos por diferentes aspectos del judaísmo, y algunos hasta se afiliaron a la religión como prosélitos o «temerosos de Dios» (véase Hch 2,9-11; 6,5; 13,43; 16,14). Pero el judaísmo se limitó mayormente a los descendientes de Abrahán y Sara, y había poca ocasión para que la religión pudiera penetrar mucho en la sociedad pagana.

El cristianismo llega hasta lo último de la tierra

Mientras el judaísmo se autolimitaba estableciendo fronteras étnicas, el cristianismo se dispuso a difundir su mensaje «en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta el último rincón de la tierra» (Hch 1,8). Los cristianos no solamente tenían objetivos mundiales; se referían con descaro al reinado de Dios, con su alcance político evidente. Sin embargo no se trataba de ningún reino convencional, con sus palacios y ejércitos y conquistas. Jesús le había dicho a Pilato: «Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis servidores habrían

[8] Josefo, *Antigüedades judías* 12.413-19; 1 M 8,17-30.

luchado para librarme de los judíos [que eran colaboracionistas de los romanos]» (Jn 18,36).

No obstante, el evangelio tenía un alcance político real. La acusación contra los cristianos en Tesalónica fue que estaban «[revolucionando] el mundo entero» y que «no [hacían] más que desafiar las leyes del emperador, [afirmando] que hay otro rey, Jesús» (Hch 17,6-7). Los cristianos no sólo creían que su Señor crucificado había resucitado de entre los muertos; también creían que Jesús ascendió al cielo y volvería para reinar sobre la tierra junto con sus santos. Era justificado el temor de los romanos, de que los cristianos se demostrarían leales a este Jesús y no a Roma y su imperio.

Los creyentes acompañan a Cristo a la tierra

La descripción que hace Juan del cielo nuevo y la tierra nueva (Ap 21) nos recuerda una enseñanza popular entre los cristianos de hoy día, de que los creyentes serán «arrebatados»[9] o extraídos de la tierra al cielo cuando Cristo vuelva. Esta noción ha surgido en siglos recientes; nace de una interpretación equivocada de lo que enseña Pablo en una carta a la iglesia de Tesalónica. Cuando se produzca la llegada (*parusía*) de Cristo, informa Pablo, «resucitarán en primer lugar los que murieron unidos a Cristo. Después nosotros, los que aún quedemos vivos, seremos arrebatados junto con ellos, entre las nubes, y saldremos por los aires al encuentro del Señor. De este modo viviremos siempre con el Señor» (1 Ts 4,16-17).

La palabra «parusía», que era muy corriente en el mundo de la antigüedad, puede significar «llegada» en un sentido habitual —como cuando llegan los correligionarios Estéfanas, Fortunato y Acaico para encontrarse con Pablo en Éfeso (1 Cor 16,17)—. El Nuevo Testamento nunca recurre a la frase «segunda venida» en relación con Jesús; habla sencillamente de su «llegada» (*parusía*) inminente.

El término «parusía», sin embargo, tenía también un sentido técnico en el mundo de la política, para referirse a la llegada de un rey u otro gobernante para una visita de estado. Josefo, por ejemplo, relata la parusía de Alejandro Magno a Jerusalén en el 332 a.C. Alejandro ya había conquistado Damasco, Sidón y Tiro, y su intención era pasar por Judea de paso a Egipto. Jaddús, sumo

---

[9] El término «rapto», que se emplea a veces para referirse a esta escena, indica la acción de «raptar» o «secuestrar» y deriva del latín, *rapio*, «llevarse, arrebatar, extraer». En 1 Ts 4,17 la Vulgata, versión antigua de la Biblia en latín, traduce el término griego aquí como *rapiemur* (seremos arrebatados, extraídos).

sacerdote en Jerusalén, había rechazado antes la demanda de Alejandro de pagar impuestos y aprovisionar su ejército. Ahora Jaddús aguardaba con trepidación la llegada del conquistador y su comitiva[10].

Pero según Josefo, Jaddús soñó que debía «adornar la ciudad con guirnaldas y abrir las puertas y salir a su encuentro, y que todo el pueblo debía vestirse de blanco». Jaddús procedió así como preparación para la «llegada [*parusía*] del rey. Cuando supo que Alejandro se aproximaba a Jerusalén, Jaddús salió en procesión con los sacerdotes y una comitiva de ciudadanos para recibirlo. La delegación recibió a Alejandro y lo acompañó a la ciudad, donde Alejandro invitó a los judíos a «pedir cualquier merced que quisieran»[11].

Este sentido político es cómo debemos entender la parusía de Cristo en el Nuevo Testamento. Más que imaginar que los cristianos desaparecerán instantáneamente de un planeta en llamas, debemos esperar el día cuando saldremos a recibir a Cristo «en el aire» para darle la bienvenida en su regreso a la tierra. Esta esperanza tiene consecuencias importantes acerca de cómo cuidamos el medioambiente y nos involucramos en general con el plan de largo alcance de Dios para la recuperación del planeta.

La nueva Jerusalén es la iglesia en misión

Jesús enseñó a sus seguidores a orar: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra lo mismo que se hace en el cielo» (Mt 6,10). Esto expresa un viejo anhelo de un orden político y social nuevo, para que los valores celestiales de justicia y amor hallen expresión en la tierra. Juan fue testigo de una culminación de esta petición radical, y nos dice: «Vi también bajar del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalén. Venía de Dios, ataviada como una novia que se engalana para su esposo» (Ap 21,2). Así como Dios hubo habitado de antaño en Sion, ahora Dios habitará en la nueva Jerusalén.

Los intérpretes modernos a veces se quejan de que Juan de Patmos era un escapista, que parece promover que nos marginemos de la sociedad (véase 18,4) con la esperanza de que llegue un mundo nuevo por intervención divina. Cuando consideramos cómo ve Juan la misión, haremos bien en recordar que él mismo era con toda seguridad blanco de persecución, reducido contra su voluntad a la isla de Patmos. La acción directa para transformar el mundo

---

[10] Josefo, *Antigüedades judías* 11.317-26.

[11] Ibíd. 11.327-39. Para mayor explicación de la parusía, véase John Dominic Crossan and Jonathan L. Reed, *In Search of Paul: How Jesus's Apostle Opposed Rome's Empire with God's Kingdom* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 2004), 167-71.

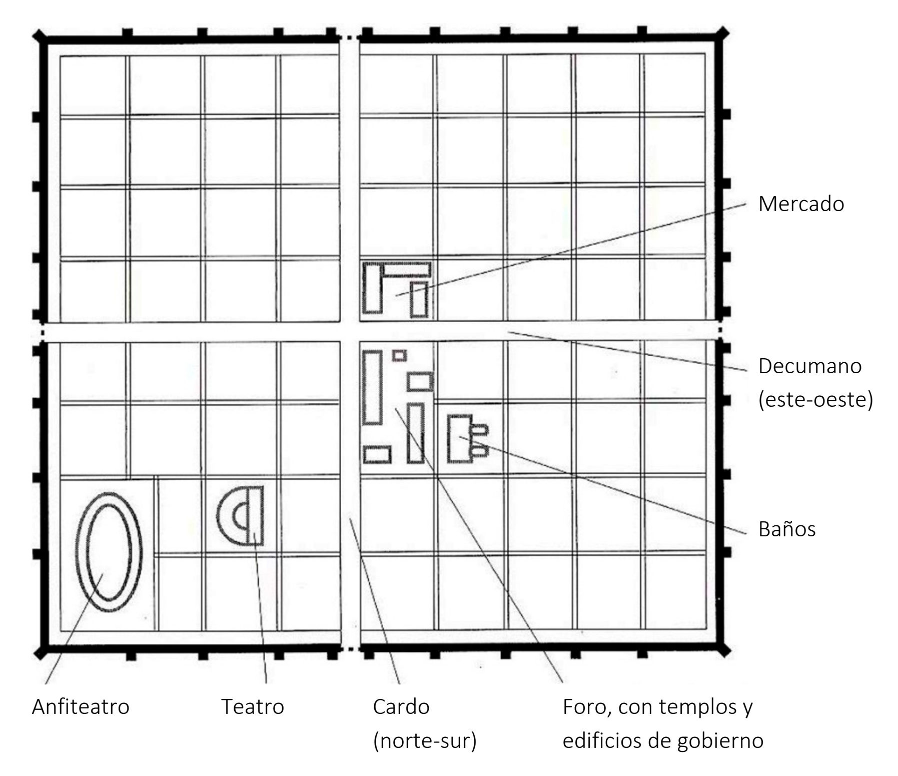


Fig. 11.5. Si las condiciones del emplazamiento lo permitían, los romanos construían ciudades nuevas en forma de cuadrado o rectángulo. La calle principal que discurría de norte a sur era el *cardo*, y la que discurría de este a oeste, el *decumano.* Estas dos calles principales atravesaban las murallas de la ciudad con puertas triples al norte, sur, este y oeste. En el centro de la ciudad se encontraba el *foro*, con templos y edificios de gobierno. Un acueducto traía agua para los baños, y había un teatro y anfiteatro para que la multitud pudiera participar en ceremonias y ocio. La nueva Jerusalén tiene sus paralelos con todo esto, aunque con forma de cubo. Su tamaño es tal que abarcaría todo el territorio entre Jerusalén y Roma, ocupando un espacio que aproximaba el de todo el Imperio Romano (Fig 11.6).

romano es algo que estaba claramente fuera de su alcance, y él suponía que esto mismo les pasaría en breve a sus lectores. Pero aquellos cristianos de las siete iglesias que seguían en libertad, en ningún caso vivían en una democracia participativa, donde fura posible ejercer presión sobre los parlamentarios o influir de otras maneras en los procesos políticos.

Si la nueva Jerusalén se encuentra del todo en el futuro —y aunque solamente fuera futuro para el propio Juan— entonces puede que lo suyo fura escapismo. Pero si entendemos que la llegada de la nueva Jerusalén es algo que ya había empezado en el propio tiempo de Juan y se prolonga hasta nuestros días, entonces la ciudad santa es símbolo de que Dios está recomponiendo el

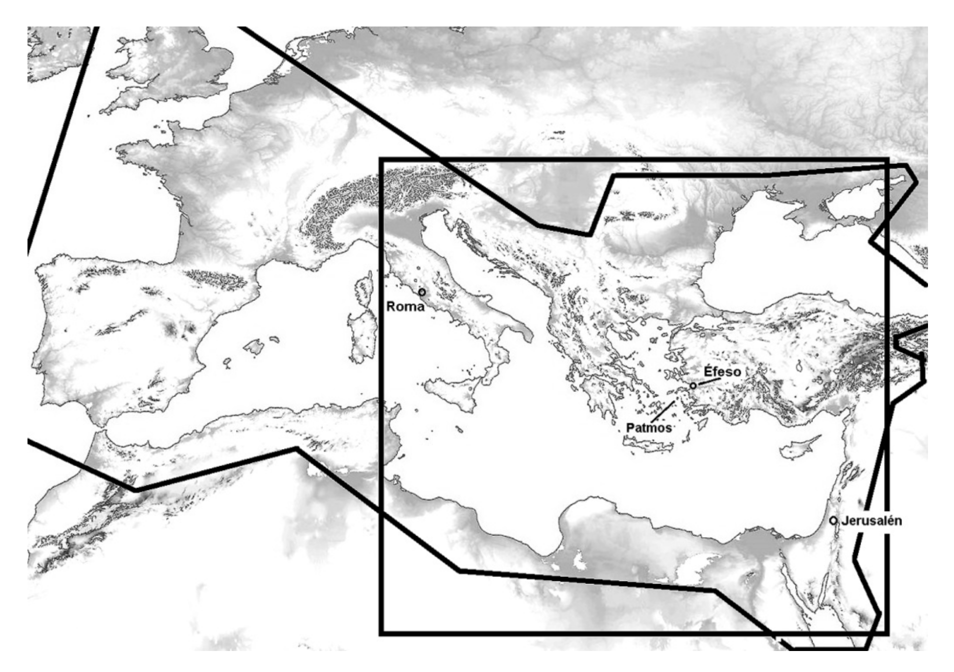


Fig. 11.6. Comparación entre el perímetro del Imperio Romano en el siglo I, y un cuadrado del tamaño de la nueva Jerusalén según Ap 21,16. Es inmensa la salvación según la visión de Juan: la ciudad santa tiene un tamaño que abarca todo lo que hay entre Jerusalén y Roma (el mundo que conocía Juan). La nueva ciudad es *un cubo*, pero tan sólo el territorio que abarca equivaldría ya de por sí a la superficie terrestre que dominaba el Imperio Romano.

mundo hoy. Un día, cuando Cristo vuelva, la recuperación del mundo será completa.

La nueva Jerusalén, como imagen del reinado de Dios, debe inspirar actos tangibles de discipulado entre los seguidores del Cordero. Aunque el reinado de Dios es más que solamente la iglesia, es la iglesia sin embargo el medio principal por el que Dios ha escogido encarnar la buena noticia. La iglesia *mundial*, que abarca a todos aquellos que de verdad conocen y siguen a Jesús, es el sitio más importante donde se sabe en casa el cristiano[12]. La imagen de la nueva Jerusalén en el Apocalipsis parece sugerir la siguiente teología de salvación y misión para la iglesia:

1. *La salvación es corporativa*, que no sólo individual; el vehículo de redención es una *ciudad*. Aunque importa lo que creen y hacen los individuos, aquellos que se salvan entran a una *comunidad* de adoración y sanidad cuando prestan su lealtad a Jesús.

[12] Pablo puede que haya llegado a equiparar la (nueva) Jerusalén con la iglesia, en Ga 4,26.

2. *El alcance de la salvación es enorme.* La nueva Jerusalén tiene doce mil estadios (2.160 km) de largo, ancho y alto (21,16). ¡La ciudad ocupa un espacio aproximadamente equivalente al total del territorio terrestre del Imperio Romano (Fig 11.6)! La forma cúbica de la ciudad recuerda la configuración idéntica que tenía el Lugar Santísimo en el templo de Salomón (1 R 6,20). Pero si bien uno de los salones del templo de Salomón brindaba acceso ante Dios para unos pocos privilegiados, ahora la presencia divina está plenamente accesible para todo aquel que busca a Dios en el mundo entero.
3. *Los pactos antiguo y nuevo constituyen entre ambos la estructura de la comunidad redimida.* La muralla de la ciudad tiene doce cimientos, cada uno con el nombre de uno de los doce apóstoles (Ap 21,14). Las puertas de la ciudad tienen los nombres de las doce tribus de Israel (21,12). Esta mezcla de símbolos de ambos Testamentos sugiere que los cristianos no pueden abandonar su vinculación al judaísmo. El canon —la colección de Escrituras que gozan de autoridad— incluye los Testamentos Antiguo y Nuevo.
4. *El pueblo del Cordero disfruta de una riqueza fabulosa en una sociedad de iguales.* Suetonio cuenta que Augusto hizo tan hermosa la ciudad de Roma que «podía presumir con justicia que la había encontrado edificada de ladrillos y dejado de mármol»[13]. Ahora, en la visión de Juan, ¡la nueva Jerusalén es *puro oro*, edificada sobre una cimentación de piedras preciosas, con puertas que son perlas (21,18-21)! Al contrario que la economía elitista de Roma, la riqueza aquí es de todos por igual. En la nueva Jerusalén nadie acapara, no hay barrios exclusivos ni tampoco pobreza.
5. *Todos los seguidores del Cordero tienen comunión con Dios*, sin intermediario. Todos los seguidores del Cordero son sacerdotes (1,6; 5,10). La ciudad no tiene templo, por cuanto Dios y el Cordero son ellos mismos el templo (21,22). Los cristianos no necesitan esperar la reconstrucción del templo material donde la Jerusalén histórica, por cuanto Dios puede ser adorado en cualquier punto de la tierra.
6. *La comunidad redimida incluye personas cuya presencia sorprende.* «Y las naciones andarán iluminadas por ella, y los reyes de la tierra traerán a ella su tributo y su gloria» (21,24). ¡Los reyes de la tierra! Estos eran los que acababan de estar fornicando con la bestia (17,2), ¡pero ahora vienen a la presencia del Cordero! El profeta Isaías tuvo un día una visión de reyes

[13] Suetonio, *Augusto* 28; en *Suetonius*, vol. 1, trans. and ed. J. C.Rolfe, LCL 31 (1913-14; Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960), 167.



Fig. 11.7. Por estas ruinas en Hierápolis, cerca de Laodicea, nos podemos hacer una idea de lo que venía a describir Juan con las tres puertas a cada lado de la ciudad. El emperador Domiciano construyó esta puerta triple en el 83 d.C.

extranjeros que venían a Jerusalén, parecería que como prisioneros de guerra (Is 60,11-12). Juan prevé la hora cuando los reyes de la tierra parecería que elegirán libremente entrar a la nueva Jerusalén.

7. *La entrada a la nueva Jerusalén no está vigilada.* La ciudad tiene tres puertas al oriente, tres al norte, tres al sur y tres al occidente. Estas puertas nunca se cierran durante el día y allí nunca será de noche (Ap 21,13.25; fig. 11.7). Esta comunidad está mucho más ocupada en prestar atención a Dios y al Cordero, que a las puertas de la ciudad.
8. *La curación de las naciones es la misión* de la ciudad santa. Juan ve un río de agua de vida que fluye desde el trono de Dios y del Cordero. El río que mana desde Jerusalén es un símbolo antiquísimo del Jardín de Edén (Gn 2,10) y de las visiones de los profetas hebreos (Ez 47,1-12; Zac 14,8). El agua alimenta el árbol de la vida y «sus hojas servían de medicina a las naciones» (Ap 22,1-2).
9. *Los que a porfía rechazan a Dios y al Cordero se quedarán afuera* de la nueva Jerusalén. Esto incluye a «los cobardes, los incrédulos, los depravados, los asesinos, los lujuriosos, los hechiceros, los idólatras y todos los embaucadores» (21,8). Ninguno «que quiere y practica la mentira» (22,15) entrará. Esta última categoría nos sugiere una pauta importante para comprender por qué algunos se quedan afuera: son los que quieren otra cosa más que lo que quieren obedecer a Dios y que, por consiguiente, ni siquiera quieren entrar.
10. *La adoración es la actividad más importante* en la Nueva Jerusalén. El trono de Dios y el Cordero está ahí, «y sus siervos le adorarán y verán su cara, y llevarán su nombre sobre sus frentes» (22,3-4). La bestia ha desaparecido; y con ella, la marca que había puesto sobre la frente de sus seguidores.

Un Cristo divino imprime sentido a la historia

De principio a fin en el Apocalipsis, Jesús es la clave para entender a Dios y entender la historia. «Yo soy el Alfa y la Omega —dice Jesús—, el primero y el último, el principio y el fin» (22,3). El Apocalipsis manifiesta una cristología elevada: hace alegatos excelsos sobre la divinidad de Jesús. Al principio del Apocalipsis, Juan ve a Jesús: «Su cabeza y sus cabellos, blancos como lana blanqueada, como nieve; sus ojos, como llamaradas de fuego; sus pies, como aleación de metales preciosos fundidos en horno a fuego vivo; y su voz, como el rugido de muchas aguas» (1,14-15 gr). Esta descripción es parecida a descripciones de Dios mismo que hallamos en el Antiguo Testamento (Ez 1,26-27; Dn 7,9).

Ahora, al concluir su visión, Juan se refiere al trono (singular) de Dios y del Cordero (Ap 22,1.3). Aunque la iglesia todavía no había elaborado una doctrina sobre la Trinidad cuando apareció el Apocalipsis, Juan emplea unos términos descriptivos donde Dios y Jesús parecen fundirse en una entidad única. Después de que Cristo se dirigiera a cada una de las siete iglesias en los capítulos 2 y 3, insta a cada una a que «preste atención a lo que el Espíritu dice a las iglesias» (por ej. 2,7). En este caso Cristo parece fundirse en una misma entidad con el Espíritu. Está claro que en el Apocalipsis opera una doctrina embrionaria de la Trinidad.

El culto como base para la resistencia espiritual

Por cuanto el pecado y la muerte siguen presentes, la nueva Jerusalén no era todavía una realidad plena en tiempos de Juan. La iglesia hoy día tampoco encarna la totalidad de lo que es la ciudad santa. Sin embargo, en este tiempo de ínterin, el culto funciona como medio principal por el que Dios orienta a los individuos y a las congregaciones hacia el futuro de Dios. Entre las siete iglesias del Apocalipsis, el culto es más que solamente el acto donde se oirá la lectura del Apocalipsis. El culto, según Jean-Pierre Ruiz, es «la base desde donde y por la cual Juan monta un contraataque minoritario contra los alegatos poderosamente convincentes» del Imperio Romano[14]. Estamos inmersos en un enfrentamiento espiritual de proporciones titánicas, por granjearse los corazones y las mentes de las gentes y las naciones.

---

[14] Jean-Pierre Ruiz, «Praise and Politics in Revelation 19:1-10», en *Studies in the Book of Revelation*, ed. Steve Moyise (Edinburgh: T&T Clark, 2001), 74.

Una comunidad de fe en medio de este conflicto épico, necesitará de un culto con rituales robustos; y encontramos las marcas de esa clase de culto al final del Apocalipsis. Juan oye pronunciar una bendición:

—¡Dichosos los que han decidido lavar sus vestiduras
para tener acceso al árbol de la vida
y poder entrar en la ciudad a través de sus puertas (22,14).

Lavar las vestiduras en la sangre del Cordero puede ser una alusión al bautismo (véase 7,14). La sangre de Jesús, en paralelo con el sacrificio en el Antiguo Testamento, quita el pecado (véase 1 Jn 1,7). Pablo dice que los que reciben el bautismo en el nombre de Jesús, «[se sumergen] también en su muerte» (Ro 6,3 gr), que para muchos de los primeros cristianos vino a suponer el martirio.

Por medio de un culto que encarna una escatología viva —es decir, una comprensión del desenlace al que Dios está conduciendo la historia— la iglesia se capacita para vivir fielmente en el presente. La escatología cristiana tiene mucho más que ver con el fin —el propósito— de la historia, que con el punto final —la terminación— de la historia. Por cuanto los cristianos creen que Dios tiene la intención de recomponer la creación por medio de Cristo, rogamos todos los días que él llegue a nuestras vidas y a nuestro mundo.

Después de una disquisición extensa sobre la conducta cristiana en 1 Corintios, Pablo concluye su carta con las palabras arameas *marana tha* («¡Ven, Señor nuestro!» 1 Co 16,22). Juan termina su visión de forma parecida:

El Espíritu y la Esposa claman:

—¡Ven!

Y el que escucha, diga:

—¡Ven!

Que venga también el sediento y, si lo desea, se le dará gratis agua de vida (Ap 22,17).

Jesús, «el astro radiante de la mañana» (2,28; 22,16), es la señal segura de un nuevo día que amanece. El planeta Venus, que es el objeto más brillante en el cielo después del sol y la luna, es el astro de la mañana. Su órbita está tan próxima al sol que solamente se puede ver en el cielo poco antes de que salga el sol o después de que se ponga. Cualquiera que espera el amanecer sabe que por fin está por llegar cuando ve que sale Venus en el este. La aparición de Jesús —tanto en su ministerio terrenal como en la visión de Juan— es una señal de que se aproxima el tiempo cuando Dios recompondrá todas las cosas.

El Apocalipsis empieza y cierra con una invitación a cenar (3,20) y a beber (22,17). Estas invitaciones puede que tengan relación con la Cena del Señor, el acto medular de culto en la comunidad cristiana. El apóstol Pablo entiende la Comunión en términos escatológicos: «Siempre que coméis de este pan y bebéis de esta copa, estáis proclamando la muerte del Señor, en espera de que él venga» (1 Co 11,26). Las últimas palabras del Apocalipsis reflejan esa misma esperanza y nos brindan una bendición final:

> *El que da fe de todo esto proclama:*
> *—Sí, estoy a punto de llegar.*
> *¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!*
> *Que la gracia de Jesús, el Señor, esté con todos. Amén* (Ap 22,20-21).

Para reflexión

1. ¿Te satisface dejar que sean un misterio los detalles específicos del regreso de Cristo? ¿Cuáles serían los peligros de profesar demasiada certeza acerca del cuándo y cómo será la parusía? ¿Cuáles podrían ser las consecuencias si no prestáramos suficiente atención al regreso de Cristo?
2. ¿Cómo sería la nueva Jerusalén si fuera a aterrizar dónde vives tú? ¿Ves ya algunas señales de su presencia? ¿Qué es lo que viene a suponer una nueva Jerusalén que ya se está gestando ahora, para las relaciones entre las naciones y entre grupos étnicos?
3. ¿Has experimentado que el culto te transporta hacia el futuro, a algo que anhelas? ¿Qué función tienen la Escritura, los cánticos y la posición corporal, en esa experiencia?

VIVIR LA VISIÓN

La nueva Jerusalén en Nebraska

A lo largo de más de treinta años, Nadine y Al Peters han estado trayendo un poquito del cielo a un lugar de quebrantamiento en Nebraska. Una vez a la semana, estos granjeros de espíritu dulce emprenden un viaje de quince millas para visitar presas en la cárcel femenina Nebraska Correctional Center for Women.

—Sólo pretendemos hacer lo que habría hecho Jesús —dicen—. Él extendió la mano a los abatidos. No vino para los que no tienen ninguna necesidad. Nadine y Al reparten tarjetas de visita que describen su especialidad: «Edificación de relaciones, horizontales y verticales», y: «Trabajo por la paz». Sintieron el llamamiento a involucrarse en el ministerio en prisiones en 1974, cuando encabezaban un grupo de estudio bíblico entre jóvenes, que se quedó impactado por el texto de Santiago 2,17: «La fe, si no produce obras, está muerta en su raíz».

—Cuando ingresas en la cárcel —dice el matrimonio Peters—, te encuentras literalmente desnudada, despiojada y humillada. Para cuando nosotros tenemos oportunidad de ver a las presas, están sufriendo mucho dolor. Muchas han tenido experiencias traumáticas en la vida. Una prisionera relató que su padre la violó cuando tenía dieciséis años.

—Ahora por fin me atrevo a hablar de ello —dijo.

Con el paso de los años, Al y Nadine han cultivado una relación pastoral con más de mil reclusas:

—Nos permiten abrazar a las mujeres —dice Nadine—, y para muchas, ese es el único contacto físico que tienen en toda la semana.

Entre las presas que llegan a encomendar sus vidas a Cristo, va tomando forma una comunidad:

—Vosotras sois mi familia —exclamó una mujer al grupo de presas cristianas cuando abrazó la fe.

Al y Nadine mantienen un contacto telefónico con antiguas reclusas, y en ocasiones han viajado cientos de millas para visitar a una mujer cuando ha sido puesta en libertad[15].

[15] Nadine y Al Peters, entrevistados por el autor, 15 de abril, 2007, Henderson, Nebraska.

12
Esperanza para largo

El que da fe de todo esto proclama:
—Sí, estoy a punto de llegar.
¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22,20)

Empezamos este libro con una carta de Trevor, al que una experiencia de culto poco después del 11 de septiembre de 2001, provocó un cambio en su ética y en su forma de entender la vida. El símbolo patriótico y militar de la bandera estadounidense, incorporado al culto cristiano, pasó a constituir la piedra de toque de su lealtad al imperio. «Si mi identidad como estadounidense hace de mí un blanco al que disparan —escribió—, tengo la obligación de defenderme a mí mismo, a mi familia y a mis vecinos». Los factores que lo decidieron a este cambio de lealtad fueron el orgullo nacional y un deseo de sentirse seguro, lo cual eclipsó su anterior compromiso de toda la vida, de seguir el camino del Cordero.

Tanto en el mundo romano como en la era moderna, los símbolos y rituales han servido siempre para promover lealtades políticas, nacionales y de clase. Incorporados a la ceremonia y al culto, los símbolos y rituales refuerzan el sistema de creencias y dan forma a los valores. El Apocalipsis desenmascara la manipulación de ritual y culto por fuerzas malévolas, y muestran un poder que infunde vida, el poder de adorar a Dios y al Cordero.

Martillos y flores de azafrán, para la ira y la esperanza

Poco después del 11 de septiembre de 2001, el seminario donde yo trabajaba escogió expresar su duelo ante la pérdida de tantas vidas humanas, clavando

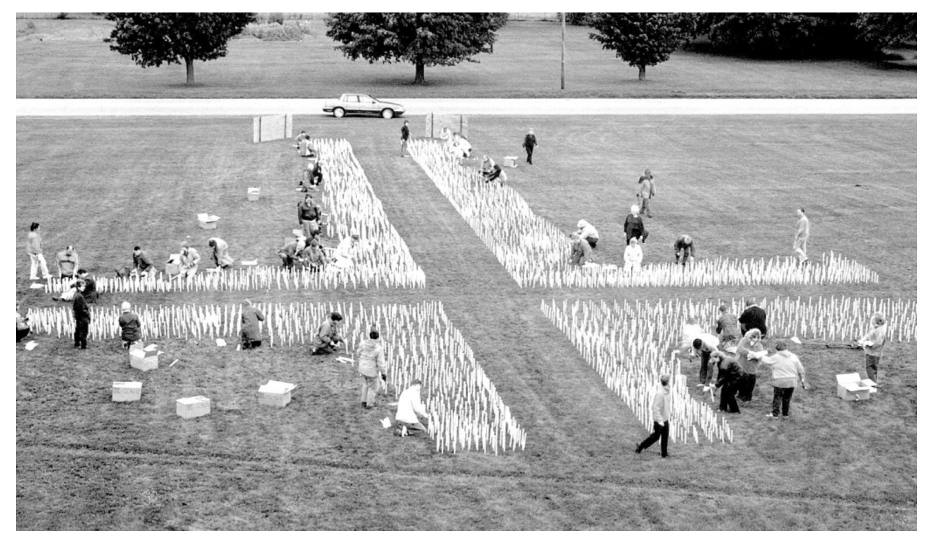


Fig. 12.1. Estudiantes y profesores de Associated Mennonite Biblical Seminary, en Indiana (EEUU) dan forma a una cruz en la hierba, con estacas que representan las víctimas del ataque terrorista de 2001. [J. Tyler Klassen/*The Elkhart Truth*.]

miles de estacas de madera en el césped de nuestro campus. Las estacas, una para cada víctima, configuraron una cruz de cuarenta metros junto a la capilla del seminario (fig. 12.1). Nos reunimos, estudiantes, profesores y visitantes, para un ejercicio de lamentación y oración, y después tomamos en mano martillos y nos pusimos a trabajar. Expresando a martillazo limpio nuestra tristeza y nuestros miedos mientras dábamos forma a esa cruz, recordamos las palabras de Jesús en Gólgota: «¡Padre, perdona!» (Lc 23,34). El sonido de nuestros martillos nos recordaba la brutalidad de la muerte del Señor y lo mucho que cuesta amar al enemigo.

Cuando fue llegando el invierno ese 2001, los estudiantes y profesores arrancamos esas miles de estacas de madera, para introducir un bulbo de azafrán en cada herida en la tierra. Cada primavera, por varios años, apareció una cruz colosal en el césped del campus, conforme brotaba y florecía el azafrán. La comunidad del seminario se reunió en el césped para celebrar la victoria de la vida de Jesús sobre la muerte. Las estacas y las flores de azafrán no cambiaron el mundo ni detuvieron la guerra, pero la acción simbólica sí nos transformó a nosotros. Reconfirmó nuestra convicción de que llegará el día cuando «ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor» (Ap 21,4), y cesarán las guerras. Esa esperanza nos capacita para arriesgarnos a ser curadores y reconciliadores en un mundo desgarrado.

Es difícil argumentar, a corto plazo, que seguir al Cordero en circunstancias de violencia sea algo que «funciona». Jesús murió colgado de una cruz romana.

Pedro, Pablo e innumerables otros seguidores de Jesús padecieron muertes violentas. Hubo millones de mártires cristianos en el siglo XX, sin ir más lejos. Jesús fue franco acerca de lo que costaría ser un discípulo: «Si alguno quiere ser discípulo mío, deberá olvidarse de sí mismo, cargar con su cruz y seguirme» (Mr 8,34).

El discipulado exige una teología del futuro

Poner en práctica el camino del Cordero no tiene ningún sentido si uno no tiene una escatología, es decir una teología del futuro, que está centrada en Dios. Por muy importante que sea trabajar por el fin de la violencia y la injusticia, los humanos no vamos a experimentar una lenta evolución para mejor, hasta alcanzar por nuestros esfuerzos una era dorada. Una humanidad restaurada y una nueva creación solamente llegarán por iniciativa divina, cuando Dios por fin elija «reconciliar consigo todos los seres» en Cristo (Col 1,20).

Entre tanto, adoramos cada día con la oración de Jesús: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra lo mismo que se hace en el cielo» (Mt 6,9). Esa es la más radical de todas las oraciones, por cuanto pide que la justicia y la salud del cielo se hagan realidad aquí en la tierra. Cuando oramos estas palabras, es señal de nuestra ciudadanía en la nueva Jerusalén.

El autor de Hebreos entiende la importancia de la adoración como el camino a seguir para aguantar el sufrimiento y reclamar la ciudadanía en la ciudad celestial:

> *Por eso también Jesús, a fin de consagrar al pueblo con su propia sangre, murió fuera de la ciudad. Salgamos, pues, a su encuentro fuera del campamento, compartiendo los ultrajes que él sufrió, pues la ciudad que ahora habitamos no es definitiva, sino que buscamos una para el futuro. Así que en todo momento ofrezcamos a Dios, por medio de Jesucristo, un sacrificio de alabanza que no es otro sino la ofrenda de unos labios que bendicen su nombre* (Heb 13,12-15).

El libro de Hebreos, como el Apocalipsis, indica una ciudad —se supone que con sus dimensiones económica, política y social— que Dios está por crear. La esperanza es la seña de identidad de los que viven pendientes de este futuro, y la adoración es el programa que los define.

A veces adorar es jugar

El Apocalipsis comunica un mensaje sobrio acerca de padecimientos y fidelidad, pero las imágenes que trae a veces resultan lúdicas. Esto es



Fig. 12.2. Esta moneda de hacia el 15 d.C. muestra al emperador Augusto sentado sobre una plataforma, donde los adoradores lo aclaman meciendo ramas de árbol. [Foto por cortesía de Harlan J. Berk, Ltd.]

especialmente cierto cuando Juan describe el culto. Alrededor del trono de Dios hay criaturas fantásticas con cabezas como un león, un buey, un águila y un ser humano (4,6-7). Estas no son las bestiecitas lindas de *Where the Wild Things*, por Maurice Sendak, pero en cualquier caso juegan con nuestra imaginación. ¡Jesús, a quien adoramos, resulta ser un Cordero! Roma, a la que en ningún caso hay que adorar, es una prostituta que se contonea por las calles nocturnas. El mal es objeto de burla: un trío de bestias. Los santos en el cielo se dedican a impresionantes celebraciones de victoria: ataviados con trajes de fiesta (túnicas blancas) o meciendo ramas (fig. 12.2), o cayendo postrados en tierra, o tirando coronas al suelo delante del trono.

El estudio científico del juego está en su infancia, pero bien puede que arroje luz sobre la naturaleza y función del culto. El psiquiatra Stuart Brown, fundador del National Institute for Play (Instituto Nacional de Actividades Lúdicas), dice que jugar:

> Reduce la distancia social entre individuos y contribuye al desarrollo de vínculos íntimos más complejos. […] El juego y las actividades lúdicas parecen ser necesarios para el desarrollo de un sentido de comunidad, que requiere confianza mutua, cooperación, y establecer metas en común. Son necesarios para desarrollar un sentido de optimismo y perseverancia de cara al futuro. Las limitaciones autoimpuestas en el juego, donde los más fuertes dejan voluntariamente de dominar cuando los que participan tienen diferentes cotas de poder, es algo que todos los seres sociales aprenden en el crisol de juego a solas y en grupos sociales. […] Para los seres humanos, el juego tiene una parte sorprendentemente activa en dar forma a la narrativa interna personal de cada persona (su sentido de quién es), y está por consiguiente directamente relacionado con la salud y elasticidad mental. También es el medio por el que damos forma a un mundo idealizado[1]

[1] Stuart Brown, en la serie de televisión en la Public Broadcasting Service, «The Promise of Play». Esta cita es de la web «Touch the Future», http://ttfutre.org/authors/

La descripción de las actividades lúdicas que hace Brown halla sus paralelos en el culto en el Apocalipsis. La adoración en la visión de Juan reduce la distancia social, por cuanto el vidente se encuentra en la mismísima presencia de Dios, para participar en un coro majestuoso de grandes y pequeños unidos en alabanzas. La adoración edifica comunidad, cuando Juan muestra a los cristianos que son parte de una sección transversal del universo que honra a Dios. Va naciendo optimismo, según los adoradores ven la victoria del Cordero y reciben de ella motivación para perseverar. Hay limitaciones autoimpuestas, por cuanto el León de Judá escoge funcionar como un Cordero. El culto lleno de imaginación da forma a la narrativa interna personal de los creyentes, que empiezan a verse como aquellos que han «lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero» (7,14). Los creyentes en Asia Menor abren sus ojos a una sociedad ideal en la forma de la nueva Jerusalén, una visión de mortales reconciliados, que viven como comunidad solidaria en la presencia de Dios.

El culto trae orden al caos

Walter Brueggemann habla de que los cristianos organizamos nuestras vidas en torno a «mundos contraimaginados»[2] propuestos como alternativa al imperio y al mal. El mundo alrededor nuestro puede que esté lleno de violencia y codicia. Pero en el acto de adorar, imaginamos el mundo tal cual lo creó Dios y tal cual Dios lo recompondrá. Por el poder del Espíritu, saboreamos un anticipo de la nueva creación. El plan de Dios para el futuro empieza a tomar forma tangible, por lo menos en parte, gracias a la curación y la esperanza que nace en esa comunidad restaurada llamada iglesia. Por cuanto los seguidores de Jesús nos «contraimaginamos» un mundo diferente del que vemos, vivimos de otra forma.

El culto en el Apocalipsis tiene sus raíces en la tradición judía, especialmente la Torá, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. Samuel Balentine enfatiza que el culto en la Torá funciona para generar orden en medio del caos. Así como el Apocalipsis se escribió cuando el Imperio Romano dominaba el mundo, la Torá empezó a tomar su forma final cuando el pueblo judío vivía bajo el yugo del Imperio Persa (539-333 a.C.).

Stuart_Brown (visto el 16 de julio, 2009). Véase Stuart Brown and Christopher Vaughan, *Play: How It Shapes the Brain, Opens the Imagination, and Invigorates the Soul* (New York: Avery, 2009).

[2] Walter Brueggemann, *Texts under Negotiation: The Bible and Postmodern Imagination* (Minneapolis: Fortress, 1993), 12-18.

En la era cuando empezó el dominio persa, se permitió a los judíos —derrotados y desorientados— volver desde Babilonia a Jerusalén. La reconstrucción resultó ser agridulce, por cuanto el trono de David ya no existía y el templo de Salomón estaba reducido a escombros. Antes libres y llenos de confianza, los judíos eran ahora un pueblo subyugado en medio de un imperio pagano. Los persas se valían de todos los medios a su alcance para poner orden en los territorios que dominaban. Pero desde el punto de vista religioso y político de los judíos, el mundo era un caos.

La Torá, escribe Balentine, brindó materia prima para el culto en medio de un mundo caótico. Con un enorme surtido de narraciones, cánticos y textos litúrgicos, el culto judío «fue la ocasión para regresar simbólicamente a un tiempo primordial, a las afirmaciones fundacionales de Génesis 1: Dios creó el mundo, trajo orden donde había desorden, estableció un propósito divino para un cosmos que es seguro y sostenible, y creó a la humanidad a la imagen divina, con responsabilidad y capacidad para cumplir el plan creacional de Dios para el cosmos»[3].

Los judíos adoraron con historias y símbolos que apuntaban hacia una realidad más grande que el Imperio Persa. El culto les recordaba que Dios seguía teniendo potestad para poner fin a la oscuridad y traer orden en las circunstancias más terribles. Con la reiteración litúrgica de esta esperanza, el pueblo de Dios fortalecía su convicción de que el Imperio Persa no era la cumbre de la historia.

John Howard Yoder señala una función parecida del culto en el libro de Apocalipsis. Cantar: «Digno es el Cordero de recibir poder», como lo hacían las comunidades cristianas primitivas en sus himnos, no es mera poesía. Es una proclamación potenciadora. Redefine el cosmos de una manera que es requisito previo para la independencia moral que hace que sea posible plantarle cara al poder con la verdad y perseverar en una vida a contracorriente, cuando no hay a la vista ninguna recompensa por ello»[4].

---

[3] Samuel E. Balentine, *The Torah's Vision of Worship* (Minneapolis: Fortress, 1999), 13-14.

[4] John Howard Yoder, *The Royal Priesthood: Essays Ecclesiological and Ecumenical*, ed. Michael G. Cartwright (Grand Rapids: Eerdmans, 1994), 8.

El Apocalipsis ilumina el panorama de la adoración

El Apocalipsis es el texto continuo de adoración más extenso que hay en la Biblia. La visión ilumina el panorama tanto del culto al emperador y del culto cristiano, para enseñarnos lo siguiente:

1. *El culto verdadero a Dios trasciende el tiempo, la cultura, el lenguaje y la nación.* Cuando adoramos a Dios y al Cordero, nos unimos a una vasta multitud de santos de todas las gentes y todas las eras de la historia (Ap 7,9-17). Entender que somos parte de esta multitud hace que seamos menos propensos a ser utilizados por una lealtad monstruosa a tribu o nación. Es menos probable que permitamos que las obsesiones y perspectivas de nuestra generación eclipsen la sabiduría alcanzada por los santos a lo largo de las edades. Respetaremos y aprenderemos de la reflexión teológica, las disciplinas espirituales, los credos, las convicciones éticas de creyentes a lo ancho del mundo y a través de las generaciones. No abandonaremos esas partes de la Sagrada Escritura que desentonan con nuestras preferencias políticas o culturales.
2. *Jesús está al centro del culto cristiano.* La atención constante en el Cordero que hallamos en el Apocalipsis, nos recuerda de la centralidad de Jesús para el culto y el discipulado. Cuando abre los cielos, Cristo encarnado hace posible una nueva creación y una nueva humanidad. Jesús es el nuevo Adán (1 Co 15,45), el astro rutilante del alba (Ap 22,16) que anuncia el amanecer de una nueva era. La cristología elevada que hallamos en el Apocalipsis, simbolizada por la fusión entre Dios y el Cordero, señala que Jesús es más que solamente un modelo a imitar. Jesús es Dios con nosotros, Emmanuel. Cuando adoramos a Jesús, adoramos a Dios (véase Jn 20,28). Adorar a Jesús da forma a nuestra lealtad al reino de Dios, así como el culto al emperador consolidaba la lealtad a Roma. El culto al emperador se celebraba frecuentemente cuando las cenas en los salones de los gremios y de las asociaciones políticas del mundo romano. En el culto cristiano, y especialmente en la cena eucarística, abrimos la puerta a Cristo resucitado para que entre y cene con nosotros (Ap 3,20).
3. *El culto cristiano está empapado de la Escritura.* Hay en la visión de Juan unas cuatrocientas alusiones al Antiguo Testamento, evidencia de que él conocía bien la Biblia. Los creyentes necesitamos renovar el caudal de nuestros manantiales espirituales con palabras e imágenes de los Salmos, los Profetas, las enseñanzas de Jesús, y de toda la Escritura. La Biblia nos da nuestro vocabulario para la oración. Nos brinda modelos para dar

forma a nuestra adoración y a vidas santas que honran a Dios y al Cordero.

4. *Otros dioses emplean símbolos, iconos e indicadores, para granjearse nuestra adoración.* ¿Qué es lo que significan símbolos como los distintivos patrios en la solapa de la chaqueta o las marcas comerciales? ¿Anhelamos alardear de símbolos de distinción, como coches de lujo, pertenecer a asociaciones exclusivas, o títulos académicos? ¿Cuál ha de ser la respuesta cristiana apropiada frente a iconos del nacionalismo, como los héroes de guerra o los candidatos de partidos políticos? ¿Qué actitud deberíamos tener en cuanto a los hombres y las mujeres que llegan a ser iconos de la moda, los negocios, el deporte o el cine? Cuando nos vemos expuestos a todo un tsunami de mensajes publicitarios, ¿cómo evitar el indicador de codiciar cosas que no necesitamos y que la mayoría de la gente no se puede permitir?

   Los jóvenes en el mundo occidental, que ven decenas de miles de anuncios publicitarios por la televisión y la internet cada año, son en particular el blanco de la seducción consumista. Nathan Dungan, un profesional de servicios financieros, habla de encontrarse en la línea de tiro de «un monstruo de tres cabezas: un triunvirato de compañías de productos para consumo, medios de comunicación conglomerados, y agencias de publicidad»[5]. Dungan describe el *marketing* sofisticado y las cantidades ingentes de publicidad que inducen a los jóvenes a comprar ropa, bebidas, teléfonos móviles, o productos de salud o belleza —mucho de lo cual tiene un elevado valor como símbolos de estatus en la cultura juvenil—. El monstruo se sirve sistemáticamente de la televisión, la internet, los mensajes de texto y las redes sociales, para influir en los valores de la juventud, millones de los cuales se postran en sumisión mediante el indicador de realizar la compra. Dungan no observa la conexión entre esto y las imágenes del Apocalipsis, aunque su referencia a la bestia es paralela a la de la visión de Juan, y puede ayudarnos a ver la importancia de seguir al Cordero en todos los aspectos de la vida.

5. *El sistema de clientelismo de Babilonia procurará atraparnos.* Hoy día no solemos hablar de patronos y clientes, con el sentido exacto que tenían esas palabras en la era de Juan. Pero las instituciones, las empresas y las organizaciones profesionales siguen funcionando hoy día como pirámides de poder. La visión de Juan debería enseñarnos a ser cautelosos en cuanto

---

[5] Nathan Dungan, *Prodigal Sons and Material Girls: How Not to Be Your Child's ATM* (Hoboken, NJ: Wiley & Sons, 2003), 70.

a lo que hacemos para conseguir un empleo o avanzar en la cultura de la empresa o de la profesión. ¿Es necesario vender nuestras almas para lograr el éxito, violando los valores y la enseñanza del Cordero? El Apocalipsis puede inspirarnos a preguntar si las compañías para las que trabajamos, o en las que invertimos nuestro dinero, se comportan éticamente. ¿Se ocupan del medioambiente, tratan a los obreros en el país y alrededor del mundo con dignidad, producen productos o servicios que benefician a la humanidad?

6. *Podemos nombrar los poderes e impugnarlos, en el transcurso del culto cristiano.* No es posible reducir todos los males humanos, tanto los personales como los sociales, a explicaciones psicológicas o científicas. Detrás del mal hay un provocador, un espíritu depredador, espíritu de codicia y muerte. Los símbolos en el Apocalipsis —como la bestia, la prostituta o Babilonia— pueden ayudar a los cristianos occidentales a recuperar un reconocimiento del mal estructural y de la fuente malévola de donde mana el pecado. Debemos cuidarnos, sin embargo, de no recurrir a esos símbolos de maneras interesadas, que sirvan sencillamente como munición contra enemigos nacionales o tribales. Existe una historia trágica de cristianos que han empleado el lenguaje de la bestia, por ejemplo, para estimular el nacionalismo durante la guerra o para desprestigiar a los creyentes de otras denominaciones y otras religiones del mundo. Procuremos en primer lugar ver cómo actúan fuerzas bestiales en nuestras propias estructuras de poder; consideremos la posibilidad de que el Occidente industrializado estemos viviendo en Babilonia.

   Durante la guerra de Estados Unidos en Vietnam, varios cristianos entraron sin permiso a los despachos del servicio militar obligatorio y destruyeron documentación en Catonsville, Maryland. William Stringfellow dijo que esta fue «una protesta sacramental contra la Guerra de Vietnam: un exorcismo litúrgico» que «puso en evidencia la idolatría a la muerte, de una nación que quemaba vivos a niños con napalm»[6]. El Apocalipsis nos brinda un lenguaje y símbolos para que los creyentes enarbolen esa clase de resistencia contra los poderes.

7. *El culto cristiano tiene un poder que da forma a la lealtad.* Los himnos y credos, la comunión y el bautismo, bodas, funerales y demás rituales y símbolos, tienen la capacidad de definir y dar forma a la lealtad. La

[6] William Stringfellow, en *A Keeper of the Word: Selected Writings of William Stringfellow*, ed. Bill Wylie Kellermann (Grand Rapids: Eerdmans, 1994), 307.

arquitectura, la danza, la procesión, la posición corporal, y otras formas de valernos del espacio y el movimiento, pueden penetrar hondo en nuestras almas y transformarnos. El Apocalipsis usa magistralmente esos aspectos del culto, y deberíamos prestarles atención en nuestras casas e iglesias. Tal vez vayamos a querer echar mano de símbolos bíblicos para crear espacios de culto en nuestros hogares y en nuestra rutina cotidiana.

Cuando mi hija era pequeña, solía acompañarla a pie al colegio, unas seis manzanas por el norte de Londres. El primer día que la acompañé, acabábamos de mudarnos a Inglaterra, así que ella tenía cierto temor de encontrarse con compañeros de clase nuevos en una cultura nueva. Me pidió que orara por ella mientras caminábamos por un callejón estrecho y largo. Ese lugar se nos transformó por siempre en nuestro callejón de oración, donde recordamos orar en voz alta cada día al caminar juntos a su colegio. Desde entonces siempre he procurado tener callejones de oración para mi vida, por cuanto un ritmo de oración integrado a la rutina cotidiana es algo que me genera vida. Más recientemente, me he beneficiado de la disciplina de practicar el oficio divino a diario, empleando para ello un libro de Escrituras, cántico, y oración, estructurado para uso personal o comunitario[7].

8. *El culto exige un idioma contemporáneo.* Los rituales de lealtad y culto en la visión de Juan resultaban comprensibles y contemporáneos para sus primeros lectores, al reflejar las realidades políticas y religiosas comúnmente reconocidas en el mundo de entonces. Los símbolos como tronos, coronas y vestidos blancos tenían un sentido fácil de identificar para los miembros de las siete iglesias. Lo mismo en cuanto a indicadores, como postrarse, cantar alabanzas, o quemar incienso. Así también, nuestras formas de culto tienen que emplear un idioma que conecte con la experiencia vital de los creyentes de hoy. Podemos usar sabiamente la tecnología, la música y el arte de nuestros contemporáneos. Para conservar nuestro arraigo en los cimientos históricos de la fe cristiana, también tendremos que usar símbolos, iconos e indicadores que provienen de la Biblia y de la tradición cristiana. Sin embargo tal vez haya que explicar algunas expresiones, como el lavamiento de pies, la señal de la cruz, o la palabra «amén».

---

[7] Los católicos, anglicanos y ortodoxos, y otros grupos cristianos, tienen una larga y rica tradición de oraciones diarias para el oficio divino. Si se quiere una versión reciente del oficio divino que enfatiza el discipulado y la paz, está Arthur Paul Boers, et. al., *Take Our Moments and Our Days: An Anabaptist Prayer Book*, rev. ed. (Scottdale, PA: Herald, 2007).

9. *Los actos son un aspecto vital del culto.* La ética y la forma de comportarse, que no solamente las creencias, importan ante los ojos de Dios. Los actos dan evidencia de la fe, son una manifestación necesaria de la lealtad que expresamos con oraciones, cánticos y credos. Los mensajes a las siete iglesias Apocalipsis 2 y 3 terminan con instrucción práctica sobre la conducta, que incide en la salvación. Cristo dice: «Arrepiéntete y haz las obras que hacías al principio; que si no, vengo a ti y quitaré tu lámpara de su lugar» (Ap 2,5 gr). Es Cristo —que no otros cristianos— el que quita de su lugar las congregaciones que no son fieles. Cuando los mortales se encuentren ante Dios en el día de la evaluación, recibirán un juicio que será «conforme a las acciones que tenían consignadas en los libros» (20,12).

   El mundo observó cómo en 2006 una comunidad de los ámish en Pensilvania se acercó con amor y perdón a la familia del hombre que tiroteó y mató a cinco de sus niños de escuela y se suicidó. A pesar de su honda congoja, el impulso ámish a perdonar fue espontáneo y universal en su comunidad de fe. Cuando la prensa se interesó en saber de dónde venía esta respuesta unánime, los ámish se refirieron siempre al Padrenuestro, con su petición de que Dios perdone nuestros pecados como nosotros perdonamos al prójimo. «El Padrenuestro se pronuncia en *cada una* de nuestras reuniones —dijo un ministro de los ámish—. No hay reunión de culto, ni boda ni funeral ni ordenación para el ministerio, sin que se repita el Padrenuestro». Los párvulos de los ámish aprenden de memoria el Padrenuestro, y en la escuela se recita cada mañana[8]. El Padrenuestro es medular en el culto de los ámish. Da forma a su lealtad a Jesús e inspira una conducta espontánea cuyo modelo son las palabras y acciones de Jesús.

El culto da poder a los marginados

Cuando muchos cristianos en Norteamérica viven con relativa comodidad en la metrópoli imperial, nos puede resultar difícil identificarnos con la naturaleza contracultural del culto en el Apocalipsis. Nos tienta el desvío de usar el Apocalipsis como horóscopo para predecir el futuro en lugar de usarlo como manual para la vida cristiana radical en el presente. Los creyentes en los dos tercios del mundo que luchan a diario con la pobreza o la violencia, sin embargo, nos ayudan a captar la función del culto entre las gentes que sufren.

[8] Donald B. Kraybill, Steven M. Nolt, and David L Weaver-Zercher, *Amish Grace: How Forgiveness Transcended Tragedy* (San Francisco: Jossey-Bass, 2007), 91.

El sociólogo David Martin cuenta que la religión evangélica en América Latina, especialmente la variedad pentecostal, que crece rápidamente, está hondamente arraigada en el culto. La religión evangélica florece entre personas económica y políticamente marginadas, en comunidades de culto autogobernadas en barrios o poblaciones marginales, donde falta de todo. En estos lugares, vienen a constituirse en islas de esperanza cristiana donde:

> [Los creyentes] pueden generar su propio mundo social. Y conforme estos mundos experimentan expansión numérica, van adquiriendo una sensación de poder latente, que ante todo se manifiesta cuando se reúnen en inmensas asambleas públicas [para el culto]. Esta red creciente de iglesias representa un desencanto con la sociedad tal cual está constituida hoy día. El creyente evangélico es alguien que ha repudiado simbólicamente lo que antes definía su lugar, tanto vertical como horizontalmente[9].

Martin no tacha estas nuevas comunidades de «nueva Jerusalén». Pero con lenguaje que nos recuerda al Apocalipsis, afirma que su «adopción de una vida nueva significa beber "agua viva" purísima». La identidad de los adoradores se libera de una jerarquía de clientelismo militar y económico que asciende hasta lo más alto de la sociedad —y muchas veces alcanza hasta el imperio más allá—. El resultado del culto en estas comunidades es una transformación social y económica notable en las vidas de los participantes. Disminuye el machismo, y las personas que Jesús libera de adicción a sustancias nocivas viven ahora vidas que les permiten una seguridad económica mayor. La iglesia brinda la oportunidad de desarrollar destrezas de liderato que pueden abrir puertas vocacionales en otro lugar[10].

El análisis que hace Martin del pentecostalismo en América Latina muestra cómo el culto sano no es lo mismo que escapismo. En el acto de adorar a Dios, los creyentes reciben una nueva identidad que no viene definida por las jerarquías de Babilonia. Al desengañarse de la sociedad tal cual está constituida hoy día, los seguidores del Cordero experimentan una sociedad alternativa donde hallan sentido y esperanza.

---

[9] David Martin, *Tongues of Fire: The Explosion of Protestantism in Latin America* (Cambridge, MA: Blackwell, 1993), 285.

[10] Ibíd., 108, 231.

Con esperanza para largo, los cristianos viven de otra manera

Encontrarse con el Dios viviente transforma a los individuos, las comunidades, y en última instancia al mundo. Es esa *última instancia* del cambio lo que, en su demora, nos tienta a abandonar el camino del Cordero y tomar atajos éticos. Sabemos que Jesús instó a sus seguidores a abandonar la espada, a almacenar tesoros en el cielo, a amar al enemigo. Pero cuando atentan los terroristas, o cuando vemos peligrar nuestra seguridad personal, la cultura dominante nos tiene socializados a «ser realistas». Queremos formas rápidas, garantizadas, de aliviar nuestros temores e inseguridad.

Sin embargo la escatología cristiana ve el cambio desde una perspectiva que va para largo. Bien es cierto que muchos cristianos de las primeras décadas suponían que el final del imperio mundanal era inminente. «Estoy a punto de llegar» —le dice Jesús a Juan (Ap 22,12.20). Y Jesús recuerda a sus seguidores: «Estad también vosotros preparados, porque cuando menos penséis, vendrá el Hijo del Hombre» (Mt 24,44).

Estos dos mil años los cristianos venimos esperando en vilo, con ansias divinas de la revelación final de Jesús aunque sigamos con nuestras vidas cotidianas. Aunque algunos cristianos se dejan obsesionar con especulaciones acerca de la proximidad en el tiempo de la aparición de Cristo, es más importante vivir en una proximidad espiritual a nuestro Señor. Esto sucede en el culto, cuando la presencia de Jesús es efectivamente próxima e inmediata.

La esperanza imprime energía a la misión

Cuando Jesús se les aparece a sus discípulos poco después de resucitar, sus mentes saltan de inmediato a los pronósticos políticos: «Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?» (Hch 1,6). Jesús los aparta de esa clase de especulación: «No es cosa vuestra saber la fecha o el momento que el Padre se ha reservado fijar. Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y os capacitará para que deis testimonio de mí en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta el último rincón de la tierra» (Hch 1,7-8). En otras palabras: ¡Dejaos ya de adivinar el futuro y dedicaos a la obra de la misión!

Hay que leer el Apocalipsis con el mismo espíritu con que lo escribió Juan, para aprender cómo la adoración de Dios puede dar forma a la lealtad a Jesús, mientras nos capacita para invitar a otros a la nueva Jerusalén que es nuestro verdadero hogar.

Amén. ¡Ven, Señor Jesús!

Para reflexión

1. ¿Has visto o experimentado casos cuando el culto parecía imprimir un nuevo orden a un mundo en caos, a nivel individual o comunitario? ¿Qué fue en particular lo que hizo el culto para transformar así la situación? ¿Te ha parecido en alguna oportunidad que el culto resultaba lúdico?
2. Ahora que has atravesado el Apocalipsis entero, cómo ha cambiado tu opinión del libro? ¿En qué sentidos ha afectado esta experiencia tu manera de entender los símbolos, rituales y otras señales en la iglesia y en la sociedad?
3. ¿Qué preguntas, dudas o inquietudes sigues teniendo acerca del Apocalipsis?

VIVIR LA VISIÓN

Semillas del Reino en el campo de Japón

Aki y Ray Epp cultivan una finca de unas cinco hectáreas, llamada Menno Village, cerca de donde nació Aki en la isla japonesa de Hokkaido. Allí dan ejemplo de prácticas agrícolas sostenibles, construyen comunidad cristiana, y cuestionan las técnicas modernas de explotación agrícola. Las compañías internacionales del negocio de las semillas ponen en riesgo el medioambiente mundial al promover agresivamente unas pocas variedades de semillas genéticamente modificadas. Esta práctica reduce la reserva genética y su resultado es que la agricultura se vuelve más vulnerable a la enfermedad.

Hay miembros de setenta y cinco hogares locales japoneses que ayudan en la granja de los Epp, y comparten la abundancia y también los riesgos. Ray observa que el producto de alimentación típico en Estados Unidos ha viajado 2.100 km antes de llegar al consumidor, malgastando energía y contaminando el medioambiente. Uno de los resultados es que los consumidores pierden contacto con el mundo de la naturaleza, mientras que las comunidades rurales de granjeros tradicionales han sido diezmadas por la industria de la alimentación.

Los Epp practican la *policultura* tradicional japonesa, donde se cultivan a la vez hasta diez productos diferentes en cada parcela.

—Los jóvenes japoneses están empezando a despertar a lo poco sano que es, económica y ecológicamente, el mundo moderno —dice Ray—. Menno

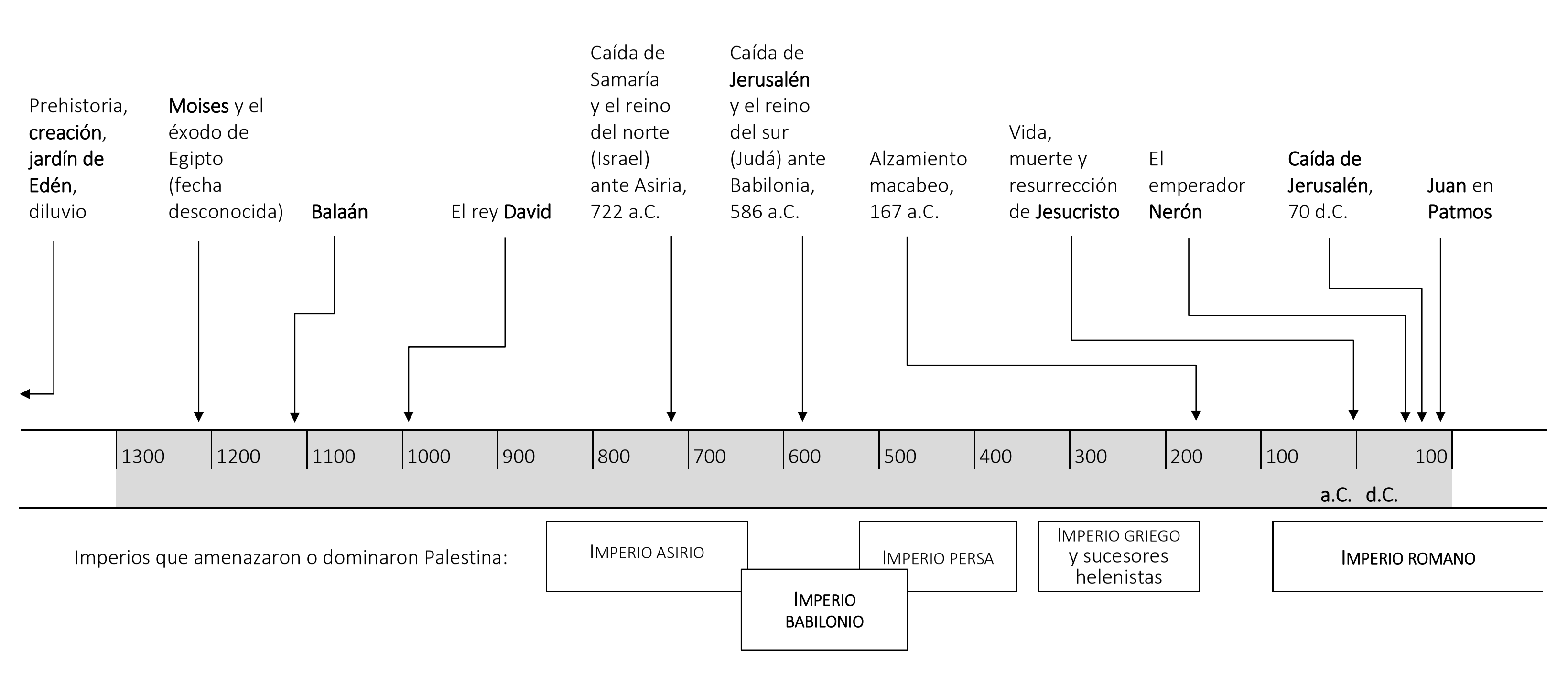
Village brinda una oportunidad para que los japoneses descubran su vida en comunidad y su agricultura tradicionales. Colaboramos con funcionarios del gobierno y con organizaciones no gubernamentales, para influir en la política agraria y generar sistemas locales de alimentación.

Menno Village produce arroz, patatas, trigo, soja, y treinta variedades de verduras. En lugar de comprar fertilizantes químicos, los Epp producen su propio fertilizante con los residuos de la producción de tofu, carbón de cáscara de arroz, y estiércol de aves.

—[Un ritmo de culto] nos recuerda que Dios hizo bien este mundo, y que necesitamos activar la fe con nuestras acciones —afirma Ray—. No vamos a salvar el mundo nosotros, pero nuestras acciones dan testimonio de lo que Dios ya ha hecho y de lo que hará: reunir todas las cosas —hasta los principados y las potestades— en Cristo[11].

[11] Aki y Ray Epp, entrevistados por el autor, 26 de noviembre, 2007, Sapporo, Japón.

Cronología de eventos, personas e imperios que figuran en el Apocalipsis



• Los elementos en **negritas** reciben atención o alusión específica en la visión de Juan.

Glosario

Ajab — Rey del siglo IX a.C. en la nación norteña de Israel, al que Elías reprendió por tolerar el culto a Baal que promovía la esposa fenicia de Ajab, llamada Jezabel (1 R 16,29-22,40).

África — Provincia del Imperio Romano situada en la región de la costa norte (entre Egipto y Marruecos de hoy) del continente que hoy se conoce como África.

Afrodisias — Ciudad pequeña próxima a Laodicea, cuyo nombre honra a Afrodita, la diosa del amor. Los arqueólogos han hallado allí un *Sebasteion*, o templo del culto imperial, primorosamente labrado en mármol.

Alejandro Magno (356-323 a.C.) — Rey y general de Macedonia, al norte de Grecia, que conquistó el oriente del Mediterráneo (incluso Judea), la Mesopotamia, y parte de la India en los últimos doce años de su vida. Sus conquistas consolidaron el dominio cultural helénico que seguiría en pie en el mundo en la era del Nuevo Testamento.

alzamiento macabeo — Alzamiento exitoso de los judíos, que comenzó en el 167 a.C. contra el Imperio Seléucida cuando su rey pagano, **Antíoco IV Epífanes**, procuró destruir la religión judía, profanó el templo en Jerusalén y prohibió la práctica de la Torá. El libro de Daniel, primera obra judía de género claramente apocalíptico, seguramente data de los primeros años del alzamiento (véase también 1 y 2 Macabeos).

amilenialismo — Creencia en que el reino de mil años que describe Apocalipsis 20, es esencialmente simbólico; y que en la medida que sea literal, habría empezado cuando Pentecostés y durará hasta la **parusía**. *Véase* **escatología**.

Anciano de Días — Juez divino, presumiblemente Dios mismo, en la escena de juicio final en Daniel 7,9.

ánfora — Recipiente de cerámica con dos asas, que contenía 32,3 kg o litros de agua. Se emplearon en el mundo de la antigüedad para el transporte de aceite de oliva, vino, garo (salsa de pescado) y otros productos. Las ánforas no solían reciclarse y existe hasta hoy, en Roma, un enorme montón de tiestos de ánforas rotas llamado Monte Testaccio, procedentes de la importación cuando la época imperial.

Antíoco IV Epífanes (r. 175-164 a.C.) — Tirano helenista (de cultura griega) de Siria, que conquistó Chipre y gran parte de Egipto y adoptó el sobrenombre de *Epífanes* ([dios] manifiesto). Reprimió con brutalidad la religión judía y profanó ritualmente el templo en Jerusalén, provocando con ello una revuelta encabezada por Judas Macabeo. La purificación posterior del templo es celebrada hoy día por los judíos en la festividad de Janucá (1 M 1-6; 2 M 1-9).

Antipas — Mártir cristiano en Pérgamo del que solamente se sabe por Ap 2,13. Es el único creyente que muere por su fe, cuyo nombre aparezca en el Apocalipsis.

arameo — Lengua semita próxima al hebreo, que fue probablemente el idioma natal de Jesús, sus discípulos, y los primeros cristianos de trasfondo judío.

Armenia — Reino de la región montañosa entre el Mar Caspio y el Mar Negro, cuya máxima expansión llegó hasta el Mediterráneo a principios del siglo I a.C. Disputado su territorio entre los imperios romano y parto en el siglo I d.C., Armenia desembocó al fin en la condición de estado cliente del Imperio Romano, cuando el rey **Tirídates** se presentó ante Nerón en Roma en el 66 d.C.

apocalipsis — Primera palabra en el libro de Apocalipsis, es un término griego que significa «descubrir», «destapar», «mostrar». Se utiliza frecuentemente con referencia a un tipo de escrito profético producido por los judíos postexílicos y a la postre, por los primeros cristianos. Suelen traer sueños, visiones, viajes celestiales y una extensa simbología. La mayoría de los apocalipsis (aunque no el Apocalipsis de Juan) son seudoepigráficos, es decir, alegan haber sido escritos por algún personaje notable del pasado remoto, que «predice » los eventos de la historia mundial hasta llegar al presente y lo que está por suceder (cuando se escribe de verdad).

Apolo — Dios griego del sol, la luz, la poesía y la música; hijo de Zeus; hermano mellizo de Artemisa (Diana), cuyo templo era muy importante en Éfeso (Hch 19,23-41). Nerón solía identificarse con Apolo y mandó levantar en Roma una inmensa estatua de sí mismo a la imagen de este dios.

apóstol — Título que significa «enviado» —de parte de Jesús en misión al mundo—. A veces es un término técnico para referirse especialmente a los Doce autorizados, aunque Pablo siempre insiste que él también tiene autoridad apostólica.

Asia, Asia Menor — Provincia del Imperio Romano, Asia ocupaba el tercio occidental de la región llamada Anatolia o Asia Menor (hoy día, la mayoría del territorio de Turquía). La provincia de Asia estaba gobernada por un procónsul enviado desde Roma e incluía las ciudades de las siete iglesias del Apocalipsis.

augustales — Orden de sacerdotes establecida por el emperador Tiberio para presidir las ceremonias propias del culto al emperador romano. En las provincias, estos sacerdotes solían ser libertos (ex esclavos) acaudalados.

Baal — Dios cananeo de las tormentas y de la fertilidad, cuyo culto promovió en Israel la reina Jezabel en el siglo IX a.C. Elías humilló a sus profetas en el Monte Carmelo y los mató cerca de ahí, en el arroyo Quisón (1 R 18).

Babilonia — Ciudad antigua situada en lo que es hoy Irak. Fue la capital del Imperio Babilónico, que derrotó al Imperio Asirio en 612 a.C. para dominar la Mesopotamia. Los babilonios conquistaron Jerusalén en 586 a.C., destruyeron el templo judío, y se llevaron miles de cautivos a Babilonia —con lo que Babilonia pasó a figurar como un símbolo imborrable de idolatría, injusticia y arrogancia en algunos círculos judíos—.

beneficios — Término técnico para referirse a bienes, servicios, empleo y otras ventajas dispendiadas por los patronos a sus **clientes** en el **sistema de clientelismo** del mundo antiguo.

Bitinia — Provincia romana en el noroeste de Asia Menor. Cuando Plinio el Joven era gobernador de Bitinia, aprox. 111-112 d.C., escribió una carta a Trajano acerca de la persecución de los cristianos en la provincia. Es la referencia más antigua que existe acerca de los seguidores de Jesús en los archivos del Imperio Romano.

Caifás — Sumo sacerdote judío en Jerusalén cuando el juicio y la ejecución de Jesús (Mt 26,3; Jn 18,13).

celotes — Revolucionarios judíos que se inspiraban en el celo violento de Pinjás (Finees) en Números 25 y 31, para fomentar la resistencia contra el gobierno romano en Palestina. Los eruditos no están de acuerdo en cuanto a la organización y coherencia que pudiera haber entre los celotes. Cabe imaginar que fuera una designación aplicable a diferentes grupos de

insurgentes, bandidos e idealistas religiosos que contribuyeron a la inestabilidad que desembocó en la Guerra Judía de los años 66-70 d.C.

Cesarea Marítima — Ciudad portuaria en la costa del Mediterráneo que fue capital del gobierno romano en Palestina. Herodes el Grande construyó allí un puerto magnífico, con un templo dedicado al culto al emperador. Los primeros disturbios entre judíos y paganos, que desembocaron en la Guerra Judía, se produjeron en Cesarea en el 66 d.C.

cliente — Persona en el **sistema de clientelismo** que operaba en el mundo romano, que estaba en deuda con —muchas veces dependía de— un patrono, del que el cliente esperaba recibir **beneficios**. El cliente debía al patrono lealtad, alabanzas y servicio.

cristología — Teología sobre la persona y obra de Cristo. Una cristología elevada sería la que enfatiza la divinidad de Cristo.

Dion Casio — Historiador romano que escribió una historia de catorce siglos de Roma en ochenta tomos, de la que sobreviven muchos fragmentos. Nacido en Nicea, **Asia Menor**, hacia el 165 d.C., Dion contó con la amistad de varios emperadores. Sirvió como senador y cónsul en Roma, y como gobernador de Esmirna.

escatología — Teología de «las últimas cosas» (del término griego *éschatos*, último). Trata sobre el destino último de la historia y cómo acabará, o será transformado, el mundo en el futuro. La escatología cristiana incluye el regreso de Cristo y una plena realización del reinado de Dios.

esenios — Movimiento religioso judío que floreció en la era del Nuevo Testamento y tenía algunos parecidos con el movimiento cristiano: entre otras cosas, una escatología dinámica y una esperanza mesiánica. Es casi seguro que la comunidad monástica que produjo los **rollos del Mar Muerto** fue esenia.

estandarte — Palo en cuyo extremo superior figuraba un águila o un busto del emperador (o emperadores), que presidía los campamentos del ejército romano y las procesiones oficiales.

Filón de Alejandría (20 a.C.-50 d.C.) — Filósofo judío y autor prolífico en Alejandría, famoso por haberse sumado a la delegación judía que apeló personalmente al emperador Calígula rogando su intervención, en el año 40 d.C., cuando la tensión entre judíos y paganos en Egipto se hizo insoportable.

Galia — Región del Imperio Romano, que abarcaba lo que es hoy Francia, Bélgica, Luxemburgo y la parte occidental de Alemania.

gematría — Termino moderno que describe un sistema de la antigüedad que asignaba un valor numérico a las letras del alfabeto, con lo que cualquier palabra constituía también un número.

Hades — Dios griego de la muerte; también el inframundo o lugar de los muertos en la mitología griega.

Herodes el Grande (r. 37-4 a.C.) — De ascendencia mitad judía, mitad nabatea, fue coronado rey de Judea por los romanos por su disposición colaboracionista. Reconstruyó con esplendor el templo judío en Jerusalén, a la vez que construía también templos para el culto al emperador en **Cesarea Marítima**, Cesarea de Filipo, y Samaría-Sebaste.

Hijo del Hombre — Título de Jesús propio del cristianismo primitivo —especialmente los evangelios— que venía a indicar que él era el cumplimiento de la profecía de Daniel 7,13-14, sobre un gobernante mesiánico con quien llegaría el reinado eterno de Dios.

indicador — Señal que comunica porque se ve afectado o cambiado por el propio fenómeno que indica.

Josefo (37-aprox. 100 d.C.) — Historiador judío que sirvió como comandante para Galilea en la Guerra Judía contra Roma. Se libró por poco de ser ejecutado cuando lo capturó el general Vespasiano, tras lo cual adquirió la ciudadanía romana. Sus obras principales, que aportan información valiosa, aunque a veces inexacta, sobre los últimos años de la era del Nuevo Testamento, son: *Antigüedades judías*, y *Guerra Judía.*

Júpiter — Deidad principal de la mitología romana, equivalente a Zeus en la religión griega, su templo era el más imponente de Roma.

monoteísmo — Creencia en que solamente existe un único Dios.

monte Sion — Nombre antiguo para referirse a Jerusalén y especialmente, a la parte de la ciudad conocida hoy día como Explanada de las mezquitas (o Monte del templo)

Nabucodonosor (r. 605-562 a.C.) — Rey del Imperio Babilónico (*véase* **Babilonia**) y general del ejército que asedió Jerusalén en el 597 a.C. y acabó por demoler el templo y la ciudad en el 586 a.C., llevándose miles de judíos a cautividad. Las narraciones judías conservadas en el libro de Daniel cuentan de una resistencia heroica contra las acciones y decretos idólatras de Nabucodonosor.

Neptuno — Dios del mar y del agua en la mitología romana.

Olimpia — Ciudad en el suroeste de Grecia donde empezaron los juegos olímpicos. No debe confundirse con el monte Olimpo, montaña más alta de Grecia (en el noreste) y hogar de los dioses, según la mitología griega.

pagano, na —Persona adepta a la religión politeísta; del latín, *paganus*, «campesino, rústico».

Partia — Región en el noreste de Irán, desde la que reinó el Imperio Parto (238 a.C.-226 d.C.). Cuando su máxima extensión, que incluyó **Armenia** y el este de Turquía, el Imperio Parto supuso a los romanos un rival de larga duración en el oriente.

pax romana — Término latino propagandístico, que significa «paz romana»; el orden, la prosperidad y el fin de las guerras que se alegaba había traído el gobierno imperial romano al mundo.

parusía — Locución de origen griego (*parousía*) donde significa «venida, llegada», con un sentido corriente sobre cualquier persona que llega, o bien con referencia a la visita de estado de un emperador u otra persona poderosa. Los primeros cristianos adoptaron la palabra para referirse a la (segunda) llegada anticipada de Cristo. *Véase* **escatología**.

Persia — Región al sureste de Irán moderno, que gobernó el vasto Imperio Persa. El imperio fue fundado por Ciro el Grande, que derrotó a los babilonios en 539 a.C. y permitió a los cautivos judíos regresar a su tierra (Esd 1).

Plinio el joven — Abogado, senador y funcionario romano que, en aprox. 111-112 d.C., el emperador Trajano envió en calidad de gobernador a **Bitinia**, una provincia al norte de las siete iglesias del Apocalipsis. Plinio hizo de juez para los primeros juicios a Cristianos de los que se conserva documentación en las fuentes imperiales romanas.

Poncio Pilato — Procurador (o prefecto) de Judea (26-36 d.C.), que presidió el juicio a Jesús y provocó protestas entre los judíos de Jerusalén cuando exhibió públicamente allí iconos del emperador romano.

posmilenialismo — Doctrina de que Cristo regresará cuando concluya el reinado de mil años indicado en Apocalipsis 20. *Véase* **escatología**.

premilenialismo — Doctrina de que Cristo regresará con anterioridad al reinado de mil años indicado en Apocalipsis 20. *Véase* **escatología**.

Res gestae divi Augusti — Inscripción extensa que catalogaba los logros de César Augusto durante su reinado, fue comisionada para su mausoleo por el emperador antes de morir. El título significa: «Hazañas del divino Augusto».

El original en Roma desapareció, pero se hicieron inscripciones grabadas en piedra a lo ancho del mundo romano. La mejor conservada hasta hoy está en Ankara, Turquía (la antigua Ancyra).

rollos del Mar Muerto — Rollos de la Biblia Hebrea y otra documentación de entre 150 a.C. y 70 d.C., que fueron hallados en cuevas próximas al Mar Muerto a partir del año 1947. Los rollos seguramente pertenecían a una secta judía conocida como los **esenios**, que tenían un monasterio no lejos de ahí.

Séneca (4 a.C.-65 d.C.) — Filósofo y rétor estoico que fue tutor del joven Nerón y posteriormente le sirvió de consejero. Séneca fue el autor de obras de teatro, diálogos y sátiras —la más famosa siendo su *Apocolocyntosis divi Claudii* («La calabacificación del divino Claudio»), una sátira sobre el tema de la divinización del emperador Claudio al morir. Un hermanos de Séneca, llamado Galión, presidió un tribunal donde compareció el apóstol Pablo (Hch 18,12-17)—. Nerón al final sospechó que Séneca se había sumado a un complot para envenenarlo, y le ordenó suicidarse.

sestercio — Moneda de bronce (de 54,5 gramos) del Imperio Romano, muy corriente a partir de la reforma de Augusto, cuyo valor era de un cuarto de denario. Su gran tamaño hizo que fuera un medio ideal para la propaganda estatal, conde cabían imágenes detalladas de los emperadores reinantes o difuntos y de los dioses o conquistas a los que estaban asociados. Véase la tabla al final del glosario.

sincretismo — Combinación o mezcla de religiones, muy corriente en el mundo antiguo pero inaceptable desde el punto de vista del **monoteísmo** de los judíos y los cristianos.

Sion — *Véase* **monte Sion**.

sistema de clientelismo — Pirámide de relaciones de poder, que vinculaba a todas las personas del Imperio Romano, desde el emperador hasta el esclavo más humilde, mediante una cadena de vínculos de patrono y cliente. Los patronos concedían **beneficios** a sus **clientes**, que a cambio les debían lealtad, alabanzas y servicio.

Suetonio (69-130 d.C.) — Historiador famoso por escribir biografías de doce gobernantes romanos sucesivos, desde Julio César hasta Domiciano, en un volumen titulado: «Vidas de los doce césares» (*De vita Caesarum*). Suetonio también sirvió como funcionario a las órdenes de **Plinio el joven** cuando éste fue gobernador de **Bitinia**.

Tácito (56-117 d.C.) — Senador e historiador romano que escribió relatos —de los que se conservan sólo algunas partes— sobre el Imperio Romano, desde César Augusto hasta el final del siglo I d.C. Sus obras principales son sus *Historias* y sus *Anales*. Estas últimas incluyen información sobre la persecución de los cristianos por parte de Nerón, la fuente más antigua existente acerca de Jesús y los cristianos en fuentes seculares romanas.

Tertuliano (155-230 d.C.) — Líder de la iglesia, de Cartago, **África**, procedía de una familia **pagana** pero llegó a ser un autor prolífico de obras cristianas apologéticas y polémicas. Sus ensayos ayudan a entender cómo los primeros cristianos se relacionaban con la sociedad romana; y su *Apología*, dirigida a gobernantes romanos, es una defensa clásica de la fe cristiana.

tetradracma — Moneda griega muy corriente en los siglos previos a que surgiera el Imperio Romano. Acuñada en plata, equivalía a cuatro dracmas. La dracma equivalía aproximadamente al salario de un día para obreros especializados.

Tirídates — Rey de **Armenia**, en la región fronteriza disputada entre los imperios romano y parto (*véase* **Partia**), es famoso por haberse presentado en Roma en el año 66 d.C., para comparecer ante Nerón en el foro y declarar públicamente su lealtad y la de su pueblo, a Roma.

Tradición Apostólica —Antiguo (hacia 215 d.C.) manual de disciplina eclesial y culto, atribuido comúnmente a Hipólito, un teólogo del siglo III en Roma.

Yahvé — Nombre hebreo (יהוה) del Dios de Israel, nunca pronunciado por los judíos devotos; en español a veces se transcribe como Jehová, otras veces se indica con la expresión: el SEÑOR.

Valor relativo de monedas romanas en el siglo I d.C.

Moneda	Metal	Valor
as	cobre	unidad básica
dupondio	bronce	2 ases
sestercio	bronce	4 ases
denario	plata	16 ases
áureo	oro	400 ases

Bibliografía

Achtemeier, Paul J. "Revelation 5:1–14." *Interpretation* 40 (1986): 283–88.

Aune, David E. *Revelation*. WBC 52A, 52B, 52C. Dallas: Word Books, 1997–98.

Balentine, Samuel E. *The Torah's Vision of Worship*. Minneapolis: Fortress, 1999.

Barr, David L., ed. *Reading the Book of Revelation: A Resource for Students*. Atlanta: Society of Biblical Literature, 2003.

———, *Tales of the End: A Narrative Commentary on the Book of Revelation*. Santa Rosa, CA: Polebridge, 1998.

Bauckham, Richard. *The Theology of the Book of Revelation*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

Beale, G. K. *The Book of Revelation: A Commentary on the Greek Text*. New International Greek Testament Commentary. Grand Rapids: Eerdmans, 1998.

Blount, Brian K. *Can I Get a Witness? Reading Revelation through African American Culture*. 2005.

———, *Revelation: A Commentary.* New Testament Library. Louisville: Westminster John Knox, 2009.

Boesak, Allan A. *Comfort and Protest: The Apocalypse from a South African Perspective*. Philadelphia: Westminster, 1987.

Boring, M. Eugene. *Revelation*. Louisville: Westminster John Knox, 1989.

Bradshaw, Paul F. *Early Christian Worship: A Basic Introduction to Ideas and Practice*. Collegeville, MN: Liturgical Press, 1998.

Bradshaw, Paul F., Maxwell E. Johnson, and L. Edward Phillips. *The Apostolic Tradition: A Commentary*. Hermeneia. Minneapolis: Fortress, 2002.

Brueggemann, Walter. *Texts under Negotiation: The Bible and Postmodern Imagination*. Minneapolis: Fortress, 1993.

Caird, George B. *The Revelation of St. John the Divine.* New York: Harper & Row, 1966.

Charlesworth, James H., ed. *The Old Testament Pseudepigrapha*. 2 vols. Garden City, NY: Doubleday, 1983–85.

Claridge, Amanda. *Rome: An Oxford Archaeological Guide*. New York: Oxford University Press, 1998.

Collins, Adela Yarbro. *Crisis and Catharsis: The Power of the Apocalypse*. Philadelphia: Westminster, 1984.

Crossan, John Dominic. *God and Empire: Jesus against Rome, Then and Now*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 2007.

Crossan, John Dominic, and Jonathan L. Reed. *In Search of Paul: How Jesus's Apostle Opposed Rome's Empire with God's Kingdom*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 2004.

Dungan, Nathan. *Prodigal Sons and Material Girls: How Not to Be Your Child's ATM*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons, 2003.

Ehrman, Bart D., ed. *After the New Testament: A Reader in Early Christianity*. New York: Oxford University Press, 1999.

Eller, Vernard. *The Most Revealing Book of the Bible: Making Sense out of Revelation*. Grand Rapids: Eerdmans, 1974.

Fant, Clyde E. *A Guide to Biblical Sites in Greece and Turkey*. Oxford: Oxford University Press, 2003.

Fiorenza, Elisabeth Schüssler. *The Power of the Word: Scripture and the Rhetoric of Empire*. Minneapolis: Fortress, 2007.

———, *Revelation: Vision of a Just World*. 2nd ed. Proclamation Commentaries. Minneapolis: Augsburg Fortress, 1998.

Friesen, Steven J. *Imperial Cults and the Apocalypse of John: Reading Revelation in the Ruins*. Oxford and New York: Oxford University Press, 2001, 2006.

Garnsey, Peter, and Richard Saller. *The Roman Empire: Economy, Society, and Culture*. Berkeley: University of California Press, 1987.

Gonzalez, Justo L. *Faith and Wealth: A History of Early Christian Ideas on the Origin, Significance, and Use of Money*. San Francisco: Harper & Row, 1990.

Goodman, Martin. *Rome and Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations*. New York: Knopf, 2007.

Gradel, Ittai. *Emperor Worship and Roman Religion*. New York: Oxford University Press, 2004.

Grimsrud, Ted. *Triumph of the Lamb*. Scottdale, PA: Herald Press, 1987.

Hays, Richard B. *The Moral Vision of the New Testament: Community, Cross, New Creation; A Contemporary Introduction to New Testament Ethics.* San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996.

Horsley, Richard A. *Jesus and Empire: The Kingdom of God and the New World Disorder*. Minneapolis: Augsburg Fortress, 2002.

———, *Paul and Empire*. Harrisburg, PA: Trinity, 1997.

Howard-Brook, Wes, and Anthony Gwyther. *Unveiling Empire: Reading Revelation Then and Now*. Maryknoll, MD: Orbis Books, 1999.

Hurtado, Larry W. *At the Origins of Christian Worship: The Context and Character of Earliest Christian Devotion*. Grand Rapids: Eerdmans, 2000.

Jensen, Robin Magaret. *Understanding Early Christian Art*. New York: Routledge, 2000.

Johns, Loren L. *The Lamb Christology of the Apocalypse of John: An Investigation into Its Origins and Rhetorical Force*. WUNT. Tübingen: Mohr Siebeck, 2003.

Kovacs, Judith, and Christopher Rowland. *Revelation: The Apocalypse of Jesus Christ*. Oxford: Blackwell, 2004.

Kraybill, Donald B., Steven M. Nolt, and David L. Weaver-Zercher. *Amish Grace: How Forgiveness Transcended Tragedy*. San Francisco: Jossey-Bass, 2007.

Kraybill, J. Nelson. "Apocalypse Now." *Christianity Today*, October 25, 1999, 30–40.

———, *Imperial Cult and Commerce in John' s Apocalypse*. JSNTSup 132. Sheffield: Sheffield Academic Press, 1996. Traducido al portugués por Barbara Theoto Lambert como: *Culto e Comercio Imperiais no Apocalipse de Joao.* São Paulo: Paulinas, 2004.

———, "The New Jerusalem as Paradigm for Mission." *Mission Focus: Annual Review* 2 (1994): 123–32.

Kreider, Alan. *The Change of Conversion and the Origin of Christendom*. Christian Mission and Modern Culture. Harrisburg, PA: Trinity, 1999.

Kreitzer, Larry Joseph. *Striking New Images: Roman Imperial Coinage and the New Testament World*. JSNTSup 134. Sheffield: Sheffield Academic Press, 1996.

Lewis, Naphtali, and Meyer Reinhold, eds. *Roman Civilization: Sourcebook 2, The Empire*. New York: Harper & Row, 1966.

Longenecker, Richard N., ed. *Into God' s Presence: Prayer in the New Testament*. McMaster New Testament Studies. Grand Rapids: Eerdmans, 2001.

Lopez, Davina C. *Apostle to the Conquered: Reimagining Paul' s Mission.* Minneapolis: Fortress, 2008.

Martin, David. *Tongues of Fire: The Explosion of Protestantism in Latin America*. Cambridge, MA: Blackwell, 1993.

Meeks, Wayne A. *The Moral World of the First Christians.* Philadelphia: Westminster, 1986.

Meijer, Fik, and Onno van Nijf. *Trade, Transport, and Society in the Ancient World: A Sourcebook*. London: Routledge, 1992.

Mizusaki, Noriko, and Mayumi Sako, eds. *Poems of War and Peace: Voices from Contemporary Japanese Poets*. Osaka: Chikurinkan, 2007.

Murphy, Frederick J. *Fallen Is Babylon: The Revelation to John*. Harrisburg, PA: Trinity, 1998.

Musurillo, Herbert, trans. *The Acts of the Christian Martyrs*. Oxford: Clarendon, 1972.

Novak, Ralph Martin. *Christianity and the Roman Empire: Background Texts*. Harrisburg, PA: Trinity, 2001.

O'Donovan, Oliver. "The Political Thought of the Book of Revelation." *Tyndale Bulletin* 37 (1986): 61–94.

Peirce, Charles Sanders. *Peirce on Signs: Writings on Semiotic by Charles Sanders Peirce*. Edited by James Hoopes. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991.

Pescarin, Sofia. *Rome*. Vercelli: White Star, 2000.

Pippin, Tina. *Death and Desire: The Rhetoric of Gender in the Apocalypse of John.* Louisville: Westminster John Knox, 1992.

Price, Simon R. F. *Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor.* New York: Cambridge University Press, 1984.

Reddish, Mitchell G. *Revelation*. Smyth & Helwys Bible Commentary. Macon, GA: Smyth & Helwys, 2001.

Rice, Jim. "An Officer and a Pastor." *Sojourners*, April 1994, 12.

Richard, Pablo: *Apocalypse: A People' s Commentary on the Book of Revelation*. Maryknoll: Orbis Books, 1995.

Rossing, Barbara R. *The Choice between Two Cities: Whore, Bride, and Empire in the Apocalypse*. Harrisburg, PA: Trinity, 1999.

Rowland, Christopher. *Revelation*. Epworth Commentaries. London: Epworth Press, 1993.

Royalty, Robert M., Jr. *The Streets of Heaven*. Macon, GA: Mercer University Press, 1998.

Ruiz, Jean-Pierre. "Praise and Politics in Revelation 19:1–10." In *Studies in the Book of Revelation*, edited by Steve Moyise, 69–84. Edinburgh: T&T Clark, 2001.

Salisbury, Joyce E. *Perpetua' s Passion: The Death and Memory of a Young Roman Woman*. New York: Routledge, 1997.

Sear, David R. *Roman Coins and Their Values*. Vol. 1, *The Republic and the Twelve Caesars, 280 BC-AD 96*. London: Spink, 2000.

Sehested, Ken. "Loyalty Test: The Case of Chaplain Robertson." *Christian Century*, March 2, 1994, 212–14.

Senn, Frank C. *Christian Liturgy: Catholic and Evangelical*. Minneapolis: Fortress, 1997.

Smith, R. R. R. "The Imperial Reliefs from the Sebasteion at Aphrodisias." *Journal of Roman Studies* 77 (1987): 88–138.

Snyder, Graydon F. *Ante Pacem: Archaeological Evidence of Church Life before Constantine*. Rev. ed. Macon, GA: Mercer University Press, 2003.

Stevenson, James. *A New Eusebius: Documents Illustrative of the History of the Church to A.D. 337*. London: SPCK, 1957.

Stringfellow, William. *A Keeper of the Word: Selected Writings of William Stringfellow*. Edited by Bill Wylie Kellermann. Grand Rapids: Eerdmans, 1994.

Swartley, Willard M. *Covenant of Peace: The Missing Peace in New Testament Theology and Ethics*. Grand Rapids: Eerdmans, 2006.

———, ed. *Essays on Peace Theology and Witness*. Occasional Papers 12. Elkhart, IN: Institute of Mennonite Studies, 1988.

Thompson, Leonard L. *The Book of Revelation: Apocalypse and Empire*. New York: Oxford University Press, 1997.

Vermès, Géza. *The Complete Dead Sea Scrolls in English*. 6th rev. ed. Penguin Classics. New York: Penguin Group (USA), 2004.

Wengst, Klaus. *The Pax Romana and the Peace of Jesus Christ*. Translated by John Bowden. Philadelphia: Fortress, 1987.

Wiedemann, Thomas. *Emperors and Gladiators*. New York: Routledge, 1992.

Wink, Walter. *Engaging the Powers: Discernment and Resistance in a World of Domination*. Vol. 3 of *The Powers*. Philadelphia: Fortress, 1992.

Yaguchi, Yorifumi. *The Poetry of Yorifumi Yaguchi: A Japanese Voice in English*. Edited by Wilbur J. Birky. Intercourse, PA: Good Books, 2006.

Yeatts, John R. *Revelation*. Believers Church Bible Commentary. Scottdale, PA: Herald Press, 2003.
Yoder, John Howard. *The Politics of Jesus.* Scottdale, PA: Herald Press, 1972.
———, *The Royal Priesthood: Essays Ecclesiological and Ecumenical.* Edited by Michael G. Cartwright. Grand Rapids: Eerdmans, 1994.

Obras de la antigüedad

Las citas de obras de la antigüedad se han retraducido de las traducciones al inglés que figuran a continuación. El sentido es seguramente fiel, aunque traducir traducciones inevitablemente acaba destrozando detalles como el orden de palabras y la sintaxis de la lengua original. Como en la sección anterior de la bibliografía, se trascribe aquí tal cual aparece en el libro en inglés, entendiéndose que la utilidad de esta bibliografía seguramente se limitará a aquellos que tienen nociones de ese idioma. A lo largo del texto del libro, sin embargo, y en las notas a pie de las páginas, hemos indicado siempre en castellano los nombres de estas autoridades antiguas. (Por ejemplo: *Dio Cassius* en esta bibliografía, pero *Dion Casio* en el texto y en las notas.)

'Aboth d' Rabbi Nathan. Translated by Eli Cashdan. In *The Minor Tractates of the Talmud.* 2 vols. 2nd ed. Edited by A. Cohen, 1:1–210. London: Soncino, 1971.
The Apostolic Fathers. Translated by Kirsopp Lake. 2 vols. LCL 24, 25. 1912–13. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1985.
Cicero. *Tusculan Disputations.* Translated by J. E. King. LCL 141. 1927. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960.
Corpus inscriptionum latinarum (*CIL*). Edited by Theodor Mommsen et al. Berlin-Brandenburg: Deutsche Akademie der Wissenschaften, 1863-.
The Dead Sea Scrolls in English. Translated by G. Vermès. 3rd. rev. ed. 1962. London: Penguin, 1994.
Dio Cassius. *Dio' s Roman History*. Translated by Earnest Cary. 9 vols. LCL 32, 37, 53, 66, 82, 83, 175, 176, 177. 1914–27. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981.
Epictetus. *The Discourses as Reported by Arrian, The Manual, and Fragments.* Translated by W. A. Oldfather. 2 vols. LCL 131, 218. 1926–28. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1969.
Josephus. *Jewish Antiquities.* Translated by Louis H. Feldman et al. 9 vols. LCL 242, 281, 326, 365, 410, 433, 456, 489, 490. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1965.
———. *The Jewish War*. Translated by H. St. J. Thackeray. 3 vols. LCL 203, 210, 487. 1927–28. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1967.
Horace. *Satires, Epistles, and Ars poetica.* Translated by H. Rushton Fairclough. LCL 194. 1926. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1961.
Orientis graecae inscriptiones selectae (*OGIS*). Edited by W. Dittenberger. 2 vols. Leipzig: S. Hirzel, 1903–1905.

Pliny the Younger. *Letters and Panegyricus*. Translated by Betty Radice. 2 vols. LCL 55, 59. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1969.

Schaff, Philip, and Henry Wace, eds. *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*. Second Series. Vol. 14. New York: Charles Schribner's Sons, 1905.

Seneca. *Ad Lucilium epistulae morales.* Translated by Richard M. Gummere. 3 vols. LCL 75–77. 1917–25. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1961–62.

———. *Moral Essays.* Translated by John W. Basore. 3 vols. LCL 214, 254, 310. 1928–35. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1958.

Sibylline Oracles. Translated by J. J. Collins. In *The Old Testament Pseudepigrapha*, 2 vols. Edited by James H. Charlesworth, 1:317–472. Garden City, NY: Doubleday, 1983.

Strabo. *Geography.* Translated by Horace Leonard Jones. 8 vols. LCL 49, 50, 182, 196, 211, 223, 241, 267. 1923. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988.

Suetonius. Translated and edited by J. C. Rolfe. 2 vols. LCL 31, 38. 1913–14. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997–98.

———. *The Twelve Caesars.* Translated by Robert Graves. Revised by Michael Grant. Harmondsworth: Penguin Books, 1987.

Tacitus. *Agricola.* Translated by M. Hutton. Revised by R. M. Ogilvie. LCL 35. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1970.

———. *Annals.* Translated by John Jackson. LCL 322. 1937. Cambridge, MA: Harvard UniversityPress, 1956.

———. *Histories.* Translated by Clifford H. Moore. 2 vols. LCL 111, 249. 1925–31. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981.

Virgil. *Aeneid*. Translated by H. Rushton Fairclough. Rev. ed. 2 vols. LCL 63, 64. 1934. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960.

Wankel, Hermann, et al., eds. *Die Inschriften von Ephesos.* 8 vols. in 9 parts. Bonn: Habelt, 1979–84.

Yonge, Charles Duke, trans. *The Works of Philo*. Peabody, MA: Hendrickson, 1993.

Índice de citas bíblicas

ÍNDICE
DE PERSONAS, LUGARES Y TEMAS

Otros libros de Ediciones Biblioteca Menno:



www.menonitas.org/biblioteca_menno

También pueden ser de su interés las lecturas que se encuentran en:
www.menonitas.org/sala.html
www.menonitas.org/el_mensajero



El Apocalipsis de Juan, escrito desde el exilio en la isla de Patmos a finales del siglo I, fue probablemente el más subversivo de todos los escritos que nos ha legado la iglesia de los apóstoles. Con claridad meridiana desenmascaraba el colapso moral y espiritual de un Imperio Romano que se preciaba de contar con apoyo incondicional de los dioses.

Desde sus inicios la iglesia cristiana tuvo que luchar con la tentación de dejarse absorber por los valores, la moral y las costumbres del paganismo que la rodeaba. ¿Era acaso razonable insistir en esa excepcionalidad minoritaria desde la que proclamaban otro soberano que el César, otra lealtad que la gran patria internacional que les brindaba el Imperio?

En muy pocos siglos, la iglesia halló la forma de dar la espalda a ese rechazo inicial, para sumarse al patriotismo imperial y declararse incondicionalmente leal a ese sistema social, político y económico que Juan, en el Apocalipsis, retrató tan brillantemente como bestial y monstruoso.

A partir de ahí, el Apocalipsis se ganó su injusta fama como un libro difícil, que esconde sus verdades en lugar de explicarlas con claridad. Como se juzgó inaceptable lo que dice sobre la bestialidad y monstruosidad de nuestros regímenes políticos y económicos presentes, se calificó de «imposible de entender» o se explicó que versa sobre otro tiempo que queda muy en el futuro.

El Dr. J. NELSON KRAYBILL ha publicado también *Imperial Cult and Commerce in John's Apoclaypse*. Fue durante muchos años presidente de Anabaptist Mennonite Biblical Seminary. Es pastor de una iglesia en Indiana (EEUU), y frecuente predicador y conferenciante invitado en diferentes países. En 2015 asumió la presidencia del Congreso Mundial Menonita.

Moneda: Classical Numismatic Group, Inc.
http://www.cngcoins.com, CC BY-SA 2.5,
https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=17256837